This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

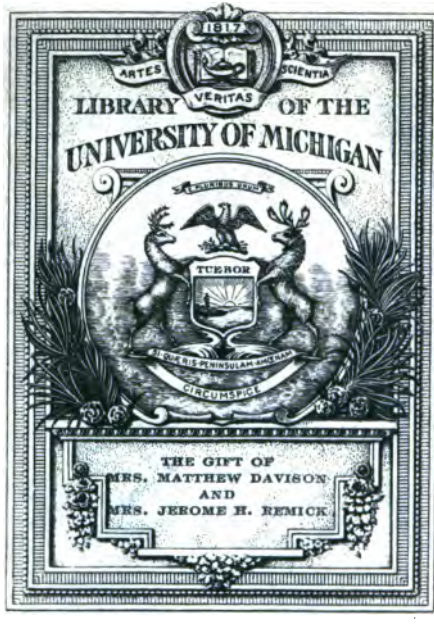
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BUHR A

a39015 01809957 5b



FROM THE LIBRARY OF
MAJOR FENTON R. MCCREERY
UNIVERSITY OF MICHIGAN 1884-86

DF
28
.B285
S5
v.1

Еуш 27
450 (кол.)

VIAGE

DE

ANACARSIS

EL JOVEN

POR

LA GRECIA.

TOMO PRIMERO.

Library
of
J. R. McCluney
2-28-43

VIAGE

DE ANACARSIS EL JOVEN

POR LA GRECIA,

A MEDIADOS DEL SIGLO QUARTO ANTES DE LA ERA VULGAR.

POR Mr. EL ABATE BARTELEMY, GUARDA DEL Gabinete de medallas, piedras grabadas y antiguas; de la Académia Francesa, de la de las inscripciones y bellas letras: de la Sociedad Real de Londres, de las de Anticuarias de la misma ciudad; de las Académias de Madrid, Cortona, Pesaro, Hesse y Marsella.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO,

POR

Don Ignacio Pablo Sandino de Castro, del Consejo de S. M., su Oydor honorario de la Real Audiencia de Mallorca, Alcalde mayor y Teniente Corregidor de la Capital de este Reyno.

TOMO PRIMERO.

Lic. Pedro Antonio Montiel

EN MALLORCA:

IMPRENTA DE MIGUEL DOMINGO.

AÑO 1811.

LISTA DE LOS SEÑORES

SUBSCRIPTORES,

de esta capital.

D. Gerónimo Alemany.
D. Pablo Casaus coronel del regimiento de Fernando VII.
D. Miguel Tous escribano de marina.
D. Felix Mas.
D. Francisco Truyols.
D. Miguel Serra.
Dr. Miguel Pascual.
El señor Marqués de Bibót.
El señor comendador Armengol.
D. Gregorio Gual.
D. Jorge Abri-Dezcallar.
D. José Cotoner Sales y Despuig.
D. Mariano Conrado.
El Escmo. señor conde de Cerbellón.

A

VIAGE

DE

ANACARSIS

EL JOVEN

POR

LA GRECIA.

TOMO PRIMERO.

impedirián el poderlo hacer. Jamás dexaré de llorar á este hombre escelente á quien era tan tiernamente afecto. El me honraba con su estimacion y su amistad; y aunque conozco que tengo vanidad en decirlo, pero es una vanidad que no tengo valor para reprimir. Mas dichoso que Plutarco y Nepote, no tengo que describir aquellas escenas ruidosas y terribles, en que la ambicion y la pasion de la gloria han desplegado talentos muchisimas veces perniciosos. Detallaré las tareas literarias tan útiles, como inmensas, emprendidas con un valor raro, seguidas con una perseverancia aun mas rara; y ofreceré el cuadro de un carácter y de una conducta en que se reunian la sensibilidad, el desinteres, la modestia, todas las virtudes, que hacen mas honor á la humanidad, porque son las que sirven mejor á los hombres.

Juan Jacobo Bartelemy nació en Cassis pequeño puerto cerca de Obaña, ciudad hermosa entre Marsella y Tolon, donde su familia hacia mucho tiempo se hallaba establecida. Su padre José Bartelemy se habia casado con Magdalena Rastit, hija de un negociante de Cassis. En 1715 fue ella á hacer una visita á sus parientes, y durante su mansion en Cassis, fue que dió á luz á Juan Jacobo Bartelemy el 20 de enero de 1716; de allí á poco fue transportado á Obaña, en donde á la edad de cuatro años perdió á su

VIAGE

DE ANACARSIS EL JOVEN

POR LA GRECIA,

A MEDIADOS DEL SIGLO QUARTO ANTES DE LA ERA VULGAR.

POR Mr. EL ABATE BARTELEMY, GUARDA DEL Gabinete de medallas, piedras grabadas y antiguas; de la Académia Francesa, de la de las inscripciones y bellas letras: de la Sociedad Real de Londres, de las de Anticuarias de la misma ciudad; de las Académias de Madrid, Cortona, Pesaro, Hesse y Marsella.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO,

POR

Don Ignacio Pablo Sandino de Castro, del Consejo de S. M., su Oydor honorario de la Real Audiencia de Mallorca, Alcalde mayor y Teniente Corregidor de la Capital de este Reyno.

TOMO PRIMERO.

Lic. Isidro Antonio Montiel

EN MALLORCA:

IMPRENTA DE MIGUEL DOMINGO.

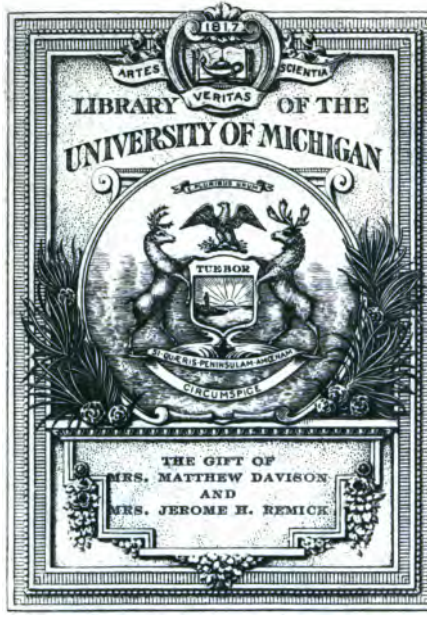
AÑO 1811.

LISTA DE LOS SEÑORES

SUBSCRIPTORES,

de esta capital.

D. Gerónimo Alemany.
D. Pablo Casaus coronel del regimiento de Fernando VII.
D. Miguel Tous escribano de marina.
D. Felix Mas.
D. Francisco Truyols.
D. Miguel Serra.
Dr. Miguel Pascual.
El señor Marqués de Bibót.
El señor comendador Armengol.
D. Gregorio Gual.
D. Jorge Abri-Dezcallar.
D. José Cotoner Sales y Despuig.
D. Mariano Conrado.
El Escmo. señor conde de Cerbellón.



FROM THE LIBRARY OF
MAJOR FENTON R. MCCREERY
UNIVERSITY OF MICHIGAN 1884-86

DF
28
.B285
S5
v.1

Exp 27
450 (20)

A

VIAGE

DE

ANACARSIS

EL JOVEN

POR

LA GRECIA.

TOMO PRIMERO.

virtudes, tenia el espíritu demasiado justo para no reconocer las conveniencias de la situacion de Bartelemy, y el corazon demasiado bueno para no conservarle su amistad, dandole la libertad.

M. Burette murió el 10 de Mayo de 1747, y Bartelemy fue destinado á la plaza de asociado en la academia de las inscripciones, por haberse abstenido generosamente en su favor M. Le Beau de toda pretension para sí mismo. Otra plaza vacó poco despues, y M. le Beau fue provisto á ella unánimamente. Esto era el preludio de un combate de generosidad entre estos dos hombres sábios y virtuosos. M. de Bougainville, agoviado de enfermedades, se separó de la secretaría de la academia y propuso á M. d' Argenson (1) le reemplazára Bartelemy. El ministro consintió, Pero Bartelemy rehusó la plaza, é hizo preferir á M. le Beau. Este desempeñando la secretaría algunos años despues, trató de cederla al abate diciendole: yo os la debia y os la restituyo; yo la cedo á otro respondió el abate; pero no le cedo á nadie el derecho y el gusto de publicar que no es posible venceros en buenos procederes. Así reynaba entónces, entre estos

(1) *El ministro de la guerra que tambien tenia las academias en su departamento.*

ilustres competidores, la emulacion de las virtudes con la de la gloria: amalgama bien rara algunas veces en la carrera de las letras, como en toda otra.

Habiendo llegado á ser el succesor de tantos ilustres sábios que han servido tan bien á la literatura, desde el establecimiento de la academia (1), Bartelemy asoció el trabajo annual que esta compañia esperaba de sus miembros, á los trabajos diarios que ecsigia el gabinete de las medallas, y desempeñó este doble encargo con una ecsactitud que la mas vasta erudicion solamente podia permitir.

Se hallará al fin de este ensayo, no una noticia que no soy capaz de dar, sino una lista de sus obras en este género. Esplicaciones de monumentos hebreos, persas, fenicios, egipcios, árabes: todas las naciones; todas las lenguas estaban sometidas á sus investigaciones laboriosas y á su juiciosa crítica. En este trabajo no podia menos que revelar muchas veces los errores de muchos sábios estimables que se habian dedicado antes que él á las mismas indagaciones pero al descubrir sus faltas con una sagacidad á la que nada se escapaba, jamás los presenta sino con aqnella modestia, aquella amenidad que era su carácter distintivo; esto se puede observar,

(1) *En 1663.*

principalmense en su bella disertacion sobre las inscripciones halladas en Palmyra por los viageros ingleses. Ellas están puestas al lado de las inscripciones griegas, y muchas veces se babia intentado esplicar las unas por medio de las otras; pero no se habia hecho, con muchas luces y aun genio, como esfuerzos de adivinacion que habrian conducido á resultados defectuosos. Bartelemy dió de ellas una esplicacion, que por su claridad, su sencillez hizo olvidar todas las demas, sin deprimir á sus autores; y hasta llegó á formar un alfabeto palmyraniense que satisfizo á todo el mundo sábio: descubrimiento que algun dia podrá servir para resucitar la memoria de un pueblo en un tiempo célebre por su poder, por sus hazañas, por su comércio, su gusto por las artes, su magnificencia, y del qual el odio y la venganza de los romanos, han borrado cuasi hasta la memoria.

M. de Boze, guarda del gabinete de medallas habiendo muerto en 1753, Bartelemy que estaba asociado á él siete años hacia, no podia dexar de succeder en el título de esta honrosa plaza. No dexó de haber uno que tubo la animosidad ó desvergüenza de solicitarla para sí mismo. Bartelemy que se informó de ello, no quiso saber el nombre del pretendiente, ni hizo ninguna diligencia personal, y se estubo quieto sobre su suerte por la justicia con que le era debida. Sus ze-

losos é ilustres amigos (1) la hicieron facilmente valer; y él llegó á ser guarda en xéfe de las medallas (2). No es dificil figurarse el zelo infatigable, con que él llenó sus funciones: descubriendo y adquiriendo, ó á lo menos ilustrando cada dia los mas preciosos restos de la antigüedad, su principal atencion se dirigia, como era razon, á los monumentos griegos y romanos, y muy pronto tubo una bella ocasion de hacer de ellos la indagacion mas completa.

M. de Stainville, despues ministro de estado con el nombre de Choiseul, fue nombrado (año 1754) para la embaxada de Roma. Inteligente en conocer los hombres y los talentos, juntaba á su generosidad natural una mira que deben tener todos los hombres de estado: la de favorecer, de ayudar, de prevenir á los sujetos distinguidos por un mérito reconocido. El propuso al jóven sábio hacer baxo sus auspicios y con sus auxîlios el viage á Italia. Esta proposicion hecha con toda la gracia que sienta tan bien cuando va acompañada de los beneficios, fue admitida y aceptada por el abate, con un

(1) *M. de Malesherbes; M. de Stainville despues duque de Choiseul y ministro; M. de Gontaut hermano del último mariscal de Birón.*

(2) *En 1753.*

reconocimiento á sus protectores, que lejos de descaecer jamás, no ha hecho sino ir en aumento todo el curso de su vida. Dixe sus protectores, porque la jóven esposa del embaxador no cesaba de advertir, de eccitar con vigilancia las disposiciones generosas de un marido que era el único objeto de su adoracion y de su culto, como lo es diez años hace de su sentimiento y de sus lágrimas.

Monsieur y madama de Stainville ofrecieron de un modo obligante á Bartelemy llevarlo de Paris á Roma en su coche; y por una y otra parte hubiera sido fácil rendirse. El abate, á quien no digo el interes, pero aun la amistad no le hacia jamás olvidar sus deberes, no se halló en estado de seguirlos. y su marcha se difirió á causa de los negocios del gavinete de medallas.

Poco despues se acompañó para el viage con M. de Cotté, que deseaba hacia mucho tiempo el ver á Italia. M. de Cotté era su amigo, y digno de serlo por sus virtudes y sus conocimientos. Partieron juntos el mes de agosto de 1755, y llegaron á Roma el noviembre siguiente, en donde el nuevo ministro hacia ya olvidar á su predecesor por su estrema magnificencia y por el modo de desenvolver sus talentos, ya fuese para agradar, ya para negociar.

Su jóven muger le ayudaba con zelo y suceso. De edad de 17 años, pero formada

por lecturas sólidas, por reflecsiones siempre ecsactas, y mucho mas por el feliz instinto de un carácter que no le deja decir, pensar, ni hacer mas que lo que está bien, gozaba ya en Roma de una alta consideracion; y allí adquirió bien pronto aquella veneracion, que de ordinario no se concede sino á un largo egércicio de virtudes. A mí me seria hoy mas fácil que á ninguno detallar aquí las raras cualidades de su corazon y de su espíritu; pero me abstengo por respeto de ellas. Conozco demasiado su modestia, para intentar hacerla avergonzar de un retrato, que ella miraria como un elogio. Se podrá recurrir á la pagina 330 del quarto tomo del Anacarsis en 4.º en donde se hallará bien pintada con el nombre de Fedima, como su marido con el de Arsames (*).

Los dos viageros, pocos dias despues de su llegada, fueron presentados al Papa por el embajador que lo habia prevenido á favor de ellos; y los recibió con aquella afabilidad, aquella alegria, aquella bondad que le caracterizaban. Por otra parte Benedicto XIV, sabio y célebre bajo su nombre de Lambertini por 12 tomos de doctrina eclesiástica, no podia dejar de distinguir á un hombre como Bartelemy.

(*) *Y en las paginas 3. y 4. del 2.º T. de esta edicion.*

Mr. de Cotté y él, no querian perder tiempo: y cuasi al salir de Monte-Cabalo (1) se fueron á Nápoles, en donde por espacio de un mes, se ocuparon sin descansar en las antigüedades, en las singularidades asi de la ciudad como de sus contornos. A 30 leguas de Nápoles vieron y admiraron los mas antiguos monumentos de la arquitectura griega, que subsisten en el sitio en donde habia sido edificada la ciudad de Pesto.

Las salas del palacio de Portici, son todavía mas interesantes, y fijaron muchas veces la ansiosa curiosidad de los observadores. Allí se han juntado las antigüedades del Herculano y de Pompeyo. Allí es en donde se ve una infinidad de pinturas, de estatuas, de bustos, de vasos, de utensilios de toda especie: objetos infinitamente preciosos y admirables, los mas por su belleza, los otros por los usos á que estaban destinados; pero al mismo tiempo se notaba dolorosamente, y con una especie de vergüenza, el abandono en que yacian, en esta admirable coleccion, los cuatrocientos ó quinientos manuscritos hallados en los soterraneos del Herculano.

De ellos se habian rodado dos ó tres, de los que el sábio Mazocchî dió la esplicacion. Ellos no contenian nada de impor-

(1) *El palacio del Papa.*

tante, y se desanimó de ello. Pero Bartelemy no se desanimaba. El solicitó incesantemente, cuasi intrigó, para empeñar á los poseedores del tesoro á prevenir la pérdida de ellos. El se creia en vísperas de salirse con ello algunos años despues, cuando este bello y útil proyecto se frustró por la muerte del marques Caraccioli, entónces ministro en Nápoles, que se ocupaba en ello con interés.

Acabamos de ver al abate, empleando a intriga, tan agena de su carácter. Vamos á verlo empleando el fraude, y aplaudiremos con justicia aquella y este.

El deseaba apasionadamente poder presentar á los sábios de Francia que se ocupan en la paleografia, una muestra de la mas antigua escritura empleada en los manuscritos griegos. Se dirigió al docto Mazocchî su amigo, y á M. Paderno, guarda del depósito de Portici. Pero ambos le respondieron que tenian órden espresa de no comunicar nada. Este último solamente tubo á bien permitirle dar una ojeada en una página de un manuscrito que se habia cortado á lo largo, al tiempo del descubrimiento. Ella contenia 28 líneas: Bartelemy las leyó cinco ó seis veces con una atencion estrema; y de repente, como inspirado por la pasion que sabe algunas veces sugerir artificio á los sencillos, bajó precipitadamente al patio, con un pretesto que no permi-

tió seguirlo, y allí trazó de memoria en un papel, el precioso fragmento que queria robar. Vuelve á subir entónces, coteja méntalmente la cópia con el original del que no habia olvidado nada, y la halla perfectamente conforme, corrigiendo interiormente dos ó tres leves errores que se le habian escapado. Este fragmento contenia algunos detalles de la persecucion que habian padecido los filósofos de la Grecia en tiempo de Pericles. Bartelemy carga con su presa sin escrúpulo, y la envió el mismo dia á la academia de las bellas letras, encargando el secreto, por no comprometer á Mesieres, Mazocchî y Paderno.

El fragmento era por todas partes un objeto de interés y de curiosidad. El rey de Napoles que estaba entónces en Cazerto, cuyo soberbio castillo hacia acabar, quiso verlo, y se le hizo presentar al tiempo de comer por mano de M. de Ossun nuestro embajador. S. M. S. se complacio en conversar de los descubrimientos que se hacian entónces en sus estados, pareció que sentia no se le pudiese abrir el gabinete de las medallas, porque el guarda de él estaba ausente, mandó que se le mostrasen las soberbias columnas de marmol antiguo que acababan de traerse á Cazerto, y lo hizo apuntar en el número de las personas á quienes se debian sucesivamente distribuir

los tomos de antigüedades del Herculano.

M. Bayardi, prelado romano, á quien este príncipe habia traido á Napoles, estaba encargado de esplicarlas: sabio recomendable por la variedad de sus conocimientos, y respetable por las qualidades de su corazon; pero temible á sus oyentes y á sus lectores por su prodigiosa memoria y su infatigable eloqüencia. Bartelemy no pudo ignorarlo, y tubo despues ocacion de convencerse de ello. En todas las capitales de Italia en donde hizo alguna mansion, se encontró precedido, anunciado por su reputacion, y tubo una acogida lisongera de los personages mas distiguidos ó por su nacimiento, ó por su erudicion, ó por uno y otro: lo que no es raro en Italia.

Roma era el lugar principal de su residencia, y alli fue donde el tubo el placer y el honor de esplicar de un modo nuevo y convincente la bella Mosayca de Palestrina. Muchos sabios ilustres habian dado de ella antes, esplicaciones muy ingeniosas, pero á las cuales el se tomó la licencia de sostituir una mas sencilla y mas bien fundada. Se habia inclinado á encontrar la llave de este grande enigma en la vida de Syla y en los juegos de la fortuna. Se veia á Alexandro arribando á Egipto, y que parecia al lado de la victoria, debajo de una tienda, en medio de la flor de sus

guardias ó de sus generales. Se decia, que este era Syla, bajo las facciones del heroe de Macedonia, para recordar á los romanos, en el templo de la Fortuna en Prenesta, (hoy Palestrina) los oraculos de aquella diosa que justificaban la elevacion del dictador, como el oraculo de Ammon habia legitimado las conquistas de Alexandro. Bartelemy no vio ni á Syla, ni al vencedor griego; lo que vió en su lugar fue al emperador Adriano; el probó que habia visto lo que se debia ver; y este descubrimiento, dificultosisimo por la multitud inmensa de accesorios que arrastraba, hizo infinito honor á su modesto autor, que el mismo no lo miraba sino como una simple restitucion del testo. Se hallará en el trigesimo tomo de la academia de las inscripciones esta disertacion tan curiosa, y tan interesante para los artistas, como para los sabios.

M. de Stainville llegado á Paris al principio de 1757, fue nombrado inmediatamente despues para la embajada de Viena, y su muger á quien él habia dejado en Roma, se volvio á juntar con él llevando con sigo á Bartelemy. Este halló sus deseos adivinados por M. de Stainville, quien habia convenido con el ministerio sobre una disposicion bien favorable á la pasion del abate por la bella antigüedad.

El debia acompañar al embajador á Viena, pasar de allí á espensas del rey á recorrer la Grecia y las escuelas de levante, recoger allí nuevos tesoros, y remitirlos á Francia por Marsella; pero por mucho atractivo que tuviese para el este proyecto, la aficion á sus deberes, superó; pues no creyó poder dejar el gabinete de las medallas tanto tiempo cerrado, y se escusó á un ofrecimiento tan lisonjero,

A fines del año siguiente, (1758) M. de Stainville, entonces duque de Choiseul, fue llamado al ministerio de los negocios estrangeros que le dejó, al retirarse, el abate de Bernis, hecho que fue cardenal. La primera palabra que el nuevo ministro y su muger digeron entónces á Bartelemy fue para informarse de sus necesidades, que en adelante digeron tomaban á su cuenta el proveer, como de parte de el debia tomar la de dirigirse á ellos para instruirlos de ellas. Bartelemy sorprendido de tanta bondad, é instado por ellos á esplicarse, pidió una pension de seis mil libras sobre algun beneficio, y se avergonzó de su solicitud. El generoso ministro se sonrió; y esta sonrisa, que Bartelimy miró cómo una nueva señal de bondad, habria parecido á qualquiera otro, lo que era en realidad, el presagio y el anuncio de una fortuna mayor. El estaba bien lejos de pretender

aumentarla; pero la beneficencia activa de sus protectores se parecia á la actividad politica del Cesar, que creia no haber hecho nada mientras que le quedase alguna cosa que hacer. Ellos le colmaron de gracias, y en el espacio de algunos años le procuraron una decencia que él no esperaba: y que le ocosionó muchos embidiosos á pesar del buen uso que hizo de ella.

Tubo succesivamente, primero una pension sobre el arzobispado de Alby (el año de 1759), despues la tesoreria de san Martin de Tours (el año de 1765), y en fin la plaza de secretario general de los suizos (el año de 1768). Ademas de esto gozaba, desde 1760, de una pension de 5000 libras sobre el Mercurio. Hasta se le habia forzado, una ocasion, á pesar de su estrema repugnancia, á aceptár el privilegio de este diario, muy lucrativo entonces, de que se acababa de despojár por error á M. Marmontel, que se creia el autor de una satira sangrienta contra personas de distincion. El no era capaz de prostituir su pluma en una obra de este genero, y no habia tenido en ella ninguna parte. Lo que sucedió fue que el la habia leido en una cena en que muchas personas la habian oido, y la pieza era de M. de Cury, antiguamente tesorero del exercito de Italia en 1733. Me acuerdo haberlo visto mucho. Era

un disoluto agradable, que tenia algun talento y en especial el de las chanzas que tenia gusto de llevar hasta la sátira; honrado en lo demas, integro, obligante y digno de tener amigos, como capaz de hacerse enemigos. M. Marmontel á quien se atribuia la parodia del *Cinna*, aquella pieza justamente reprobada, no ignoraba que fuese su autor: pero se calló, sufrio la perdida de su fortuna, y mas bien quiso sacrificarla, que descubrir el secreto que se le habia confiado, y que no ha sido descubierto sino mucho tiempo despues de olvidado este asunto.

A la sazon de aquel enredo, fue que los protectores de Bartelemy lo forzaron á no obstinarse en rehusar el Mercurio; pero él halló medio de no tenerlo sino un momento, y lo cedió á M. de la Place. El privilegio se le conservó por órden espresa de sus protectores, con la pension de 500 libras, pero él supo muy pronto deshacerse de él, cediendolo á literatos muy estimables.

En 1771, M. de Aiguillon reemplazó en el ministerio á M. de Choiseul que fue desterrado á su tierra de Chanteloup, adonde Bartelemy no tardó en seguirle. Inmediatamente se solicitó del ministro desagraciado la dimision de su empleo de coronel general de los suizos, la envió sobre la mar-

cha, y el abate queria enviar al mismo tiempo la suya de la secretaría; pero M. de Choiseul lo empeñó en que el mismo la fuese á ofrecer á la corte, y á no desprenderse sin alguna indemnizacion por medio de una cédula sellada con el gran sello y revestida de letras-patentes registradas en el parlamento. Bartelemy obedeció á este consejo, tan juicioso como amigable. El se volvió á Paris, y presentó su dimision á M. de Affry encargado del detall de los suizos y grisones. M. de Affry lo rehusó; pero muchas personas de gran consideracion en aquel tiempo en la corte, le instaron á que la hiciera presente al rey: y viendo á Bartelemy inalterable en su resolucion de retiro, á pesar del ofrecimiento que se le hizo de buena parte de que se endulzaria á su favor, si prometia no volver á Chanteloup, el honrado de M. Affry terminó en fin el negocio, é hizo reservar al abate una pension de diez mil libras sobre el empleo. El no habia pedido nada, y, al dia siguiente de la decision, se volvió para Chanteloup.

Por medio de esta indemnizacion, Bartelemy se hallaba gozando aun de cerca de treinta y cinco mil libras de renta, que, por diferentes cesiones á literatos pobres, supo reducir á veinte y cinco, de las cuales no hizo nn uso fastuoso, sino un

empleo conveniente á su situacion, y digno de un hombre de letras verdaderamente filósofo sin ostentacion. El educó y colocó tres sobrinos; sostubo el resto de su familia en Provenza. y se compuso una biblioteca numerosa y bien escogida, que vendió algunos años antes de su muerte.

Despues de haber gozado por una veintena de años de su decencia, se halló al fin de su vida reducido á lo muy preciso, por las supresiones de plazas y los salarios á que se sujetó. Jamás se quejó de ello, ni aun parecia percibirlo; y tanto como ha podido arrastrase encorvado de un modo espantoso por la edad y las enfermedades, se le ha visto andar alegremente á pie de un cabo á otro de París, aplicar sus cuidados y su complacencia á su respetable amiga madama de Choiseul, que por su parte le prodigaba atenciones tan tiernas como si ella misma fuese su obligada.

En 1789, se le instó para que pidiese una plaza vacante en la academia francesa. Muchas veces se habia rehusado por modestia y por prudencia á semejantes solicitudes; pero al fin se rindió á las instancias de sus amigos, y al voto de la academia. Hizo sus visitas precedido de su reputacion y de la celebridad de su bella obra intitulada: *Viage de Anacarsis el jo-*

ven, que habia salido á luz el año anterior.

El la habia comenzado en 1757, y causó admiracion la constancia de un autor que por espacio de 30 años siguió el mismo plan y se ocupó del mismo trabajo. Es mucho mas de admirar que un hombre se haya atrevido á concebir la idea de un edificio tan vasto, y que en medio de una multitud de deberes á que nunca hizo falta, haya podido acabar esta maravillosa fábrica en solos 30 años.

En esta composicion, á que ninguna otra le parece, no se sabe lo que se debe admirar mas, si la inmensa estension de conocimientos que ecsigia y contiene, si el arte singular de los enlaces, y de las transiciones, que ha sabido ligar imperceptiblemente tantos objetos tan distintos entre si; ó la elegancia contínua, y los infinitos adornos de todas las narraciones, de todas las discusiones, que á la primera ojeada se veria tentado á tomar para los juegos de una bella imaginacion. Tal ha sido en efecto el menosprecio de algunos, que han dado el nombre de romance á una obra en la cual se encuentra toda verdad, y en donde no se hallan sino verdades. Esta crítica, mas aplicable á la Cyropedia de Xenofonte, que al Anacarsis de Bartelemy, no merece ser refutada; y yo no me estenderé mas sobre un libro que anda en

manos da todo el mundo, que todo el mundo lee, que todo el mundo relee, y cuya lectura siempre es agradable é instructiva.

Bartelemy fue elegido por aclamacion (en el año 1789) para la academia francesa; y en su recibimiento fue acogido, y por decirlo así, coronado por las aclamaciones públicas. Su discurso fue como su vida y su carácter, un tegido, un modelo de sencillez, de sentimiento, de modestia, y el director (1) que le respondió, enriqueció su respuesta con gracias donosas y delicadas que brillan en todo lo que sale de su pluma.

El año siguiente (1790) M. de Saint-Priest, ministro entónces del departamento de París y de las letras, ofreció á Bartelemy la honorífica plaza de bibliotecario del rey, vacante por la dimision de M. Le-Noir. El abate recibió con gratitud este ofrecimiento lisonjero, y rehusó la plaza; creyendo no poder encargarse de los detalles minuciosos y forzados de este gran depósito, estando como estaba acostumbrado á trabajos literarios libres é independientes.

Circunscripto por su gusto y por su

(1) *M. de Boufflers tan conocido por sus obras encantadoras.*

modestia al cuidado y tareas del gabinete de medallas, se entregaba a ello con un ardor siempre nuevo, ayudado de su sobrino Bartelemy Courçai que se le habia asociado en 1768, y que hoy es titular de este empleo. Con decir que es digno de semejante tio, es bastante elogio del sobrino, justicia que no se puede dispensar de hacersele.

El gabinete se habia aumentado considerablemente y embellecido en las manos de Bartelemy: Su actividad, su vigilancia no descuidaban ningun objeto; y sus correspondencias que abrazaban con igual suceso, toda la Francia y toda la Europa, le procuraban cada dia nuevos tesoros. La Suecia y la Dinamarca se prestaron á esta contribucion, como lo habia hecho la Italia, y completaron por su parte la coleccion de medallas modernas, cuya continuacion habia sido descuidada con la muerte de M. Colbert, aquel grande hombre que no descuidaba nada de lo que pudiese contribuir ó á las riquezas, ó al adorno de la Francia.

Mas las medallas modernas que cuasi no enseñan mas que lo que se sabe en otras partes, no parecian á Barthelemy un objeto tan interesante para el gabinete, como las antiguas, en las que con razon ponia todos sus esmeros. Solamente los que se hallen

iniciados en este género de trabajo, son los que pueden tener una idea de las dificultades que lo agravan y las infinitas penas que cuesta. Velar incesantemente en el descubrimiento de monumentos raros, preciosos, aun unicos que se hallan sepultados en diversos gabinetes; desenterrarlos de allí, á fuerza de vigilancia y actividad; procurarselos, comprandolos con economía; no insertarlos á continuacion de los otros sino despues de haberse asegurado por un ecsamen minucioso de su autenticidad, y de las singularidades que los distinguen de algunos otros algo semejantes; inscribirlos en fin en el catálogo con su descripcion clara y precisa: tal es la multitud de detalles á que Bartelemy debió sacrificarse por interes del gabinete, de que tenia la guarda una gran parte de su tiempo, de aquel tiempo que él empleaba tan bien y tan gustosamente en sus estudios particulares. Se entregó á este trabajo obscuro y penoso con tanto ardor y constancia, que llegó á doblar las riquezas del gabinete. Habia encontrado veinte mil medallas antiguas, ha dejado cuarenta mil, y yo se de él, que en el curso de su administracion, habian pasado por sus manos y por su vista cuatrocientas mil.

Además de aquellas que le proporcionaban las frecuentes casualidades, consecuencia natural y justa paga de sus cor-

respondencias sin descanso, hizo la adquisicion importante de muchas colecciones preciosas, formadas por diferentes aficionados ilustrados y sábios. Las de Cary, de Cleves, de Pellerin y de Ennery, le subministraron una multitud de objetos del mayor precio por su bella conservacion y su rareza. Allí habia hasta muchas de las unicas en la coleccion de Cleves, que embellecieron singularmente la continuacion de las medallas imperiales en oro.

La coleccion de Pellerin era la mas completa de cuantas ha poseido ningun particular. Habia sido mucho tiempo primer oficial de la secretaria de marina, y una correspondencia de mas de 40 años con todos nuestros cónsules de levante, lo habia enriquecido de una infinidad de medallas griegas desconocidas hasta entónces.

Habiendo llegado el gabinete á un grado tan alto de aumento y de reputacion; era tiempo de públicar sus tesoros y de comunicarlos á todos los sábios de la Europa. Esta era la última operacion que debia coronar los dilatados trabajos de Bartelemy, y al mismo tiempo habria sido por su parte un medio para cumplir con todos los anticuarios franceses ó estrangeros, que le habian subministrado á medida de su deseo tantos preciosos materiales. Este reconocimiento les era mas debido de un hom-

bre, que era su compañero en las diversas sociedades sábias, que se habian apresurado á inscribir su nombre en sus fastos; pues además de la academia francesa, de la de las inscripciones y la academia de Marsella, lo era tambien de las de Madrid, de Cortona, de Pezaro, de Hesse-Cassel, en fin de la de las antiquarias y de la sociedad real de Londres.

Por este concurso de motivos patrióticos y personales, Bartelemy se veia obligado á concluir su carrera, públicando una noticia, una descripcion exâcta y razonada de las riquezas que contenia el depósito que le estaba confiado. La operacion era dispendiosa por la multitud de grabados que ecsigia una recopilacion semejante, y necesitaba no solamente inclinacion, sino tambien los auxîlios del gobierno. Bartelemy obtubo en 1787 la aprobacion del ministerio, y parecia que no habia mas que desear. Pero la buena voluntad de M. de Bretevil entónces ministro de estado, celoso por la gloria de las letras, fué embarazada por diversas circunstancias imperiosas. El embarazo de la real hacienda, desastroso en esta epoca, fué seguido de la asamblea de los notables, que llevaron los estados generales de donde salió un nuevo órden de cosas; y tales fueron los obstaculos, que oponiendose primero á la egecucion de esta bella empresa,

hicieron luego olvidar el proyecto de ella. Este fué el primer suceso que faltó al abate en su continua serie de ventajas á la literatura. La fortuna parecia haber esperado el fin de su carrera, para hacerle sentir el peso de sus inevitables desgracias; y no tardó en tener la ocasion de acordarse y de aplicarse el dicho tan conocido del sabio Solon al rey Creso (1).

Desde el año 1792, la diminucion de sus fuerzas y su decadencia progresiva se hacian notar sensiblemente; y, al principio del año siguiente, se le vió sujeto á caer en flaquezas, en desmayos que le dejaban sin conocimiento las horas enteras. Animoso y calmoso por carácter, no se inquietaba por estos accidentes pasageros; pero sus amigos preveian con dolor su peligro muy proxîmo.

El tenia entónces 78 años cumplidos con 60 años de taréas; y tocaba una desgracia en que ni su edad, ni sus enfermedades, ni su conducta permitian solamente el sospecharla.

El 30 de agosto de 1793, fué denunciado bajo el pretesto de aristocracia (2),

(1) *Ningun hombre puedé ser reputado verdaderamente feliz antes de su muerte.*

(2) APISKATRIA, Aristocracia, *significa exâctamente en griego el gobierno de los mejores.*

(acusacion que podria sorprender á un hombre á quien la lengua griega era tan familiar), y su sobrino participó de esta acriminacion, así como otros cinco ó seis de sus cooperadores en la biblioteca. La denuncia era del nombrado Duby, oficial de la biblioteca, y consignada en una carta de el al llamado Chretien, botillero, miembro de la seccion á que pertenece la biblioteca, quien leyó esta carta primero á la seccion, y despues al comun. Duby no conocia á Chretien; Chretien no conocia á Duby; Barthelemy no habia visto jamás á uno ni á otro; y ya se puede colegir que el no era mas conocido de ellos.

En los tiempos de turbulencia en que la desconfianza parece de primera necesidad, todos los denunciadores son ecuchados, y todas las denuncias admitidas. Esta produjo su efecto, y los prevenidos de acusacion fueron conducidos á la carcel de las Magdelonetas. Se fué á buscar á Bartelemy á casa de madama de Choiseul en donde se hallaba entónces. El se despidió prontamente de su protectora que correspondió con una ternura de que el participaba, pero que no se la manifestaba. De allí fue de donde este respetable anciano fue conducido al lugar de su detencion, en donde encontró á su sobrino Courçay, que habia anunciado á sus camaradas la proxi-

ma llegada de su tio. La victima no tardó, y se ofreció al sacrificio con la serenidad pintada en su semblante. Su alma, tan elevada como sencilla y modesta, gozaba de la calma que dá la conciencia de una vida sin reproche. Sin que esto le impidiese el conocimiento del riesgo de su situacion, combinado con su mucha edad y sus enfermedades. Conocia que no podria resistir sino pocos dias, las incomodidades de una prision, en que le faltarian los aucsilios que le eran necesarios. El lo conocia, y se lo dijo á su sobrino; pero se resignaba en paz con su destino, sin turbarse con las reflexîones, los recuerdos de lo pasado, que agravan de continuo la desgracia de los presos. La época de su arresto no se habia escapado á la observacion de aquellos de que iba á ser camarada. Era el 2 de setiembre, el anniversario bastante memorable de una jornada, que nuestros nietos borrarán si pueden de los fastos de la Francia. Este triste recuerdo, parecia ser un mal agüero de la suerte de Bartelemy; pero ninguno de los presos tubo la indiscrecion de recordarselo.

Ellos vinieron todos á su presencia precipitadamente en la puerta de la prision, y le acogieron con testimonios de una veneracion profunda, y de un enternecimiento sincéro. Su entrada en la casa del lu-

to y de lagrimas tenia el ayre de triunfo. El concerge llamado Vaubertraud y cuyo nombre es justo conservar, usó para con el de atenciones finas y le mostró todas las consideraciones que podia mostrarle. Se le colocó en un cuartito con su sobrino que le prodigó los cuidados mas tiernos, y fue alli donde el recibio en aquella noche la visita de madama de Choiseul. Esta muger tan delicada, que una estrema sensibilidad gasta sus resortes, pero á quien la amistad hace siempre encontrar fuerzas, no habia perdido un momento en esclarecer la religion del gobierno, acerca del error cometido en las oficinas que habian echo arrestar á este respetable anciano. Los amigos zelosos, obligantes y sensibles, le habian ayudado, y no les habia costado trabajo el salir con su intento. El cuerpo encargado de la polícia interior, que no ignoraba ni la edad ni la reputacion de Bartelemy, ni la pureza de su conducta, no habia tenido jamás intencion de comprehenderlo en la órden general fulminada contra los empleados en la biblioteca, y su arresto era una equivocacion, un error que se reparó inmediatamente. Todos los oficiales se apresuraron con gusto á espedir la órden de su salida, con la cual se le fue á despertar á las once de la noche, y á la hora se le restituyó á casa de su tierna y cons-

tante protectora, de donde se le habia arrancado por la mañana. Dejó con mucha pena en la prision á M. de Courçáz aquel sobrino tan digno de su ternura, y tubo el dolor de no verle recobrar la libertad, sino al cabo de quatro meses de detencion.

En quanto á él, no tardó en hacer segunda prueba de aquel feliz ascendiente que un mérito eminente y una virtud reconocida, adquieren sin saberlo sobre todos los espíritus. Se le habia tratado si nó como un culpado, á lo menos como un hombre sospechoso y dañoso, el 2 del mes de setiembre; y en el mes de octubre siguiente, habiendo vacado el bello empleo de bibliotecario en géfe por muerte de Carra y por dimision de Chamfort, se le ofreció del modo mas lisonjero. El no lo aceptó, y se escusó con su vejez, y con las enfermedades que le acompañaban.

Por desgracia la escusa no era frívola, y en todo el año siguiente (1794) su descaecimiento succesivo hizo progresos espantosos. El tocaba el fin de su bella carrera, y solo el no lo percibia; sin embargo de que los continuos desmayos, podian advertirle que el principio de vida se debilitaba por grados. Sus amigos se asustaban con razon de estos ataques de debilidad que se renovaban con frecuencia: pero como él perdia el sentido mien-

tras duraba el deliquio, no conservaba la memoria de ellos; y luego que habian pasado, volvía él á su vida ordinaria. El la pasaba entre la literatura y la amistad: siempre ocupado, siempre sensible, siempre reconocido. No le faltaban los cuidados de sus amigos; y los de su sobrino, tan contínuos como tiernos, adibinaban, prevenian todas sus necesidades, y no le dejaban tiempo de sentirlas. El estaba sin sufrir, pero se consumia poco á poco.

Al principio de este año (1795) conoció que la muerte se acercaba á mas largos pasos. El comenzaba el año 80.mo de una vida toda entera pasada en trabajos que, exîgiendo una fuerte aplicacion, gastan insensiblemente el resorte vital, sin atacar los organos del cuerpo, cuando su constitucion es buena; y tal era la de Barthelemy. Su talla, era muy alta, y la mas bien proporcionada. Parecia que la naturaleza huviese querido asemejar sus formas y sus facciones, á sus costumbres y á sus ocupaciones. Su figura tenia un caracter antiguo, y su busto no puede ser bien colocado, sino entre los de Platon y de Aristoteles. El es obra de una mano hábil (1), que ha sabido poner en su fisonomía aquella mezcla de dulzura, de sencillez, de bondad y de grandeza que volvia

(1) *M. Houdon.*

por decirlo así, visible el alma de este hombre raro.

El rigor escesivo del invierno aceleró probablemente su fin, y él no lo echaba de ver. Sus lecturas, sus ocupaciones literarias disminuian la intensidad, pero eran siempre las mismas, y llenaban todo el tiempo que él no empleaba en la amistad. Habriá podido hacer escribir encima de su puerta, como Maynard sobre la suya:

Aquí es donde yo espero la muerte,
Sin desearla ni temerla.

ella le amenazaba mucho tiempo hácia, y lo alcanzó pon fin en todo abril. El 25 de este mes (6 floreal), se fue á comer en casa de madama de Choiseul, aunque incomodado hacia algunos dias de colicos y desareglo de estómago. La estacion era cruda todavía, y quizás fue acometido del frio á la vuelta. Esto es lo que ha creido su medico (1), hombre hábil y sensible, que lo cuidaba con afecto. La velada de enfermo, se pasó en su casa, como de ordinario, entre tres ó quatro amigos con quienes la conversacion no se interrumpió; pero mas noche, fue verosimilmente atacado de una debilidad que no le dejó tiempo para tocar su campanilla: pues jamás permitia que nadie durmiese en su cuarto. Comtois su escelente domestico, en-

(1) *M. Poissonnier Desperrieres.*

tró allí movido de inquietud, á las ocho de la mañana sorprendido de que el abate, que era muy madrugador, no lo hubiese llamado todavía. El lo encontró sin conocimiento, con los pies en la cama y la cabeza en el suelo, y lo acostó. El conocimiento le volvió poco á poco: pero la fiebre se habia declarado y no se limpió de ella. La tos se volvió fatigosa, y penosa la espectoracion. El pecho se llenó, y este escelente hombre se durmió con el sueño de los justos y de los sábios, sin dolor, y quizás sin ver su fin, aunque habiendo conservado todo su conocimiento hasta su último momento.

Este momento cruel para sus amigos y para las letras llegó el 30 de abril (11 floreal) del presente año, á las 3 de la tarde, y no fue anunciado por ningunos sufrimientos. Una hora antes leia Bartelemy tranquilamente á Horacio; pero sus manos ya frias no podian tener mas el libro y lo dejó caer. Su cabeza se inclinó; parecia que dormia y así se creyó. Su tierno sobrino que no se le babia separado un instante lo creyó tambien, y no perdió esta dulce ilusion hasta el cabo de dos horas en que percibió que no oia mas la respiracion de su tio.

Así murió, con la calma que habia reynado en toda su vida, este hombre. uno de los ornamentos de su siglo; dejando á cada uno de sus parientes un padre que llorar, á

sus amigos una pérdida irreparable que sentir, á los sábios de todas las naciones un egémplo que seguir, á los hombres de todas partes y de todos los tiempos un modelo que imitar.

LISTA

DE LAS

MEMORIAS Y DISERTACIONES

DE

J. J. BARTELEMY

INSERTAS EN LA RECOPILACION DE LA Academia de las inscripciones.

Indagaciones sobre el Pactolo, por estracto. *Tom. XXI., pag. 19. parte histórica.*
Notas sobre una medalla de Xérxes. *Ibid. pag. 404.*
Observaciones sobre una inscripcion de Amyche. *Tom. XXIII. pag. 394.*
Ensayo de una Paleografia numismatica. *Tom. XXIV. pag. 30.*
Disçertacion sobre dos medallas sama-

ritanas de Antigono rey de Judea. Ibid. pag. 49.
Observaciones sobre algunas medallas publicadas por diferentes autores. *T. XXVI. pag. 532.*
Disertacion sobre las medallas arabes. *Ibid. pag. 597.*
Reflexîones sobre el alfabeto y la lengua de que se servian en Palmyra. *Ibid. p. 577.*
Memorias sobre los monumeutos de Roma. *Tom. XXVIII. pag. 579.*
Reflexîones sobre algunos monumentos fenicios. *Tom. XXX. pag. 405.*
Esplicacion de la Mosayca de Palestrina. *Ib. pag 503.*
Reflexîones generales sobre las relaciones de las lenguas egipcia, fenicia y griega. *Tom. XXXII. pag. 212.*
Observaciones sobre algunas medallas publicadas por diferentes autores. *Tom. XXXII. pag. 671.*
Esplicacion de un bajo relieve egipcio y de la inscripcion fenicia que le acompaña. *Ibid. pag. 725.*
Observaciones sobre el número de piezas que se representaban en un mismo dia en el teatro de Atenas. *Tom. XXXIX. pag. 172.*
Notas sobre las medallas del emperador Antonino. *Tom. XII. pag. 501.*

Cartas á los autores del diario de los sabios T. de agosto 1760, en 4.º pag. 495; de diziembre 1761, p. 871; de setiembre, ó nov. 1763. } Sobre las medallas é inscripciones fenicias.

De abril de 1790, sobre las medallas samaritanas.

Carta al marques Olivieri sobre los monumentos fenicios. 1764.

Disertacion sobre una antigua inscripcion griega, llamada el Marmol de Choiseul, relativa al erario de los atenienses. 1791.

Ademas de estos diversos escritos, M. Bartelemy ha dado á M. de Caylus muchos articulos que estan impresos en la recopilacion de las antigüedades.

Hizo para el diario de los sabios un gran número de estractos de libros de antigüedades, tales como los de las ruinas de Palmyra y de Balbec, en los diarios de abril 1754, y de junio 1760.

Hizo para M. de Bertin una memoria sobre las pinturas megicanas de las quales tenia este ministro muchos fragmentos; pero esta memoria se perdió. El autor la sentia y no habia conservado copia de ella.

El se proponia publicar la recopilacion de todas estas disertaciones, con mudanzas y adiciones. Daba un merito particular á lo que ha escrito sobre los monumentos y las lenguas del oriente, y estaba per-

suadido de que los sabios estrangeros acogerian con interes la reunion de estos trozos esparcidos. Lo que mas estimaba despues, era la Paleografia numismatica. La continuacion de este trabajo lo interesaba infinito, y lo ha ocupado hasta sus ultimos dias. Su sobrino espera poder en algun tiempo cumplir sus deseos.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Yo supongo que un escyta, nombrado Anacarsis, vino á la Grecia algunos años antes del nacimiento de Alexandro, y que de Atenas, su mansion ordinaria, hace muchos viages á las provincias vecinas, observando por todas partes las costumbres y los usos de los pueblos, asistiendo á sus fiestas, estudiando la naturaleza de sus gobiernos; algunas veces consagrando sus ratos desocupados en indagaciones sobre los progresos del espíritu humano: otras veces conversando con los grandes hombres que florecian entónces, tales como Epaminondas, Focion, Xenofonte, Platón, Aristoteles, Démosténes &c. Luego que vió á la Grecia sojuzgada por Filipo padre de Alexandro, se vuelve á la Escitya; el pone allí en órden la série de sus viages; y para no verse obligado á interrumpir su narracion, dá cuenta en una introducion de los hechos memorables que habian pasado en la Grecia antes de su salida de la Escitya.

La época que he escogido, una de las mas interesantes que nos ofrece la his-

toria de las naciones, puede ser mirada bajo de dos aspectos. Del lado de las letras y de las artes; ella liga el siglo de Pericles al de Alexandro. Mi escyta ha freqüentado el trato con muchos atenienses que habian vivido con Sofocles, Euripides, Aristofanes, Tucydides, Socrates, Zeuccís y Parrasio. Acabo de citar algunos de los escritores celebres que él ha conocido; él ha visto salir á luz las obras maestras de Praxitéles, de Eufranor, y de Panfilio, así como los primeros ensayos de Apéles y de Prótogénes; y en uno de los últimos años de su mansion en la Grecia, nacieron Epicuro y Menandro.

Bajo el segundo aspecto, esta época no es menos notable. Anacarsis fue testigo de la revolucion que mudó la faz de la Grecia, y que, despues de algun tiempo, destruyó el imperio de los persas. A su llegada, encontró al jóven Filipo junto con Epaminondas; le vió subir al trono de Macedonia, desplegar por espacio de veinte y dos años contra los griegos todos los recursos de su genio, y por fin obligar á aquellos altivos repúblicanos á echarse entre sus brazos.

Yo he compuesto un viage mas bien que una historia, porque todo está en accion en un viage y porque en el se permiten detalles que estan vedados al historiador. Estos detalles, cuando se refieren á los usos, por lo regular apenas se hallan indicados en los autores antiguos; muchas veces están divididos sobre ellos los críticos modernos. Yo los he discutido todos antes de hacér uso de ellos; y aun he suprimido una gran parte, en una revision; y tal vez no he llevado el sacrificio bastante lejos.

Esta obra la comenzé en 1757; no he cesado despues de trabajar en ella. Seguramente no la hubiera emprendido, si menos deslumbrado con la belleza del asunto, hubiera consultado mas á mis fuerzas que á mi valor.

Las tablas que coloco despues de esta advertencia, indicarán el órden que he seguido.

ORDEN CRONOLOGICO

DEL VIAGE

DE ANACARSIS

antes de Jesu-Christo.

Capitulo I. Sale de la Escytia.. . . . . en abril del año. 363.

Cap. VI. Despues de haber hecho alguna mansion en Byzancio, Lesbos, y en Tebas, llega á Atenas...13 de marzo. . . . . 362.

Cap. IX. Va á Corinto y vuelve á Atenas. . . . .1.° de abril del mismo año.

Cap. XII. y sig. Describe la ciudad de Atenas, y da cuenta de sus indagaciones sobre el gobierno, las costumbres y la religion de los atenienses. . . . .el mismo año.

Cap. XXII. Sale para la Fócida. . . . . :abril de. . . . . 361.

Cap. XXIII. y sig. vuelve á Atenas, y despues de haber referido algunos acontecimientos pasados desde el año 357 hasta el 361, trata de muchas materias relativas á los usos de los atenienses, á la historia de las ciencias etc.

Cap. XXXIV. y sig. Parte para la Beócia y para las provincias septentrionales de la Grecia. . . . . 357.

Cap. XXXVII. Pasa el invierno de 356 á 357 en Atenas, de donde se dirige á las provincias meridionales de la Grecia. . . . .marzo. . . . . 356.

Cap. XXXVIII. Asiste á los juegos Olimpicos. . . . julio del mismo año.
Cap. LIV. y sig. Vuelve á Atenas, en donde continua sus indagaciones.
CaP. LX. Refiere los sucesos notables acaecidos en Grecia y en Sicilia desde el año 354 hasta el año 357.
Cap. LXI. Parte al Egipto y á la Persia. . . . . 354.
Durante su ausencia que fué de once años, recibió de Atenas muchas cartas que le instruian de los movimientos de la Grecia, de las empresas de Filipo, y de muchos hechos interesantes.
Cap. LXII. A su vuelta de Persia encuentra en Mitylena, á Aristoteles que le comunica su tratado de los gobiernos. Anacarsis hace un estracto de ellos. . . . . 348.
Cap. LXIII y sig. vuelve á Atenas, en donde se ocupa en sus tareas ordinarias. . . . . el mismo año.
Cap. LXXII. y sig. Emprende un viage a las costas del Asia menor, y á muchas islas del Archipiélago. . . . . 342.
Cap. LXXVI. Asiste á las fiestas de Delos. . . . . 341.
Cap. LXXX. Vuelve á Atenas y continua sus indagaciones. . . . . el mismo año.
Cap. LXXXII. Despues de la batalla de Chéronea, se vuelve á la Escytia. . . . . 337.

DIVISION DE LA OBRA.

TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Que contiene un compendio de la historia griega desde los tiempos mas remotos hasta la toma de Atenas en 404. antes de J. C.

Estado salvage de la Grecia. . . . . Página... 1
Arribo de las colonias orientales. . . . 2
Inaco y Foroneo. 3

PRIMERA PARTE.

Cecrope. 4
Argonautas. 17
Hércules. 18
Teséo. 20
Primera guerra de Tébas. 36
Segunda guerra de Tébas ó guerra de los Epigonas. 39
Guerra de Troya. 41
Vuelta de los Eraclidas. 51
Reflecsiones sobre los siglos heroycos. . 53
Establecimiento de los jónicos en el Asia menor. 77
Homero. 80

SEGUNDA PARTE.

Seccion primera, siglo de Solon. . . . 95
Dracon. 97
Epimenides. 100
Legislacion de Solon. 103
Pisistrato. 136
Reflecsiones sobre la legislacion de Solon. 148
Seccion segunda, siglo de Temistocles y de Aristides. 158
Batalla de Maratón. 178
Combate de las Termópylas. 207
Combate de Salamina. 226
Batalla de Platéa. 249

Cartas á los autores del diario de los sabios T. de agosto 1760, en 4.º pag. 495; de diziembre 1761, p. 871; de setiembre, ó nov. 1763. } Sobre las medallas é inscripciones fenicias.

De abril de 1790, sobre las medallas samaritanas.

Carta al marques Olivieri sobre los monumentos fenicios. 1764.

Disertacion sobre una antigua inscripcion griega, llamada el Marmol de Choiseul, relativa al erario de los atenienses. 1791.

Ademas de estos diversos escritos, M. Bartelemy ha dado á M. de Caylus muchos articulos que estan impresos en la recopilacion de las antigüedades.

Hizo para el diario de los sabios un gran número de estractos de libros de antigüedades, tales como los de las ruinas de Palmyra y de Balbec, en los diarios de abril 1754, y de junio 1760.

Hizo para M. de Bertin una memoria sobre las pinturas megicanas de las quales tenia este ministro muchos fragmentos; pero esta memoria se perdió. El autor la sentia y no habia conservado copia de ella.

El se proponia publicar la recopilacion de todas estas disertaciones, con mudanzas y adiciones. Daba un merito particular á lo que ha escrito sobre los monumentos y las lenguas del oriente, y estaba per-

TOMO TERCERO.

Cap. XXI. Dela religion, de los ministrós sagrados, de los principales crimenes contra la religion.
Cap. XXII. Viage de la Fócyda. Juegos Piticos. El templo y el oráculo de Delfos.
Cap. XXIII. Sucesos notables acaecidos en la Grecia (desde el año 357 hasta el de 361 antes de J. C.) Muerte de Agesilao rey de Lacedemonia. Advenimiento de Filipo al trono de Macedonia. Guerra social.
Cap. XXIV. De los hechos de los atenienses.
Cap. XXV. De las casas y de los convites de los atenienses.
Cap. XXVI. De la educacion de los atenienses.
Cap. XXVII. Conversaciones sobre la música de los griegos.
Cap. XXVIII. Continuacion de las costumbres de los atenienses.
Cap. XXIX. Biblióteca de un ateniense. Clase de filosofia.
Cap. XXX. Continuacion del capitulo precedente. Discurso del gran sacerdote de Ceres sobre las causas primeras.
Cap. XXXI. Continuacion de la biblióteca. La astronomia.
Notas.

TOMO QUARTO.

Cap. XXXII. Aristipo.
Cap. XXXIII. Contiendas entre Dionisio el jóven rey de Syracusa y Dion su cuñado. Viages de Platon á Sicilia.
Cap. XXXIV. Viage por la Beócia; la cueva de Trofonio; Hesiodo; Pindaro.
Cap. XXXV. Viage de Tesalia. Anfictiones; Mágicas; Reyes de Feres; Valle de Tempe.
Cap. XXXVI. Viage de Epiro, de Acarnania, y de Etólia. Oráculo de Dodona. Salto de Leucadia.
Cap. XXXVII. Viage de Megára, de Corinto, de Sicyon de la Acaya.
Cap. XXXVIII. Viage de la Elida. Juegos olimpicos.
Cap. XXXIX. Continuacion del viage de la Elida. Xenofonte en Escillonta.
Cap. XL. Viage de Messenia.
Notas.

TOMO QUINTO.

Cap. XLI. Viage por Laconia.
Cap. XLII. Los habitantes de la Laconia.
Cap. XLIII. Ideas generales sobre la legislacion de Licurgo.
Cap. XLIV. Vida de Licurgo.
Cap. XLV. Del gobierno de Lacedemonia.
Cap. XLVI. De las leyes de Lacedemonia.
Cap. XLVII. De la educacion de los espartanos.
Cap. XLVXII. De los usos y costumbres de los espartanos.
Cap. XLIX. De la religion y de las fiestas de los espartanos.
Cap. L. Del servicio militar entre los espartanos.
Cap. LI. Defensa de las leyes de Licurgo: causas de su decadencia.
Cap. LII. Viage por la Arcadia.
Cap. LIII. Viage por la Argolida.
Cap. LIV. La república de Platon.
Cap. LV. Del comercio de los atenienses.
Cap. LVI. De las imposiciones y del erario entre los atenienses.
Cap. LVII. Continuacion de la biblioteca de un ateniense. La Lógica.
Notas.

TOMO SEXTO.

Cap. LVIII. Sigue la biblioteca de un ateniense. La retorica.
Cap. LIX. Viage por el Atica. Agricultura. Minas de Sunium. Discurso de Platon sobre la formacion del mundo.
Cap. LX. Acontecimientos notables sucedidos en Grecia y en Sycilia (desde el año 354 hasta el de 357 antes de J. C.) Espedicion de Dion. Sentencia de los generales Timoteo, é Ificrato. Principio de la guerra sagrada.
Cap. LXI. Cartas sobre los negocios generales de la Grecia, dirigidas á Anacarsis y á Filotas, durante su viage á Egipto y á Persia.
Cap. LXII. De la naturaleza de los gobiernos, segun Aristóteles y otros filósofos.
Cap. LXIII. Dionisio, rey de Sicilia, en Corinto. Hazañas de Timoleon.
Notas.

TOMO SEPTIMO.

Cap. LXIV. Sigue la biblioteca. Física. História natural. Genios.
Cap. LXV. Sigue la biblióteca. História.
Cap. LXVI. Sobre los nombres proprios usados entre los griegos.
Cap. LXVII. Socrates.
Cap. LXVIII. Fiestas y misterios de Eleuxîs.
Cap. LXIX. História del teatro de los griegos.
Cap. LXX. Representacion de las piezas.
Cap. LXXI. Conversaciones sobre la naturaleza, y sobre el objeto de la tragedia.
Notas.

TOMO OCTAVO.

Cap. LXXII. Estracto de un viage á las costas del Asia, y á algunas de las islas vecinas.
Cap. LXXIII. Continuacion del capitulo antecedente; las islas de Rodas, de Creta y de Cos.
Cap. LXXIV. Descripcion de Samos.
Cap. LXXV. Conversacion de Anacarsis y de un samiense sobre el instituto de Pytagoras.
Cap. LXXVI. Delos y las Cycladas.
Cap. LXXVII. Ceremonias del casamiento.
Cap. LXXVIII. Continuacion del viage por Delos. Sobre la felicidad.
Cap. LXXIX. Continuacion del viage por Delos. Sobre las opiniones religiosas.
Cap. LXXX. Continuacion de la biblioteca. La poesia.
Cap. LXXXI. Continuacion de la biblioteca. La moral.
Cap. LXXXII. y último. Nuevas empresas de Filipo. Batalla de Chêronea. Retrato de Alexandro.
Notas.

TOMO NONO.

ADVERTENCIA SOBRE LAS TABLAS.

I. Tabla. Que contiene las principales épocas de la historia griega, desde la fundacion del reyno de Argos, hasta el reynado de Alexandro.
II. . . . . Que contiene los nombres de los que se han distinguido en las letras y en las

Cartas á los autores del diario de los sabios. T. de agosto 1760, en 4.º pag. 495; de diziembre 1761, p. 871; de setiembre, ó nov. 1763. } Sobre las medallas é inscripciones fenicias.

De abril de 1790, sobre las medallas samaritanas.

Carta al marques Olivieri sobre los monumentos fenicios. 1764.

Disertacion sobre una antigua inscripcion griega, llamada el Marmol de Choiseul, relativa al erario de los atenienses. 1792.

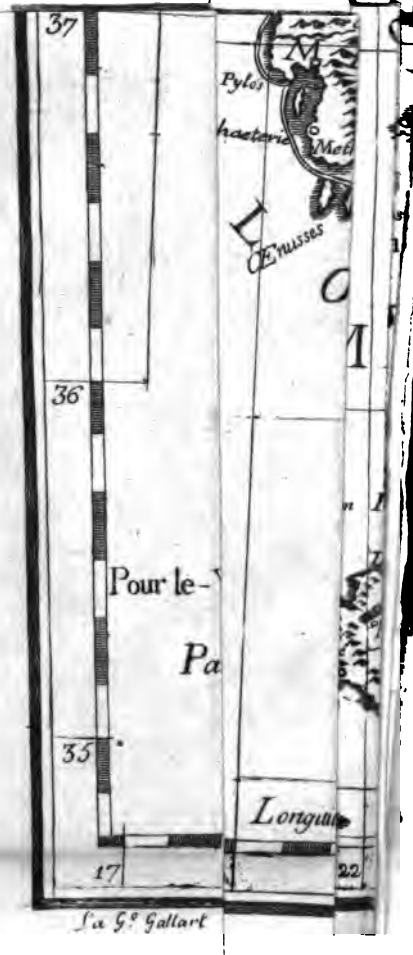
Ademas de estos diversos escritos, M. Bartelemy ha dado á M. de Caylus muchos articulos que estan impresos en la recopilacion de las antigüedades.

Hizo para el diario de los sabios un gran número de estractos de libros de antigüedades, tales como los de las ruinas de Palmyra y de Balbec, en los diarios de abril 1754, y de junio 1760.

Hizo para M. de Bertin una memoria sobre las pinturas megicanas de las quales tenia este ministro muchos fragmentos; pero esta memoria se perdió. El autor la sentia y no habia conservado copia de ella.

El se proponia publicar la recopilacion de todas estas disertaciones, con mudanzas y adiciones. Daba un merito particular á lo que ha escrito sobre los monumentos y las lenguas del oriente, y estaba per-

suadido de que los sabios estrangeros acogerian con interes la reunion de estos trozos esparcidos. Lo que mas estimaba despues, era la Paleografia numismatica. La continuacion de este trabajo lo interesaba infinito, y lo ha ocupado hasta sus ultimos dias. Su sobrino espera poder en algun tiempo cumplir sus deseos.


37
36
35
17
22
Pylos
Meth
Pour le-
Pa
Longitu
Sa Gr. Gallart

suadido de que los sabios estrangeros acogerian con interes la reunion de estos trozos esparcidos. Lo que mas estimaba despues, era la Paleografia numismatica. La continuacion de este trabajo lo interesaba infinito, y lo ha ocupado hasta sus ultimos dias. Su sobrino espera poder en algun tiempo cumplir sus deseos.

Pero ya sea que el hombre por fin se canse de ser feroz, ya que el clima de la Grecia endulzase tarde ó temprano el carácter de los que la habitaban, muchos enxambres de salvages corrieron en pos de legisladores que emprendieron civilizarlos. Estos legisladores eran egypcios de aquellos que acababan de arribar á las costas de la Argolida; los quales iban en busca de un asilo, y vinieron á ser los fundadores de un imperio (1). Seguramente fue un bello espectáculo, el ver unos pueblos agrestes y crueles acercarse temblando á una colonia extrangera, admirar sus trabajos pacificos, desmontar sus bosques tan antiguos como el mundo, descubrir debaxo de sus pies una tierra desconocida y hacerla fertil; extenderse con sus ganados por las llanuras y llegar en fin á pasar en la inocencia aquellos dias tranquilos que dieron la nombradia de edad de oro á aquellos siglos remotos.

Mosch. ap. Stoc. eccl. phys. lib. 1. p. 18. Athen. lib. 14. p. 660. Sext. Empir. adv. rhet. lib. 2. p. 295. Cicer. de invent. lib. 1. cap. 2. t. 1. p. 24. id. orat. pro Sex. cap. 42. t. 6. p. 38. Horat. sat. lib. 1. satir. 3. v. 99.

(1) *Cast. apud Euseb. chron. lib. 1. p. 11. Syncell. p. 64. 124.*

INACHÔ Y FORONEO.

Esta revolucion comenzó debaxo del poder de Inachô, (*) quien habia conducido la primera colonia egypcia (1), y continuó sugeta á Foronéo su hijo (2); y en un corto espacio de tiempo, la Argolida, la Arcadia y las regiones vecinas, mudaron de aspecto (3).

Cerca de tres siglos despues se aparecieron Cecrope, Cadmo y Danáo, (**) el uno en el Attica, el otro en la Beocia y el tercero en la Argolida trayendo con sigo nuevas colonias de egipcios y fenicios. La industria y las artes abrieron paso por los limites del Peloponéso, y sus progresos añadieron, por decirlo así, nuevos pueblos al género humano.

No obstante, una parte de los salvages, se habia retirado á las montañas, ó hacia las regiones septentrionales de la Grecia y habiendo acometido á los pueblos re-

(*) *En 1970. antes de J. C.*

(1) *Freret. def. de la chronol. p. 275.*

(2) *Pausan. lib. 2. cap. 15. p. 145. Clem. Alex. cohort. ad gent. p. 84. Tatian. orat. ad Græc. p. 131.*

(3) *Pausan. lib. 8. cap. 3. p. 601.*

(**) *Cecrope en 1657 antes de la era de J. C. Cadmo en 1594. Danao en 1586.*

cien establecidos, estos oponiendo el valor á su ferocidad, los forzaron á obedecer las leyes, ó á retirarse á otros climas á gozar de una funesta independencia.

El reynado de Foronéo, es la época mas antigüa de la historia de los griegos; (1) y la de Cécrope de la de los athenienses. Desde este último principe, hasta el fin de la guerra del Peloponéso, trascurrieron cerca de 1250 años, que divido en dos intervalos. El uno acaba en la primera de las olimpiadas, y el otro en la toma de Athenas por los lacedemonios. (*) Voy á referir los principales acontecimientos que han pasado en uno y en otro y me dedicaré por preferencia á aquellos que conciernen á los athenienses; con la advertencia que baxo del primero de estos periódos serán confundidos en mi narracion como lo son en las tradiciones antigüas, los hechos verdaderos con los pasages fabulosos que igualmente necesitan conocerse para la inteligencia de la religion y de los usos y costumbres de la Grecia; y no será estraño que mi estilo se resienta del de los autores que he consultado, porque quando uno está en

(1) *Plat. in Tim. tom. 3. p. 22. Cl. Al. t. 1. p. 380. Pli. lib. 7. cap. 56. t. 1. p. 417.*

(*) *Primera Olympiada en 776 ant. de la era de J. C. Tomas de Athenas en 404.*

el país de las ficciones no es dificil que alguna vez no se le pegue su lenguage.

PRIMERA PARTE.

La colonia de Cecrope traia su origen de la ciudad de Saïs en Egipto (1). Ella habia abandonado las márgenes afortunadas del Nilo, por substraerse de la ley de un vencedor inexôrable, y despues de una larga navegacion habia llegado á las riberas de la Attica habitadas de tiempo inmemoriál por un pueblo al que las naciones feroces de la Grecia se habian desdeñado sugetar, porque ni sus campos esteriles ofrecian ningun botin, ni su debilidad podia inspirar algun temor. (2) Acostumbrado á las dulzuras de la paz, libre sin conocer el precio de la libertad; mas grosero que bárbaro debia unirse sin esfuerzo á los extrangeros instruidos por la desgracia: así fue que bien pronto los egipcios y los habitantes de la Attica formaron un solo cuerpo; pero los primeros tomaron sobre los segundos aquel ascendiente que tarde ó temprano se atrae

(1) *Plat. in Tim. t. 3. p. 21. Theopomp. ap. Euseb. Præpar. evang. lib. 10. cap. 10. pag. 491. Diod. Sic. lib. 1. p. 24.*

(2) *Thucyd. lib. 1. cap. 2. Isocr. Paneg. t. 1. p. 130.*

la superioridad de las luces, y Cecrope puesto á la cabeza de unos y otros, concibió el proyecto de hacer la felicidad de la patria que acabada de adoptar.

Los antigüos habitantes de esta comarca veian renacer todos los años las frutas silvestres de la encina con cuya reproduccion les aseguraba la naturaleza su subsistencia sin necesidad de trabajar. Cecrope les presentó un alimento mas dulce y les enseñó á perpetuarlo. Diferentes especies de granos fueron confiadas á la tierra (1). El olivo fue transportado de Egipto al Attica (2). Arboles antes desconocidos extendieron sobre ricas cosechas sus ramas cargadas de frutos. El habitante del Attica arrastrado por el exemplo de los egipcios que eran expertos en la agricultura, redoblaba sus esfuerzos y se endurecia con la fatiga; pero aun no estaba bastante animado por intereses mas poderosos, á endulzar sus penas y excitar su amor al trabajo.

La union del hombre y la muger se sugetó á las leyes (3); y estos reglamentos,

(1) *Schol. Tzetz ad Hesiod. oper. v. 32. Cicer. de leg. lib. 2. cap. 25. t. 3. p. 158.*

(2) *Syncell. p. 153.*

(3) *Justin. lib. 2. cap. 6. Athen. lib. 13. pag. 555. Suid. in promet. Nonn. Dyonis. l. 41. v. 386. Schol. Aristoph. in Plut. v. 773.*

mentes de un nuevo órden de virtudes y de placeres, hicieron conocer las ventajas de la decencia, los atractivos del pudor, el placer de agradar, la dicha de amar, la necesidad de amar siempre. El Padre oyó en el fondo de su corazon la voz secreta de la naturaleza la oyó en el corazon de su esposa y de sus hijos; se sorprendió derramando lágrimas que no le arrancaba el dolor y aprendió á estimarse haciendose sensible. No tardaron mucho las familias en estrecharse por las alianzas ó por las mutuas necesidades; cadenas sin número rodearon todos los miembros de la sociedad; y conocian la satisfaccion de comunicar sus bienes propios, y tener pena por los males agenos.

Otros motivos facilitaron la práctica de los deberes. Los primeros griegos ofrecian sus homenages á dioses cuyos nombres ignoraban, y de quienes creian que por estar muy lexanos de los mortales y reservar todo su poder para arreglar la marcha del universo, apenas manifestaban algunas de sus voluntades, á algun pequeño canton de Dodona en Epiro (1). Las colonias extrangeras dieron á estas divinidades los nombres que tenian en Egipto, en Lybia (2), en Fé-

(1) *Herod. lib. 2. c. 52.*
(2) *Id. lib. 2. cap. 50.*

nicia, y les atribuyeron á cada uno, imperio limitado y funciones particulares. La ciudad de Argos fue especialmente consagrada á Juno (1), la de Athenas á Minerva (2); la de Thebas á Baco (3). Por esta ligera adicion al culto religioso, creyeron, que los dioses se habian acercado á la Grecia y dividido entre sí sus provincias. El pueblo los creyó mas accesibles creyendolos menos poderosos y menos ocupados; por todas partes les rodeaban sus dioses, y asegurado de fixar en adelante sus miradas, concibió una idea mas alta de la naturaleza del hombre.

Cecrope multiplicó los objetos de la veneracion publica, é invocó al soberano de los dioses con el título de altisimo (4): levantó por todas partes templos y altares; pero prohibió derramar en ellos la sangre de las víctimas, fuese por conservar los animales destinados para la agricultura, ó fuese para inspirar á sus vasallos el horror de una escena bárbara que habia pasado en Arcadia (5), en donde, un hombre, un rey,

(1) *Hygin. fab. 143. Lact. ad Stat. Theb. lib. 1. v. 541. l. 4. v. 589.*

(2) *Apollod. lib. 3. pag. 237. Syncell. p. 153.*

(3) *Herod. lib. 2. cap. 49. Frer. def. de la chron. p. 319.*

(4) *Meurs. de reg. Athen. lib. 1. cap. 9.*

(5) *Pausan. lib. 8. cap. 2. p. 600.*

el feroz Lycaon, acababa de sacrificar allí un hijo á los dioses, á quienes se ultraja tantas veces quantas se ultraja á la naturaleza. El homenage que les ofreció Cecrope era mas digno de su bondad: este consistia en espigas ó granos, primicias de las cosechas con que enriquecia al Attica, y panales, tributo de la industria que sus habitantes comenzaban á conocer.

Todos los reglamentos de Cecrope respiraban sabiduria y humanidad. El puso toda su atencion en procurar á sus vasallos una vida tranquila, y grangear sus respetos aun mas allá de la muerte. Quiso que se depositasen sus despojos mortales en el seno de la madre comun de los hombres, y que luego se sembrase la tierra que los cubria, á fin de que el cultivador no se defraudase de esta porcion de terreno (1). Los parientes, adornada su cabeza con una corona, daban un convite funebre, y allí era donde, sin escuchar la voz de la lisonja ó de la amistad, se honraba la memoria del hombre virtuoso, se difamaba al perverso. Por medio de estas prácticas, entrevieron los pueblos, que el hombre poco zeloso de conservar despues de su muerte una segunda vida en la estimacion pública, debe á lo

(1) *Cicer. de leg. lib. 2. cap. 25. t. 3. p. 158.*

menos dexar una reputacion de que sus hijos no tengan que avergonzarse.

La misma sabiduria brillaba en el establecimiento de un tribunal que parece haberse formado hacia los ultimos años de este principe, ó al principio del reynado de su succesor (1): hablo del Areopago, el qual, desde su origen, no ha pronunciado jamás una sentencia que haya dado motivo á quexarse (2), y el que contribuyó mas á dar á los griegos las primeras nociones de la justicia (3).

Si Cecrope hubiera sido el autor de aquellas memorables instituciones y de otras tantas que empleó en ilustrar á los atheniense, hubiera sido el primero de los legisladores, y el mas grande de los mortales; pero ellas eran la obra de toda una nacion cuidadosa de perfeccionarlas, durante una larga serie de siglos. El las habia llevado del Egipto, y el efecto que ellas produxeron fue tan pronto, que la Attica se halló muy breve poblada de veinte mil habitantes (4), los quales fueron divididos en quatro tribus (5).

(1) *Marm. Oxon. Epoch. 3. p. 348.*
(2) *Demosth. in Arist. p. 735.*
(3) *Ælian. var. hist. lib. 3. cap. 38.*
(4) *Philoch. ap. Schol. Pind. olymp. od. 9. v. 68.*
(5) *Steph. in Act. Poll. lib. 8. cap. 9. sect. 109. Eust. in Dionys. v. 423.*

Estos progresos tan rápidos, se atraxeron a atencion de los pueblos que no vivian ino de rapiñas. Los corsarios se desembarcaron en las costas de la Attica; los béocios robaron sus fronteras (1), y derramaron el terror por todas partes. Cecrope se aprovechó de ello para persuadir á sus vasallos, á que uniesen sus moradas dispersas entónces en el campo, y por medio de un cercado librarse de los insultos que acababan de experimentar. Los fundamentos de Athenas fueron puestos sobre la colina donde se vé hoy la ciudadela (2): otras once ciudades se edificaron en diferentes partes; y los habitantes poseidos del susto, hicieron sin sentir, el sacrificio que debia costarles mas pena, qual es el renunciar la libertad de la vida campestre (3), y encerrarse dentro de los muros que ellos habrian mirado como la mansion de la esclavitud, si no hubiera sido preciso mirarlos como el asilo de la debilidad. Al abrigo de sus terraplenes fueron ellos los primeros de los griegos en deponer durante la paz, aque-

(1) *Philoch. ap. Strab. lib. 9. p. 397.*
(2) *Plin. lib. 7. cap. 56. t. 1. p. 413. Eustath. in Dion. v. 423. Etymol. magn. in Epacr.*
(3) *Philock. apud Strab. ibid.*

llas armas matadoras que antes no soltaba jamas (1).

Cecrope murió, despues de un reynado de cincuenta años (2). Habia sido casado con la hija de uno de los principales habitantes del Attica (3). Tuvo un hijo á quien vió morir, y tres hijas á quienes los athenienses decretaron despues los honores divinos (4); Ellos todavia conservan su sepulcro en el templo de Minerva (5), y su memoria está grabada con caractéres indelebles en la constelacion de Aquario que le han consagrado (6).

Despues de Cecrope, reynaron durante el espacio de quinientos sesenta y cinco años, diez y siete principes, de los quales Codro fué el último.

La mayor parte de ellos no merece que la posteridad se detenga en mirarlos. Y en efecto ¿Que importa, que algunos hayan sido despojados por sus succesores, de las dignidades que hayan usurpado, y que los nombres de otros por casualidad se hayan

(1) *Thucyd. lib. 1. cap. 6.*
(2) *Suid in promet.*
(3) *Apollod. lib. 3. p. 239.*
(4) *Herod. lib. 8. cap. 53. Pausan. lib. 1. cap. 18. & 27. Etymol. in Arreph.*
(5) *Antioch. ap. Clem. Alex. lib. 1. p. 39.*
(6) *Hygin. poet. astron. lib. 2. cap. 29.*

lvado del olvido? Busquemos en sus reyados los hechos, que han influido en el arácter de la nacion, que debian contribu- á su felicidad. Baxo los reynados de Cerope y de Cranao su succesor, los habiantes del Attica gozaron de una paz harto onstante. Acostumbrados á las dulzuras y la servidumbre de la sociedad, estudiaban sus deberes en sus necesidades, y sus costumbres se formaban tras de los exemplos.

Sus conocimientos acrecentados por lazos tan intimos, aun se aumentáron por el comercio de las naciones vecinas. Algunos años despues de Cecrope, las luces del Oriente penetraron en la Beocia. Cadmo al frente de una colonia de fenicios conduxo allí á la mas sublime de todas las artes, la de retener por simples rasgos los sones fugitivos de la palabra, y las mas finas operaciones del espíritu (1). El secreto de la escritura, introducido en Attica fue destinado allí algun tiempo despues, á conservar la memoria de los sucesos notables.

En quanto á las otras artes, no podemos fixar en un modo preciso el tiempo en que allí fueron conocidas, respecto á ello no tenemos, sino tradiciones á que referirnos. En el reynado de Erichthonio, la

(1). *Herod. lib. 5. cap. 58. Lucan. lib. 3. v. 220. Bochart. geog. sacr. lib. 1. cap. 20.*

colonia de Cecrope acostumbró á los caballos, ya dociles al freno, á tirar con trabajo de un carro (1), y aprovechó el trabajo de las abejas, cuya especie perpetuó en el monte Hyméta (2).

Baxo de Pandion, hizo nuevos progresos en la agricultura; (3) pero habiendo una larga seca destruido las esperanza del labrador, las cosechas del Egipto remediaron las necesidades de la colonia (4), y se tomó una ligera tintura del comercio. Erechtheo su succesor, ilustró su reynado con establecimientos útiles (5), y los athenienses le consagraron un templo despues de su muerte (6).

Estos descubrimientos succesivos redoblaban la actividad del pueblo; y procurandole la abundancia lo preparaban para la corrupcion; porque desde que se llegó á

(1) *Plin. lib. 7. cap. 56. t. 1. p. 416. Ælian. hist. var. lib. 3. c. 38. Arist. in Minerv. orat. t. 1. p. 22. Virg. Georg. lib. 3. v. 113.*

(2) *Columell. de re rustic. lib. 9. c. 2.*

(3) *Meurs. de reg. Athen. lib. 2. c. 2.*

(4) *Diod. Sic. lib. 1. pag. 25.*

(5) *Diod. ibid. Meurs. ibid. c. 7.*

(6) *Herod. l. 8. c. 55. Cic. de nat. deor. lib. 3. c. 19. t. 2. p. 503. Paus. lib. 1. cap. 26. p. 62.*

comprender que hay en la vida bienes que el arte añade á los de la naturaleza, las pasiones despertadas se fueron tras esta nueva imágen de felicidad. La imitacion ciega, este móbil poderoso de la mayor parte de las acciones de los hombres y que al principio no habia excitado sino una emulacion dulce y benéfica, produxo bien presto el amor á las distinciones, el deseo de preferencias, el zelo y el aborrecimiento. Los principales ciudadanos haciendo mover á su gusto diferentes resortes, llenaron la sociedad de turbaciones y elevaron sus miras sobre el trono. Amphyction obligó á Cranao á baxar de él, y este mismo tuvo que cederlo á Erichthonio (1).

A medida que el reyno de Athenas tomaba nuevas fuerzas, se veian los de Argos, Arcadia, Lacédomonia, Corintho, Sicyon, Thébas, Thésalia y Epiro crecer por grados, y continuar su revolucion sobre la escena del mundo.

Con todo, la antigua barbarie volvia á parecer, á pesar de las leyes y de las costumbres. Se levantaban por intervalos hombres robustos (2), que se ocupaban en acometer á los pasageros en los caminos, ó principes, cuya crueldad fria imponia á los ino-

(1) *Pausan. lib. 1. cap. 2. p. 7.*
(2) *Plut. in Thes. t. 1. p. 3.*

centes, suplicios lentos y dolorosos. Mas la naturaleza que incesantemente balancea el mal por el bien, hizo nacer para destruirlos, hombres mas robustos que los primeros, tan poderosos como los segundos, y mas justos que los unos y los otros; que recorrian la Grecia, la purgaban del salteamiento de los reyes y de los particulares, y aparecian en medio de los griegos, como mortales de un órden superior; y este pueblo niño, tan extremoso en su reconocimiento como en sus alarmas, correspondia con tanta gloria á la menor de sus hazañas, que el honor de protegerlos habia llegado á ser la ambicion de las almas fuertes.

Esta especie de heroismo desconocido á los siglos siguientes, ignorado de otras naciones, el mas propio á lo menos para conciliar los inteses del orgullo con los de la humanidad, se germinaba por todas partes y se exercia sobre todas suertes de obgetos. Si un animal feroz, salido del fondo de los bosques, sembraba el terror en los campos, el heróe de la comarca se hacia un deber de triunfar de el, en la presencia de un pueblo, que todavia miraba la fuerza como la primera de las qualidades; y al valor como la primera de las virtudes. Los mismos soberanos vanagloriosos de juntar á sus títulos la preeminencia del mérito mas estimado en su siglo, se empeñaban en los

combates; que con la manifestacion de su valor, legitimaban mas su poder. Empero muy pronto ellos amaron los peligros que antes se contentaban con no temer, y se fueron á mendigarlos lexos donde los hicieron nacer á su rededor; y como las virtudes expuestas á las alabanzas se marchitan facilmente, su valor degenerado en temeridad cambió no menos de objeto que de carácter. La salud de los pueblos no dirigia mas sus empresas: todo era sacrificado á pasiones violentas, cuya impunidad redoblaba la licencia: la mano que acababa de derribar á un tirano de su trono, despojaba á un principe justo de las riquezas que habia heredado de sus padres, ó le robaba una esposa distinguida por su belleza. La vida de los antiguos heroes está deturpada con manchas vergonzosas.

ARGONAUTAS.

Muchos de entre estos, conocidos con el nombre de argonautas (*), formaron el proyecto de irse á un clima lexano con el fin de apoderarse de los tesoros de Æëtes rey de Colchôs (1); para lo qual tuvieron que

(*) *Hacia el año de 1360 ant. de J.C.*
(1) *Omer. Odyss. lib. 12. v. 70. schol. ibid. Herod. lib. 4. cap. 145. Diodor. Sic.*

atravesar mares desconocidos y desafiar sin cesar nuevos riesgos, pero cada uno de ellos se habia señalado por tantas proezas que reuniendose, se creyeron invencibles y lo fueron en efecto. Entre estos héroes se vió á Jason que seduxo y robó á Médea hija de Æëtes, pero que perdió por su ausencia el reyno de Thessalia que le pertenecia por su nacimiento; á Castor y á Polux hijos de Tyndaro, rey de Esparta, celebres por su valor, y mucho mas por una union por la qual merecieron altares: á Peleo rey de Phthiotia, que pasaria por un grande hombre si su hijo Aquiles no hubiera sido mas grande que el: al poeta Orféo, que participaba de los trabajos que endulzaba con sus cantos; á Hércules en fin el mas ilustre de los mortales y el primero de los semi-dioses (1).

HERCULES.

Toda la tierra está llena del ruido de su nombre y de los monumentos de su gloria. El descendia de los reyes de Argos: se dixo que era hijo de Júpiter y de Alcmena esposa de Anfitryon; el que hizo

l. 4. p. 245. Apollod. l. 1. p. 53. Apoll. Argom. &c.

(1) *Diod. lib. 4. p. 223. Apollon. Argon. lib. 1. v. 494.*

caer á sus pies al leon de Néméa (1), al toro de Creta, al javali de Erymantha, la hydra de Lerna y monstruos aun mas féroces, como á un Busiris rey de Egipto, que mojaba vilmente sus manos en sangre de los estrangeros; á un Anthéo de Libya que no los mataba sino despues de haberlos vencido en la lucha; á los gigantes de Sicilia, á los Centauros de Thessalia y á todos los vandidos de la tierra, cuyos limites habia fixado al occidente (2) como Baco al oriente. Se añade que el abrió las montañas para reunir las naciones, que ahondó los estrechos para confundir los mares, que triunfó de los infiernos, y que hizo triunfar á los dioses en las batallas que dieron á los gigantes.

Su historia es un texido de prodigios, ó mas bien, es la historia de todos aquellos que han tenido el mismo nombre y padecido los mismos trabajos que él (3). Se han exagerado sus hazañas, y reuniendolas en un solo hombre y atribuyendole todas las grandes empresas cuyos autores se ignoraban, se le ha cubierto de un resplandor

(1) *Apollod. lib. 2. p. 109. &c.*
(2) *Plat. in Phoed. t. 1. p. 109.*
(3) *Diod. Sic. lib. 3. p. 208. Cicer. de nat. deor. lib. 3. cap. 16. t. 2. p. 500. Tacit. annal. lib. 2. cap. 60.*

que parece resaltar sobre la especie humana; porque el Hércules que se adora, es un fantasma de grandeza, levantado entre el cielo y la tierra como para llenar con él su intervalo. El verdadero Hércules no diferia de los demas hombres sino por su fuerza, y no se parecia á los dioses de los griegos sino en sus debilidades: los bienes y los males que él hizo en sus frecuentes expediciones, le grangearon durante su vida, una celebridad que valió á la Grecia un nuevo defensor en la persona de

THESEO.

Este principe era hijo de Egéo rey de Athenas, y de Ethra hija del sabio Pitthéo que gobernaba á Trezéna: habia sido educado en esta ciudad en donde el rumor de las acciones de Hércules le agitaba sin cesar, cuya relacion escuchaba con un ardor tanto mas inquieto quanto se veia unido á este héroe por los vinculos de la sangre, y su alma impaciente bramaba al rededor de las barreras que la tenian encerrada (1): pues él se abria un vasto campo á sus esperanzas. Los salteadores empezaban á volverse á presentar, los monstruos salian de sus selvas, Hércules estaba en Lydia.

(1) *Plut. in Thes. t. 1. p. 3.*

Para contener este espíritu fogoso, Ethra descubrió á su hijo el secreto de su nacimiento; para lo qual le llevó junto á un peñasco enorme y le mandó lo levantase (1), y halló una espada y otras señales con las quales debia su padre reconocerle un dia. Armado de este depósito toma la ruta de Athenas: en vano su madre y su abuelo le instan á que vaya embarcado; los consejos prudentes le ofenden lo mismo que los consejos timidos; él prefiere el camino del peligro y de la gloria, y muy en breve se halla en presencia de Sinnis (2). Este hombre cruel ataba á los vencidos á las ramas de los arboles que encurbaba á pura fuerza y que se volvian á enderezar cargados de miembros ensangrentados de aquellos infelices. Mas lejos de allí, Scyron ocupaba un sendero estrecho encima de una montaña desde donde precipitaba al mar á los pasageros. Mucho mas lejos, Procrusto los tendia en un lecho que debia ser la medida exâcta de qualquier cuerpo y para esto lo encogia ó alargaba á fuerza de horrosos tormentos (3). Theséo acomete á estos saltea-

(1) *Plut. ibid. Pausan. lib. 1. cap. 27.*
(2) *Plut. ibid. p. 4. Diod. Sic. lib. 4. p. 262. Apollod. lib. 3. p. 255.*
(3) *Plut. in thes. t. 1. p. 5. Diod. lib. 4. p. 262. &c.*

dores y los hace perecer con los mismos suplicios que ellos habian inventado.

Despues de combates y sucesos multiplicados llega á la córte de su padre, agitado violentamente por las disenciones que amenazaban al soberano. Los Pallantidas familia poderosa de Athenas (1), veian con dolor el cetro en manos de un viejo, que segun ellos no tenia derecho ni fuerza para llevarlo, y no dexaron de dar á conocer con su desprecio la esperanza de su muerte proxîma y el deseo de participar de su despojo. La presencia de Theséo desconcierta sus proyectos, y con el temor de que Egéo adoptando á este extrangero, hallase un vengador y un heredero legítimo, le inspiraron todas las desconfianzas de que es susceptible una alma débil: pero al punto de inmolar á su hijo, Egéo lo reconoce y le hace reconocer á su pueblo. Los Pallantidas se sublevan; Theséo los dispersa (2), y vuela inmediatamente á los campos de Marathón que hacia algunos años (3), los talaba un furioso toro; él le acomete, y lo aferra y lo expone cargado de cadenas, á la

(1) *Plut. ibid.*

(2) *Plut. ib. t. 1. p. 6. Pausan. lib. 1. c. 28. p. 70.*

(3) *Diod. Sic. lib. 4. p. 262. Plut. in Thes. t. 1. p. 6.*

vista de los athenienses no menos maravillados de la victoria, que asombrados con el combate.

Otro hecho agotó en seguida su admiracion. Minos rey de Créta los acusaba de haber hecho perecer á su hijo Androgéo, y los habia obligado por la fuerza de las armas á entregarle en intervallos (*) señalados, un cierto número de muchachos y muchachas (1). La suerte debia elegirlos; y la parte que les debia caber debia ser la esclavitud ó la muerte.

Era ya la tercera vez que se le venia á arrancar á los desgraciados padres las prendas de su ternura. Athenas estaba sumergida en llanto; pero Theséo le dá animo y se propone libertarla de este tributo odioso, y para conseguir un proyecto tan noble, se pone el mismo entre el número de las victimas, y se embarca para Créta.

Los athenienses dicen, que quando arribaban á esta isla, sus hijos eran encerrados en un labyrinto, y poco despues devorados por el Minótauro, monstruo mitad toro y mitad hombre producido por los

(*) *Todos los años, segun Apollodoro lib. 3. p. 253; cada siete años segun Diodoro liv. 4. p. 263; cada nueve años segun Plutarco in Thes. t. 1. p. 6.*

(1) *Diod. ibid. p. 264. Plut. ibid.*

amores infames de Pasifae reyna de Creta (1); añaden, que Theséo, haviendo muerto al Minótauro, recogió á los jovenes athenienses, y á su vuelta fué acompañado por Ariadna hija de Minos, que le habia ayudado á salir del labyrinto, y á quien él abandonó sobre las riberas del Naxos. Los cretenses dicen al contrario, que los rehenes athenienses eran destinados para los vencedores en los juegos que se celebraban en honor de Androgeo: que Theséo, haviendo obtenido el permiso de entrar en la lid, venció á Taurus general de las tropas de Minos, y que este principe usó la gran generosidad de hacer justicia á su valor, y perdonar á los athenienses.

El testimonio de los cretenses es mas conforme al carácter de un principe famoso por su justicia y su sabiduria: el de los athenienses no es quizá sino el efecto de su aborrecimiento eterno á los vencedores que los han humillado (2): pero de estas dos opiniones resulta igualmente que Theséo libertó su nacion de una servidumbre vergonzosa, y que exponiendo su vida acabó de merecer el trono que habia vacado por la muerte de Egéo.

(1) *Isoc. Helen. encom. 2. p. 127. Plut. t. 1. p. 6. Apollod. lib. 3. p. 253, & alii.*
(2) *Plut. ibid. p. 7.*

Apenas subió á él, quando trató de poner limites á su autoridad y dar al gobierno una forma mas estable y mas regular (1). Las doce ciudades del Attica fundadas por Cecrope se habian convertido en otras tantas repúblicas, todas las quales tenian magistrados particulares y gefes quasi independientes (2): sus intereses se aumentaban sin cesar y producian entre ellas guerras continuas. Si los peligros presentes las obligaban algunas veces á recurrir á la proteccion del soberano, la calma que succedia á la tempestad, no tardaba en despertar los zelos antiguos; la autoridad real fluctuando entre el despotismo y el envilecimiento, inspiraba terror ó desprecio; y el pueblo por el vicio de una constitucion cuya naturaleza no estaba exâctamente conocida ni por el principe ni por los vasallos, no tenia ningun medio para defenderse de la extrema esclavitud ó de la extrema libertad.

Theséo formó su plan, y, superior hasta á los pequeños obstáculos, tomó á su cargo los pormenores de la execucion; corrió los diversos cantones del Attica y pro-

(1) *Demosth. in Neær. p. 873. Isocr. Helen. encom. t. 2. p. 130. Plut. in Thes. t. 1. p. 10.*

(2) *Thucyd. lib. 2. cap. 15.*

curó por donde quiera insinuarse en los espíritus. El pueblo recibió con ardor un proyecto que parecia volverlo á su libertad primitiva: pero los mas ricos, consternados por la pérdida de la porcion de autoridad que habian usurpado, y al ver establecerse una especie de igualdad entre todos los ciudadanos, murmuraban de una innovacion que disminuia la dignidad real: sin embargo, no se atrevieron á oponerse abiertamente á las voluntades de un principe que procuraba obtener por la persuasion lo que podia exîgir por la fuerza, y dieron un consentimiento contra el qual prometieron protestar en circunstancias mas favorables.

Entónces se arregló: que Athenas viniese á ser la metrópoli y el centro del imperio: que los senados de las ciudades fuesen abolidos: que el poder legislativo residiese en la asamblea general de la nacion, distribuida en tres clases, la de los notables, la de los agricultores y la de los artesanos: que los primeros magistrados escogidos en la primera tuviesen á su cargo el depósito de las cosas santas y la interpretacion de las leyes: que las diferentes órdenes de ciudadanos se balanceasen mutuamente teniendo el primero el brillo de las dignidades, el segundo la importancia de los servicios, el tercero la superioridad del número (1). Se

(1) *Plut. in Thes. t. 1. p. 11.*

regló en fin que Theséo puesto al frente de la república fuese el defensor de las leyes que ella promulgará y el general de las tropas destinadas á su defensa.

Por estas disposiciones, el gobierno de Athenas se volvió esencialmente démocratico (1); y como era acomodado al genio de los athenienses, se sostuvo en este estado á pesar de las alteraciones que experimentó en tiempo de Pisistrato (2). Theséo instituyó una fiesta solemne, cuyas ceremonias recuerdan aun en el dia la reunion de diferentes pueblos del Attica (3); hizo construir tribunales para los magistrados: agrandó la capital y la embelleció quanto podia permitir la imperfeccion de las artes. Los extrangeros convidados á ir allí, corrieron de todas partes y fueron confundidos con los antiguos habitantes (4); añadió al imperio el territorio de Mégara; levantó sobre el isthmo de Corintho una columna que separaba el Attica del Péloponeso (5),

(1) *Demosth. in Neær. p. 873. Eunip. in suppl. v. 404.*

(2) *Pausan. lib. 1. c. 3. p. 9.*

(3) *Thucyd. lib. 2. c. 15. Plut. t. 1. p. 11. Steph. in Athen.*

(4) *Plut. ibid. Thucyd. lib. 1. cap. 2. schol. ibid.*

(5) *Plut. ibid. Strab. lib. 9. p. 392.*

y renovó junto á este monumento los juegos isthmicos á imitacion de los de Olimpia que Hércules acababa de establecer.

Todo parecia entónces favorecer sus votos. El mandaba pueblos libres (1), á los quales su moderacion y beneficios retenia en la dependencia. El dictaba leyes de paz y de humanidad á los pueblos vecinos (2), y gozaba de antemano de aquella veneracion profunda que los siglos tributan por grados á la memoria de los grandes hombres.

Con todo no bastó él mismo para acabar la obra de su gloria. Se cansó de los homenages pacificos que recibia y de las virtudes faciles que los originaban. Dos circunstancias fomentaron aun este disgusto; su alma que observabà sin cesar los pasos de Hércules (3), era importunada por las nuevas proezas con que este principe señalaba su retorno á la Grecia: por otra parte, Pirithoüs hijo de Ixion y rey de una parte de la Thessalia, ya fuese para probar el valor de Theséo, ya por arrancarlo del reposo, concibió un proyecto conforme al genio de los antiguos heroes; vino á llevarse

(1) *Isocr. Helen. encom. t. 2. p. 131.*

(2) *Pausan. lib. 1. cap. 39. p. 94. Plut. in Thes. t. 1. p. 14.*

(3) *Diod. lib. 4. p. 262. Isocr. Helen. encom. t. 2. p. 125.*

los campos de Marathón los ganados el rey de Athénas (1), y quando Theseo se presentó para vengar esta afrenta, Pirithoüs pareció sobrecogido de una admiracion secreta y alargandole la mano en señal de paz, sed mi juez, le dice, ¿que satisfaccion exîges? La de que te unas á mi, dixo Theséo, por la confraternidad de las armas; á cuyas palabras se juran una alianza indisoluble (2) y meditan juntos grandes empresas.

Hércules, Theséo y Pirithoüs, amigos y competidores generosos, sin cadenas ninguno de los tres en la carrera, no respirando mas que riesgos y victorias, haciendo asustar el crímen y temblar la inocencia, fixaban entónces la atencion de la Grecia entera. Tan presto en seguimiento del primero, tan presto seguido del tercero, algunas veces metiendose entre la multitud de los héroes, Theséo era llamado á todas las expediciones brillantes. El, dicen, triunfó de las Amazonas, ya á las orillas del Thermodar en el Asia, ya en las llanuras del Attica (3); él se halló en la caza de aquel e-

(1) *Plut. ibid. p. 14.*

(2) *Soph. Œdip. colon. v. 1664. Pausan. lib. 10. c. 29. p. 870.*

(3) *Isocr. in Panath. t. 2. p. 281. Plut. t. 1. p. 12. Pausan. l. 1, cap. 2. & 41.*

norme jabalí de Calydon contra el que Meleagro rey de esta ciudad juntó los principes mas animosos de su tiempo (1); él se señaló contra los centauros de Thesalia, aquellos hombres atrevidos que por haber sido los primeros que se exercitaron en pelear á caballo, tenian mas medios para dar la muerte y para evitarla (2).

En medio de tantas acciones gloriosas pero inútiles á la felicidad de su pueblo, resolvió con Pirithoüs robarse la princesa de Esparta y la de Epiro distinguidas ambas por una belleza que las hizo celebres y desgraciadas (3); la una fue aquella Helena cuyos encantos hicieron despues correr tantas lágrimas y sangre, y la otra Proserpina hija de Aidonéo rey de los Molossos en Epiro.

Hallaron á Helena baylando en el templo de Diana, y habiendola arrancado de en medio de sus compañeras, se escaparon, huyendo del castigo que les amenazaba en Lacédémonia y que les esperaba en Epiro; porque Aidonéo, informado de sus designos, entregó á Pirithoüs á perros horribles que lo devoraron y á Theséo lo su-

(1) *Plut. ib. p. 13.*
(2) *Isocr. Helen. encom. t. 2. p. 126. Herod. ap. Plut. in Thes. t. 1. p. 13.*
(3) *Diod. Sic. l. 4. p. 265.*

mergió en los horrores de una cárcel, de donde no hubiera salido sino fuese por los cuydados oficiosos de Hércules.

De vuelta á sus estados, halló á su familia cubierta de oprobios, y la ciudad destrozada por las facciones. La reyna, aquella Fédra cuyo nombre resuena tanto en el teatro de Athenas, habia concebido por Hippólito, que el habia tenido de Antiopa, reyna de las Amazonas, un amor que ella condenaba, que horrorizaba al jóven Principe y que no tardó en causar la perdida del uno y de la otra. Al mismo tiempo los Pallantidas capitaneando á los ciudadanos, trataban de apoderarse de la soberanía acusandole de que habia delibitado su poder. El pueblo habia perdido con el exercicio de la autoridad, el amor del órden y los sentimientos del reconocimiento. Acababa de ser agriado por la presencia y las quexas de Castor y de Polux hermanos de Helena, quienes antes de sacarla de las manos en que Theséo la habia confiado, habian robado el Attica (1), y excitado las murmuraciones contra un rey que sacrificaba todo á sus pasiones, y abandonaba el cuydado de su imperio por irse lejos á tentar aventuras ignominiosas, y expiar la verguenza de ellas en los fierros.

(1) *Herodot. lib. 9. c. 73.*

Theséo en vano procura disipar tan funestas impresiones. Se le imputaban á delito su ausencia, sus hazañas, sus desgracias; y quando quiso emplear la fuerza, comprendió que no hai cosa tan débil como un soberano envilecido á los ojos de sus vasallos.

En semejante apuro, habiendo pronunciado imprecaciones contra los athenienses, se refugió al rey Lycomeda, en la isla de Scyros (1), donde pereció algun tiempo despues (*), ó de resultas de un accidente, ó por la traicion de Lycomeda (2), deseoso de contraher amistad con Mnesthéo, succesor de Theséo.

Sus acciones, y la impresion que hicieron en los ánimos, durante su juventud, al principio de su reynado y al fin de su vida, nos lo ofrecen succesivamente baxo la imágen de un héroe, de un rey, de un aventurero; y siguiendo estas diferentes relacienos, él mereció la admiracion, el amor y el desprecio de los athenienses.

Ellos olvidaron despues sus extravios, y se avergonzaron de su inobediencia (3). Cimon hijo de Milciades, transportó por ór-

(1) *Plut. in Thes. t. 1. p. 16. Heracl. de polit. Athen.*

(*) *Cerca del año 1305. antes de J. C.*

(2) *Pausan. l. 1. p. 41.*

(3) *Diod. Sic. l. 4. p. 265.*

den del oráculo, sus huesos á los muros de Athenas (1). Se construyó sobre su sepulcro un templo hermoseado por las artes y convertido en asylo de los desgraciados (2). Diversos monumentos lo retratan á nuestros ojos, ó recuerdan la memoria de su reynado. Este es uno de los genios que presiden los dias de cada mes (3); uno de los héroes que son honrados con fiestas y con sacrificios (4). Athenas en fin le mira, como al primer autor de su poder y tiene vanidad de llamarse la ciudad de Theséo.

La colera de los dioses, que le habia desterrado de sus estados, dexaba sentir su peso mucho tiempo hacia sobre el reyno de Thébas. Cadmus arrojado del trono que habia robado. Polidoro despedazado por los bacantes, Labdaco arrebatado por una muerte temprana, no dexando sino un hijo en la cuna, y cercado de enemigos: tal habia sido desde su origen, la suerte de la familia real, quando Laïus hijo y succe-

(1) *Pausan. lib. 1. p. 41. Plut. in Thes. t. 1. p. 17. in Cimon. p. 483.*

(2) *Diod. ibid. Plut. in Thes. t. 1. p. 17. Suid. & Hesych. in Thes. l. 1. Schol. Aristoph. in Plut. v. 627.*

(3) *Plut. in Thes. p. 17. Schol. Aristoph. in Plut. v. 627.*

(4) *Plut. in Thes. p. 17. in Cimon. p. 483.*

sor de Labdacus, despues de haber perdido, y recobrado dos veces la corona, se desposó con Epicasta, ó Jocasta hija de Ménæcéa (1): á cuyo hymenéo era al que estaban reservadas las mas espantosas calamidades. El hijo que nacerá de él, decia un oraculo, será el matador de su padre, y el esposo de su madre. Nació este hijo, y los autores de sus dias le condenaron á ser pasto de las bestias feroces. Sus gritos, ó él acaso le hicieron descubrir en un sitio solitario; fue presentado á la reyna de Corintho que lo educó en su córte con el nombre de Edipo, y como á su hijo adoptivo (2).

Al salir de la infancia, instruido de los peligros á que habia estado espuesto, consultó á los dioses, y sus ministros habiendo confirmado por su respuesta, el oráculo que habia precedido à su nacimiento (3), fue arrastrado á la desgracia que queria evitar. Resuelto á no volver mas á Corintho, que el miraba como á su patria, tomó el camino de la Focida, encontró en una senda á un anciano, que le mandó con arro-

(1) *Diod. lib. 4. p. 266. Pausan. lib. 9. c. 5. p. 121. Eurip. in Phæniss. v. 10.*

(2) *Eurip. in Phæniss. v. 30. Apollod. lib. 3. p. 181.*

(3) *Apollod. ibid. p. 183.*

gancia, le dexase el paso libre, y quiso obligarle á ello por la fuerza. Este era Laïus; Edipo, se precipitó sobre él, y le hizo perecer á golpes (1).

Despues de este funesto accidente, el reyno de Thébas, y la mano de Jocasta fueron prometidos al que librase á los thébanos de los males de que estaban afligidos. Esfinge hija natural de Laïus, habiendose juntado con los salteadores, robaba la llanura, detenia á los pasageros con preguntas capciosas, y los separaba del camino introduciendolos en las vueltas del monte Finéo, para entregarlos á sus pérfidos compañeros. Edipo, descubre sus emboscadas, disipa los cómplices de sus crímenes, y recogiendo el fruto de su victoria, cumple el oráculo en toda su extension.

El incesto triunfaba sobre la tierra, pero el cielo trató de detener su curso: (2) luces odiosas vinieron á espantar á los dos esposos. Jocasta terminó sus infortunios por una muerte violenta. Edipo, á lo que refieren algunos autores, se sacó los ojos, (3) y murió en el Attica, donde Theséo le habia conce-

(1) *Eurip. in Phæniss. v.* 40. *Diod. lib.* 4. *p.* 266.

(2) *Homer. Odiss. lib.* 11. *v.* 273.

(3) *Sophoc. in ædip. collon. Apollod. lib.* 3. *p.* 186.

dido un asilo. Pero, segun otras tradiciones, (1) fue condenado á soportar las luces del dia para ver todavia los lugares testigos de sus maldades, y la vida para darla á hijos mas culpables y tan infelices como él. Estos eran Etéoclo, Polynicio, Antigono, Eismenio, que tuvo de Euriganea su segunda muger (2).

Los dos principes aun no estuvieron en edad de reynar quando confinaron á Edipo al fondo de su palacio, y convinieron ambos en tener cada uno á su turno las riendas del gobierno, durante un año entero. (3) Etéoclo subió el primero á aquel trono, baxo del qual estaba siempre abierto el abysmo, y reusó baxar de él. Polynicio se fue ante Adrasto rey de Argos que lo dió á su hija en matrimonio, y le ofreció socorros poderosos (4).

PRIMERA GUERRA DE THEBAS.

Tal fue la ocasion de la primera expedicion en que los griegos mostraron algun co-

(1) *Mem. de la acad. de las bel. let. t. 5. Hist. p. 146. Banier. mythol. t. 3. pág. 367.*
(2) *Pausan. lib. 1. cap. 28. pág. 69. Idem lib. 9. cap. 5. p. 722. Apollod. ibid.*
(3) *Diod. lib. 4. pág. 267. Eurip. in Phæniss. v. 64. Apollod. lib. 3. pág. 185.*
(4) *Diod. ibid.*

nocimiento del arte militar (*). Hasta entonces no se habian visto tropas sin soldados, inundar de repente un pais vecino y retirarse despues de hostilidades y crueldades pasageras (1). En la guerra de Thebas, se vieron proyectos concertados con prudencia y seguido con firmeza; pueblos diferentes encerrados en un mismo campo, oponiendo un valor igual á los rigores de las estaciones, á las lentitudes de un sitio y á los peligros de los combates diarios.

Adrasto repartió el mando del exército entre Polynicio, á quien queria colocar en el trono de Thebas, el esforzado Tydéo hijo de Ænéas rey de Etolia, el impetuoso Capanéo, el adivino Anfianaus, Hippomedon y Parthénopeo. Inmediatos á estos guerreros, distinguidos todos por su nacimiento y por su valor (2), se colocaron en un orden inferior de mérito y de dignidad, los principales habitantes de la Messenia, de la Arcadia y de la Argolida [3].

Puesto en marcha el exército, entró en el bosque de Neméa, en donde sus genera-

(*) *En 1239. ant. de J. C.*

(1) *Pausan. lib. 9. cap. 9. p. 728.*

(2) *Diod. lib. 4. p. 267. Apollod. lib. 3. p. 187. Eschyl. in sept. cont. Theb. Eurip. in Phæniss.*

(3) *Pausan. lib. 2. c. 20. p. 156.*

les instituyeron los juegos que se celebra hasta el dia de hoy con la mayor celebridad [1]. Despues de haber pasado el Isthmo de Corintho, se dirigió á la Béocia y forzó las tropas de Etéoclo á encerrarse dentro de los muros de Thebas [2].

Los griegos no conocian todavia el arte de tomar una plaza defendida por una fuerte guarnicion. Todos los esfuerzos de los sitiadores se dirigian hacia las puertas, y toda la esperanza de los sitiados consistia en sus frecuentes salidas. Las acciones que ellas ocasionaban ya habian hecho perecer mucha gente de una y otra parte; ya el valiente Capanéo acababa de ser precipitado de lo alto de una escala que habia arrimado al muro [3], quando Etéoclo y Polynicio capitularon terminar entre los dos sus diferencias [4]. Señalado el dia, fixado el lugar; los pueblos llorando, los exércitos en silencio, los dos principes se lanzaron uno contra otro, y despues de heridos de los golpes dieron sus últimos suspiros sin poder saciar su ira. Se les echa en una misma hoguera; y con la mira de expresar con una imágen

(1) *Apollod. lib. 3, p. 189. Argum. in nem. Pind. p. 319.*
(2) *Pausan. lib. 9. c. 9. p. 729.*
(3) *Diod. lib. 4. p. 288.*
(4) *Apollod. lib. 3. p. 193.*

horrorosa los sentimientos que les habia animado en vida, se supuso que la llama penetrada de su aborrecimiento, se habia dividido, para no confundir sus cenizas.

Creon hermano de Jocasta, fue encargado, durante la menor edad de Laodamos hijo de Etéoclo, de continuar una guerra, que cada dia se hacia mas funesta á los sitiadores, y que se acabó con una vigorosa salida que hicieron los thebanos. El combate fue harto mortifero; Tydéo y la mayor parte de los generales argienses, perecieron en él. Adrasto obligado á levantar el sitio, no pudo hacer las honras funerales á los que quedaban tendidos en el campo de batalla [1], fue preciso que Théseo interpusiese su autoridad para que Créon se sometiese al derecho de gentes que comenzaba á introducirse [2].

SEGUNDA GUERRA DE THEBAS, Ó GUERRA DE LOS EPIGONAS.

La victoria de los thébanos no hizo mas que suspender su pérdida. Los gefes de los argienses habian dexado hijos dignos de ven-

(1) *Diod. ibid. Apollod. ib. p. 195.*
(2) *Isoc. in panatheu. t. 2. p. 269. Pausan. lib. 1. c. 38. p. 94. Plut. in Thes. t. 1. p. 14.*

garlos. Apenas llegaron los tiempos [*], estos jóvenes principes, entre los quales se veian á Diomédes hijo de Tydéo y á Esthénélus hijo de Capaneo, entraron al frente de un exército formidable á las tierras de sus enemigos.

Pronto vinieron á las manos; y los thébanos habiendo perdido la batalla, abandonaron la ciudad que fue entregada al saquéo [1]. Thersandro hijo y succesor de Polynicio, fue muerto algunos años despues yendo al sitio de Troya. Despues de su muerte, dos principes de la misma familia, reynaron en Thebas; pero el segundo fue de repente acometido de un negro frenesí, y los thebanos persuadidos de que las furias se meterian en la sangre de Edipo en tanto que quedase una gota en la tierra, pusieron otra familia en el trono; y pasadas tres generaciones, eligieron el gobierno republicano que aun subsiste entre ellos. [2].

El reposo que gozaba la Grecia despues de la segunda guerra de Thébas no podia ser duradero. Los gefes de esta expedicion volvian cubiertos de gloria, los soldados cargados de botin; unos y otros se mostraban con

(*) *En 1319. antes de J. C.*

(1) *Pausan. lib. 9. c. 5. p. 722. Apollod. lib. 3. c. 38. p. 197. Diod. lib. 4. p. 269.*

(2) *Pausan. lib. 9. p. 723.*

aquella fiereza que dá la victoria, y contando á sus hijos y á sus amigos, que impacientes los rodeaban, la serie de sus fatigas y de sus proezas, agitaban poderosamente su imaginacion y encendian en todos los pechos la sed ardiente de los combates. Un repentino acontecimiento desenvolvió estas impresiones funestas.

GUERRA DE TROYA.

En la costa de Asia, á la opuesta de la Grecia, vivia pacificamente un principe que no contaba sino soberanos por abuelos y era la cabeza de una numerosa familia compuesta quasi toda de jóvenes héroes. Priamo reynaba en Troya, y su reyno así por la opulencia y valor de los pueblos sugetos á sus leyes, como por sus relaciones con los reyes de Asyria [1] ostentaba en aquel canton del Asia el mismo esplendor que el reyno de Mycenas en la Grecia.

La casa de Argos, establecida en esta última ciudad reconocia por gefe á Agaménon hijo de Attéo, el qual habia juntado á sus estados, los de Corintho, de Sicyona y muchas ciudades vecinas (2). Su poder aumentado con el de Ménélas su hermano, que acababa de ser esposo de Hélena, heredero del

(1) *Plat. de leg. lib. 3. t. 2. pág. 685.*
(2) *Strab. lib. 8. p. 372.*

reyno de Esparta, le daba una grande influencia sobre esta parte de la Grecia, que desde el tiempo de Pélope su abuelo ha tomado el nombre de Peloponeso.

Tántalo su abuelo, reynó luego en Lydia, y, contra los derechos mas sagrados, retuvo en cadenas á un principe troyano llamado Ganimedes. Pero aun mas recientemente, Hércules descendiente de los reyes de Argos, había destruido la ciudad de Troya, hecho morir á Laomédon y robado á Hesiona su hija.

La memoria de estos ultrages que quedaron sin castigo, mantenia en las casas de Priamo y de Agamenon un aborrecimiento hereditario é implacable, irritado cada dia por la rivalidad del poder, la mas terrible de las pasiones mortiferas. Pâris hijo de Priamo fue destinado á hacer esparcir estas semillas de divisiones.

Pâris vino á la Grecia y se fue á la córte de Ménélao, en donde la belleza de Hélena fixaba la vista de todo el mundo. A las ventajas de la figura unia el principe troyano el deseo de agradar (1) y el feliz concurso de talentos agradables; cuyas calidades animadas con la esperanza del suceso, hicieron tal impresion sobre la reyna de Esparta, que lo abandonó todo por seguirle. En va-

(1) *Homer. iliad. lib. 3. v. 39.*

no los Alcidas intentaron obtener por la dulzura una satisfaccion proporcionada á la ofensa; Priamo, no vé en su hijo, sino al reparador de los agravios que su casa y toda el Asia habian recibido de los griegos (1), y desechó las vias de reconciliacion que se le proponian.

Con esta estraña novedad se disparan y estienden por todas partes aquellos rumores precursores de los combates y de la muerte. Las naciones de la Grecia se agitan á manera de un bosque combatido por el huracán. Los reyes cuyo poder está limitado á una sola ciudad, y aquellos cuya autoridad se estiende á muchos pueblos, poseidos igualmente del espíritu de heroycidad, se juntan en Mycénas, juran reconocer á Agamenon por gefe de la empresa, vengar á Ménélao, reducir á Ilium á cenizas. Si los principes reusan entrar desde luego en la confederacion, no tardan mucho en ser arrebatados por la elocuencia persuasiva del anciano Nestor rey de Pylos, por los discursos engañosos de Ulyses rey de Itháca, por el exemplo de Ajax de Salamida, de Dioniedo de Argos, de Idoménéo de Créta, de Achîles hijo de Péléo que reynaba en un canton de la Thesalia, y de una multitud de jóvenes guerreros embriagados de antemano con los sucesos que se prometian.

(1) *Herod. lib. 1. cap. 1.*

Despues de largos preparativos, el exército compuesto de cerca de cien mil hombres (1), se reune en el puerto de Aulida, y cerca de mil y doscientas velas lo trasportaron á las riberas de la Troada.

La ciudad de Troya defendida por cercados y torres, era tambien protegida por un exército numeroso (2) que comandaba Hector hijo de Priamo, á cuyas órdenes habia muchos principes aliados que habian juntado sus tropas á los de los troyanos (3). Formados en la ribera presentaban un frente terrible al exército de los griegos, los quales, despues de haberlos rechazado, se replegaron en un campo con la mayor parte de sus baxeles.

Ambos exércitos ensayaron de nuevo sus fuerzas, y el suceso dudoso de muchos combates, hizo entrever que un sitio lo haria mas tardio.

Con frágiles embarcaciones y débiles luces sobre el arte de la navegacion, no habian podido los griegos establecer una comunicacion seguida entre la Grecia y el Asia. Los viveres comenzaron á escacear. Una parte de la escuadra fue empleada en robar ó

(1) *Homer. iliad. lib. 2. v. 494. &c. Thucyd. lib. 1. c. 10.*
(2) *Homer. iliad. lib. 8. v. 562.*
(3) *Id. lib. 2. v. 876. lib 10. v. 434.*

sembrar las islas y costas vecinas, mientras que diversas partidas dispersas en el campo robaban las mieses y los ganados. Otro motivo hacia indispensables estos destacamentos. La ciudad no estaba circundada: y como las tropas de Priamo la ponia á cubierto de un golpe de mano, se resolvió atacar á los aliados de este principe, ya por aprovecharse de sus despojos, ya para privarle de sus socorros. Achîles todo lo llevaba á sangre y fuego (1); despues de dexarse caer á manera de un torrente destructor, volvia con un botin inmenso, que se distribuia al exército, con innumerables esclavos, que los generales repartian entre sí.

Troya estaba situada al pie del monte Ida, algo distante de la mar: las tiendas y los navios de los griegos ocupaban la ribera: el espacio del medio era el teatro de la valentía y de la ferocidad: los troyanos y los griegos armados de picas, de masas, de espadas, de flechas y armas arrojadizas, cubiertos de cascos, de corazas, de quixotes y de escudos; las filas estrechadas, los generales á su frente, se avanzaban unos contra otros; los primeros con grandes gritos; los segundos en un silencio mas espantoso: luego los gefes vueltos soldados, mas zelosos en dar grandes exemplos que sabios conse-

(1) *Homer. iliad. lib. 9. v. 328.*

jos, se precipitaban al peligro, y dexaban casi siempre al acaso el cuidado de un suceso que no sabian ni preparar, ni seguir; las tropas se topetaban y se herian con confusion á manera de las olas que el viento pulsa y repulsa en el estrecho de la Eubéa. La noche separaba á los combatientes; la ciudad ó los atrincheramientos servian de asilos á los vencidos; la victoria costaba sangre, y no producia nada.

Los dias siguientes, la llama de la hoguera devoraba á los que la muerte habia segado: se honraba su memoria con lágrimas y juegos funebres: la tregua espiraba, se volvia de nuevo á las manos.

Muchas veces en los mas fuerte de las refriegas, un guerrero levantaba su voz, y desafiaba al combate á un guerrero del partido contrario. Las tropas en silencio los miraban otras veces lanzarse con los dardos, ó con enormes cantos; otros juntarse con la espada en la mano, y casi siempre insultarse mutuamente para picar su furor. El aborrecimiento del vencedor sobrevivia á su triunfo: si no podia ultrajar el cuerpo de su enemigo, y privarle de sepultura, procuraba á lo menos despojarle de sus armas: pero al instante las tropas se avanzaban de una y otra parte, ya fuese para arrebatarse su presa, ó ya para asegurarla, y la accion se volvia general.

Lo mismo sucedia, quando uno de los

:ércitos tenia mucho que temer por la vida
e su guerrero, ó quando él mismo procura-
a prolongarla por la fuga. Las circunstancias
odian justificar este último partido: el in-
ulto y el desprecio ajaban eternamente al
que huia sin pelear, porque en todos tiem-
pos ha sido necesario saber arrostrar la muer-
te para merecer vivir; se reservaba la indul-
gencia para aquel que no se ocultaba á la su-
perioridad de su contrario sino despues de
haberla experimentado; porque el valor de
estos tiempos consistiendo menos en la ani-
mosidad del espíritu que en el conocimiento
de sus fuerzas, no era una vergüenza huir,
quando no se cedia sino á la necesidad: pe-
ro era una gloria esperar al enemigo en su
retirada, y juntar á la fuerza que preparaba
la victoria, la ligereza que servia para de-
cidirla.

Las asociaciones de armas y de sentimien-
tos entre dos guerreros, jamas han sido tan
comunes como durante la guerra de Troya.
Aquîles y Patróclo, Ajax y Teucer, Diomé-
des y Esthénélus, Idoméneo y Mérion, tan-
tos otros héroes dignos de seguir sus huellas,
combatian muchas veces uno junto á otro, y
metiendose en la refriega, participaban entre
sí los peligros y la gloria: otras veces subi-
dos sobre un mismo carro, el uno guiaba los
caballos mientras que el otro apartaba la mu-
erte, y la volvia á enviar al enemigo. La

pérdida de un guerrero exîgia una pronta satisfaccion de su compañero de armas; la sangre derramada pedia sangre.

Esta idea fuertemente impresa en los espíritus, endurecia á los griegos y á los troyanos para soportar los males sin número que esperimentaban. Los primeros habian estado mas de una vez á punto de tomar la ciudad; mas de una vez los segundos habian forzado el campo á pesar de las palizadas, de los fosos, de los muros que lo defendian. Se veian exércitos destruirse, y desaparecer los guerreros: Héctor, Sarpédon, Ajax, el mismo Aquîles habian mordido los terrones. Al aspecto de estos reveses, los troyanos suspiraban por la vuelta de Hélena; los griegos por su patria; pero luego retenidos por la vergüenza, y por la desgraciada facilidad que tienen los hombres de acostumbrarse á todo, excepto al reposo y á la dicha.

Toda la tierra habia fixado los ojos sobre las campañas de Troya, sobre aquellos lugares donde la gloria llamaba á gritos á los principes que no habian estado desde el principio de la expedicion. Impacientes de señalarse en esta carrera abierta á las naciones, venian succesivamente á unir sus tropas con las de sus aliados, y algunas veces perecian en el primer combate.

En fin, despues de diez años de resistencia y de trabajos, despues de haber perdido

á flor de su juventud y de sus héroes, la ciudad se rindió á los esfuerzos de los griegos, y su caida hizo tan grande ruido en la Grecia, que todavia sirve de principal época á los anales de las naciones. (*) Sus muros, sus casas, sus templos reducidos á cenizas; Priamo, espirando al pie de los altares; sus hijos degollados á su rededor; Hecuba, su esposa; Cassandra su hija; Andromaca, viuda de Hector; otras muchas princesas, cargadas de fierros, y tiradas como esclavas al traves de la sangre que corria por las calles, en medio de un pueblo entero, devorado por las llamas, ó destruido por el fierro vengador: tal fue el desastre de esta fatal guerra. Los griegos saciaron su furor; pero este placer cruel fue el término de su prosperidad, y el principio de sus desastres.

Su vuelta fue señalada por muchos reveses aciágos (1). Mnesthéo rey de Athénas, acabó sus dias en la isla de Melos (2); Ajax rey de los locrianos, pereció con su flota; (3) Ulysses, mas desgraciado, tuvo que temer muchas veces la misma suerte, durante los diez años enteros que anduvo errante sobre las olas; otros mas dignos de compasion,

(*) *El año 1282. antes de J. C.*
(1) *Plat. de leg. lib. 3. t. 2. p. 682.*
(2) *Eusch. chron. can. p. 128.*
(3) *Homer. Odyss. lib. 4. v. 499.*

fueron recibidos por su familia como estrangeros revestidos de títulos que habian sido olvidar una larga ausencia, que hacia odiosos una vuelta imprevista. En vez de los transportes que debia escitar su presencia, no oyeron á su rededor sino gritos tumultuarios de la ambicion del adultero y del interés mas sórdido: recibidos traidoramente por sus parientes y amigos, fue la mayor parte á buscarlos nuevos á paises desconocidos, baxo las órdenes de Idoménéo, de Filocretes, de Diomedes y de Teucro.

La casa de Argos se cubrió de maldades y despedazó sus entrañas con sus propias manos; Agaménon halló su trono y su lecho profanados por un indigno usurpador; fué asesinado por su esposa Clytemnestra, que poco tiempo despues murió á los filos de la espada de su hijo Oréstes.

Estos horrores multiplicados entónces en casi todos los cantones de la Grecia, retratados todavia hoy en el teatro de Athénas, deberian instruir á los reyes y á los pueblos y hacerles temer hasta la misma victoria. La de los griegos les fue tan funesta como á los troyanos: debilitados por sus esfuerzos y por sus sucesos, no pudieron resistir mas sus divisiones, y se acostumbraron á esta funesta idea, que la guerra era tan necesaria á los estados como la paz. En el espacio de algunas generaciones se vió caer y oscurecer la ma-

yor parte de las casas soberanas que habian destruido la de Priamo; y ochenta años despues de la ruina de Troya (1), una parte del Peloponeso pasó á las manos de los Heraclidas, ó descendientes de Hércules.

VUELTA DE LOS HERACLIDAS.

La revolucion producida por la vuelta de estos principes fue brillante y fundada en los mas especiosos pretextos (*). Entre las familias que en los tiempos mas antiguos, poseyeron el imperio de Argos y de Myssenas, los mas distinguidos fueron el de Danaüs y el de Pelope. Del primero de estos principes habian procedido Prætus, Acrisius, Perséo, Hércules: del segundo Atréo, Agamenon, Orestes y sus hijos.

Hércules, sugetos mientras vivió á las voluntades de Euristhéo, á quien las circunstancias particulares lo habian revestido del poder supremo, no pudo hacer valer sus derechos, pero los transmitió á sus hijos, que despues fueron desterrados del Peloponeso, los quales intentaron mas de una vez volver á entrar allí (2), pero sus esfuerzos eran re-

(1) *Thucyd. lib. 1. cap.* 12.
(*) *En* 1202. *antes de J. C.*
(2) *Herod. lib. 9. cap.* 26. *Diod. sic. lib. 4. p.* 261.

primidos siempre por la casa de Pélope, quien despues de la muerte de Euristéo, habia usurpado la corona: sus títulos fueron crímenes, mientras que ella pudo oponerles la fuerza; desde que cesó de ser tan terrible; se vió despertarse en favor de los Héraclidas la inclinacion de los pueblos á sus antigüos señores, y el zelo de las potencias vecinas contra la casa de Pélope. La de Hércules tenia entónces por cabeza á los tres hermanos Témenes, Cresfonte y Aristhódemes, los quales habiendose asociado con los Dorienses (1), entraron con ellos al Peloponeso, en donde las mas de las ciudades fueron obligadas á reconocerlos por sus soberanos (2).

Los descendientes de Agamenon, forzados en Argos, y los de Nestor en la Messenia, se refugiaron, los primeros en Thracia, los segundos en Attica. Argos cupo en parte á Temenes, y la Messenia á Cresfonte. Euristhenes y Procles, hijo de Aristhodêmes, muerto al principio de la espedicion, reynaron en Lacédemonia (3).

(1) *Strab. lib. 9. p. 393.*
(2) *Pausan. lib. 2. c. 13. pag. 140.*
(3) *Isocr. in Archid. t. 2. p. 18. Tasit. ann. l. 4. c. 43. Pausan. lib. 2. c. 18. p. 151. id. lib. 3. c. 1. p. 205. Vell. Paterc. l. 1. c. 2.*

Poco tiempo despues, los vencedores atacaron á Codrus rey de Athenas, que habia dado un asilo á sus enemigos. Este príncipe habiendo sabido que el oráculo prometia la victoria al exército que perdiese su general en la batalla, se espuso voluntariamente á la muerte; y este sacrificio inflamó de tal manera á sus tropas, que hicieron huir á los Heraclidas (1).

Aquí es donde acaban los siglos llamados heroycos, de que es necesario tratar en su lugar para ocupar el espíritu de este asunto, y para entrar en los detalles que el curso rápido de los acontecimientos apenas permitia indicar.

REFLEXÎONES SOBRE LOS SIGLOS HEROYCOS.

Antigüamente no se veian sino monarquias en la Grecia (2); hoy no se ven sino repúblicas por todas partes. Los primeros reyes no poseian mas que una ciudad, ó un canton (3). Algunos estendieron su poder â espensas de sus vecinos, y se formaron gran-

(1) *Meurs. de reg. Athen. lib. 3. c. 11.*
(2) *Plat. de leg. lib. 3. t. 2. p. 680. Arist. de rep. l. 1. c. 2. t. 2. p. 297. cicer. de leg. lib. 3. t. 3. p. 161.*
(3) *Thucid. lib 1. c. 13. Hom. iliad. lib. 2. v. 495. &c.*

des estados; sus succesores quisieron aumentar su autoridad con perjuicio de sus vasallos, y la perdieron.

Si no hubieran venido á la Grecia otras colonias que las de Cécrope, los athenienses mas ilustrados, y por consiguiente mas poderosos que los demas salvages, los habrian sugetado por grados, y la Grecia no hubiera formado mas que un gran reyno, y hoy subsistiria como los de Egipto y la Persia.

Pero las diversas poblaciones venidas del oriente, la dividieron en muchos estados, y los griegos adoptaron por todas partes el gobierno monárquico, porque aquellos que los civilizaron no conocian otros; porque es mas facil seguir las voluntades de un hombre solo, que las de muchos cabezas; y que la idea de obedecer y de mandar á un tiempo, de ser al mismo tiempo vasallo y soberano, supone muchas luces y combinaciones, para ser percibida en la infancia de los pueblos.

Los reyes exercian las funciones de pontifice, de general y de juez (1); su poder que ellos transmitian á sus descendientes (2), era mas estenso, y á lo menos templado por un consejo con cuyo dictámen se conformaban; y cuyas decisiones comunicaban á la

(1) *Arist. de rep. l. 3. c. 14. t. 2. p. 357.*
(2) *Thucyd. l. 1. c. 13.*

asamblea general de la nacion (1).

Algunas veces, despues de una larga guerra, los dos pretendientes del trono, ó los dos guerreros que ellos habian escogido, se presentaban con las armas en la mano, y el derecho de gobernar á los hombres, dependia de la fuerza, ó de la destreza del vencedor. Para sostener el esplendor de la digninad, el soberano, ademas de los tributos impuestos sobre el pueblo (2), poseía un dominio que habia recibido de sus antepasados, que aumentaba por sus conquistas, y algunas veces por la generosidad de sus amigos. Theséo desterrado de Athénas, tuvó por único recurso los bienes que su padre le habia dexado en la isla de Cyros (3). Los etolienses, oprimidos por un enemigo poderoso, prometieron á Méléagro hijo de Enéas su rey, un terreno considerable, con tal que quisiese combatir al frente de ellos (4). La multitud de exemplos no permite citar los principes que debieron una parte de sus tesoros á la victoria, ó al reconocimiento: pero es digno de notar, que ellos se gloriaban

(1) *Arist. de mor. l. 3. c. 5. t. 2. p. 32. Dionis. Halic. antiq. Rom. l. 2. t. 1. p. 261.*

(2) *Homer. iliad. l. 9. v. 156. Schol. ibid. odyss. l. 13. v. 15.*

(3) *Plut. in Thes. t. 1. p. 16.*

(4) *Homer. iliad. lib. 9. v. 573.*

de los presentes que habian recibido, porque siendo tenidos como precio de un beneficio ó como simbolo de la amistad, era honroso recibirlos, y vergonzoso no merecerlos.

Ninguna cosa daba mas esplendor á la dignidad soberana y vuelo á la valentía, que el espíritu de heroismo; nada que diese mejor á las costumbres de la nacion que por todas partes eran quasi las mismas: el carácter de los hombres se componia entónces de un pequeño número de pasages sencillos, pero expresivos y fuertemente pronunciados: el arte no habia añadido todavia sus colores á la obra de la naturaleza. Así los particulares debian diferir entre sí, y los pueblos reunirse.

Los cuerpos naturalmente robustos se hacian mas por la educación; las almas sin fleccibilidad y sin compostura, eran activas, emprendedoras, que amaban ó detestaban el ecceso, siempre arrastradas por los sentidos, siempre prontas á escaparse; la naturaleza menos violentada en aquellos que estaban revestidos del poder, se desplegaba entre ellos con mas energia que entre el pueblo; ellos repulsaban una ofensa por el ultrage, ó por la fuerza; y mas débiles en el dolor, que en los reveses, si acaso es una debilidad parecer sensible, lloraban una afrenta de que no podian vengarse; dulces y faciles quando

se les prevenia con miramientos; impetuosos y terribles quando se les faltaba á ellos, pasaban de la mayor violencia á los mayores remordimientos, y reparaban su falta con la misma sencilléz con que la confesaban (1). En fin, como los vicios y las virtudes estaban sin velo y sin rodéo, los principes y los héroes eran á las claras, ambiciosos de ganancia, de gloria, de preferencia y de placeres.

Estos corazones varoníles y altivos no podian esperimentar emociones lánguidas. Dos sentimientos grandes les agitaban á un tiempo, el amor y la amistad, con la diferencia de que el amor era para ellos una llama devorante y pasagera, la amistad, un calor vivo y continuo. La amistad producia acciones miradas hoy como prodigios, antiguamente como deberes; Oreste y Pylado, queriendo morir el uno por el otro, no hacian sino lo que otros héroes habian hecho antes de ellos. El amor, violento en su transporte, cruel en su zelo, tenia por comun funestas resultas: sobre corazones mas sensibles que tiernos, tenia mas imperio la belleza que las qualidades que la embellecen; ella era el ornamento de aquellas fiestas sobervias que daban los principes quando con-

(1) *Homer. iliad. lib. 4. v. 360. id. lib. 23. passim. Id. Odyssea l. 8. v. 402.*

traian una alianza. Allí, con los reyes y los guerreros se juntaban las princesas, cuya presencia y zelos eran un origen de divisiones y desgracias.

En las bodas de un rey de Larissa, unos jóvenes tesalienses, conocidos con el nombre de Centauros, insultaron á los compañeros de la jóven reyna, y perecieron en las manos de Theséo y de muchos héroes, que en esta ocasion tomaron á su cargo la defensa de un secso que habian ultrajado mas de una vez (1).

Las nupcias de Thétis y de Peléo fueron turbadas por las pretensiones de algunas princesas que, disfrazadas, segun el uso, con los nombres de Juno, de Minerva y de otras diosas, aspiraban todas al premio de la belleza (2).

Otro género de espectáculo reunia á los principes y á los héroes: ellos corrian á los funerales de un soberano, y desplegaban su magnificencia y su destreza en los juegos que se celebraban para honrar su memoria. Se le hacian juegos sobre un sepulcro, porque el dolor no tenia necesidad de adorno. Esta delicadeza que espele todo consuelo, es en

(1) *Diod. Sic. l. 4. p. 722. Ovid. metam. l. 12. v. 210. Homer. odyss. l. 21. v. 295.*

(2) *Mezir. coment. sobre la Epist. de Ovid. t. 1. p. 220. Ban. Mythol. t. 3. p. 182.*

el sentimiento un ecceso ó una perfeccion que no se conocia aun; pero lo que se sabía era derramar lágrimas sinceras, suspenderlas quando la naturaleza lo mandaba (1), y volverlas á derramar quando el corazon se acordaba de sus pérdidas. » Yo me encierro al» gunas veces en mi palacio, dice Menelao » en Homero (2), para llorar á mis amigos » que han perecido al pie de los muros de » Troya". Diez años habia corrido desde su muerte.

Los héroes eran injustos y religiosos al mismo tiempo. Quando por casualidad habian dado la muerte á alguno por aborrecimiento personal (2) ó por una defensa legitima, se estremecian por la sangre que acababan de derramar, y separandose de su trono ó de su patria, se iban lexos á mendigar el socorro de la expiacion. Despues de los sacrificios que ella exîge, se echaba sobre la mano culpable el agua destinada para purificarla (3); desde este momento volvian á entrar en la sociedad y se preparaban para nuevos combates.

El pueblo admirado de esta ceremonia,

(1) *Homer. iliad. l. 9. v. 229. l. 24. v. 48.*

(2) *Idem odyss. l. 1. v. 100.*

(3) *Ovid. fast. l. 2. v. 37. Schol. Soph. in Ajac. v. 664.*

no lo estaba menos del esterior amenazador con que siempre se presentaban: unos cargaban á sus espaldas los despojos de los tigres y de los leones de que habian triunfado (1); otros andaban con pesadas mazas, ó con armas de diferentes especies quitadas á los salteadores de que habian limpiado la Grecia (2).

Con estos arreos era con que ellos comparecian para gozar de los derechos de hospitalidad, derechos circunscriptos hoy á ciertas familias, entónces comunes á todos (3). A la voz de un estrangero, todas las puertas se abrian, se prodigaban todos los esmeros; y para hacer á la especie humana el mas bello homenage, no se informaba de su estado ni de su nacimiento, sino despues de haber provisto á sus necesidades (4). Y no era á sus legisladores á quienes los griegos eran deudores de esta sublime institucion, ellos la debian á la naturaleza, cuyas luces vivas y profundas llenaban el corazon del hombre, y en él no se han apagado todavia, puesto que nuestro primer movimiento, es

(1) *Plut. in Thes. p. 4. Numism. veter.*
(2) *Plut. ibid.*
(3) *Homer. iliad. lib. 6. v. 16. id. odyss. lib. 3. v. 34. lib. 5. v. 208., lib. 8. v. 544.*
(4) *Homer. iliad. lib. 6. v. 173. id. odyss. l. 1. v. 124. lib. 3. v. 70.*

un movimiento de estimacion y confianza para con nuestros semejantes, y que la desconfianza seria mirada como un vicio enorme, si la esperiencia de tantas perfidias, no la hubiera hecho casi una virtud.

Con todo eso, en los siglos en que brillaban tan bellos exemplos de humanidad, salieron á luz crímenes atroces é inauditos. Algunas de estas maldades han exîstido, no hai duda; ellas eran los frutos de la ambicion y de la venganza; pasiones desenfrenadas, que siguiendo la diferencia de las condiciones y de los tiempos, emplean para llegar á sus fines, ya maniobras sordas, ya fuerza descubierta. Otras no debieron su origen sino á la poesia, que en sus pinturas altera los hechos de la historia, como los de la naturaleza. Los poetas, dueños de nuestros corazones, esclavos de su imaginacion, vuelven á sacar á la escena los principales personages de la antigüedad; y sobre algunos pasages escapados del diente del tiempo, establecen caractéres que varian ó contrastan, segun han menester (1), y cargandolos algunas veces de colores horrorosos, transforman las flaquezas en crímenes, y los crímenes en maldades. Nosotros detestamos aquella Médéa que traxo Jason de la Colquida, y cuya vida, se dice, no fue sino

(1) *Plat. in Min. t. 2. p. 320.*

un texido de horrores: tal vez no tuvo ella otra magia que sus encantos, ni otro crimen que su amor (1); y tal vez la mayor parte de aquellos principes, cuya memoria está hoy cubierta de oprobio, no eran mas culpables que Médéa.

Y no era la barbarie la que reynaba mas en aquellos siglos remotos; era una cierta violencia de carácter, que muchas veces á fuerza de obrar á las claras, se hacia traicion á si mismo. Podia uno á lo menos tomar sus precauciones contra un odio que se anunciaba por la cólera, y contra las pasiones que advertian sus proyectos. Pero hoy; ¿Como podrá estar prevenido contra estas crueldades reflexîonadas, contra estos aborrecimientos frios y tan pacientes en esperar el momento de la venganza? El siglo verdaderamente bárbaro, no es aquel en que hai mas impetuosidad en los deseos, sino aquel en que hai mas impetuosidad en los sentimientos.

Ni la clase ni el secso, dispensaban de hacer las haciendas, las quales dexan de ser viles, desde que son comunes á todos los estados, se acompañaban algunas veces con

(1) *Diod. Sic. lib. 4. p. 249. Parmenise. ap. Schol. Eurip. in Med. v. 9. & 273. Ælian. var. hist. lib. 5. c. 21. Banier, mythol. lib. 3. cap. 5. t. 3. p. 259.*

talentos deleitosos, quales son la música y el bayle, y lo mas frequente era con placeres tumultuosos como la caza y los exercicios que mantienen la fuerza del cuerpo y la desenvuelven.

Las leyes eran pocas y mui sencillas, porque tenian menos necesidad de estatuir sobre la injusticia, que sobre el insulto; y mas bien la habia de reprimir las pasiones en su fogosidad, que perseguir los vicios en sus efugios.

Las grandes verdades de la moral, al instante descubiertas por aquel instituto admirable que lleva el hombre al bien, fueron luego confirmadas á su vista por la utilidad que sacaba de su práctica; entónces se propuso por motivo y recompensaba la virtud, no tanto la satisfaccion del alma, como el favor de los dioses, la estimacion del público y el aprecio de la posteridad (1). La razon aun no estaba plegada sobre si misma, para sondear la naturaleza de los deberes y sugetarlos á aquellos analysis, que sirven unas veces para confirmarlos y otras para destruirlos. Solamente se sabía, que en todas las circunstancias de la vida, es ventajoso dar á cada uno lo que es suyo; y despues de esta respuesta del corazon, las al-

(1) *Homer. iliad. l. 2. v. 119. Id. odyss. l. 2. v. 64.*

mas honradas se abandonaban á la virtud, sin percibir los sacrificios que exîge.

Dos clases de conocimientos ilustraron á los hombres; la tradicion de que eran intérpretes los poetas, y la esperiencia que habian adquirido los hombres ancianos. La tradicion conservaba algunos vestigios de la historia de los dioses y de la de los hombres. De aquí los respetos que se tenian por los poetas, encargados de recordar aquellos hechos interesantes en los festines y en las ocasiones brillantes, de adornarlos con los encantos de la música, y embellecerlos con las ficciones que alagasen la vanidad de los pueblos y de los reyes (1).

La esperiencia de los ancianos suplìa á la esperiencia de los siglos (2); y reduciendo los exemplos á principios, hacia conocer los efectos de las pasiones, y los medios de reprimirlas. De aquí nacia, aquella estimacion á la ancianidad que le asignaba los primeros puestos en las asembleas de la nacion, y que apenas concedia á los jóvenes el permiso de interrogarle (3).

La estrema vivacidad de las pasiones da-

(1) *Homer. odyss. l. 1. v. 152 y 338.*
(2) *Idem iliad. l. 1. v. 259. l. 3. v. 108. lib. 9. v. 60.*
(3) *Homer. iliad. l. 23. v. 587. Id. odyss. l. 3. v. 24.*

ba un précio infinito á la prudencia, y la necesidad de instruirse; al talento de la palabra.

De todas las qualidades del ánimo, la imaginacion fue la cultivada primero, porque es la que se manifiesta mas temprano en la infancia de los hombres y de los pueblos, y la que, entre los griegos particularmente, les contribuyeron á desenvolver, el clima que habitaban y las relaciones que contraxeron con los orientales.

En Egipto, en donde el sol es siempre ardiente, en donde los vientos, las crecidas del Nilo y otros fénomenos están sugetos á un orden constante, en donde la estabilidad y la uniformidad de la naturaleza parecen probar su eternidad, la imaginacion todo lo engrandece, y abalanzandose de todos lados al infinito, llenaba el pueblo de admiracion y de respeto.

En la Grecia, en donde el cielo algunas veces turbado por los vientos, centellea casi siempre una luz pura; en donde la diversidad de aspectos y de estaciones ofrece sin cesar contrastes notables, en donde á cada paso, á cada instante la naturaleza parece siempre en accion, porque ella difiere siempre de sí misma, la imaginacion mas rica y mas activa que en Egipto, embellecia todo, y estendia un calor tan dulce como fecundo en las operaciones del epíritu.

Así como los griegos salidos de sus selvas, no vieron mas los obgetos debaxo de un velo espantoso y sombrió; así los egipcios transportados á la Grecia, endulzaron poco á poco los rasgos severos y fieros de sus pinturas: unos y otros no componiendo mas que un solo pueblo, se formaron un lenguage que brillaba en espresiones figuradas, revistieron sus antiguas opiniones con colores que les alteraba la sencillez, pero que las hacia mas seductoras; y como las criaturas que tenian movimiento, les parecieron llenas de vida, y que ellos referian á tantas causas particulares los fenómenos, cuya relacion no conocian; el universo fue para sus ojos una soberbia decoracion, cuyos resortes se movian á voluntad de un número infinito de agentes invisibles.

Entónces se formó aquella filosofia, ó mas bien aquella religion que todavia subsiste entre el pueblo; mezcla confusa de verdades y de mentiras, de tradiciones respetables y de ficciones ridiculas: sistema que halaga los sentidos, y subleva el espíritu; que respira el placer, pregonando la virtud, y del qual es menester formar un ligero bosquejo, porque lleva el sello del siglo que lo ha visto nacer.

¿Que poder ha sacado al universo del caos? el ser infinito, la luz pura, la fuente

de la vida (1): demosle el mas bello de sus títulos; es el amor mismo, aquel amor, cuya presencia restablece por donde quiera la harmonia, (2) y al que refieren su origen los hombres y los dioses (3).

Estos entes inteligentes se disputaron el imperio del mundo; pero aterrados los hombres en estos combates terribles, quedaron sugetos para siempre á sus vencedores.

La especie de los inmortales se ha multiplicado así como la de los hombres. Saturno, procedido del trato del cielo con la tierra, tuvo tres hijos que se repartieran el dominio del universo: Júpiter reyna en el cielo, Neptuno en la mar, Pluton en los infiernos, y todos tres en la tierra (4): todos tres están rodeados de una multitud de divinidades encargadas de executar sus órdenes.

Júpiter es el mas poderoso de los dioses; porque él lanza el rayo, su corazon es el mas brillante de todos, él es la mansion de la luz eterna, y debe serlo de la felicidad, puesto que todos los bienes de la tierra vienen del cielo.

[1] *Orpheo ap. Bruck. hist. philos. t. 1. p. 390.*
[2] *Hesiod. theog. v. 120.*
[3] *Aristoph. in ay. v. 700.*
[4] *Hom. iliad. lib. 15. v. 193.*

Las divinidades de los mares y de los infiernos se imploran en ciertos lugares y en ciertas circunstancias; los dioses celestiales, en todas partes y en todos los momentos de la vida. Ellos esceden á los otros en poder, puesto que están sobre nuestras cabezas; mientras que los otros están á nuestros costados, ó debaxo de nuestros pies.

Los dioses distribuyen á los hombres la vida, la salud, las riquezas, la sabiduria y el valor (1). Nosotros los acusamos de ser los autores de nuestros males (2). Ellos nos valdonan de que somos desgraciados por nuestra culpa (3). Plutón es odioso á los mortales (4), porque es inflexible. Los demas dioses se dexan mover de nuestras súplicas y especialmente de nuestros sacrificios, cuyo olor es para ellos un perfume delicioso (5).

Si tienen sus sentidos como nosotros, deben tener las mismas pasiones. La belleza hace en su corazon la impresion que hace en el nuestro. Muchas veces se les ha visto buscar en la tierra, placeres que han adquirido

(1) *Homer. iliad. lib.* 2. *v.* 197. *lib.* 7. *v.* 288. *lib.* 13. *v.* 730.
(2) *Id. iliad. lib.* 3. *v.* 164. *lib.* 6. *v.* 349.
(3) *Id. odyss. lib.* 1. *v.* 33.
(4) *Id. iliad. lib.* 9. *v.* 158.
(5) *Id. iliad. lib.* 4. *v.* 48. *lib.* 24. *v.* 425.

mayor viveza con el olvido de la grandeza y la sombra del misterio.

Los griegos, por este caprichoso conjunto de ideas, no habian querido degradar á la divinidad. Acostumbrados á juzgar por su corazon á todas las criaturas vivientes, atribuian sus propias debilidades á los dioses; y sus sentimientos á los animales, sin que por eso pretendiesen rebajar á los primeros, ni elevar á los segundos.

Quando ellos quisieron formarse una idea de la felicidad del cielo, y del cuidado que allí se tenia en el gobierno del universo, echaron sus ojeadas al rededor de sí mismos y dixeron:

En la tierra un pueblo es feliz, quando pasa sus dias en las fiestas; un soberano, quando junta á su mesa los principes y las princesas que reynan en las comarcas vecinas: quando las jóvenes esclavas perfumadas de esencias echan allí el vino á copas llenas; y cantores hábiles arreglan su voz al son de la lyra (1). Así tambien, en los frecuentes convites que reunen á los habitantes del cielo, la juventud y la belleza, á la presencia de Hebe, distribuyen el nectar y la ambrosia; los cantos de Apolo y de las musas ha-

(1) *Hom. odyss. lib. 1. v. 152. lib. 9. v. 5. Ariat. de rep. lib. 8. c. 3. t. 2. p. 451.*

een resonar las bovedas del Olympo, y la alegria brilla en los ojos de todos.

Algunas veces, Júpiter junta á los inmortales cerca de su trono, y trata con ellos sobre los intereses de la tierra, del mismo modo que un soberano discute con los grandes de su reyno los intereses de sus estados. Los dioses proponen sus diversos dictámenes, y mientras ellos los sostienen con calor, Júpiter pronuncia, y todo vuelve á quedar en silencio.

Los dioses revestidos de su autoridad, imprimen el movimiento al universo, y son los autores de los fenómenos que admiramos.

Todas las mañanas una jóven diosa abre las puertas del Oriente y riega la frescura en los ayres, las flores en los campos, los rayos en el camino del sol. A este anuncio, la tierra se despierta y se apresta á recibir al dios, que le dá todos los dias una nueva vida: El aparece, se muestra con la magnificencia que conviene al soberano de los cielos; su carro conducido por las horas, vuela y se hunde en el espacio inmenso que llena de llamas y de luz. Apenas llega al palacio de la soberana de los mares, la noche, que eternamente marcha por sus huellas, estiende sus velas sombrias, y coloca fuegos sin número en la boveda celeste. Entónces se eleva otro carro, cuya claridad dulce y consoladora lleva los corazones sensibles al

desvario, una diosa le conduce. Viene en silencio á recibir los tiernos homenages de Endymion. Aquel arco que brilla con tan ricos colores, y que se incurva de un punto del horizonte á otro, son las huellas luminosas del tránsito de Iris, que trae á la tierra las ordenes de Juno. Aquellos vientos gustosos, aquellas tempestades horrorosas, son los genios, que unas veces juegan en los aires, otras luchan unos con otros, por sublevar las olas. Al pie de aquel collado, hai una gruta, asilo de la frescura y de la paz. Es allí donde una ninfa benéfica, derramando su urna inagotable, forma el arroyo que fertiliza el vecino llano; es desde allí que ella escucha la voz de la jóven beldad que viene á contemplar sus atractivos en la onda fugitiva. Entrad en aquel bosque sombrio; no es ni el silencio ni la soledad lo que ocupa vuestro espíritu: es, que estais en la morada de las dryadas y de los sylvanos; y el secreto pasmo que esperimentais, es el efecto de la magestad divina.

De qualquier lado que nosotros nos volvamos, nos hallamos en presencia de los dioses: nosotros los encontramos por fuera, por dentro de nosotros; ellos se han repartido el imperio de las almas, y dirigen nuestros pensamientos; unos presiden la guerra y las artes de la paz, otros nos inspiran el amor á la sabiduria, ó á los placeres; todos quieren

á la justicia, y protegen la virtud: treinta mil divinidades dispersas en medio de nosotros, velan continuamente sobre nuestro pensamientos y sobre nuestras acciones (1). Quando obramos bien, el cielo aumenta nuestros dias y nuestra felicidad, y nos castiga quando hacemos mal (2). A la voz del crímen, Nemésis y las negras furias, salen bramando del fondo de los infiernos, se introducen en el corazon de los culpados, y los atormentan dia y noche con gritos fúnebres y agudos. Estos gritos son los remordimientos (3). Si el malvado omite, antes de su muerte, aplacarlas por medio de las ceremonias santas; las furias agarradas de su alma como de su presa, la arrastran á los abismos del tártaro: porque los antiguos griegos estaban persuadidos generalmente de que el alma es inmortal; y tal era la idea que despues de los egypcios, tenian de esta substancia tan poco conocida.

El alma espiritual, es decir, el espíritu ó el entendimiento, está envuelto en una alma sensitiva, la qual no es otra cosa que una matéria luminosa y sútil, imágen fiel de nuestro cuerpo, sobre el qual está amoldada

(1) *Hesiod. oper. v. 250.*
(2) *Homer. odyss. lib. 13. v. 214.*
(3) *Cicer. de leg. lib. 1. cap. 14. t. 3. p. 127.*

y del qual conserva para siempre su semejanza y dimensiones. Estas dos almas están intimamente unidas mientras vivimos: la muerte las separa (1); y mientras el alma espiritual sube á los cielos, la otra alma se vuela al mando de Mercurio, á las estremidades de la tierra, en donde están los infiernos, el trono de Pluton y el tribunal de Minos. Abandonada de todo el universo, y no teniendo á su favor mas que sus acciones, el alma comparece ante este tribunal terrible; oye su sentencia y la vá á cumplir á los campos Elyseos ó al Tártaro.

Los griegos que no habian fundado la felicidad de los dioses, sino sobre los placeres de los sentidos, no pudieron imaginar otras ventajas para los campos Elyseos, que un clima delicioso y una tranquilidad profunda, pero uniforme: débiles ventajas que no les impedian á las almas virtuosas el suspirar por la luz del dia y el echar menos sus pasiones y sus placeres.

El Tártaro es la mansion del llanto y de la desesperacion: los culpables están allí entregados á tormentos espantosos; buitres crueles les despedazan las entrañas; ruedas encendidas les dan vueltas al rededor de su

[1] *Hom. odyss. lib. 11. v. 217. Not de Mad. Dacier: sobre los libros 10 y 11 de la odyssea.*

exo. Allí es donde Tántalo espira en todo momento, de hambre y de sed en medio de un raudal puro, y debajo de arbodes cargados de frutas; donde las hijas de Danaïs están condenadas á llenar un tonel de donde el agua se escapa al instante; y Sisifo á fixar encima de una montaña una roca que levanta con todas sus fuerzas, y que al punto de llegar al término, vuelve luego á caer de su peso. Necesidades insoportables; y siempre estimuladas por la presencia de los objetos propios é satisfacerlas, trabajos siempre los mismos y eternamente infructuosos; que suplicios! La imaginacion que los inventó habia agotado todos los refinamientos de la barbarie, para preparar castigos al crímen, al paso que no dába mas recompensa á la virtud, que una felicidad imperfecta y emponzoñada con pesares. Seria esto porque se creeria mas útil el conducir á los hombres por el temor de las penas, que por el atractivo del placer, ó mas bien, que es mas fácil multiplicar las imágenes de la desgracia, que las de la felicidad?

Este sistema informe de religion enseñaba un pequeño número de dogmas esenciales al reposo de las sociedades; la exîstencia de los dioses, la inmortalidad del alma, las recompensas para la virtud, los castigos para el delito: él prescribia las prácticas que podian contribuir á mantener estas verdades,

las fiestas y los misterios: él presentaba á la política medios poderosos de aprovecharse de la ignorancia y la credulidad del pueblo, los oráculos, el arte de los agüeros y de los adivinos: él dexaba en fin á cada uno la libertad de escoger las tradiciones antiguas y de cargar sin cesar de nuevas menudencias la historia y la genealogía de los dioses; de suerte que la imaginacion teniendo la libertad de crear hechos, y de alterar por medio de prodigios, los que estaban ya conocidos, estendia sin cesar en sus quadros el interes de lo maravilloso, este interés tan frio á los ojos de la razon, pero tan lleno de encantos para los niños y para las naciones que empezaban á nacer. Las relaciones de un viagero en medio de sus huespedes, de un padre de familia en medio de sus hijos, de un cantor admirado para la diversion de los reyes, se intrigaban ó se desenredaban por la intervencion de los dioses; y el sistema de la religion se volvia insensiblemente un sistema de ficciones y de poesia.

Al mismo tiempo las falsas ideas que se tenia acerca de la física, enriquecian la lengua con una multitud de imágenes; el habito de confundir el movimiento con la vida, y la vida con los sentimientos; la facilidad de acercar mas ciertas relaciones que los obgetos tienen entre sí, hacian que las criaturas mas insensibles tomasen en el discur-

so, una alma, ó propiedades que les eran estrañas: la espada era alterada con la sangre del enemigo; el tiro que vuela impaciente de repartirse: se daban alas á todo lo que hendia los aires, al rayo, á los vientos, á las flechas, al sonido de la voz; la aurora tenia dedos de rosa; el sol tenas de oro; Thétis, pies de plata. Estos géneros de metaforas fueron admirados, principalmente por su novedad; y la lengua se volvió poética como lo son todas las lenguas en su órigen.

Tales eran poco mas ó menos los progresos del espíritu entre los griegos, quando Codrüs sacrificó su vida por la salud de la patria (1). Los athenienses tocados de aquel rasgo de grandeza, abolieron el título de rey, decian que Codrüs lo habia elevado á tanta altura que en adelante seria imposible llegar á él; en consecuencia, reconocieron á Júpiter por su soberano (2); y habiendo colocado á Medon hijo de Codrüs al lado del trono le llamaron Arconte, ó gefe perpetuo (*), obligandole á que á lo menos diese cuenta al pueblo de su administracion (3).

Los hermanos de este príncipe se habian

(1) *Meurs. de reg. Athen. lib. 3. cap. 11.*
(2) *Schol. Aristoph. in rub. v. 2.*
(*) *En 1000. ant. de J. C.*
(3) *Pausan. lib. 4. c. 5. p. 292.*

opuesto á su eleccion (1); pero quando la vieron confirmada por el oráculo, en vez de mantener en su patria un principio de divisiones intestinas, se fueron lexos á buscar mejor destino.

ESTABLECIMIENTO DE LOS JONIENSES EN EL ASIA MENOR.

El Attica y los pueblos que le rodean estaban en aquel tiempo muy cargados de habitantes: las conquistas de los Heraclidas habian hecho refluir en aquella parte de la Grecia, la nacion entera de los jonienses que ocupaban antes doce ciudades en el Peloponeso (2). Estos estrangeros onerosos á los lugares que les servian de asilos, y mui cercanos á aquellos de donde se habian separado, suspiraban por una mudanza que les hiciera olvidar sus infortunios. Los hijos de Codrüs les indicaron al otro lado de los mares, los ricos campos que terminan el Asia á la parte opuesta de la Europa, y de los quales una parte estaba ya ocupada por aquellos eolienses á quienes los Heraclidas habian

(1) *Pausan. lib. 7. c. 2. p. 523. Ælian. var. hist. lib. 805. Velleius Paterc. lib. 1. c. 2.*

(2) *Herod. lib. 1. c. 145. Strab. lib. 8. p. 385.*

atrojado antiguamente del Peloponeso (1). Hacia los confines de la Eolida, habia un pais fertil, situado en un clima admirable, y habitado por bárbaros á quienes los griegos comenzaban á despreciar. Habiendo intentado los hijos de Codrûs el conquistarlo, los acompañaron á la empresa muchos hombres de todas edades y de todos los paises (2): los bárbaros no hicieron sino una débil resistencia; la colonia se halló muy pronto en posesion de otras tantas ciudades como habian dexado en el Peloponeso; y estas ciudades, entre las quales se distinguia Mileto en Eféso, compusieron por su union el cuerpo jónico (3).

Medon trasmitió á sus descendientes la dignidad de Arconta: pero como daba recelos á los athenienses, limitaron en lo succesivo su exercicio al espacio de diez años (*); y como crecieron sus alarmas con sus precauciones, al fin la dividieron entre nueve magistrados annuales (**), los quales toda-

(1) *Herod. lib. 1. c. 149. Strab. lib. 13. p. 582.*
(2) *Pausan. lib. 7. c. 2. p. 524.*
(3) *Herod. lib. 1. c. 141. Strab. lib. 14. p. 633. Ælian. var. hist. lib. 8. c. 5.*
(*) *El año 782. antes de J. C.*
(**) *El de 684. antes de J. C.*

via conservan el título de Arcontas (1).

Aquestos son todos los movimientos que nos presenta la historia de Athénas, desde la muerte de Codrûs, hasta la primera olympiada; durante el espacio de 316 años. Estos siglos fueron, segun las aparencias, los siglos de felicidad: porque los desastres de los pueblos se conservaban para siempre en sus tradicciones. No se puede insistir mucho sobre una refleccion tan aflictiva á la humanidad. En aquel largo intervalo de paz que gozó el Attica, ella, no hai duda produxo corazones nobles y generosos que se dedicaron al bien de la patria; hombres sabios, cuyás luces mantenian la harmonia en todas las clases del estado; los quales son olvidados, porque no tuvieron sino virtudes. Si hubiesen hecho correr torrentes de lágrimas y de sangre, sus nombres habrian triunfado del tiempo; y, á falta de historiadores, los monumentos que se le habrian consagrado, levantarian aun sus voces en medio de las plazas públicas. ¡Que sea menester arruinar á los hombres para merecer altares!

Mientras que la calma reynaba en el Attica, los demas estados no esperimentaban sino sacudimientos ligeros y momentaneos; los siglos se escurrian en el silencio, pero luego

(1). *Meurs. de Archont. lib. 1. c. 1. &c. Corsin. fast. att. disert. 1.*

los ocuparon tres de los mas grandes hombres que han existido jamas; Homero, Lycurgo, y Aristoménes. Lacedemonia y Messenia enseñarán á conocer á los dos últimos; mas en todo tiempo y en todos los lugares se pueda uno ocupar del genio de Homero.

HOMERO.

Homero floreció cerca de quatro siglos despues de la guerra de Troya (*). En su tiempo la poesia era muy cultivada entre los griegos. La fuente de las ficciones que constituyen su esencia ó su adorno, abundaba de dia en dia; la lengua brillaba con imágenes y se prestaba tanto mas á las necesidades del poeta, quanto ella era mas irregular (**). Dos acontecimientos notables, la guerra de Thebas, y la de Troya eran en lo que se exercitaban los talentos: por donde quiera los cantores con la lyra en la mano annunciaban á los griegos las hazañas de sus antiguos guerreros.

Ya se habian visto parecer á Orfeo, Linus, Muséo y otros muchos poetas (1), cuyas obras se han perdido y quizá son las mas célebres; ya acababa de entrar en la

(*) *Hacia el año 900. antes de J.C.*
(**) *Veáse la nota 1. al fin del tomo.*
(1) *Fabr. bibl. Grac. t. 1.*

carrera aquel Hésiodo que, dicen, fue el competidor de Homero, y quien con un estilo lleno de dulzura y de harmonia (1), describió las genealogias de los dioses, los trabajos del campo, y otros obgetos que supo hacer interesantes.

Homero, pues, halló un arte que hacia algun tiempo habia salido de la infancia, y cuyo progreso lo impedia incesantemente la emulacion; él lo tomó al desarrollarse y lo perfeccionó tanto que parecia haber sido su creador.

Dicen que él cantó la guerra de Thébas (2); él compuso muchas obras que lo habrian igualado á los primeros poetas de su tiempo; pero la ilyada y la odyséa lo ponen superior á todos los poetas que le han precedido.

En el primero de estos poemas describió algunas circunstancias de la guerra de Troya; y en el segundo la vuelta de Ulyses á sus estados.

Durante el sitio de Troya habia sucedido un acontecimiento que habia fixado la

[1] *Dionis. Halic. de compos. verb. sect. 28. t. 5. p. 173, id. de veter. script. cens. t. 5. p. 419. Quintil. instit. orat. lib. 10. c. 1. p. 629.*

[2] *Herod. lib. 4. c. 32. Pausan. lib. 9. c. 9. p. 729.*

atencion de Homero. Aquiles insultado por Agamenón se habia retirado á su campo: su ausencia desanimó al exército de los griegos y avivó el corage de los troyanos, que salieron fuera de sus muros y dieron muchos combates, en que fueron cuasi siempre vencedores: ya iban á incendiarse los baxeles enemigos, quando pareció Patroclo armado con las armas de Aquiles. Hector le acomete y le hace morder la tierra. Aquiles que no habia podido desentenderse de las súplicas de los xefes del exército, vuelve volando al combate, venga la muerte de Patroclo con la del general de los troyanos, ordena los funerales de su amigo, y entrega por un rescate, al desgraciado Priamo, el cuerpo de su hijo Hector.

Estos hechos acaecidos en el espacio de mui pocos dias (1), eran una continuacion de la cólera de Aquiles contra Agamenón, y formaban en el curso del sitio un episodio que se podia separar de él facilmente y que Homero escogió por asunto de su ilyada: al tratarlo, se sugeta al órden histórico; pero para dar mas brillo á su asunto, supone, segun el sistema corriente de su tiempo, que desde el principio de la guerra, se habian repartido los dioses, entre los griegos, y los

[1] *Del poema epico por Bossu lib. 2. p. 269.*

troyanos; y para darle mas interes, pone á las personas en accion: artificio quizá desconocido hasta él; del cual ha nacido el género dramatico (1), y que Homero empleó en la odysea con el mismo suceso.

Se encuentra mas arte y mas ciencia en este último poema. Diez años habian transcurrido, desde que Ulyses se habia separado de las riberas del Ilium. Injustos robadores disipaban sus bienes y querian violentar á su esposa afligida, á contraer segundo himeneo y á hacer una eleccion que no estaba en su mano el diferir. Es en este momento que se abre la escena de la odysea. Telemaco hijo de Ulyses se va al continente de la Grecia á averiguar de Nestor y de Menelao, la suerte de su padre. Miéntras que él está en Lacedemonia, Ulyses parte para la isla de Calypso, y, despues de una penosa navegacion, una tempestad lo echa á la isla de los feacienses vecina á Ithaco. En un tiempo en que el comercio aun no habia estrechado la comunicacion de los pueblos, en viendo á un estrangero lo rodeaban para oir la relacion de sus aventuras. Ulyses estrechado á satisfacer una córte en que reynaban con esceso la ignorancia y el gusto por lo

[1] *Plat. in Theat. t. 1. p. 152. id. de rep. lib. 10. t. 2. p. 598. y 607. Arist. de poet. cap. 4. t. 2. p. 655.*

maravilloso, le refiere los prodigios que ha visto, la enternece con la pintura de los trabajos que ha pasado, y alcanza de ella socorros para volver á sus estados: llega, se hace reconocer de su hijo, y juntos toman las medidas eficaces para vengarse de sus enemigos comunes.

La accion de la odysea no dura mas que cuarenta dias (1); pero á favor del plan que ha elegido, Homero encontró el secreto de describir todas las circunstancias de la vuelta de Ulyses, de recordar muchas menudencias de la guerra de Troya, y de desplegar los conocimientos que él mismo habia adquirido en sus viages. Parece que él habia compuesto aquella obra en una edad avanzada, lo que se echa de ver por la multitud de relaciones, como por el carácter apacible de los personages y por un cierto calor dulce, como el del sol al ponerse (2).

Aunque el principal objeto de Homero hubiese sido el agradar á su siglo, resulta claramente de la ilyada, que los pueblos son siempre víctima de la division de los xefes; y de la odysea, que la prudencia junta con el valor, triunfa tarde ó temprano de los mayores obstáculos.

[1] *Mem. de la acad. de bell. let. t. 2. p. 389.*

[2] *Longin. de subl. c. 9.*

La ilyada y la odysea apenas eràn conocidas en la Grecia, quando se presentó Lycurgo en la Jonia (1): el genio del poeta habló luego al genio del legislador. Lycurgo descubre lecciones de sabiduria, donde el comun de los hombres no veia mas que ficciones agradables (2); él copía los dos poemas y enriquece con ellos á su patria. De allí pasaron á todos los griegos: se ven actores conocidos con el nombre de rapsodas (3), entresacar de ellos fragmentos, y recorrer la Grecia, anciosa por oirlos. Unos cantaban el valor de Diomédes; otros los adioses de Andromaca; otros la muerte de Patroclo, la de Hector, &c. (4).

La reputacion de Homero parecia que se aumentaba con la reparticion de papeles; pero el texido de sus poemas se iba destruyendo insensiblemente; y, como sus partes mui separadas corrian riesgo de no poderse volver á ajustar al todo, Salon prohibió á muchos rapsodas que cuando se juntasen no tomasen á ojo en los escritos de Homero, hechos aislados, y les previno siguiesen en sus escritos el órden que habia observado el

[1] *Allat. de Patr. Homer. c. 5.*
[2] *Plut. in Lycæxt. t. 1. p. 41.*
[3] *Schol. Pind. in nem. od. 2. v. 1.*
[4] *Ælian. var. hist. lib. 13. cap. 14. Allat. ibid.*

autor, de modo que el uno volviese á tomar desde donde el otro habia acabado (1).

Este reglamento prevenia un daño, y dexaba en pie otro, todavía mas perjudicial. Los poemas de Homero entregados á la ignorancia ó al entusiasmo de los que los cantaban ó los interpretaban publicamente, se alteraban todos los dias en su boca, sufrian pérdidas considerables, y se cargaban de versos estraños al autor. Pisistrato é Hipparco su hijo (2), emprendieron restablecer el testo en su pureza, consultaron con gramaticos hábiles; ofrécieron recompensas á los que les llevasen fragmentos auténticos de la ilyada y de la odysea; y, despues de un trabajo largo y penoso, espusieron estos dos cuadros magníficos á los ojos de los griegos, asombrados de la belleza de los planes, no menos que de la riqueza de los pormenores. Hipparco ordenó ademas que los versos de Homero se cantasen en la fiesta de los Panathénéos por el órden establecido en la ley de Solon (3).

(1) *Laert. in Solon. lib. 1. §. 57. p. 312. Pausan. lib. 7. cap. 26. p. 594.*

(2) *Cicer. de orat. lib. 3. cap. 34. t. 1. Meurs. in Pisist. cap. 9. & 12. Allat. de Patr. Hom. cap. 5.*

(3) *Plat. in Hipparc. t. 2. p. 228. Ælian. var. hist. lib. 8. cap. 2. not. Perriz. ibid. Lycurgus in Leocr. p. 161.*

La posteridad que no puede medir la gloria de los reyes y de los héroes por sus acciones, creé oir de lexos el ruido que han hecho en el mundo, y lo anuncia con mas esplendor á los siglos siguientes. Mas la reputacion de un autor, cuyos escritos subsisten, en cada generacion, á cada momento está comparada con los títulos que la han establecido; y su gloria debe ser el resultado de las sentencias, que succesivamente pronuncian á su favor las edades. La gloria de Homero ha ido tanto mas en aumento, quanto mas se han conocido sus obras, y quanto mas se han hallado los hombres en estado de apreciarlas. Los griegos no han estado jamas tan instruidos como están hoy: nunca le admiraron tan profundamente: su nombre está en todas las bocas, y su retrato á los ojos de todos: muchas ciudades se disputan el honor de haber sido su cuna (1); otras le han consagrado templos (2). Los argienses que lo invocan en sus ceremonias santas, envian todos los años á la isla de Chîo, á ofrecer un sacrificio en su honor (3). Sus versos resuenan en toda la Grecia y son el ornamento de sus brillantes fies-

(1) *Aul. Gel. lib. 3. cap. 11. Strab. lib. 14. p. 645. Pausan. lib. 10. c. 24.*

(2) *Strab. lib. 14. p. 646.*

(3) *Certam. Homer. & Hesiod.*

tas. En ellos es en donde la juventud encuentra sus primeras instrucciones (1). De donde Eschîles (2), Sofocles (3), Arquiloco, Herodoto, Demosthenes (4), Platon (5), y los mejores autores, han sacado la mayor parte de las bellezas que han sembrado en sus escritos; en donde el escultor Fidias (6), y el pintor Eufranor (7), han aprendido á representar dignamente al Señor de los dioses.

¿Quién es pues aquel hombre que da lecciones de política á los legisladores, que enseña á los filosofos y á los historiadores el arte de escribir; á los poetas y á los oradores el arte de mover; que hace germinar todos los talentos (8), y cuya superioridad es

(1) *Enstath. in iliad. l. 1. p. 145. id. lib. 2. p. 26.*

(2) *Athen. lib. 8. c. 8. p. 347.*

(3) *Valken. diatr. in Eurip. Hip. p. 92.*

(4) *Longin. de subl. cap. 13. Dionis. Halic. epist. ad Pomp. t. 6. p. 772.*

(5) *Panet. ap. Cicer. tuscul. lib. 1. cap. 32. t. 2. p. 260.*

(6) *Strab. lib. 8. p. 354. Plut. in Emil. t. 1. p. 270. Val. Max. l. 3. c. 7. exter. n. 4.*

(7) *Eustath. in iliad. lib. 1. p. 145.*

(8) *Dionis. Halic. de compos. verb. t. 5. cap. 16. p. 97. id. ibid. c. 24. p. 187. Quintil. inst. lib. 10. c. 1. p. 628.*

de tal manera reconocida, que no nos causa otros zelos que los que tenemos del sol que nos alumbra?

Yo sé que Homero debe interesar especialmente á su nacion. Las principales casas de la Grecia, creen descubrir en sus obras los títulos de su orígen; y los diferentes estados la época de su grandeza; y hasta para fixar los antiguos límites de dos pueblos vecinos, ha bastado muchas veces su testimonio (1). Pero este mérito que podia serle comun con infinitos autores olvidados el dia de hoy, no alcanzaria á producir el entusiasmo que escitan sus poemas, y se necesitarian otros resortes, para obtener entre los griegos el imperio del espíritu.

Yo no soy mas que un escyta, y con todo, la harmonía de los versos de Homero, esta harmonía que transporta á los griegos, la perciben repetidas veces mis organos harto groseros; pero quando la admiracion me saca fuera de mi, es quando lo veo elevarse, pararse en el aire, digamoslo así, encima del universo, lanzando á todas partes sus miradas abrasadas; recogiendo los fuegos y los colores con que los objetos centellean á su vista; asistiendo al consejo de los dioses; sondando los pliegues del corazon humano; y luego, rico con sus descubrimientos,

(1) *Entath. in Homer. t. 2. p. 263.*

embriagado con las bellezas de la naturaleza, y no pudiendo soportar mas el ardor que le devóra, derramarlo con profusion en sus cuadros y en sus espresiones; poner á reñir al cielo con la tierra, y las pasiones consigo mismas; deslumbrarnos con aquellos rasgos de luz que no pertenecen sino al genio; arrastrarnos con aquel impetu de sentimientos que es el verdadero sublime, y dexar siempre en nuestra alma una impresion profunda, que parece estenderla y agrandarla: porque lo que distingue sobre todo á Homero, es que todo lo aníma (1) y nos penetra incesantemente de los movimientos que le agítan; es, que todo lo subordina á la pasion principal; que la sigue en su fogocidad, en sus desvíos, en sus inconsecuencias; que la levanta hasta las nubes, y la hace caer cuando es necesario, por la fuerza de los sentimientos y de la virtud, como la llama del Ethna que el viento la sepulta en el fondo del abismo; es, que ha echado mano de grandes carácteres; que ha diferenciado el poder, la valentía y otras cualidades de sus personages, no por descripciones frias y fastidiosas, sino por golpes de pincel rápidos y vigorosos, ó por ficciones nuevas y sembradas como por acaso en sus obras.

(1) *Aristot. de nhet. lib. 3. cap. 11. t. 2. p. 596.*

Yo subo con él á los cielos; reconozco á Venus toda entera en aquella cintura de donde se escapan sin cesar los fuegos del amor, los deseos impacientes, las gracias seductoras y los encantos inesplicables del lenguage y de los ojos (1). Yo reconozco á Pálas y sus furores, en aquella egida en que están suspensos el terror, la discordia, la violencia y la cabeza espantosa de la horrible Gorgona (2); Júpiter y Neptuno son los mas poderosos de los dioses; pero Neptuno necesita de un tridente para sacudir la tierra (3) y Júpiter de una ojeada para conmover el olympo (4). Baxo á la tierra: Aquiles, Ayax y Diomedes son los mas terribles de los griegos; pero Diomédes se retira al ver el exército troyano (5); Ayax no cede sino despues de haberlo rechazado muchas veces (6); Aquiles se presenta y el exército desaparece (7).

Estas diferencias no están cercanas en los libros sagrados de los griegos, porque este nombre se puede dar á la ilyada y á

(1) *Homer. iliad. lib. 14. v. 215.*
(2) *Id. iliad. lib. 5. v. 738.*
(3) *Id. Odys. lib. 4. v. 506.*
(4) *Iliad. lib. 1. v. 530.*
(5) *Iliad. lib. 5. v. 605.*
(6) *Iliad. lib. 11. v. 565.*
(7) *Iliad. lib. 18. v. 228.*

la odysea. El poeta habia asentado solidamente sus modelos; por necesidad desprendia de ellos los matíces que servian para distinguirlos, y los hacia presentes al espíritu en el momento que daba á sus carácteres variaciones instantaneas; porque en efecto, el arte solo es el que presta á los caractéres una constante unidad, y la naturaleza *no* produce ninguna que no dexe de desmentirse alguna vez en las diferentes circunstancias de la vida.

Platon no encontraba bastante dignidad en el dolor de Aquiles, ni en el de Priamo; quando el primero se arrastra en el polvo despues de la muerte de Patroclo, quando el segundo aventura un modo de obrar humillante, por obtener el cuerpo de su hijo (1). Pero que estraña dignidad la que ahoga los sentimientos! Por lo que hace á mi, yo alabo á Homero por haber, como la naturaleza, colocado la debilidad al lado de la fuerza y el abismo al lado de la elevacion; y lo alabo mas todavia, por haberme mostrado al mejor de los padres en el mas poderoso de los reyes y al mas tierno de los amigos en el mas fogoso de los héroes.

Yo he visto vituperar los discursos ultrajosos que el poeta hace pronunciar á los héroes ya en las asambleas, ya en medio de

(1) *Plat. de rep. lib. 3. t. 2. p. 388.*

los combates; entónces yo he echado la vista sobre los niños, que están mas cerca que nosotros de la naturaleza, sobre el pueblo que siempre, es niño, sobre los salvages que siempre son pueblo; y he observado entre todos ellos, que antes de esplicarse por medio de los afectos, la cólera se anuncia por la ostentacion, por la insolencia y el ultraje.

He visto censurar á Homero, por haber pintado en su sencillez las costumbres que le habian precedido; me hé reido de la crítica y he guardado silencio.

Pero quando se le hace un crímen el haber degradado á los dioses, me contento con traer á la memoria la respuesta que me dió un dia un atheniense ilustrado. Homero, me decia, segun el sistema poético de su tiempo, (1), habia prestado nuestras flaquezas á los dioses. Aristofanes las ha representado despues, en nuestros teatros (2), y nuestros padres han aplaudido esta licencia. Los teólogos mas antiguos han dicho que los dioses y los hombres tenian un orígen comun; y Pindaro cuasi en nuestros dias,

(1) *Arist. de poet. cap. 25. t. 2. p. 673.*
(2) *Aristoph. in nub. v. 617. in Plut. v. 1120. in ran. &c.*
(3) *Hesiod. Theogon. v. 126. &c. Aristoph. in av. v. 700.*

ha tenido el mismo lenguage (1). A la verdad, jamas se ha pensado, que estos dioses puedan llenar la idea que tenemos de la divinidad; y en efecto, la verdadera filosofia admite un superior á ellos, el ser supremo, que les ha confiado su poder. Las gentes instruidas le adoran en secreto; los demas dirigen sus votos, y algunas veces sus quexas á los que lo representan, y la mayor parte de los poetas son como los vasallos del rey de Persia que se prosternan ante el soberano y se irritan con sus ministros.

Que aquellos que pueden resistirse á las bellezas de Homero, hagan alto en sus defectos. Porque ¿para que disimularle? El reposa frecuentemente, y algunas veces se duerme; pero su reposo es como el de la aguila, que despues de haber recorrido por los aires sus vastos dominios, cae, rendida del cansancio encima de una montaña; y su sueño se parece al de Júpiter, que, segun el mismo Homero, se dispierta al tiempo de lanzar el rayo (2).

Quando se quiera juzgar á Homero, no por discusion, sino por los sentimientos, no sobre reglas muchas veces arbitrarias, sino por las leyes immutables de la naturaleza, se convencerá sin duda que él merece la cla-

(1) *Pind. in nem. od. 6. v. 3. Schol. ibid.*
(2) *Hom. iliad. lib. 15. v. 377.*

se que los griegos le han señalado, y que él fue el principal ornamento de los siglos, cuya historia acabo de compendiar.

SEGUNDA PARTE.

Cerca de 150 años despues de la primera olympiada, es que comienza, propiamente hablando, la historia de los atenienses. De esta manera no encierra sino 300 años, si se la conduce hasta nuestros dias; y cerca de 200, si se termína en la toma de Athenas. Allí se ve en intervalos bastante señalados, los principios, los progresos y la decadencia de su imperio. Que se me permita designar estos intervalos con carácteres particulares. Numeraré el primero, el siglo de Solon ó el de las leyes: el segundo, el siglo de Temistocles y de Arístides, que es el de la gloria: el tercero, el de Pericles, este es el del luxo y de las artes.

SECCION PRIMERA.

SIGLO DE SOLON. (*).

La forma de gobierno establecida por Theséo habia esperimentado alteraciones sen-

(*) *Desde el año 630. hasta el de 490. antes de J. C. Arist. de Rep. l. 2. c. 12. t. 2. p. 336.*

sibles: el pueblo tenia todavia el derecho de juntarse; pero el poder soberano estaba en las manos de los ricos (1); la republica estaba dividida entre nueve archôntas ó magistrados annuales (2), los cuales no gozaban mucho tiempo de la autoridad para abusar de ella; ni tenian la bastante para mantener la tranquilidad del estado.

Los habitantes de la Attica se hallaban divididos en tres facciones, y cada una de ellas tenia por cabeza una de las mas antiguas familias de Athénas: todas tres divididas en interes por la diversidad de su carácter y de su posicion, no podian estar de acuerdo sobre la eleccion de un gobierno. Los mas pobres y los mas independientes, relegados en las montañas vecinas, estaban por la democracía; los mas ricos distribuidos en el llano, á favor de la oligarquia; los de las costas, aplicados á la marina y al comercio, á favor de un gobierno misto que asegurase sus posesiones, sin ofender á la libertad pública (3).

A esta causa de division, se juntaban en cada partido el odio inveterado de los pobres á los ricos: los ciudadanos obscuros, cargados

(1) *Thucyd. l. 1. c. 126.*
(2) *Herodot. l. 1. c. 59. Plut. in Solon. t. 1. p. 85.*
(3) *Plut. in Solon. p. 85.*

de deudas, no tenian mas recurso que vender su libertad ó la de sus hijos á sus acreedores implacables; y la mayor parte abandonaba una tierra que no ofrecia á los unos mas que trabajos infructuosos, á los otros una eterna esclavitud y el sacrificio de los sentimientos de la naturaleza (1).

Un pequeñisimo número de leyes casi tan antiguas como el imperio, y conocidas por la mayor parte con el nombre de leyes reales (2), no bastaban, desde que habiendose aumentado los conocimientos, nuevas fuentes de industria, de necesidades y de vicios se habian estendido en la sociedad. La licencia quedaba sin castigo, ó no sufria sino penas arbitrarias; la vida y la fortuna de los particulares estaban confiadas á magistrados, que por no tener regla fixa, estaban muy dispuestos á escuchar segun sus prevenciones ó sus intereses.

DRACON.

En esta confusion que amenazaba al estado una ruina proxima, Dracon fue escogido para abrazar la legislacion en su totalidad; y estenderla hasta los mas peque-

(1) *Plut. in Solon. p. 85.*
(2) *Xenoph. æcon. p. 856. Meurs., in Them. Attic. c. 36.*

ños pormenores. Las particularidades de su vida privada nos son poco conocidas; pero él ha dexado la reputacion de un hombre de bien, lleno de luces y sinceramente afecto á su patria (1). Otros rasgos podrian embellecer su elogio y no son necesarios á su memoria. Del mismo modo que los legisladores que le precedieron y siguieron, él formó un código de leyes y de moral; tomó al ciudadano desde el momento de su nacimiento, prescribió el modo de nutrirlo y educarlo (2); lo siguió en las diferentes épocas de la vida; y ligando estas miras particulares con el obgeto principal, se lisonjeó de poder formar hombres libres y ciudadanos virtuosos: pero no hizo sino descontentos; y sus reglamentos escitaron tantas murmuraciones, que le obligaron á retirarse á la isla de Egina, donde murió poco despues.

El habia puesto en sus leyes el sello de su carácter: ellas son tan severas (3) como sus costumbres lo habian sido siempre. La muerte es la pena con que él castiga la ociosidad, y la sola que aplica á los crímenes los mas ligeros como á las maldades las mas

(1) *Aul. Gell. l. 11. c. 18. suid. in* DRACON.

(2) *Eschin. in Timarch. p. 261.*

(3) *Arist. de Rep. l. 2. c. 12. t. 2. p. 337. id. de Rhet. l. 2. c. 23. t. 2. p. 579.*

atroces: décia que no conocia otra mas dulce para los primeros, ni conocia otras para los segundos (1). Parece que su alma ecesivamente fuerte y virtuosa, no era capaz de ninguna indulgencia para los vicios contra los quales se habia sublevado, ni para las flaquezas de que triunfaba sin trabajo. Tal vez pensó que en la carrera del crímen, los primeros pasos conducen infaliblemente á los mayores precipicios.

Como él no habia tocado la forma del gobierno (2), las divisiones intestinas se aumentaron de dia en dia. Uno de los principales ciudadanos llamado Cylón, formó el proyecto de apoderarse de la autoridad: se le sitió en la Ciudadela; él se defendió allí largo tiempo; y al fin viendose sin esperanza de socorros, evitó con la fuga el suplicio que se le destinaba. Los que le habian seguido, se refugiaron al templo de Minerva: sacóseles de este asílo prometiendoles la vida, y al instante les mataron (*). Algunos de estos desventurados fueron degollados sobre los altares de los formidables Eumenides (3).

(1) *Plut. in Solon. p. 87.*
(2) *Arist. de rep. l. 2. c. 12. t. 2. p. 337.*
(*) *El año 612. ant. de J. C.*
(3) *Thucyd. lib. 1. cap. 126. Plut. in Solon. p. 84.*

[illegible] grado de imaginación se levantaron [illegible] entre, [illegible] la perfidia de [illegible] y extremecimientos de su imaginación. [illegible] esperaban los males [illegible] el vengador del cielo. En medio de la consternación general, se supo que [illegible] de Niza y la isla de Sacramento habían sido [illegible] por un número de los malvados.

[illegible] este nuevo suceso hizo [illegible] [illegible] las imaginaciones [illegible] [illegible] entre [illegible] [illegible] entre [illegible] y la [illegible] de los espíritus [illegible]. Los [illegible] [illegible] [illegible], [illegible] [illegible] [illegible] con la [illegible] [illegible] [illegible]

ros (1); en preveer los acontecimientos futuros en las causas que debian producirlos. (2) Los cretenses dicen, que siendo jóven, le dió en una caberna un sueño profundo, que segun unos le duró quarenta años (3); muchos mas, segun otros (4): añaden que al despertar, admirado de las mudanzas que se le representaban, arrojado de la casa paterna como un impostor, no llegó á hacerse reconocer, sino despues de indicios los mas admirables. Solo resulta de esta relacion que Epimenides pasó los primeros años de su juventud en sitios solitarios, entregado al estudio de la naturaleza, enseñando su imaginacion al entusiasmo (5), por medio de los ayunos, el silencio y la meditacion, sin mas ambicion que la de conocer las voluntades de los dioses, para dominar las de los hombres. El suceso correspondió con usura á sus miras; porque llegó á adquirir tal reputacion de sabiduría y de santidad, que en las ca-

(1) *Arist. de rethor. lib. 3. cap. 17. t. 2. p. 605.*

(2) *Plut. in Solon. p. 84. Laert. in Epim. lib. 1. §. 114.*

(3) *Pausan. lib. 1. cap. 14. p. 35.*

(4) *Plut. t. 2. p. 784. Laert. in Epim. lib. 1. §. 109.*

(5) *Plut. in Solon. p. 84. Cicer. de divin. lib. 1. cap. 18. t. 3. p. 16.*

lamidades públicas (1) los pueblos mendigaban la dicha, de que él los purificase segun los ritos, que sus manos, decian, los hacian mas agradables á la divinidad.

Athenas los recibió con los transportes de la esperanza y del temor (*): él mandó construir nuevos templos y nuevos altares; inmolar las víctimas que él habia escogido; acompañar estos sacrificios con ciertos cánticos (2). Como quando hablaba, parecia agitado de un furor divino (3), todo era arrastrado por su elocuencia impetuosa: él se aprovechó de su ascendiente para hacer mudar las ceremonias religiosas; y en orden á esto, se le puede tener por uno de los legisladores de Atenas. El cercenó el gasto de estas ceremonias (4); abolió el uso bárbaro que tenian las mugeres de acardenalarse el rostro, quando acompañan los muertos al sepulcro; y por una multitud de reglas útiles, procuró reducir á los athenienses á los principios de union y de equidad.

La confianza que habia inspirado, y el tiempo que se necesitó para executar sus orde-

(1) *Pausan. ibid.*

(*) *Hacia el año 597. antes de J. C. Vease la nota 2. al fin del tomo.*

(2) *Strab. lib.* 10. *p.* 479.

(3) *Cicer. ibid.*

(4) *Plut. in Solon. t.* 1. *p.* 84.

nes, calmaron insensiblemente los ánimos; los fantasmas desaparecieron; Epimenides parte, cubierto de gloria y honrado del sentimiento de un pueblo entero: rehusa presentes considerables, y no pide mas que un ramo del olivo consagrado á Minerva, para él, y para Cnossa su patria, la amistad de los athenienses (1).

Poco tiempo despues de su salida, se despertaron las facciones con nuevo furor, y sus escesos llegaron á tal punto, que bien pronto se les vió reducidos á aquel estremo en que no le queda otra alternativa á un estado, que perecer, ó abandonarse al genio de un solo hombre.

LEGISLACION DE SOLON.

Solon, segun todos convienen, fue elevado á la dignidad de primer magistrado, de legislador y de árbitro soberano (*). Se le quiere precisar á subir al trono; pero como él no vió si le seria fácil baxar de él, se resistió á los reproches de sus amigos y á las instancias de las cabezas de las facciones y de la parte mas sana de los ciudadanos (2).

[1] *Plat. de leg. lib. 1. t. 2. p. 642. Plut. in Laert. lib. 1. §. III.*

(*) *Hacia el año 594. ant. de J. C.*

(2) *Plut. in Solon. p. 85.*

Solon descendía de los antiguos reyes de Athenas (1); él se aplicó desde su juventud al comercio, ya fuese para reparar los atrazos de su casa causados por las liberalidades de su padre, ó ya para instruirse en las leyes y costumbres de las naciones. Despues de haber adquirido en esta profesion bienes bastantes para no temer la miseria ni necesitar de los ofrecimientos generosos de sus amigos, no viajó más que para aumentar sus conocimientos (2).

El depósito de las luces estaba entónces en poder de algunos hombres virtuosos, conocidos con el nombre de sabios, y distribuidos en diferentes cantones de la Grecia. Su único estudio tenia por objeto al hombre lo que es, lo que debe ser, y como es preciso instruirle y gobernarle. Ellos recogian el pequeño número de verdades de la moral y de la política y las reducian á maxîmas demasiado claras para ser comprehendidas á primera vista, harto precisas para ser, ó para parecer profundas. Cada uno de ellos escogia una con preferencia; que era como su divisa y la regla de su conducta. » Nada demasiado, decia el uno: Conoceos á vos mismo, decia el otro (3)." Esta precision que

(1) *Id. ibid. p. 78.*
(2) *Id. ibid. p. 79.*
(3) *Plat. in Protag. t. 1. p. 343.*

los espartanos han conservado en su estilo, se hallaba en las respuestas que daban en otro tiempo los sabios á las preguntas frecuentes de los reyes y de los particulares. Ligados con una amistad que jamas pudo alterar su celebridad, se reunian algunas veves en un mismo lugar, para comunicarse sus luces y ocuparse en los intereses de la humanidad (1).

En estas augustas asambleas se presentaban Thalés de Mileto, el que en aquel tiempo, echava los fundamentos de una filosofia mas general y tal vez menos util; Pittaco de Mytilena, Bias de Priena, Cléobulo de Lindus, Myson de Chên, Chîlon de Lacedemonia y Solon de Athenas el mas ilustre de todos (2). Los vínculos de la sangre y la memoria de los lugares que me han visto nacer, no me permiten olvidar á Anachârsis á quien el ruido de su reputacion atraxo del fondo de la Escythia, y á quien la Grecia, aunque zelosa del mérito de los estrangeros, coloca algunas veces en el número de los sabios con que ella se honra (3).

A los conocimientos que Solon sacó del comercio, juntaba talentos distinguidos; al

(1) *Plut. in Solon. p.* 80. *Laert. in Thal. l.* 1. §. 40.
(2) *Plat. ibid. Plut. ibid.*
(3) *Hermip. ap. Laert. lib.* 1. §. 41.

hacer. habia recibido el de la poesia y lo cultivó hasta su mayor ancianidad, pero siempre sin esfuerzo y sin pretencion. Sus primeros ensayos no fueron sino unas obras de gusto. Se encuentran en sus demas escritos himnos en honor de los dioses, diferentes rasgos propios para justificar su legislacion, avisos ó reproches dirigidos á los athenienses (1); casi por todas partes una moral pura y bellezas que descubren el genio. En los últimos tiempos de su vida, instruido de las tradiciones de los egypcios, habia emprendido describir, en un poema, las revoluciones sucedidas en nuestro globo y las guerras de los athenienses con los habitantes de la isla Atlantica situada mas allá de las columnas de Hércules y despues sumergida en las olas (2). Si libre de todo otro cuidado, y en una edad menos avanzada hubiera tratado esta materia tan á propósito para dar vuelo á su imaginacion, tal vez hubiera participado de la gloria de Homero y de Hesiodo (3).

Se le puede echar en cara no haber sido muy enemigo de las riquezas, aunque no fue ansioso en adquirirlas; haber arriesgado alguna vez, sobre el deleite, maxîmas poco

(1) *Plut. in Solon. p. 80. Laert. in Solon. §. 47.*
(2) *Plat. in Crit. t. 3. p. 113.*
(3) *Plat. in Tim. t. 3. p. 21.*

dignas de un filosofo (1), y no haber mostrado en su conducta aquella austeridad de costumbres, tan digna de un hombre que reforma una nacion. Parece que su carácter dulce y fácil, no le destinaba mas que para pasar una vida pacífica en el seno de las artes y de los placeres honestos.

Es menester confesar alomenos, que en ciertas ocasiones no le faltó ni vigor, ni constancia. El fue quien empeñó á los athenienses á bolver á tomar la isla de Salamina, á pesar de la prohibicion vigorosa hecha á sus oradores acerca de proponer su conquista (2); y lo que sobre todo pareció caracterizarle un valor superior, fue el primer acto de autoridad que exerció quando fue xefe de la república.

Los pobres, resueltos á emprenderlo todo por salir de la opresion, pedian á grito entero nueva particion de tierras, precedida de la abolicion de las deudas. Los ricos se oponian con el mismo calor, á estas pretenciones que los habria confundido con la multitud; y que, segun ellos, no podia dexar de trastornar el estado. En este apuro, Sólon abolió las deudas de los particulares, anuló todos los actos que empeñaban la libertad del ciudadano, y denegó la reparti-

(1) *Plut. in Solon. p. 79.*
(2) *Plut. ibid. p. 82.*

cion de las tierras (1). Los ricos y los pobres creyeron haberlo perdido todo porque *no* se les habia concedido todo; pero quando *los* primeros se vieron poseedores pacíficos de *los* bienes que habian heredado de sus padres, ó que habian adquirido ellos mismos; cuando los segundos libertados para siempre del miedo de la esclavitud, vieron sus *débiles* herencias francas de toda servidumbre; en fin, cuando se vió renacer la industria, restablecerse la confianza, y volver tantos ciudadanos desgraciados, á quienes la dureza de sus acreedores habia alexado de su patria, entónces las murmuraciones fueron remplazadas por sentimientos de reconocimiento; y el pueblo penetrado de la sabiduria de su legislador, añadió nuevos poderes á los con que se habia revestido.

Solon se aprovechó de esta coyuntura para exâminar las leyes de Dracon, que los athenienses pedian se aboliesen. De entre ellas las que conciernen al homicidio se conservaron enteras (2); y todavia se observan en los tribunales, en los cuales el nombre de Dracon no se pronuncia sino con la veneracion que se debe á los benefactores de los hombres (3).

(1) *Plut. in Solon. p. 87.*
(2) *Plut. ibid.*
(3) *Demosth. in Timocr. p. 805. Æschin. in Timarc. p. 261.*

Animado con el suceso, Solon acaba la obra de su legislacion: allí arregla desde el principio la forma del gobierno; espone despues las leyes que deben asegurar la libertad del ciudadano. En la primera parte tomó por principio el establecer la única igualdad que en una republica debe subsistir entre las diversas órdenes del estado (1). En la segunda, se dirigió por aquel otro principio, de que el mejor gobierno es aquel en que se halla una sábia distribucion de penas y de recompensas (2).

Solon prefiriendo el gobierno popular á otro cualquiera, se ocupa desde luego en los tres obgetos esenciales, la asamblea de la nacion, la eleccion de los magistrados y los tribunales de justicia.

Se arregló, que el poder supremo residiese en las asambleas á que todas los ciudadanos tuviesen derecho de asistir (3), y que en ellas se estatuyese sobre la paz, sobre la guerra, sobre las leyes, sobre los impuestos, sobre todos los grandes intereses del estado (4).

Empero ¿qué seria de estos intereses,

(1) *Solon, apud Plut. ivid. p. 88.*
(2) *Cicer. epist. 15. ad Brut. t. 9. p. 115.*
(3) *Plut. in Solon. p. 88.*
(4) *Arist. de rhet. ad Alex. c. 3. t. 2. p. 612.*

puestos en las manos de una multitud ligera, ignorante, que no se acuerda, que es lo que debe querer mientras delibera, ni lo que ha querido, despues de haber deliberado? (1) Para dirigirla en sus juicios, establece Solon un senado compuesto de 400 personas sacadas de las cuatro tribus que comprehendian entónces á todos los ciudadanos del Attica (2). Estas 400 personas fueron como los diputados ó representantes de la nacion. Se estatuyó que se les propusiesen antes los negocios sobre los cuales tuviese que pronunciar el pueblo; y despues de haberlos exâminado y discutido á su satisfaccion, los llevasen ellos mismos á la asamblea general; y de aqui, aquella ley fundamental: Toda decision del pueblo será precedida de un decreto del senado (3).

Supuesto que todos los ciudadanos tienen derecho de asistir á la asamblea, deben tener tambien el de dar su voto. Pero se podria temer, que despues de la relacion del senado, algunas gentes sin esperiencia, se apoderasen de repente de la tribuna y arrastrasen á la multitud. Era indispensable preparar las primeras impresiones que ella reci-

(1) *Demosth. de fals. legat. p. 314.*
(2) *Plut. in Solon. p. 87.*
(3) *Demosth. in Leptin. p. 541. id. in Andrct. p. 696. Plut. ib. id. Harpocr. in* PROBOL.

siese: arreglóse que los primeros votantes tuviesen mas de 50 años de edad (1).

En ciertas republicas, se elevaban á los hombres que se dedicaban al ministerio de la palabra; y la esperiencia habia enseñado que su voz tenia por lo comun mas poder en las asambleas públicas que el de las leyes (2). Era necesario ponerse á cubierto de su elocuencia. Creyose que su probidad bástaria para responder del uso de sus talentos; ordenóse, que ningun orador pudiese entrometerse en los negocios públicos sin haber sufrido un exâmen que se haria sobre su conducta; y se dió permiso á todo ciudadano para que denunciase y acusase judicialmente al orador que se hubiese dado maña de ocultar la irregularidad de sus cortumbres, á la severidad de este exâmen (3).

Despues de haber provisto el modo con que el pueblo supremo debia anunciar sus voluntades, era preciso escoger los magistrados destinados á exécutarlas. ¿En quién reside el poder de conferir las magistraturas? ¿A quiénes? ¿Cómo? ¿Por cuanto tiempo? ¿Con qué restricciones se les deben conferir? Sobre todos estos puntos, parecen los regla-

(1) *Æschin. in Timarc. p. 264.*
(2) *Plut. in Conv. t. 2. p. 164.*
(3) *Æschin. ibid. Harpocr. & Suid. RHETOR. GRÆC.*

mentos de Solon, conformes el espíritu de una sábia democracía.

Los magistrados en este gobierno hacen funciones tan importantes que no pueden emanar de otro que del soberano. Si la multitud no tuviera, quanto está de su parte, el derecho de disponer de ellas y de velar sobre el modo con que se exercen, seria esclava y se volveria por consiguiente enemiga del estado (1). Fue á la asamblea general, á quien Solon dexó el poder de elegir los magistrados, y el de obligarlos á que le diesen cuenta de su administracion (2).

En la mayor parte de las democracías de la Grecia, todos los ciudadanos, aun los mas pobres, pueden aspirar á las magistraturas (3) Solon juzgó más conveniente dexar este depósito en manos de los ricos, que lo habian gozado hasta entónces (4); él distribuyó á los ciudadanos de la Attica en quatro clases. Se hacia anotar en la primera, segunda y tercera segun lo que se percebia de su herencia, 500, 300, 200 medidas de trigo ó de aceyte. Los demas ciudadanos, por lo comun pobres é ignorantes, fueron comprehendidos en la quarta y separados de los

(1) *Arist. de rep. lib. 2. c. 12. t. 2. p. 336.*
(2) *Id. ib. l. 3. c. 11. p. 350. lib. 6. c. 4. p. 416.*
(3) *Id. ib. l. 5. c. 8. p. 399. l. 6. c. 2. p. 414.*
(4) *Id. ib. l. 2. c. 12. p. 336.*

empleos(1). Si ellos hubieran tenido la esperanza de obtenerlos, los habrian respetado menos; si los hubieran obtenido en efecto, que se habria podido esperar? (2).

Es esencial á la democracía que las magistraturas no se concedan sino por cierto tiempo, y que á lo menos aquellas que no requieren un cierto grado de luces sean dadas por la voz de la suerte (3). Solon ordenó que se les confiriesen annualmente; que las principales fuesen elegibles como lo habian sido siempre (4), y que las demas se sacasen á la suerte (5).

En fin, como los nueve magistrados principales, presidiendo en calidad de arcontas á los tribunales donde se llevaban las causas de los particulares, era de temer que su poder les diese demasiada influencia sobre la multitud: Solon dispuso que se pudiese apelar de su sentencia á la de las córtes superiores (6).

Faltaba que llenar estas córtes de justicia. Hemos visto que la última y mas numerosa clase de los ciudadanos, no podia par-

(1) *Plut. in Solon. p. 88.*
(2) *Arist. ibid. lib. 3. c. 11. p. 350.*
(3) *Id. ib. l. 6. c. 2. p. 414.*
(4) *Id. l. 2. c. 12.*
(5) *Æschin. in Tim. p. 63.*
(6) *Plut. in Solon. p. 88.*

ticipar de las magistraturas. Semejante esclusion, que siempre envilece en un estado popular, hubiera sido infinitamente peligrosa (1), si los ciudadanos que la sufrian, no hubieran recibido alguna indemnizacion; y si ellos hubiesen visto la discusion de sus intereses y de sus derechos en las manos de los ricos. Solon ordena que todos sin distincion se presentasen á ocupar las plazas de jueces, y que la suerte decidiese entre ellos (2).

Estos reglamentos necesarios para establecer una suerte de equilibrio entre las diferentes clases de los ciudadanos requeria, para hacerlos durables, confiar su conservacion á un cuerpo cuyas plazas fuesen de por vida, que no tuviese ninguna parte en la administracion, y que pudiese imprimir en los ánimos una alta opinion de la sabiduria. Athenas tenia en el areopago, un tribunal que se atrahia la confianza y el amor de los pueblos por sus luces y por su integridad (3). Solon habiendole encargado el velar en la conservacion de las leyes y de las costumbres, lo estableció como un poder superior, que debia conducir sin cesar al pueblo por los principios de la constitucion, y

(1) *Arist. l. 3. c. 11. t. 2. p. 350.*
(2) *Id. ibid. l. 2. c. 12. p. 336. Demosth. in Aristog. p. 832.*
(3) *Meurs. Areop. c. 4.*

á los particulares por las reglas de la decencia y del deber. Para conciliarle mas respeto, é instruirlo á fondo en los intereses de la república previno que los arcontas en concluiendo su oficio, fuesen, previo un severo exâmen, anotados en el número de los senadores.

De este modo el senado del areopago y el de los quatrocientos, venian á ser dos contrapesos poderosisimos para garantir la república de las borrascas que amenazan los estados (1); el primero, reprimiendo por su censura general, las empresas de los ricos; el segundo deteniendo por sus decretos y por su presencia, los eccesos de la multitud.

Nuevas leyes apoyaron estas disposiciones. La constitucion podia ser atacada ó por las facciones generales, que tanto tiempo hacia agitaban los diferentes órdenes del estado, ó por la ambicion y las intrigas de algunos particulares.

Para prevenir estos riesgos, Solon señaló penas contra los ciudadanos que en tiempo de tumultos, no se declarasen abiertamente por uno de los partidos (2). Su objeto en este admirable reglamento, era el sacar á la gente de bien de una inaccion funesta; echarlos en medio de los facciosos, y

(1) *Plut. in Solon. t. 1. p. 88.*
(2) *Id. ib. p. 89. Aul. Gell. lib. 2. c. 11.*

salvar la república por el valor y el ascendiente de la virtud.

Por otra ley se condena á muerte al ciudadano convencido de haber querido apoderarse de la autoridad soberana (1).

En fin, para el caso en que otro gobierno se levantase sobre las ruinas del gobierno popular, no veia mas que un medio para dispertar la nacion; el de obligar á los magistrados á hacer dimision de sus empleos; y de aqui provino aquel decreto fulminante: será permitido á cada ciudadano arrancar la vida, no solamente á un tirano y á sus cómplices, sino tambien al magistrado que continuase sus funciones, despues de la destruccion de la democracía (2).

Tal es en compendio la república de Solon. Voy á repasar sus leyes civiles y criminales, con la misma rapidez. Ya he dicho que las de Dracon sobre el homicidio fueron conservadas sin la menor alteracion. Solon abolió las demas, ó mejor diremos, se contentó con endulzar el rigor (3), refundirlas con las suyas y acomodarlas al carácter de los athenienses.

En todas se propuso el bien general de la república, mas bien que el de los parti-

(1) *Id. t. 1. p. 110.*
(2) *Andoc. de myster. p. 19.*
(3) *Gys. ap. Laert. in Solon. §. 55.*

culares (1). Asi es, que segun sus principios conformes á los de los filosofos los mas ilustrados, el ciudadano debe ser considerado en su persona, como que compone parte del estado (2); en las demas obligaciones que él contrahe, como perteneciente á una familia que tambien pertenece al estado (3); en su conducta, como miembro de una sociedad cuyas costumbres constituyen la fuerza del estado.

Baxo el primero de estos aspectos, un ciudadano puede demandar una satisfaccion auténtica del ultrage que ha recibido en su persona: pero si es pobre de solemnidad, ¿cómo podrá depositar la cantidad que se le exîge antes al acusador? El está dispensado de ello por las leyes (4). Pero si él es de un nacimiento obscuro, ¿quién le saldrá por garante contra los atentados de un hombre rico y poderoso? Todos los partidarios de la democracía, todos aquellos á quienes, la probidad, el interes, el zelo y la venganza los hacen enemigos del agresor, todos se hallan autorizados por esta ley admirable. Si alguno insultáre á un niño, á una muger, á un hombre libre ó esclavo, tenga permiso

(1) *Demosth. in Andret. p. 703.*
(2) *Arist. de rep. lib. 8. c. 1. p. 450.*
(3) *Plat. de leg. lib. 11. p. 923.*
(4) *Isocr. in Loch. t. 2. p. 547.*

todo atheniense de ponerlo en tela de justicia (1). De esta manera la acusacion llegará á volverse pública, y la ofensa hecha al menor ciudadano, será castigada como un crímen contra el estado; lo cual está fundado sobre este principio: la fuerza es la parte de algunos; y la ley el apoyo de todos (2); y esto se funda en aquella maxîma de Solon, de que no habria ninguna injusticia en una ciudad, si todos los ciudadanos se sublevasen contra ella del mismo modo que los que la esperimentan (3).

La libertad del ciudadano es tan preciosa, que solas las leyes pueden suspenderle el exércicio; que el mismo no puede empeñarla ni por deudas, ni por ningun pretesto (4); y que no tiene derecho de disponer de de la de sus hijos. El legislador le permite vender á su hija ó á su hermana; pero tan solamente en el caso de que estando encargado de su conducta (5), haya sido testigo de su deshonor (*).

(1) *Demosth. in Mid. p. 610. Isocr. in Loch. p. 548. Plut. in Solon. p. 88.*
(2) *Demosth. ibid.*
(3) *Plut. in Solon. p. 88. Stob. Serm. 41. p. 247. y 268.*
(4) *Plut. in Solon. p. 86.*
(5) *Id. p. 91.*
(*) *Vease la nota III. al fin del tomo.*

Cuando un atheniense atenta á su propia vida, es culpable al estado á quien priva de un ciudadano (1). Que se entierre separadamente la mano (2); y esta circunstancia es un borron: pero si atenta á la vida de su padre, ¿cual seria el castigo prescrito por las leyes? Ellas guardan silencio sobre esta maldad. Para inspirar mas horror, Solon ha supuesto que no estaba en el órden de las cosas posibles (3).

Un ciudadano no tendria sino una libertad imperfecta, si su honor pudiera ser impunemente vulnerado. De aquí las penas pronunciadas contra los calumniadores y el permiso de perseguirles judicialmente (4), de aquí tambien la prohibicion de ajar la memoria del hombre que ya no exîste (5). Ademas es propio de una sábia política, que no se eternizen los odios entre las familias, pues no es justo que se esponga despues de muerto á insultos que habria repelido quando vivia.

Un ciudadano no es dueño de su honor.

(1) *Arist. de mor. lib. 5. c. 15. t. 2. p. 72.*
(2) *Æschin. in Ctesiph. p. 467. Pet. in leg. Att. p. 522.*
(3) *Cicer. in Rosc. c. 25. t. 4. p. 72. Laert. in Solon. §. 59.*
(4) *Pet. in leg. Attic. p. 535.*
(5) *Plut. in Solon. p. 89.*

puesto que no lo es de su vida. De aquí aquellas leyes que en diversas circunstancias, privan al que se deshonra de los privilegios que pertenecen al ciudadano.

En otros paises, los ciudadanos de las últimas clases estan de tal modo intimidados por la obscuridad de su estado, por el crédito de sus contrarios, lo largo de los procesos y los perjuicios que acarrean, que muchas veces hallan por mas ventajoso soportar la opresion, que procurar garantirse de ella. Las leyes de Solon, ofrecen muchos medios para defenderse de la violencia ó la injusticia. ¿Se trata por exemplo de un robo (1)? Vos mismo podeis arrastrar al culpable hasta la presencia de los once magistrados comisionados para la guardia de las cárceles. Ellos lo asegurarán con prisiones y lo conducirán despues al tribunal, el cual os condenará á una multa, si el delito no está probado. ¿No teneis bastante fuerza para agarrar al culpado? ¿Dirigios á los arcontas quienes lo harán conducir á la cárcel por medio de sus lictores. ¿Quereis otra via? Acusadle publicamente? ¿Temeis sucumbir en esta acusacion y pagar la multa de mil dragmas? Denunciadlo al tribunal de los árbitros; la causa se volverá civil y no tendreis ningun riesgo que temer. Asi es como

(1) *Demosth. in Androt. p. 703.*

Solon ha multiplicado las fuerzas de cada particular; y como no hai cuasi vexâcion alguna de que no sea facil el triunfar.

La mayor parte de los crímenes que atacan á la seguridad del ciudadano, pueden ser perseguidos por una acusacion privada ó pública. En el primer caso, el ofendido no se mira sino como un simple particular, y no demanda mas que una reparacion proporcionada á los delitos particulares; en el segundo se presenta en calidad de ciudadano, y el crímen se vuelve mas grave. Solon ha facilitado las acusaciones públicas, porque son mas necesarias en una democracía que en ninguna otra parte (1). Sin este freno terrible, la libertad general, estaria sin cesar amenazada por la libertad de cada particular.

Veamos ahora cuales son los deberes del ciudadano en la mayor parte de las obligaciones que contrae.

En una república sabiamente arreglada, no es preciso que el número de sus habitantes sea mui grande ni mui pequeño (2). La esperiencia ha hecho ver, que el número de hombres en estado de llevar las armas no

(1) *Maquiavell. discors. sopra la prima decad. di Liv. lib. 1. c. 7. y 8.*

(2) *Plat. de rep. lib. 4. t. 2. p. 423. Arist. de rep. lib. 7. cap. 4. p. 430.*

debe ser aquí ni mucho mas ni mucho menos de veinte mil (1).

Para conservar esta justa proporcion, Solon, entre otros medios, no permite se naturalizen los estrangeros sino baxo de condiciones dificiles de cumplir: (2) Por otra parte, para evitar la estincion de las familias, quiere que sus xefes despues de su muerte, sean representados por los hijos legítimos, ó adoptivos; y en el caso en que un particular muere sin succesion, ordena que al ciudadano finado le sostituya juridicamente uno de sus herederos naturales, el cual tomará su nombre y perpetuará su familia (3).

El magistrado encargado de impedir que las casas queden desiertas, es decir, sin cabezas, debe estender sus cuidados y la proteccion de las leyes sobre los huérfanos; sobre las mugeres que declaren su preñez despues de la muerte de sus maridos; sobre las hijas que no teniendo hermanos, estan con derecho para suceder á sus padres (4).

¿Un ciudadano adopta un hijo? Podrá este último en qualquier dia volver á la

(1) *Plat. in Crit. t. 3. p. 112. Demosth. in Aristog. p. 836. Plut. in Briol. t. 1. p. 172. Philoch. in vesp. p. 716.*

(2) *Plut. in Solon. p. 91.*

(3) *Demosth. in Leoch. p. 1047.*

(4) *Demosth. in Mausart. p. 1040.*

casa de sus padres, pero debe dexar en la del que le habia adoptado, un hijo que llene las miras de la primera adopcion; y este hijo á su turno, podrá dexar esta casa despues de haber dexado en ella un hijo natural ó adoptivo que le remplaze (1).

Estas precauciones no bastaban. El hilo de las generaciones puede interrumpirse por las divisiones y los repartimientos que sobrevengan entre los dos esposos. El divorcio será permitido; pero con las condiciones que limitarán su uso (2). Si es el esposo quien pide la separacion, está expuesto á volver la dote á su muger, ó alomenos á pagarle una pension alimenticia fixada por la ley: (3) si es la muger, es necesario que comparesca por sí ante los jueces y les presente su demanda (4).

Es esencial en la democracía, no solo que las familias se conserven, sino que los bienes no estén en manos de un pequeño número de particulares (5). Cuando ellos están repartidos en cierta proporcion, el pue-

(1) *Id. in Leoch. p. 1045.*
(2) *Pet. in leg. Attic. p. 459.*
(3) *Demost. in Noær. p. 869.*
(4) *Andocid. in Alcib. p. 30. Plut. in Alcib. t. 1. p. 195.*
(5) *Arist. de rep. lib. 4. cap. 11. t. 2. p. 375.*

blo poseedor de algunas ligeras porciones de terreno, está mas ocupado de él, que de las disenciones de la plaza pública. De aquí, las prohibiciones hechas por algunos legisladores, de vender posesiones, fuera del caso de una estrema necesidad (1), ó de empeñarlas para procurarse recursos contra algun menester (2). La violacion de este principio ha bastado algunas veces para destruir la constitucion (3).

Solon no ha dexado de conocerlo; él señala los límites á las adquisiciones que un particular puede hacer (4); y quita una parte de estos derechos al ciudadano que ha dilapidado la herencia de sus padres (5).

Un atheniense que tiene hijos, no puede disponer de sus bienes, sino á favor de estos; si no los tiene y muere sin testamento, la succesion va en derechura á los consanguineos mas cercanos (6). Si dexa una hija única heredera de sus bienes, corresponde al pariente mas cercano el casarse con ella (7); pero la debe pedir en tela de justicia, á fin

(1) *Arist. ibid. lib. 2. cap. 7. p. 323.*
(2) *Id. ibid. lib. 6. c. 4. p. 417.*
(3) *Id. ibid. lib. 5. c. 3. p. 388.*
(4) *Id. de rep. lib. 2. c. 7. p. 323.*
(5) *Laert in Solon. §. 55.*
(6) *Demosth. in Macart. p. 1035.*
(7) *Pet. leg. Att. p. 441.*

le que en lo succesivo nadie pueda disputarle la posesion. Los derechos del pariente mas proxîmo están de tal modo reconocidos, que si una de sus parientas legitimamente unida con un atheniense viniese á recoger la herencia de su padre muerto sin hijos varones, tendria derecho dicho pariente para hacer anular este casamiento y forzarla à casarse con él (1).

Pero si este esposo no está en estado de tener hijos, será un transgesor á la ley que vela en mantener las familias; abusará de la ley que conserva los bienes de las familias. Para castigar esta doble infraccion, Solon permite á la muger entregarse al pariente mas cercano del esposo (2).

Es con esta misma mira que una huérfana hija única ó primógenita de sus hermanas, puede, si no tiene bienes, obligar á su pariente mas proxîmo á que se case con ella, ó á constituirle una dote: si él lo reusa, el arconta lo debe apremiar á ello, con la pena de mil dragmas (3). De que se sigue, como una conseqüencia de estos principios, que por una parte, el heredero natural no puede ser tutor, ni el tutor casarse

(1) *Id. ibid. p. 444. Herald. animal. in Salmas. lib. 3.*
[2] *Plut. in Solon. p. 89.*
[3] *Demost. in Macart. p. 1036.*

con la madre de sus pupilos (1); y por otra, que un hermano se puede casar con una hermana consanguinea, y no con su hermana uterina (2). En efecto seria de temer que un tutor interesado y una madre desnaturalizada se aprovechasen de los bienes de los pupilos; seria de temer que un hermano, uniendose con su hermana uterina, acumulase en su cabeza, no solo la herencia de su padre, sino la del primer marido de su madre (3).

Todos los reglamentos de Solon sobre succesiones, sobre testamentos y sobre donaciones, están dirigidos por el mismo espiritu. Sin embargo debemos detenernos en aquel por el qual permite á un ciudadano que muere sin hijos, disponer de sus bienes á su voluntad. Los filósofos se levantaron, y se levantarán tal vez todavia contra una ley que parecerian contraria á los principios del legislador (4); otros le justifican, asi por las restricciones que él pone á la ley, como por el objeto que se havia propuesto. El exîge en efecto

[1] *Laert. in sol. §. 56.*

[2] *Cornel. Nep. in præf. Id. in Cim. Plut. in Temisth. p. 128. in cim. p. 480. Petr. leg. Att. p. 440.*

[3] *Espiritu de las leyes lib. 5. c. 5.*

[4] *Plat. de leg. lib. 11. p. 922. Espiritu de las leyes l. 5. c. 5.*

que el testador no sea oprimido, ni por la vejez, ni por la enfermedad; que no haya cedido á las seducciones de una esposa; que no sea detenido en prisiones; que su espíritu no haya dado ninguna señal de enagenacion (1). ¿Qué apariencia podrá haber de que en este estado escoja un heredero en otra familia, si él no tiene que quexarse de la suya.? Fue sin duda para excitar los cuidados y las atenciones entre los parientes (2), que Solon dió á los ciudadanos un poder que no havian tenido hasta entónces, que recibieron con aplauso (3), y del cual no es natural abusar. Es preciso añadir que un atheniense que llamaba á un estraño á su succesion, lo adoptaba al mismo tiempo (4).

Los egypcios tienen una ley por la cual, cada particular debe dar cuenta de su fortuna y de sus recursos (5). Esta ley es aun mas útil en una democracía, en donde el pueblo no debe ni estar sin ocupacion, ni ganar su vida por medios ilícitos (6); y es to-

[1] *Demost. in Steph. 2. p. 984.*
[2] *Idem in Lept. p. 556.*
[3] *Plut. in Solon. p. 90.*
[4] *Pet. leg. Att. p. 479.*
[5] *Herod. l. 2. c. 177. Diod. Cic. l. 1. p. 70.*
(6) *Arist. de rep. l. 6. c. 4. Espiritu de las leyes. l. 5. c. 6.*

davia mas necesaria en un pais en donde la esterilidad del suelo no puede ser compensada sino por el trabajo y la industria (1).

De aquí provienen los reglamentos por por los qualen Solon asigna la infamia á la ociosidad (2); ordena al areõpago averigüe de que modõ proveen los particulares á su subsistencia; permite á todos el exércicio de las artes mecánicas, y á aquel que se ha descuidado en dar un oficio á su hijo, le priva de los socorros que debe esperar de él en su vejez (3).

Resta solo citar algunas de las disposiciones relativas á las costumbres.

Solon á exemplo de Dracon ha publicado muchas leyes acerca de los deberes del ciudadano, y particularmente sobre la educacion de la juventud (4). Aquí es donde todo lo prevee, donde todo lo arregla, ya la edad precisa en que los niños deben recibir las lecciones públicas, ya las cualidades de los maestros que deben instruirlos, ya las de los preceptores que beben acompañarlos, ya la hora en que las escuelas deben abrirse y cerrarse; ya que estos lugares no

(1) *Plut. in Solon. p. 90.*
(2) *Laert. in Solon. §. 55. Poll. l. 8. c. 6. c. 42. Demosth. in Enbul. p. 887.*
(3) *Plut. ib.*
(4) *Æsquin. in Tim. p. 261.*

deben respirar sino inocencia: que se castigue de muerte, añade, á todo hombre que sin necesidad, se atreva á introducirse en el santuario donde están juntos los niños, y que una de las córtes de justicia vele en la observancia de estos reglamentos (1).

Al salir de la infancia, pasarán al gymnacio donde se perpetuarán las leyes destinadas á conservar la pureza de sus costumbres, á preservarlos del contagio del exemplo y de los riesgos de la seduccion.

En los diversos períodos de su vida, nuevas pasiones se succederán rapidamente en sus corazones. El legislador ha multiplicado las amenazas y las penas: señala recompensas á la virtud y deshonor á los vicios (2).

De este modo los hijos de aquellos que mueran con las armas en la mano, serán educados á costa del público (3); de este modo, las coronas serán solemnemente discernidas á los que hayan hecho servicios importantes al estado.

Por otra parte el ciudadano que llegue á ser escandaloso por la depravacion de sus costumbres, de qualquier estado que sea, y de qualquier talento, será escluido de los sacerdocios, de las magistraturas, del sena-

(1) *Id. ibid.*
(2) *Demosth. in Leptin. p. 364.*
(3) *Laert. in Solon. §. 55.*

do, de la asamblea general; no podrá ni hablar en público, ni encargarse de una embaxada, ni sentarse en los tribunales de justicia; y si exerciere alguna de estas funciones se procederá contra él criminalmente, y sufrirá las rigurosas penas prescritas por la ley (1).

La cobardía baxo qualquiera forma que se produzca, sea que rehuse el servicio militar, sea que falte á él por una accion indigna, no puede ser escusada por la clase del culpable, ni con otro ningun pretexto: ella será castigada no solamente con el desprecio general, sino tambien por una acusacion pública, que enseñará al ciudadano á temer todavia mas la verguenza impuesta por la ley, que al fierro del enemigo (2).

Es por las leyes que está prohibida á los hombres toda especie de afectacion y delicadeza (3); que las mugeres que tienen tanto influxo sobre las costumbres, son contenidas entre los límites de la modestia (4); que un hijo está obligado á nutrir en su vejez á aquellos de quienes ha recibido el ser (5). Pero los hijos nacidos de una cortesana,

(1) *Æschin. in Tim. p. 263.*
(2) *Id. in Ctesiph. p. 456.*
(3) *Athen. lib. 15. p. 687.*
[4] *Plut. in Solon. p. 90.*
[5] *Laert. in Solon. §. 55.*

están dispensados de esta obligacion para con su padre, porque al cabo, ellos no le deben sino el oprobio de su nacimiento (1).

Para mantener las costumbres, se necesitan exémplos; y estos exémplos deben emanar de aquellos que están á la cabeza del gobierno. Cuanto mas de lo alto caen, tanto mas profunda es la impresion que hacen. La corrupcion de los últimos ciudadanos facilmente es reprimida, y no se estiende sino en la obscuridad; porque la corrupcion no sube nunca de una á otra clase: pero cuando tiene la osadía de apoderarse de los lugares donde reside el poder, se precipita de allí con mas fuerza que las mismas leyes: hay tambien quienes no temen ir mas adelante diciendo, que las costumbres de una nacion, dependen únicamente de las del soberano (2).

Solon estaba persuadido que no se requiere menos decencia y santidad para la administracion de una democracia que para el ministerio de los altares. Por esto aquellos exâmenes, aquellos juramentos, aquellas cuentas que él exîge de los que están ó han estado revestidos de qualquier poder; por esto su maxîma, que la justicia debe exércerse con lentitud sobre las faltas de los

[1] *Plut. ibid.*

[2] *Isocr. ad Nicocl. t. 1. p. 168.*

particulares, y al instante sobre los empleados (1). Por esto aquella terrible ley, por la cual se condena á muerte al arconta que despues de haber perdido su razon en sus placeres de la mesa, se atreve á parecer en público con las insignias de su dignidad (2).

En fin, si se considera que la censura de las costumbres fue confiada á un tribunal, cuya conducta austéra era la mas fuerte de las censuras, se concebirá facilmente que Solon miraba las costumbres como el mas firme apoyo de la legislacion.

Tal fue el sistema general de Solon. Sus leyes civiles y criminales han sido miradas siempre, como oráculos para los atenienses, como modélos para los demas pueblos. Muchos estados de la Grecia se han hecho un deber de adoptarlas (3); y desde el fondo de la Italia, los romanos fatigados con sus divisiones, las han llamado á su socorro (4). Como las circunstancias pueden obligar á un estado á modificar algunas de sus leyes, hablaré en otra parte de las precauciones que tomó Solon, para introducir las mudanzas

[1] *Demosth. in Aristog. p. 845.*
[2] *Laert. in Solon. §. 17. Pet. leg. Att. p. 240.*
[3] *Demosth. in Tim. p. 805.*
[4] *Liv. lib. 3. c. 31. Mem. de la Acad. t. 12. p. 42.*

necesarias, para evitar las mudanzas peligrosas.

La forma de gobierno que estableció difiere esencialmente de la que hoy se sigue. Es preciso atribuir esta prodigiosa mudanza á vicios inherentes á la misma constitucion? ¿O se debe imputar á acontecimientos que era imposible preveer? Yo me atreveré despues de las luces que he adquirido con el trato de muchos atenienses ilustrados, á aventurar algunas reflexiones sobre un asunto tan importante: pero esta ligera discusion, debe ser precedida de la historia de las revoluciones sucedidas en el estado, desde Solon hasta la invasion de los persas.

Las leyes de Solon no devian conservar su fuerza, sino durante un siglo. El habia fixado este término para no sublevar á los atenienses con la perspectiva de un yugo eterno. Despues que los senadores, los arcontas, el pueblo se empeñaron con juramento en mantenerlas, se inscribieron en diversas caras de muchos rollos de madera que se colocaron desde luego en la ciudadela. Ellos se elevaban desde el suelo hasta el techo del edificio que los encerraba (1); y volteando al menor esfuerzo sobre ellos mismos, presentaban succesivamente el código entero de las leyes á los ojos de los espec-

[1] *Etym. magn. in Axon.*

tadores. Despues fueron trasportados al Prytaneo, y à otros lugares donde está permitido y fácil á los particulares consultar estos títulos preciosos de su libertad (1).

Luego que se las huvo meditado despacio, Solon fue sitiado por una multitud de importunos que le incomodaban con qüestiones, consejos, alabanzas ó vituperios. Los unos le instaban para que se explicase sobre algunas leyes susceptibles, segun ellos, de diferentes interpretaciones; otros le presentaban artículos que era preciso añadir, modificar ó suprimir. Solon habiendo agotado los medios de dulzura y de paciencia, comprehendió que solo el tiempo podia consolidar su obra: partió, despues de haver pedido permiso para ausentarse por diez años (2), y empeñado á los atenienses, por un juramento solemne, en que no tocarian sus leyes hasta su vuelta (3).

En Egypto frequentó el trato de aquellos sacerdotes que creen tener en sus manos los annales del mundo, y como un dia expusiese delante de ellos las antiguas tradicio-

(1) *Plut. in Solon. p. 92. Aul. Gell. lib. 2. c. 12. Poll. lib. 8. c. 10. num. 128. Meurs. lect. Attic. lib. 1. c. 22. Pet. in Praef. leg. Attic.*

(2) *Plut. in Solon. p. 92.*

(3) *Herodot. lib. 1. c. 29.*

nes de la Grecia: » Solon, Solon, le dice con » gravedad uno de aquellos sacerdotes, vo» sotros los griegos sois mui jovenes; el tiem» po no ha encanecido todavia vuestros cono» cimientos (1)." En Creta tuvo el honor de instruir sobre el arte de reynar al soberano de un pequeño canton; y de dar su nombre á una ciudad que le debió su felicidad (2).

A su vuelta halló á los atenienses ya para caer en la anarquía (3). Los tres partidos que tanto tiempo hacia despedazaban la república, parecian no haber suspendido su odio durante su legislacion, sino para exhalarlo con mas fuerza durante su ausencia; solo en un punto se reunian, que era en desear se mudase la constitucion, sin otro motivo, que una inquietud secreta, sin otro objeto que esperanzas inciertas.

Solon, acogido con honores los mas distinguidos, quiso aprovechar estas disposiciones favorables, para calmar las disenciones que renacian mui á menudo: para ello contó desde luego con la poderosa ayuda de Pisistrato que era el xefe de la faccion del pueblo, y el que zeloso al parecer por mantener la igualdad entre los ciudadanos

(1) *Plat. in crit. t. 3. p. 22.*
(2) *Plut. in Solon. p. 93.*
(3) *Id. p. 94.*

se oponia altamente á las innovaciones que pudiesen destruirla: pero no tardó en penetrar que este profundo político ocultaba debaxo de una fingida moderacion, una ambicion desmedida.

PISISTRATO.

Jamas hombre alguno ha reunido mas cualidades para cautivar los espíritus. Un nacimiento ilustre (1), riquezas considerables, un valor brillante y probado con frecuencia (2), una figura recomendable (3), una elocuencia persuasiva (4), á la que el sonido de la voz prestaba nuevos echizos (5): un ingenio enriquecido con las dotes de la naturaleza y los conocimientos que procura el estudio (6). Por otra parte no ha habido hombre que mas domíne sus pasiones, ni que supiese hacer valer mas las virtudes que poseia en efecto y las que aparentaba (7). Sus sucesos han probado que en los proyectos

(1) *Herodot. lib. 5. cap. 65.*
(2) *Id. lib. 1. cap. 59.*
(3) *Ath. lib. 2. cap. 8.*
(4) *Plut. in Solon. p. 95. Cicer. in Brut. cap. 7. t. 1. p. 342.*
(5) *Plut. in Peric. p. 155.*
(6) *Cicer. de orat. lib. 3. cap. 34. t. 1. p. 312.*
(7) *Plut. in Solon. p. 95.*

de una execucion lenta, ninguna cosa dá mas superioridad, que la dulzura y la flexibilidad del carácter.

Con tan grandes ventajas, Pisistrato, accesible á los mas inferiores ciudadanos, les prodigaba los consuelos y los socorros que secan la fuente de los males, ó que corrigen su amargura (1). Solon, atento á estos procederes, penetra sus intenciones; pero mientras se ocupaba del cuidado de prevenir las consecuencias, Pisistrato se presentó en la plaza pública, cubierto de heridas que habia conservado con maña; implorando la proteccion de aquel pueblo á quien el mismo habia protegido tantas veces (2). Se convoca la asamblea: acusa al senado y á las cabezas de las otras facciones de haber atentado contra su vida; y mostrando sus llagas aun sangrientas. » Mirad, esclama, el precio » de mi amor por la democracia, y del zelo con que he defendido vuestros dere» chos" (3).

A estas palabras, los gritos amenazantes estallan por todas partes: los principales ciu-

(1) *Plut. ib.*

(2) *Herod. lib. 1. c. 59. Arist. de rhet. lib. 1. c. 2. t. 2. p. 518. Diod. Sic. lib. 13. p. 215. Laert. in Solon. &c.*

(3) *Justin. lib. 2. c. 5. Polyæn. Strat. lib. 1. c. 2.*

dadanos atónitos; guardan silencio, ó emprenden la fuga. Solon indignado de su cobardía y de la ceguedad del pueblo, trata en vano de reanimar el corage de los unos, de disipar la ilusion de los otros (1): su voz debilitada por los años, es sofocada facilmente por los clamores que escitan la piedad, el furor y el miedo. La asamblea se termina por conceder á Pisistrato un cuerpo formidable de satélites, encargado de acompañarle los pasos y de velar en su conservacion. Desde este momento se verificaron todos sus proyectos: al instante emplea sus fuerzas en apoderarse de la ciudadela (2); y despues de haber desarmado á la muchedumbre, se reviste de la autoridad suprema (*).

Solon no sobrevivió mucho tiempo á la servidumbre de su patria: él se habia opuesto quanto habia podido á las nuevas empresas de Pisistrato. Se le habia visto con las armas en la mano, dirigirse á la plaza pública, y tratar de sublevar al pueblo (3); pero sus consejos y sus discursos ya no hacian impresion alguna; sus amigos solos, so-

(1) *Plut. in Solon. p. 95.*
(2) *Plut. ibid. Polyæn. ibid.*
(*) *El año 560. ant. de J. C.*
(3) *Plut. ibid. Laert. in Solon. §. 49. Val. Max. lib. 5. cap. 3. num. 3.*

bresaltados de su ira, representaban que el tirano havia resuelto su pérdida; y » sobre » todo, añaden, ¿que puede inspiraros tal » firmeza? Mi vejez, respondió él (1).

Pisistrato estaba muy distante de manchillar su triunfo con semejante maldad. Penetrado de la mas alta consideracion para con Solon, conocia que el voto de este legislador podia solo justificar, de algun modo su poder: él lo previene con demostraciones distinguidas de deferencia y respeto; él le pide consejos; y Solon cediendo á la sedicion, cuyendo ceder á la necesidad, no tardó en darseloso (2). Él se lisonjeaba sin duda, de empeñar á Pisistrato en mantener las leyes é confirmar, menos la constitucion establecida.

Treinta y tres años corrieron desde la revolucion hasta la muerte de Pisistrato (*); pero no estuvo sino diez y siete en el mando (3). Oprimido por el crédito de sus contrarios, obligado por dos veces á dejar el Atica, otras tantas recobró su autoridad (4).

(1) *Plut. ibid. Cicer. de senect. cap. 20. t. 3. p. 317.*

(2) *Plut. ibid.*

(*) *El año 528 ant. de J. C.*

(3) *Justin. lib. 2. cap. 8. Arist. de rep. lib. 5. cap. 12. t. 2. p. 411.*

(4) *Herod. lib. 1. cap. 64. Arist. ibid.*

y antes de morir tuvo el consuelo de dexarla asegurada en su familia.

En tanto que tuvo á su mando la administracion, sus dias consagrados á la utilidad pública, fueron señalados ó por nuevos beneficios, ó por nuevas virtudes.

Sus leyes desterrando la ociosidad, animaron la agricultura y la industria; el distribuyó en el campo aquella multitud de ciudadanos obscuros, á quienes el calor de las facciones habia fixado en la capital (1); reanimó el valor de las tropas, señalando á los soldados inválidos una subsistencia segura para el resto de su vida (2). En los campos, en la plaza pública, en los jardines abiertos para todo el mundo (3), parecia como un padre en medio de sus hijos siempre pronto á escuchar las quexas de los infelices; haciendo rebaxas á unos, adelantamientos á otros, ofrecimientos á todos (4).

Al mismo tiempo con la mira de conciliar su gusto á la magnificencia, con la necesidad de dar trabajo á un pueblo indócil y

(1) *Dionys. Crysosth. orat. 7. p. 120.; orat. 25. p. 281. Hesych. & Suid. in Κωμας.*

(2) *Plut. in Solon. p. 96.*

(3) *Theopomp. ap. Athen. lib. 2. cap. 8. p. 533.*

(4) *Elian. var. hist. lib. 9. cap. 25.*

desocupado (1), hermoseaba la ciudad con templos, gymnacios, fuentes (2); y como él no temia los progresos de las luces, publicaba una nueva edicion de las obras de Homero, y formaba para el uso de los atenienses una biblioteca compuesta de los mejores libros conocidos entónces.

Añadamos aquí algunos pasages que mas particularmente manifiestan la elevacion de su alma. Jamas tuvo la flaqueza de vengar los insultos que podia facilmente castigar.

Su hija asistia á una ceremonia religiosa, un jóven que estaba enamorado perdido por ella, corrió á abrazarla, y algun tiempo despues emprendió robarla. Pisistrato respondió á su familia que lo exôrtaba á la venganza: » Si odiamos á los que nos aman, ¿qué harémos con los que nos odian?" Y sin diferir mas, eligió á este jóven para esposo de su hija (3).

Unos borrachos insultaron publicamente á su muger: la mañana siguiente vinieron anegados en llanto á solicitar el perdon que no se atrevian á esperar. » Vosotros os equivocais, dice Pisistrato; mi muger no salió

(1) *Arist. de rep. lib. 5. c. 11. t. 2. p. 407.*
(2) *Meurs. de Pisist. cap. 9.*
(3) *Plut. apophth. t. 2. p. 189. Polyæn. Strat. lib. 5. cap. 14. Val. Max. lib. 5. cap. 1.*

»ayer en todo el dia (1)." En fin, algunos de sus amigos resueltos á substraerse de su obediencia, se retiraron á una plaza fuerte. El los siguió inmediatamente con esclavos que llevaban su bagage; y como sus conjurados le preguntasen cual era su designio: »Es preciso, les dice, que vosotros me per»suadais á quedar con vosotros, ó que yo »os persuada á venir conmigo (2)."

Estos actos de moderacion y de clemencia multiplicados durante su vida, y aun realzados por la brillantez de su administracion, endulzaban insensiblemente el humor intratable de los atenienses, y hacian que muchos de ellos prefiriesen una servidumbre tan dulce á su antigua y tumultuosa libertad (3).

No obstante, es fuerza confesar: que aunque en una monarquia, Pisistrato hubiese sido el mejor modelo de los reyes, en la república de Atenas, hizo en general mas impresion el vicio de su usurpacion, que las ventajas que de ella resultaban al estado.

Por su muerte le sucedieron Hipias é Hiparco sus hijos; los cuales con menos talentos, gobernaron con la misma sabiduria

(1) *Plut. ibid.*
(2) *Plut. ibid.*
(3) *Herod. lib. 1. cap. 62.*

(1). Hiparco en particular era mui aficionado á las letras. Anacreonte y Simonides atraidos cerca de él, tuvieron la acojida que debia lisonjearles mas; el primero fue colmado de honores, y el segundo de presentes. El debia participar con su padre de la gloria de haber estendido la reputacion de Homero (2). Se le puede echar en cara asi como á su hermano haberse entregado demasiado á los placeres, y haber inspirado el gusto de ellos á los atenienses (3). Felices, á lo menos, si en medio de sus escesos, no hubiera cometido una injusticia, de la que él fue la primera víctima!

Dos jóvenes atenienses, Harmodio y Aristogiton unidos con la amistad mas tierna, habiendo recibido de parte de este príncipe, una afrenta que era imposible olvidar; juraron su pérdida y la de su hermano (4). Algunos de sus amigos entraron en esta maquinacion, y para su execucion se señaló la solemnidad de los Panatenéos. Esperaban que aquella multitud de atenienses, que durante las ceremonias de esta fiesta,

(1) *Thucyd. lib. 6. cap. 54.*
(2) *Plat. in Hipparch. t. 2. p. 228.*
(3) *Athen. lib. 12. cap. 8. p. 532.*
(4) *Thucyd. lib. 6. cap. 56. Plat. in Hipparch. t. 2. p. 229. Arist. de rep. lib. 5. cap. 10. t. 2. p. 408. & alii.*

tenian permiso para llevar armas, auxiliarian sus esfuerzos, ó á lo menos los garantiria del furor de las guardias que rodeaban á los hijos de Pisistrato.

Con esta mira, despues de haber cubierto sus puñales con ramas de mirto, se dirigen á los sitios, donde los principes ponian en orden una procesion que debian conducir al templo de Minerva. Llegan; ven á uno de los conjurados conversando familiarmente con Hipias; se creen vendidos; pero resueltos á vender ellos caro sus vidas, se apartan un momento, encuentran á Hiparco y le clavan el puñal en el corazon (*). Harmodio cae luego á golpes redoblados por los satélites del principe. Aristogiton, arrestado casi al mismo instante, fué presentado á la tortura; pero lexos de denunciar sus cómplices, acusa á los mas fieles partidarios de Hipias, quien inmediatamente los hace conducir al suplicio. » Tienes otros malvados » que denunciar, gritó el tirano transportado » de furor? No queda mas que tu, respon- » de el ateniense: yo muero, y me llevo » al morir la satisfaccion de haberte privado » de tus mejores amigos (1).»

Desde entónces Hipias no se señaló mas

(*) *El año 524. ant. de J. C.*

(1) *Polyæn. Strat. lib. 1. c. 22. Senec. de ira lib. 2. cap. 23. Justin. lib. 2. cap. 9.*

sino con injusticias (1); pero el yugo que hacia tan pesado á los atenienses, fue destrozado tres años despues (*). Clistena xefe de los alcmeonidas, casa poderosa de Atenas, enemiga eterna de los pisistratidas juntó cerca de sí á todos los descontentos; y habiendo obtenido el socorro de los lacedemonios por medio de la Pytia de Delfos que la habia interesado á su favor (2), marchó contra Hipias, y le forzó á abdicar la tiranía. Este principe, despues de haber estado algun tiempo con su familia se fue tras de Dario rey de Persia, y pereció en fin en la batalla de Maraton (3).

Los atenienses no huvieron bien recobrado la libertad quando hicieron los mayores honores á la memoria de Harmodio y de Aristogiton. Se les levantaron estatuas en la plaza pública (4); se arregló que sus nombres fuesen celebrados perpetuamente en la

(1) *Thucyd. lib. 6. cap. 59. Arist. econ. lib. 2. t. 2. p. 502. Pausan. lib. 1. cap. 23. p. 53.*

(*) *El año 510. ant. de J. C.*

(2) *Herod. lib. 5. cap. 62. y 66.*

(3) *Id. lib. 6. cap. 107. Thucyd. lib. 6. cap. 59.*

(4) *Arist. de rhet. lib. 1. cap. 9. t. 2. p. 533. Demosth. in Mid. p. 630. Plin. lib. 34. cap. 8. p. 654.*

fiesta de los panathénéos (1), y que por ningun pretesto se pusiesen á los esclavos (2). Los poetas eternizaron su gloria con piezas de poesia (*) que todavia se cantan en los convites (3); y se concedieron perpetuamente á sus descendientes privilegios muy estensos (4).

Clistena que habia contribuido tanto á la espulsion de los pisistratidas, tuvo todavia que luchar algunos años con una faccion poderosa (5); pero habiendo al fin obtenido en el estado el crédito que merecian sus talentos; volvió á asegurar la constitucion que Solon habia establecido y que los pisistratidas no pensaron jamas en destruir.

Jamas, en efecto, tomaron estos principes el título de rey, aunque se creyesen descendientes de los antiguos soberanos de

(1) *Demosth. de fals. leg. p. 344. Philostr. in vit. Ap. lib. 7. cap. 4. p. 283.*

(2) *Aul. Gell. lib. 9. cap. 2.*

(*) *Vease la nota IV. al fin del tomo.*

(3) *Aristoph. in Vesp. v. 1220. id. in Archan. v. 977. Schol. ibid. Athen. lib. 15. cap. 14. p. 692.*

(4) *Isæus. de hered. Dicæog. pag. 55. Demosth. in Leptin. p. 565. Dinarch. in Demosth. p. 186.*

(5) *Herod. lib. 5. cap. 66.*

Atenas (1). Si Pisistrato saca el diezmo del producto de las tierras (2), esta única imposicion que sus hijos reduxeron á la veintena, parece que todos tres exigieron menos todavia para mantenerse, que para las necesidades del estado (3); ellos mantuvieron las leyes de Solon tanto con su exemplo como con su autoridad. Pisistrato acusado de una muerte, vino como el menor ciudadano á justificarse ante el areopago (4). En fin, ellos conservaron las partes esenciales de la antigua constitucion (5); el senado, las asambleas del pueblo y las magistraturas, de que cuidaron revestirse ellos mismos (6), y estender sus prerrogativas. Era pues, como primeros magistrados, como reyes perpetuos de un estado democrático que ellos obrabán, y como tenian tanto influxo en las deliberaciones públicas. El poder mas absoluto se exerció baxo de formas legales en apariencia: y el pueblo esclavizado, tuvo siempre delante de los ojos la imágen de la libertad. De esta

(1) *Laert. in Solon. §. 53. Reinecc. hist. Jul. tom. 1. p. 465.*
(2) *Laert. ibid. Suid. in Sphaoel.*
(3) *Thucyd. lib. 6. cap. 54.*
(4) *Arist. de rep. lib. 5. cap. 12. p. 411. Plut. in Solon. p. 96.*
(5) *Herod. lib. 1. cap. 59.*
(6) *Thucyd. ut supra.*

suerte, se le ve, despues de la espulsion de los pisistratidas, sin oposicion y sin esfuerzos, volver á entrar en sus derechos mas bien suspensos que destruidos. Las mudanzas que Clistena hizo entónces en el gobierno, no le volvieron del todo á sus primeros principios como pronto lo demostraré.

REFLEXIONES SOBRE LA LEGISLACION DE SOLON.

La relacion de los hechos me ha conducido á los tiempos en que los ateniénses señalaron su valor contra los persas. Antes de describirlos, debo esponer las reflexiones que he prometido sobre el sístema político de Solon.

No habia para que esperar de Solon una legislacion semejante á la de Licurgo; pues uno y otro se hallaban en circunstancias muy diferentes.

Los lacedemonios ocupaban un pais que producia todo lo necesario para satisfacer sus necesidades (1). Bastaba al legislador tenerlas contenidas, para impedir que los vicios estrangeros corrompiesen el espíritu y la pureza de sus instituciones. Atenas situada cerca del mar, rodeada de un terreno ingrato, estaba forzada á cambiar continuamente sus

[1] *Plut. in Solon. t. 1. p. 90.*

géneros, su industria, sus ideas y sus costumbres con las de todas las naciones.

La reforma de Licurgo precedió á la de Solon cerca de dos siglos y medio. Los espartanos, limitados á sus artes, á sus conocimientos, hasta á sus pasiones, estaban menos adelantados en el bien y en el mal que lo que estuvieron los atenienses en tiempo de Solon. Estos últimos, despues de haber probado todas las especies de gobiernos, se habian disgustado de la servidumbre y de la libertad, sin poder olvidarse de la una ni de la otra. Industriosos, ilustrados, vanos y dificiles de conducir; todos, hasta los mas ínfimos particulares, se habian familiarizado con la intriga, la ambicion y con todas las grandes pasiones que se levantan en los frecuentes sacudimientos de un estado: tenian ya los vicios que se hallan en las naciones formadas; y ademas, aquella actividad inquieta y aquella ligereza de espíritu que no se halla en ninguna otra nacion.

La casa de Licurgo ocupaba hacia mucho tiempo el trono de Lacedemonia: los dos reyes entre quienes estaba dividido entónces, no gozando de ninguna consideracion, Licurgo era para los ojos de los espartanos, el primero y el mas grande personage del estado (1). Como él podia contar con su

[1] *Plut. in Solon. p. 87.*

crédito y con el de sus amigos; fue el menos detenido por aquellas consideraciones que resfrian el genio y estrechan las miras de un legislador. Solon, simple particular, revestido de una autoridad pasagera que era preciso emplear con prudencia, para emplearla con fruto; cercado de facciones poderosas que debia manejar con maña para conservar su confianza; advertido por el exemplo reciente de Dracon, que las vias de severidad no convenian de ningun modo á los atenienses; no podia aventurar grandes innovaciones, sin ocasionarlas aun mayores y sin hacer caer al estado en desgracias quizás irreparables.

No hablo nada de las cualidades personales de los dos legisladores. Nada se parece menos al genio de Licurgo que los talentos de Solon, ni á la alma vigorosa del primero, que el carácter de dulzura y circunspeccion del segundo. No tuvieron de comun otra cosa que haver trabajado con el mismo ardor; pero por diferentes vias, en la felicidad de los pueblos. Puesto cada uno en lugar del otro, Solon no habria hecho tan grandes cosas como Licurgo; y se puede dudar si Licurgo las habria hecho mas bellas que Solon.

Este último sintió el peso con que se habia cargado; y preguntado si habia dado á los atenienses las mejores de todas las leyes,

respondió, las mejores que ellos pueden soportar (1), él pintó con un solo rasgo el carácter indisciplinable de los atenienses, y la funesta incomodidad en que se habia hallado.

Solon estuvo obligado á preferir el gobierno popular, porque el pueblo, que se acordaba haber gozado de él por muchos siglos, no podia soportar la tiranía de los ricos (2); porque una nacion que se destina à la marina, piensa siempre fuertemente en la democracía (3).

Eligiendo esta forma de gobierno, la temperó de manera que se creia encontrar en ella, la oligarquía en el cuerpo de los areopagitas, la aristocracía en el modo de elegir los magistrados, y la pura democracía en la libertad concedida á los mas ínfimos ciudadanos para sentarse en los tribunales de justicia (4).

Esta constitucion, que pertenecia á los gobiernos mistos, se destruyó por el esceso del poder en el pueblo; como la de los persas por el esceso de poder en el principe (5).

Se le echa en cara á Solon el haber apre-

(1) *Plut. in Solon. p. 86.*
(2) *Arist. de rep. lib. 2. c. 12. t. 2. p. 336.*
(3) *Id. ibid. l. 6. c. 7. p. 420.*
(4) *Id. ibid. l. 2. c. 12. t. 2. p. 336.*
(5) *Plat. de leg. l. 3. p. 693. & 699.*

surado esta corrupcion, por la ley que atribuye indistintamente á todos los ciudadanos el cuidado de hacer justicia, y el haberlos llamado á esta importante accion, por la via del sorteo (1). No se echaron de ver al principio los efectos que podia producir semejante prerrogativa (2); pero en seguida se vió obligado á manejar con maña ó á implorar la proteccion del pueblo, que llenando los tribunales, era el intérprete de las leyes y el que disponia á su antojo de la vida y de la fortuna de los ciudadanos.

Cuando he hecho la pintura del sistema de Solon, he referido los motivos que le empeñaron á dictar la ley de que se quexan. Ahora añado, 1.o que ella está no solamente adoptada, sino tambien que es muy útil en las democracias mas bien organizadas (3): 2.o, que Solon no debió presumir jamas que el pueblo abandonaria sus trabajos, por el estéril placer de juzgar las diferencias de los particulares. Si despues se ha apoderado de los tribunales, si su autoridad se ha aumentado, es menester acusar de ello á Pericles, quien señalando derechos que deben percibir los jueces por su presencia (4), subministraba á

(1) *Arist. de rep. ibid.*
(2) *Plut. in Solon. p. 88.*
(3) *Arist. de rep. lib. 6. c. 4. t. 2. p. 416.*
(4) *Id. ibid. t. 2. c. 12. p. 336.*

los ciudadanos pobres un medio mas fácil de subsistir.

No es en las leyes de Solon donde se debe buscar el gérmen de los vicios que han desfigurado su obra; es en una serie de innovaciones, la mayor parte innecesarias, y que era tan imposible preveer, como seria hoy el justificarlas.

Despues de la espulsion de los pisistratidas, Clistena, para conciliarse al pueblo, repartió en diez tribus las cuatro que, desde Cécrope, comprendian á los habitantes del Attica (1); y todos los años se sacan de cada una cincuenta senadores, lo que aumentó el número de estos magistrados hasta el de quinientos.

Estas diez tribus, como otras tantas repúblicas pequeñas, tenian cada una sus presidentes, sus oficiales de policia, sus asambleas y sus intereses. El multiplicarlas y darles mas actividad, era empeñar á todos los ciudadanos sin distincion, á mezclarse en los negocios públicos; lo cual era favorecer al pueblo que ademas del derecho de nombrar sus oficiales, tenia él mayor influxo en cada tribu.

Ademas de esto, las diversas compañias encargadas en la recaudacion y destino del

[1] *Herod. lib. 5. cap. 66. y 69. Arist. ib. lib. 6. cap. 4. p. 418. Plut. in Per. p. 153.*

trario; fueron compuestas de diez oficiales nombrados por las diez tribus; lo que, presentando nuevos objetos á la ambicion del pueblo, sirve tambien para introducirle en los diferentes partidos de la administracion.

Empero no es principalmente á las victorias que los atenienses ganaron de los persas á que debe atribuirse la ruina de la antigua constitucion (1). Despues de la batalla de Platea; se ordenó, que los ciudadanos de las últimas clases, escluidos por Solon de las principales magistraturas, tuviesen en adelante derecho de llegar á ellas. El sabio Aristides que presentó este decreto (2), dió los mas funestos exemplos, á los que le sucedieron en el mando. El los precisó á adular á la muchedumbre al principio y á arrastrarse despues á los pies de ella.

Antes se desdeñaba ella de venir á las asambleas generales; pero desde que el gobierno le concedió una gratificacion, de tres obolos cada instante (3), concurre á ellas á montones, aleja de allí á los ricos así por su presencia como por sus furores, y sostituye insolentemente sus caprichos á las leyes.

Pericles, el mas perjudicial de sus cortesanos, la disgustó del trabajo y de un res-

[1] *Arist. de rep. lib. 2. cap. 12. p. 336.*
[2] *Plut. in Arist. p. 332.*
[3] *Pet. in leg. Attic. p. 205.*

to de virtud, por liberalidades que agotaban el tesoro público, y que, entre otras ventajas, le facilitaban la entrada á los espectáculos (1); y como si se hubiese jurado la ruina de las costumbres, para acelerar la de de la constitucion, reduxo el areopago al silencio, despojandolo de cuasi todos sus privilegios (2).

Entónces desaparecieron ó quedaron sin efecto aquellas precauciones tan sabiamente imaginadas por Solon, para sustraer los grandes intereses del estado de las inconsecuencias de un populacho ignorante y furioso. Que se acuerde, que el senado debia preparar los negocios, antes de esponerlos á la asamblea general; que debian ser discutidos por oradores de una probidad reconocida: que los primeros votos debian ser dados por ancianos ilustrados por la esperiencia. Estos frenos tan capaces de detener la impetuosidad del pueblo, los rompió todos (3), no quiso obedecer mas, sino á xefes que lo estraviaron (4), y retrocedió tan lexos de los límites de su autoridad, que no alcanzando á percibirlos, creyó que habian dexado de exîstir.

(1) *Plut. in Pet. p. 156.*
(2) *Id. p. 155.*
(3) *Æschin. in Ctesiph. p. 427.*
(4) *Arist. de rep. lib. 2. cap. 12. t. 2. p. 336.*

Ciertas magistraturas que una eleccion libre no concedia otras veces, sino á hombres integros, ahora se confieren, por la via del sorteo, á toda especie de ciudadanos (1) muchas veces tambien, sin recurrir á esta via, ni á la de la eleccion, los particulares á fuerza de dinero y de intrigas, encuentran medio para obtener los empleos y meterse hasta en la clase de los senadores (2). En fin el pueblo pronuncia como el último resorte, sobre muchos delitos, cuyo conocimiento le está reservado por decretos posteriores á Solon (3), ó que el mismo avoca á su tribunal con desprecio del curso ordinario de la justicia (4). Por esto se hallan confundidos los poderes que habian sido tan sabiamente distribuidos; y el poder legislativo executando sus propias leyes, hace sentir ó temer cada instante el peso terrible de la opresion.

Estos vicios destructores no se hubieran introducido en la constitucion, si ésta no hubiese tenido obstáculos insuperables que vencer; pero la usurpacion de los pisistratidas detuvo los progresos de ella aun desde

(1) *Isocr. Areop. t. 1. p. 321.*
(2) *Æschin. in Timar. p. 276. id. in Ctesiph. p. 437.*
(3) *Xenoph. hist. Græc. lib. 1. p. 450.*
(4) *Arist. de rep. lib. 4. c. 4. p. 369.*

su origen, y luego despues, las victorias ganadas á los persas le corrompieron los principios. Para que ella pudiese defenderse de semejantes acontecimientos, habria sido menester que una larga paz, que una entera libertad le huviera permitido obrar poderosamente sobre las costumbres de los atenienses: sin esto, todos los dones del genio, reunidos en un legislador, no podian impedir que Pisistrato fuese el mas seductor de los hombres, y los atenienses, el pueblo mas fácil de seducir; no podian hacer que los brillantes sucesos de la jornada de Maraton, de Salamina y de Platéa, no llenasen de una loca presuncion al pueblo que de todo el mundo es el mas susceptible de ella.

Por los efectos que produxeron las instituciones de Solon, se puede juzgar los que habrian producido en circunstancias mas felices. Constreñidas baxo la dominacion de los pisistratidas, obraban lentamente sobre los espíritus, ó fuese por las ventajas de una educacion que era entónces comun y que no lo es hoy (1); ó fuese por el influxo de las formas republicanas que mantenian sin cesar la ilusion y la esperanza de la libertad. Apenas se desterraron estos principios, cuando la

(1) *Arist. de rep. lib. 8. cap. 1. t. 2. p. 449.*

democracía se restableció por si misma, y los atenienses desplegaron un carácter que no se les havia sospechado hasta entónces. Desde esta época, hasta la de su corrupcion, no corrió mas que cerca de medio siglo; pero en este dichoso tiempo, se respetaban todavia las leyes y las virtudes: los mas sabios no hablan de él hoy, sino con elogios acompañados de sentimiento, y no encuentran mas remedio para los males del estado, que restablecer el gobierno de Solon (1).

SECCION SEGUNDA.

SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES (*).

No es sin pena que me determino á describir combates, aun que no la motivase otra consideracion que la de que las guerras comienzan por la ambicion de los principes, y acaban por la desgracia de los pueblos: empero el exemplo de una nacion que prefiere la muerte á la servidumbre, es muy grande y muy instructivo para ser pasado en silencio.

Cyro acababa de levantar el poder de

(1) *Isocr. Areop. t. 1. p. 319. Æschin. in Ctesiph. p. 427.*

(*) *Desde el año 490. hasta hacia el año 444. ant. de J. C.*

los persas sobre las ruinas de los simperios de Babylonia y de Lydia: y habia recibido el homenage de la Arabia, del Egypto y de los pueblos mas remotos (1); Cambyses su hijo, el de la Cyrénayca y de muchas naciones de la Africa (2).

Despues de la muerte de este último, siete señores persianos, habiendo hecho caer á golpes á un mago que habia ususpado el trono, se juntaron para arreglar el destino de tan vastos estados (3). Otanes propuso la libertad de ellos y que en todos se estableciese la democracía; Mégabyses ponderó las ventajas de la aristocracía; Dario, hijo de Hystaspes, opinó por la constitución, que hasta entónces, habia hecho la felicidad y la gloria de los persas: su dictámen prevaleció, y la suerte á la cual se habia confiado la eleccion del soberano, habiendose, por sus artificios declarado á su favor; se vió pacífico poseedor del mas poderoso imperio del mundo, y tomó, á exemplo de los antiguos monarcas de los Asyrios, el título de gran rey, y el de rey de reyes (*).

Ensalzado á esta dignidad, supo respe-

(1) *Xenoph. Cirop. lib. 1. p. 2. lib. 8. p. 230.*
(2) *Herod. lib. 3. cap. 7. 13. &c.*
(3) *Id. lib. 3. cap. 80.*
(*) *El año 521. ant. de J. C.*

tar las leyes, discernir el mérito, admitir consejos y hacerse amigos. Zopyro hijo de Megabyses, fue á quien amó mas tiernamente. Un dia se atrevió uno á proponer esta güestion á Dario que tenia una granada en la mano. » ¿Que bien querriais vos se » multiplicase tanto como granos tiene esta » fruta? Zopyro;" respondió el rey sin detenerse (1). Esta respuesta echó á Zopyro en uno de aquellos desmanes de zelo, que no pueden justificarse sino por el sentimiento que los produce (*).

Hacia 19 meses que Dario sitiaba á Babylonia que se habia sublevado (2): estaba á punto de renunciar su empresa, cuando Zopyro se le presentó sin narices, sin orejas, mutiladas todas las partes de su cuerpo y llenas de heridas. » ¿Y qué mano bar» bara te ha reducido á este estado, esclamó » el rey corriendo ácia él? Yo mismo, res» pondió Zopyro. Yo voy á Babylonia don» de se conoce bastante mi nombre y el lu» gar que ocupo en vuestro corazon: yo » os acusaré, de haber castigado con la mas » indigna de las crueldades, el consejo que

(1) *Plut. Apopht. t. 2. p. 173.*

(*) *Segun Herodoto lib. 4. cap. 143. no fue Zopyro á quien Dario nombró; sino á Megabyses, padre de este jóven persa.*

(2) *Herod. lib. 3. cap. 151.*

„ os habia dado de que os retiraseis. Se me „ confiará un cuerpo del exército; vos le es- „ pondreis algunas de vuestras tropas, y me „ proporcionareis sucesos que me grangearán „ mas y mas la confianza del enemigo: lle- „ garé á hacerme dueño, de las puertas; y „ Babylonia es vuestra." Dario fué penetrado de dolor y de admiracion. El proyecto de Zopyro se verificó. Su amigo le colmó de caricias y de beneficios; pero decia muchas veces: yo hubiera dado cien Babylonias á trueque de ahorrar á Zopyro un tratamiento tan bárbaro. (1).

De esta sensibilidad tan recomendable en un particular, tan preciosa en un soberano resultaba aquella clemencia que los vencidos esperimentaron tantas veces de parte de este príncipe y aquel reconocimiento con que él recompensaba como rey los beneficios que habia recibido como particular (2). De aquí nacia aun aquella moderacion que hacia resaltar en los actos los mas rigurosos de su autoridad. Antes, las rentas de la corona, no consistian en otra cosa que en las ofrendas voluntarias de los pueblos; ofrendas que Cyro recibia con la ternura de un padre, que Cambyses exigia con la altaneria de un

(1) *Plut. apoth. t. 2. p. 173.*
(2) *Herod. lib. 3. cap. 140.*

mo (1); y que en seguida el soberano habria podido multiplicar á medida de sus caprichos. Dario dividió su reyno en veinte gobiernos, ó satrapias, y sujetó al exâmen de los que las mandaban, el rol de las contribuciones que se proponia sacar de cada provincia. Todos se alegraron de la modicidad de la imposicion. Mas el rey desconfiando de sus votos, tuvo la atencion de reducirla á la mitad (2).

Leyes sabias arreglaron las diferentes partes de la administracion (3), mantuvieron entre los persas la harmonia y la paz que sostiene á un estado; y los particulares encontraron en la conservacion de sus derechos y de sus posesiones, la sola igualdad de que pueden gozar en una monarquía.

Dario ilustró su reynado con establecimiento sútiles y lo deslustró con las conquistas. Nacido con talentos militares; adorado de sus tropas (4); hirviendo de corage en una accion, pero tranquilo y con sangre fria en el peligro (5); sometió cuasi tantas naciones como el mismo Cyro (6).

(1) *Id. ibid. cap. 89.*
(2) *Plut. apoth. t. 2. p. 172.*
(3) *Plat. de leg. lib. 3. t. 2. p. 695.*
(4) *Plat. de leg. ibid.*
(5) *Plut. apoth. t. 2. p. 172.*
(6) *Plut. ibid.*

Sus fuerzas, sus victorias y aquella lisonja que serpentéa al rededor de los tronos, la persuadieron á que bastaba una palabra de su boca para obligar á que le rindan homenage todas las naciones; y como era tan capaz de executar grandes proyectos como de formarlos, podia suspenderlos, pero jamas los abandonaba.

Teniendo que hablar de los inmensos recursos que él tenia para añadir la Grecia á sus conquistas, he debido recordar algunos rasgos de su carácter: porque un soberano es todavia mas temible por sus cualidades personales, que por su poder.

El suyo cuasi no tenia limites. Su imperio cuya estension en algunas partes es de cerca de 21164 estadios (*) de este á oeste, y de cerca de 79360 (**) de medio dia al norte, puede contener en superficie 115,618,000 estadios cuadrados (***) mientras que la superficie de la Grecia, no siendo á lo sumo sino de 1366,000 estadios cuadrados (****), apenas es la 11 ¼ parte de la de la Persia. El encierro cantidad de pro-

(*) 800 *de las leguas francesas, de* 2,500 *toesas cada una.*

(**) 300 *leguas.*

(***) 165,250 *leguas cuadradas.*

(****) 1,952 *leguas cuadradas* (nota manuscrita de Mr. de Aville.)

vincias situadas en climas mui felices, fertilizadas por grandes rios, hermoseadas con ciudades florecientes, ricas por la naturaleza del suelo (1), por la industria de los habitantes, por la actividad del comercio y por una poblacion favorecida á un mismo tiempo por la religion, las leyes y las recompensas concedidas á la fecundidad.

Las imposiciones en dinero (2), ascendian á poco mas de 1,460 talentos euboicos. (*) No se destinaban á los gastos corrientes: (**) reducidos á barras (3), se reservaban para gastos estraordinarios. Las provincias tenian la carga de mantener la casa del rey y la subsistencia de los exércitos (4). Unas subministravan trigo (5); otras caballos (6); la Armenia sola enviaba todos los años 20,000 potros (7). Se sacaba de las demas satrapias ganados, ébano, dientes de

[1] *Xenoph. de exped. Cyr. lib. 3. p. 296. Arrian. hist. indic. p. 355.*

[2] *Herod. lib. 3. cap. 35.*

[*] *Cerca de 90 millones de la moneda de Francia.*

(**) *Vease la nota V. al fin del tomo.*

(3) *Herod. ibid. cap. 96.*

(4) *Herod. lib. 1. cap. 192.*

(5) *Id. lib. 3. cap. 91.*

(6) *Id. ibid. cap. 90.*

(7) *Strab. lib. 11. p. 530.*

elefantes y diferentes especies de producciones (1).

Las tropas repartidas en las provincias, las mantenian en la obediencia, ó las garantian de una invasion (2). Otro exército compuesto de los mejores soldados, velaba en la conservacion del príncipe; entre ellos se distinguian 10,000 hombres que se llamaban los inmortales, porque su número debe estar siempre completo (3); ningun otro cuerpo se atreveria á disputarles el honor de la clase, ni el precio del valor.

Cyro habia introducido en los exércitos una disciplina (4) que sus primeros sucesores tuvieron cuidado de mantener. Todos los años ordenaba el soberano una revista general: él se instruía por si mismo del estado de las tropas que tenia cerca de si. Los inspectores ilustrados y fieles exercian las mismas funciones con las que estaban lexos. Los oficiales que cumplian con su obligacion eran recompensados; los demas perdian sus empleos (5).

(1) *Herod. lib. 3. cap. 97. Strab. lib. 15. p. 735.*

(2) *Herod. lib. 3. cap. 90. 91. Xenoph. Cyrop. lib. 8. p. 230.*

(3) *Herod. lib. 7. cap. 83. Diod. Sic. lib. 11. p. 7. Hesych. & Suid. in Athan.*

(4) *Xenoph. Cyrop. lib. 8. p. 225.*

(5) *Id. econ. p. 228.*

La nacion particular de los persas; la primera del oriente, desde que habia producido á Ciro, miraba al valor como la cualidad mas eminente (1); y la estimaba por consiguiente en sus enemigos (2). Desafiar los rigores de las estaciones: tirar carreras largas y penosas: lanzar los dardos: pasar los torrentes á nado; eran entre ellos los juegos de la niñez (3); á estos se añadian en una edad mas avanzada, la caza y otros exercicios que mantienen las fuerzas del cuerpo (4); se dexaban ver en tiempo de paz con parte de las armas que se llevan á la guerra (5); y para no perder el habito de montar á caballo casi nunca iban á pie (6). Estas costumbres se volvian insensiblemente las de todo el imperio.

La caballería constituye la principal fuerza de los exércitos persianos. Aun en la fuga, lanzan ella flechas que detienen al vencedor (7). El ginete y el caballo estan igual-

(1) *Herod. lib. 1. cap. 136.*
(2) *Id. lib. 7. cap. 181.*
(3) *Id. ibid. Strab. lib. 15. p. 733.*
(4) *Xenoph. Cyrop. lib. 1. p. 5.*
(5) *Joseph. antiq. lib. 18. t. 1. p. 874. Marcellin. lib. 23. p. 383.*
(6) *Xenoph. Cyrop. lib. 4. p. 102. lib. 8. p. 221.*
(7) *Xenoph. de exped. Cyr. lib. 3. p. 306. Plut. in Crass. t. 1. p. 558.*

ecceptuar á los príncipes tributarios, y tambien á los grandes que residen en la Puerta (*) se dicen esclavos del rey: espresion que denota hoy una estrema servidumbre, pero que, en tiempo de Cyro y de Dario, no era sino un testimonio de homenage y de zelo.

Hasta el reynado del último de estos príncipes, los persas no habian tenido interes alguno que disputar con los pueblos del continente de la Grecia. Apenas se tenia noticia en la córte de Susa, de que exîstia una Lacedomonia y una Atenas (1), cuando Dario resolvió sojuzgar estas remotas regiones. Atossa hija de Cyro, con quien acababa de desposarse le dió de ello la primera idea: ella la habia adquirido de un medico griego llamado Démocedes, que la habia curado de una enfermedad peligrosa. Démocedes no pudiendo procurarse la libertad por otras vias, formó el proyecto de una invasion á la Grecia: lo hizo gustar á la reyna, y se lisonjeó de obtener un permiso que le facilitaria el medio de volver á ver á Crotona su patria.

(*) *Por esta palabra se denotaba la corte de los reyes de Persia. Xenoph. Cyrop. lib. 8. p. 201. 203. &c. Plut. in Pelop. t. 1. p. 294.*

[1] *Herod. lib. 1. cap. 153. lib. 5. cap. 73. & 105.*

Atossa aprovechó un momento en que Dario le espresaba su terneza. » Ya es tiempo le dice, de señalar tu advenimiento á » trono, con una empresa que os atraiga la » estimacion de vuestros vasallos (1). Los » persas tienen necesidad de un conquistador » por soberano. Desvia su corage ácia alguna » nacion, si no quereis que se dirija contra » vos." Habiendo respondido Dario que se proponia declarar la guerra á los Escytas. » Los Escytas serán vuestros, replicó la reyna, quando vos lo querais. Mi deseo es que » dirijais vuestras armas á la Grecia, y que » me traigais para mi servicio, mugeres de » de Lacedemonia, de Argos, de Corinto y » de Atenas." Desde este instante Dario suspendió su proyecto contra los Escytas, é hizo partir á Démocedes con cinco persianos, encargados de darle una cuenta exâcta de los lugares cuya conquista meditaba.

Démocedes apenas salió de los estados de Dario, se huyó para Italia. Los persianos á quienes él debia conducir, esperimentaron muchos infortunios; y quando dieron la vuelta á Susa, ya se le habia pasado á la reyna la gana de tener esclavas griegas á su servicio; y Dario estaba ocupado de cuidados mas importantes.

Este príncipe habiendo vuelto á poner á

(1) *Id. lib. 3. cap. 134.*

Babylonia baxo su obediencia, resolvió marchar contra las naciones escyticas (*) que erran con sus ganados, entre el Istro (**), y el Tanaïs á lo largo de las costas del Ponto-Euxino.

Llegó al frente de 700,000 soldados (1) á ofrecer la servidumbre á los pueblos, que para arruinar su exército, no tuvieron que hacer mas que atraerlo á paises incultos y desiertos. Dario se obstinaba en seguirle los pasos, y recorrió como vencedor soledades profundas. „ ¿Y porque huyes tu de mi presencia, preguntó un dia al rey de los Escytas? Si tu puedes resistirme, haz alto, y trata de pelear; si no te atreves, reconoceme por tu amo." El rey de los Escytas respondió: „ Yo no huyo ni le temo á nadie. „ Es uso nuestro el errar tranquilamente por „ nuestros vastos dominios, así en tiempo de „ guerra, como en tiempo de paz: nosotros „ no conocemos otro bien que la libertad, ni „ otros amos que los dioses. Si tu quieres „ provar nuestro valor, siguenos, y ven á „ insultar los sepulcros de nuestros padres (2)."

Sin embargo, el exército se debilitaba con enfermedades, con la falta de víveres y

(*) *El año* 508. *ant. de J. C.*
(**) *El Danubio.*
(1) *Justin. lib.* 2. *cap.* 5.
(2) *Herod. lib.* 4. *cap.* 127.

con la dificultad de las marchas. Fue preciso resolverse á bolver al puente que Dario habia dexado sobre el Istro: la guarda de él habia sido confiada á los griegos de la Jonia, con el permiso de retirarse á su tierra, si no le veian volver antes de dos meses (1). Espirado este término, varios cuerpos de escytas se presentaron varias veces á las orillas del rio (2), intentando primero con súplicas y despues con amenazas empeñar á los oficiales de la armada á que la volviesen á la Jonia. Milciades el ateniense, apoya fuertemente este dictámen; pero Histiéo de Mileto habiendo representado (3) á los demas xefes, que siendo ellos puestos por Dario, gobernadores de diferentes ciudades de Jonia, serian reducidos al estado de simples particulares si dexasen perecer al rey; prometióse á los escytas romper el puente, y se tomó el partido de permanecer. Esta resolucion salvó á Dario y su exército.

La vergüenza de la espedicion de la Escytia la borró muy pronto una conquista importante; pues se hizo reconocer de los pueblos que habitan cerca del Indo y este rio fixó los límites de su imperio hácia el oriente (4).

(1) *Id. ib. cap. 98.*
(2) *Ibid. cap. 133.*
(3) *Id. ibid. Nep. in Miltiad. cap. 3.*
(4) *Id. lib. 4. cap. 44.*

Al occidente se terminaba por una hilera de colonias griegas establecidas á las orillas del mar Egeo. Allí se hallan Efeso, Mileto, Esmyrna y muchas ciudades florecientes, reunidas en diversas confederaciones, separadas del continente de la Grecia por el mar y por multitud de islas, de las cuales unas obedecian á los atenienses y otras eran independientes. Las ciudades griegas del Asia aspiraban á sacudir el yugo de los persas. Los habitantes de las islas y de la que propiamente se llama Grecia rezelaban la vecindad de una potencia que amenazaba á las naciones con una servidumbre general.

Estas alarmas se redoblaron cuando se vió á Dario á su buelta de la Escytia, dexar en la Trasia un exército de 80,000 hombres que toma este reyno (1), obliga al rey de Macedonia á hacer homenage de su corona á Dario (2), y se apodera de las islas de Lemnos y de Imbros (3).

Ellas se aumentaron todavia, cuando se vió á los persas hacer una tentativa sobre la isla de Naxos y amenazar la de Eubea, tan vecina al Attica (4): cuando las ciudades de la Jonia, resueltas á recobrar su antigua li-

(1) *Herod. lib. 5. cap. 2.*
(2) *Id. ibid. cap. 18.*
(3) *Id. ibid. cap. 26.*
(4) *Id. ibid. cap. 31.*

bertad, espelieron á sus gobernadores (1), quemaron la ciudad de Sardes capital del antiguo reyno de Lydia (2), y metieron los pueblos de Caria y de la isla de Chipre, en la liga que ellas formaron contra Dario (3). Esta revolucion (*) fue en efecto el principio de las guerras que pensaron destruir todas las potencias de la Grecia, y que ciento y cincuenta años despues trastornaron el imperio de los persas.

Los lacedemonios tomaron el partido de no entrar en la liga; los atenienses, sin declararse abiertamente, el de favorecerla. El rey de Persia no disimulaba mas el deseo que tenia de traer hácia atras hasta la Grecia las fronteras de su imperio. Los atenienses debian á la mayor parte de las ciudades que acababan de sustraerse de su obediencia, los socorros que las metrópolis deben á sus colonias: ellos se quexaban hacia mucho tiempo de la proteccion que los persas dispensaban á Hipias hijo de Pisistrato, que los habia oprimido, y á quien ellos habian desterrado. Artafernes hermano de Dario y sátrapa de Lydia les habia declarado, que el único medio de proveer á su seguridad, era

(1) *Id. ibid. cap. 37.*
(2) *Id. ibid. cap. 102.*
[3] *Id. ibid. cap. 103.*
[*] *Hacia el año 500 ant. de J. C.*

volver á llamar á Hipias (1), y se sabia que este último, desde su llegada á la corte de Susa, mantenia en el espíritu de Dario prevenciones que no cesaba de inspirarle contra los pueblos de la Grecia y contra los atenienses en particular (2). Animados con estos motivos, los atenienses enviaron á Jonia tropas que contribuyeron á la toma de Sardes. Los eretrianos de la Eubea siguieron su exemplo.

El principal autor de la sublevacion de la Jonia, fue aquel Histieo de Mileto, que quando la espedicion de la Escytia, se habia ostinado en guardar el puente del Istro. Dario no olvidó jamas este servicio importante y se acordó de él, aun despues de haverlo recompensado.

Empero, Histieo desterrado en la corte de Susa, impaciente por volver á ver á su patria, escitó baxo mano los tumultos de la Jonia, y se sirvió de ellos para obtener el permiso de volver á esta provincia, en donde luego fue cogido con las armas en la mano. Los generales trataron de hacerle morir, porque conocian la generosidad de su amo. En efecto, este príncipe, menos tocado de su traycion que de las obligaciones que le debia, honra su memoria con funerales y

(1) *Id. ibid. cap. 96.*
(2) *Id. ibid. cap. 96.*

con los reproches que hizo á los generales (1).

Cuando esto sucedia, unos barcos fenicios habiendo apresado una galera ateniense, encontraron en ella á Métioco hijo de aquel Milciades que habia aconsejado que rompiesen el puente del Istro y entregasen á Dario al furor de los escytas: lo enviaron al rey que lo recibió con distincion, y lo empeñó con beneficios á establecerse en Persia (2).

No es esto decir que Dario fuese insensible á la sublevacion de los jonios y á la conducta de los atenienses. Cuando supo el incendio de Sardes, jura una venganza ruidosa á estos últimos, y encarga á uno de sus oficiales, le recuerden todos los dias el ultrage que habia recibido de ellos (3); pero era preciso antes terminar la guerra que le habian suscitado los primeros. Ella duró algunos años y le proporcionó grandes ventajas. La Jonia volvió á entrar en su obediencia; muchas islas del mar Egéo, y todas las ciudades del Helesponto fueron puestas bajo sus leyes (4).

Entónces Mardonio su hierno, parte al frente de un numeroso exército, acaba de

(1) *Herod. lib. 6. cap. 30.*
(2) *Id. ibid. c. 41.*
(3) *Id. lib. 5. cap. 105.*
(4) *Id. lib. 6. cap. 31. & 33.*

pacificar la Jonia, se vuelve á Macedonia; y allí, sea, que él previniese las órdenes de Dario, sea que se limitase á seguirlas, hizo embarcar sus tropas. Su pretesto era el castigar á los atenienses y á los eretrianos; su verdadero objeto, hacer á la Grecia tributaria (1): pero una violenta tempestad habiendo estrellado una parte de sus embarcaciones y de sus soldados contra las rocas del monte Atos, volvió á tomar el camino de Macedonia y en seguida el de Susa.

Este desastre no era capaz de disipar la borrasca que amenazaba á la Grecia. Dario antes de venir á un rompimiento á las claras, envió por todas partes heraldos, pidiendo en su nombre la tierra y el agua (2); formula que usan los persas para exîgir el homenage de las naciones. La mayor parte de las islas y de los pueblos del continente se rindieron sin titubear: los atenienses y los lacedemonios no solamente lo rehusaron, sino que por una violacion manifiesta del derecho de gentes, echaron en un pozo profundo á los embaxadores del rey (3). Los primeros fueron aun mas estremosos en su colera, pues condenaron á muerte al intérprete que habia deturpado la lengua griega, esplicando en

[1] *Id. ibid. cap. 44.*
[2] *Id. ibid. cap. 48.*
[3] *Id. l. 7. c. 32.*

ella las órdenes de un bárbaro (1).

Con esta noticia Dario pone al frente de sus tropas á un medo llamado Datis mas esperimentado que Mardonio: le ordena que destruya las ciudades de Atenas y de Eréria, y que le traiga á sus habitantes cargados de cadenas (2).

BATALLA DE MARATON.

El exército se junta inmediatamente en un llano de Sicilia. Seiscientos navios lo trasportaron á la isla de Eubéa. La ciudad de Eretria, despues de haberse defendido vigorosamente por espacio de seis dias, fue tomada por la traycion del algunos ciudadanos que tenian grande crédito en el pueblo (3). Los templos fueron arrasados, los habitantes aherrojados; y la flota habiendo luego abordado sobre las costas del Attica, pone en tierra cerca del burgo de Maraton, distante de Atenas unos 140 estadios (*) 100,000 hombres de infantería y 10,000 de caballería (4), que se acamparon en un llano terminado al est por el mar, rodeado por las demas

[1] *Plut. in Them. p. 114. Aristid. Panath. orat. t. 1. p. 211.*
[2] *Herod. lib. 6. cap. 94.*
[3] *Id. ibid. cap. 101.*
[*] *Cerca de 6 leguas francesas.*
(4) *Nep. in Miltiad. cap. 5.*

partes de montañas y de cerca de 200 estadios de circunferencia (*).

Sin embargo Atenas estaba llena de consternacion y de susto (1); ella habia implorado los socorros de los demas pueblos de la Grecia; de los cuales, unos estaban sujetos á Dario, otros temblaban de solo oir el nombre de los medos ó de los persas (2). Solos los lacedemonios prometieron tropas; pero varios obstáculos les impidieron juntarlas sobre la marcha con las de Atenas (3).

De modo que esta ciudad quedaba abandonada á sus propias fuerzas, ¿Y como con algunos soldados, levantados de priesa, se atreverian a resistir á una potencia que en el espacio de medio siglo, habia trastornado los mas grandes imperios del mundo? Aun cuando con pérdida de sus mas ilustres ciudadanos, de sus mas valerosos guerreros, aspirase al honor de disputar por algun tiempo la victoria, ¿no se verian salir de las costas del Asia y del fondo de la Persia exércitos mas terribles que el primero? Los griegos han irritado á Dario; y añadiendo el ultrage á la ofensa, no le han dexado sino la eleccion

(*) *Cerca de 7 leguas y media.*
(1) *Plat. de leg. lib. 3. t. 2. p. 698.*
(2) *Herod. lib. 6. cap. 112.*
(3) *Id. ibid. cap. 106. Plat. ibid. Plut. de malign. Herod. t. 2. p. 861.*

de la venganza, el deshonor ó el perdon. ¿El homenage que él pide, lleva acaso consigo una servidumbre humillante? ¿Las colonias griegas establecidas en sus estados, no han conservado sus leyes, su culto, sus posesiones? ¿Despues de su revolucion, no se les ha forzado por las mas sábias disposiciones, á unirse entre sí y á ser felices mal de su grado? ¿Y el mismo Mardonio, no ha establecido ultimamente la democracía en las ciudades de la Jonia (1)?

Estas reflexîones que empeñaron á la mayor parte de la Grecia á declararse por los persas, eran balanceadas, en el espíritu de los atenienses, con temores que no eran menos fundados. El general de Dario les presentaba con la una mano los fierros con que debia encadenarlos (2), con la otra á aquel Hipias, cuyas solicitaciones é intrigas habian llevado por fin á los persas á los campos de Maraton (3). Era preciso pues sufrir la horrible desgracia de ser arrastrados á los pies de Dario, como viles esclavos, ó la desventura, todavia mas terrible de gemir de nuevo baxo las crueldades de un tirano, que no respiraba sino venganza. En esta alternativa apenas pudieron deliberar, y resolvieron morir con las armas en la mano.

(1) *Herodot. l. 6. c. 42. & 43.*
(2) *Plat. de leg. lib. 3. t. 2. p. 698.*
(3) *Herod. lib. 6. cap. 102.*

Por fortuna, parecieron entónces tres hombres destinados á dar un nuevo vuelo á los sentimientos de la nacion. Estos eran Milciades, Aristides y Temistocles. Su carácter se desenvolverá por sí mismo en la relacion de sus acciones. Milciades habia hecho largo tiempo la guerra en Tracia y se habia adquirido una reputacion brillante; Aristides y Temistocles, mas jóvenes que él, habian dexado descubrir desde su infancia, una rivalidad que hubiera perdido al estado (1), si en las ocasiones esenciales, no la hubieran sacrificado al bien público. No se necesita mas que un rasgo para pintar á Aristides, el fue el mas justo y el mas virtuoso de los atenienses: serian menester muchos para espresar los talentos, los recursos y las miras de Temistocles; él ama á su patria; pero ama la gloria todavia mas que á su patria.

El exemplo y los discursos de estos tres ilustres ciudadanos acabaron de inflamar los espíritus. Se hacen levas. Las diez tribus contribuien cada una con 100 hombres de infantería con un general que los mande. Fue preciso alistar los esclavos para completar este número (2). Luego que las tropas se juntaron, salieron de la ciudad y baxaron al llano de Maraton, en donde los de Pla-

(1) *Plut. in Aristid. p. 319.*
(2) *Pausan. lib. 1. p. 79.*

téa en Beocia les enviaron un refuerzo de 1000 hombres de infantería (1).

Apenas estuvieron al frente del enemigo, cuando Milciades propuso el atacarlos (2). Aristides y algunos xefes apoyaron con viveza esta proposicion, los demas, asombrados con la estrema desproporcion de los exércitos, querian se esperasen los socorros de los lacedemonios. Estando divididos los pareceres, faltaba tomar el del Polémarca ó xefe de la milicia, que en semejantes ocasiones se le consulta para decidir en igualdad de votos. Milciades se dirige á él; y con el ardor de una alma fuertemente penetrada: » Atenas, » le dice, está al punto de esperimentar la » mayor de las vicisitudes. A pique de llegar » á ser la primera potencia de la Grecia, ó » el teatro de los furores de Hipias, es de » vos solo, ó Callimaco, de quien ella es» pera su destino. Si nosotros dexamos res» friar el ardor de las tropas, se agoviarán » vergonzosamente baxo el yugo de los per» sas; si nosotros las conducimos al comba» te, los dioses y la victoria estarán de nues» tra parte. Una sola palabra de vuestra bo» ca, vá á precipitar á vuestra patria á la

(1) *Herod. lib. 6. cap. 108. Justin. lib. 2. cap. 9.*

(2) *Id. ibid. cap. 109. Plut. in Arist. p. 321.*

esclavitud, ó á conservarle la libertad."

Callimaco dió su voto, y la batalla fue resuelta. Para asegurarle el suceso, Aristides y los demas generales á su exemplo, cedieron á Milciades el honor del mando en que cada uno debia alternar: pero para ponerlos á cubierto de los acontecimientos, espera el dia que le tocaba el turno, al frente del exército (1).

Apenas llegó, Milciades forma sus tropas al pie de una montaña, en un lugar sembrado de arboles que pudiesen detener la caballería persiana. Los plateános fueron colocados en el ala izquierda: Callimaco mandaba la derecha; Aristides y Temisticles estaban en el cuerpo de batalla (2), y Milciades en todas partes. Un intervalo de 8 estadios (*) separaba al exército griego del de los persas (3).

A la primera señal, los griegos atravesaron corriendo este espacio. Los persas atrevidos de ver una especie de ataque tan nuevo para entrambas naciones, quedaron un momento inmobles: pero luego opusieron el furor impetuoso de los enemigos un furor mas

(1) *Herod. lib. 6. cap. 110. Plut. in Aristid. p. 321.*
(2) *Id. ibid. Nep. in Miltiad. cap. 5.*
(*) *Cerca de 760 toesas.*
(3) *Herod. lib. 6. cap. 112.*

tranquilo y no menos terrible. Despues de algunas horas de un combate obstinado, las dos alas del exército griego comienzan á fixar la victoria. La derecha dispersa á los enemigos en el llano; la izquierda los repliega en un pantáno que parecia un prado y en el cual se empeñan y quedan sumergidos (1). Entrambas vuelan al socorro de Aristides y de Temistocles que cuasi se rendian á las mejores tropas que Datis habia colocado en su cuerpo de batalla. Desde este momento la derrota se volvió general. Los persas rechazados por todas partes, no encuentran otro asilo que la flota que se habia acercado á la playa. El vencedor los persigue á sangre y fuego: él apresa, incendia, hecha á pique muchos de sus barcos, los demas se salvan á fuerza de remos (2).

El exército persiano, pierde cerca de 6400 hombres: los de los atenienses, 192 héroes (3); pues no habia uno solo que en esta ocasion no mereciese este título. Milciades, allí fue herido; allí pereció Hipias y tambien Estesiléo y Callimaco, ambos generales de los atenienses (4).

(1) *Pausan. lib.* 1. *cap.* 32. *p.* 80.
(2) *Herod. lib.* 6. *cap.* 115. *Justin. lib.* 2. *cap.* 9.
(3) *Id. ibid. cap.* 117.
(4) *Id. ibid. cap.* 114.

Apenas se acababa el combate; un soldado sumamente fatigado, forma el proyecto de llevar la primera noticia de un suceso tan grande, á los magistrados de Atenas; y, sin soltar las armas, corre, vuela, llega, anuncia la victoria, y cae muerto á sus pies (1).

Con todo, esta victoria hubiera sido funesta á los griegos, sin la actividad de Milciades. Datis, en su retirada, concibió la esperanza de sorprender á Atenas, que la creia sin defensa, y ya su armada doblaba el cabo de Sunium, cuando Milciades aun no bien lo supo, se pone en marcha, llega el mismo dia baxo los muros de la ciudad, desconcierta con su presencia los proyectos del enemigo, y le obliga á retirarse sobre las costas del Asia (2).

La batalla se da (3) el 6 de boédromion, el tercer año de la olympiada setenta y dos (*). Al dia siguiente por la mañana llegaron 2000 espartanos, que en tres dias y tres noches (4) habian hecho 1200 estadios de ca-

(1) *Plut. de glor. Athen. t. 2. p. 347.*
(2) *Herodot. lib. 6. cap.* 116.
(3) *Corsin. fast. Att. t. 3. p. 149.*
(*) *El 29 de setiembre del año* 490. *ant. de J. C.*
(4) *Isocrat. Paneg. t. 1. p. 163. Plat. de leg. lib. 3. t. 2. p. 698.*

mino (*): aunque instruidos de la fuga de los persas, continuaron su ruta hasta Maraton, y no temieron ponerse á la vista de aquellos lugares donde una nacion competidora se habia señalado con tan grandes hazañas; ellos vieron allí las tiendas de los persas todavia puestas; el llano sembrado de cadáveres, y cubierto de ricos despojos. Allí encontraron á Aristides que velaba con su tribu en la conservacion del botin y de los prisioneros, y no se retitaron hasta haber hecho los justos elogios á los vencedores (1).

Los atenienses no omitieron nada para eternizar la memoria de los que habian muerto en el combate. Se les hicieron los honores fúnebres: sus nombres fueron grabados sobre medias columnas levantadas en el campo de Maraton. Estos monumentos, sin esceptuar los de los generales Callimaco y Estecilèo, son demasiadamente sencillos (2). En sus intervalos se colocaron trofeos cargados de las armas de los persas. Un hábil artífice pintó los detalles de la batalla en uno de los porticos mas frecuentados de la ciudad; allí representó á Milciades al frente de los gene-

(*) *Cerca de 46 leguas y medias.*

(1) *Herod. lib. 6. cap. 120. Plut. in Arist. t. 1. p. 321. id. de malign. Herod. t. 2. p. 861.*

(2) *Pausan. lib. 1. cap. 32. p. 79.*

rales, y en el momento en que exôrtaba las tropas al combate (1).

Dario supo con indignacion la derrota de su exército. La suerte de los eretrianos que Datis traia á sus pies, hacia temblar. Con todo, apenas los ve, la piedad sofoca en su corazon todos los demas sentimientos (2): él les distribuye tierras á alguna distancia de Susa; y para vengarse de los griegos de un modo mas noble y mas digno de él, ordena nuevas levas y hace inmensos preparativos.

Los mismos atenienses no tardaron en vengarlo. Ellos habian elevado á Milciades tan alto, que empezaron á temerle. La envidia representaba, que en tiempo que tenia el mando en la Tracia, habia exercido todos los derechos de la soberanía (3): que estando temido de las naciones estrangeras y adorado del pueblo de Atenas, era tiempo de velar sobre sus virtudes, asi como sobre su gloria. Los malos sucesos de una espedicion que emprendió contra la isla de Paros dió un nuevo pretesto al odio de sus enemigos. Se le acusa de ser corrompido por el dinero de los persas; y á pesar de las solicitudes y de los clamores de los ciudadanos mas honrados, fue condenado á ser echado en

(1) *Nep. in Milt. cap. 6.*
(2) *Herod. lib. 6. cap. 129.*
(3) *Nep. in Milt. cap. 8.*

el hoyo donde se hacian perecer á los malhechores (1). Habiendose opuesto el magistrado á la execucion de este infame decreto, se le conmutó la pena en una multa de 50 talentos; y como no estaba en estado de pagarla, se vé al vencedor de Dario espirar entre prisiones de las heridas que habia recibido en servicio del estado (2).

TEMISTOCLES Y ARISTIDES.

Estos terribles exemplos de injusticia y de ingratitud de parte de un soberano, ó de una nacion, no desaniman ni á la ambicion ni á la virtud. Hay sus escollos en la carrera de los honores, como los hay en medio del mar. Temistocles y Aristides adquirian sobre los atenienses la superioridad que merecian el uno por la diversidad de sus talentos, el otro por la uniformidad de una conducta enteramente consagrada al bien público. El primero atormentado dia y noche con le memoria de los trofeos de Milciades (3), lisonjeaba sin cesar, por nuevos decretos, el orgullo de un pueblo embriagado con su victoria: el segundo no se ocupaba mas que

(1) *Plat. in Gorg. t. 2. p. 516.*
(2) *Herod. lib. 6. cap. 136. Nep. in Milt. cap. 7.*
(3) *Plat. in Themist. t. 1. p. 113.*

en mantener las leyes y las costumbres que las habian preparado. Entrambos opuestos en sus principios y en sus proyectos, desempeñaban de tal modo el puesto público de sus divisiones, que un dia Aristides, despues de haber contra toda razon, conseguido una ventaja sobre su contrario, se le soltó decir que esto se haria con la república, si no se les echaba á él y á Temistocles en un hoyo profundo (1).

Por fin, los talentos y la intriga triunfaron de la virtud. Como Aristides se hacia el árbitro en las diferencias de los particulares, la reputacion de su equidad hizo desertar los tribunales de justicia. La faccion de Temistocles le acusa de establecer una soberania tanto mas temible, cuanto que se fundaba sobre el amor del pueblo, y concluye con la pena de destierro; las tribus estaban congregadas y debian dar su voto por escrito. Aristides asistia al juicio. Un ciudadano obscuro, sentado á su lado, le suplicó escribiese el nombre del acusado en una conchita que le presenta. „El os ha hecho algun mal, „respondió Aristides? No, dice el desco„nocido; pero estoy incomodado de oirló „llamar por todas partes, el justo." Aristides escribe su nombre, fue condenado, y

(1) *Plut. in Arist. t. 1. p. 320.*

sale de la ciudad, deseando la felicidad de su patria (1).

A su destierro se siguió pronto la muerte de Dario. Este príncipe amenazaba al mismo tiempo á la Grecia que habia rehusado sufrir el yugo de los persas, y al Egypto, que acababa de sacudirlo (2). Su hijo Xerxes fue el heredero de su trono (*) sin serlo de ninguna de sus grandes cualidades. Educado con una alta opinion de su poder, justo y benéfico por agudezas, injusto y cruel por debilidad; casi siempre incapaz de soportar los sucesos y los reveses, no se distingue constantemente en su carácter, sino una estrema violencia (3), y una escesiva pusilanimidad.

Despues de haber castigado á los egypcios, su revolucion, y agravado locamente el peso de sus cadenas (4) hubiera tal vez gozado tranquilamente de su venganza, sin uno de aquellos baxos cortesanos que sacrifican sin remordimientos millares de hombres á sus intereses. Mardonio, á quien el honor de haberse casado con la hermana de su amo (5) inspiraba las mas vastas pretensiones, que-

(1) *Id. ibid. p. 322. Nep. in Arist. cap. 1.*
(2) *Herodot. l. 7. c. 1.*
(*) *El año 486. ant. de J. C.*
(3) *Plat. de leg. l. 3. t. 2. p. 698.*
(4) *Herodot. lib. 7. c. 7.*
(5) *Id. lib. 6. c. 43.*

ría tener el mando de los exércitos, lavar la mancha con que se habia cubierto en su primera espedicion, sujetar la Grecia, para obtener el gobierno de ella, y exercer allí sus rapiñas. Persuadió facilmente á Xerxes la reunion de este pais y de la Europa entera al imperio de los persas (1). La guerra se resolvió, y toda el Asia fue conmovida.

A los preparativos enormes que habia hecho Dario, se añaden preparativos aun mas terribles. Quatro años (2) se emplearon en levantar tropas, establecer almacenes en la ruta, en transportar á las orillas del mar provisiones de guerra y de boca; en construir en todos los puertos galeras y barcos de transporte.

El rey parte en fin de Susa, persuadido de que iba á traer hácia atras las fronteras de su imperio hasta los lugares donde el sol acaba su carrera (3). Luego que llegó á Sardes en Lydia, envia heraldos à toda la Grecia, escepto entre los lacedemonios y los atenienses. Ellos debian recibir el homenage de las islas y de las naciones del continente: muchas de ellas se sometieron á los persas (4).

(1) *Id. lib. 7. c. 5. Diod. sic. l. 11. p. 1.*
(2) *Id. ibid. c. 20.*
(3) *Herod. lib. 7. cap. 8.*
(4) *Id. ibid. cap. 32. Diod. Sic. lib. 11. p. 2.*

En la primavera del cuarto año de la olympiada setenta y cuatro (*) Xerxes se dirige á las orillas del Helesponto con el exército mas numeroso que jamas ha devastado la tierra (1): allí quiso contemplar despacio el espectáculo de su poder; y desde un trono levantado, ve la mar cubierta de sus baxeles, y el campo lleno de sus tropas (2).

En este sitio, la costa del Asia no está separada de la de la Europa (3), sino por un brazo de mar de siete estadios de ancho (**). Dos puentes de barcas sujetadas por sus anclas acercaron mas las riberas opuestas. Los egypcios y los fenicios habian sido desde el principio encargados de construirlos; y habiendo destruido su obra una tempestad violenta, Xerxes, hizo cortar la cabeza á los obreros; y al mar como si fuese un esclavo sublevado, ordena que le azoten fuertemente, que le marquen con un hierro caliente, y que le echen en su seno un par de cadenas (4); y con todo, este príncipe era segui-

(*) *En la primav. del año 480. ant. de J. C.*

(1) *Herodot. lib. 7. cap. 20.*

(2) *Id. ibid. cap. 44.*

(3) *Id. ibid. cap. 34. Æschyl. in Pers. v. 747.*

(**) *Vease la nota VI al fin del tomo.*

(4) *Herodot. lib. 7. cap. 35.*

do de muchos millones de hombres. Sus tropas emplearon siete dias y siete noches en pasar el estrecho (1); sus bagages un mes entero (2); de allí dirigiendo su ruta por Tracia, y costeando el mar (3), llega al llano de Dorisco bañado por el Hebro, á propósito no solamente para procurar el descanso y refrescos á los soldados, sino tambien para facilitar la revista y numeracion del exército.

El se componia de 1,700,000 hombres de á pie y de 80,000 caballos, (4) 20,000 árabes y lidianos, conducian los camellos y los carros. Xérxes subido en un carro triunfal recorrió todas las filas; pasa despues á la escuadra que se habia acercado á la ribera y que se componia de 1207 galeras de á tres ordenes de remos (5). Cada una podia contener 200 hombres, y todas juntas, 241,400 hombres. Ellas eran acompañadas de 3000 barcos de carga, en los cuales se presume que habia 240,000 hombres.

Tales eran las fuerzas que él habia llevado de la Asia, las cuales fueron luego au-

(1) *Id. ibid. cap.* 56.
(2) *Id. lib.* 8. *cap.* 51.
(3) *Id. lib.* 7. *cap.* 59.
(4) *Id. ibid. cap.* 60 & 87.
(5) *Herod. lib.* 7. *cap.* 100. *y* 184. *Isocr. Panegyr. t.* 1. *p.* 166.

mentadas con 300,000 combatientes sacados de la Tracia, de la Macedonia, de la Persia y de otras muchas regiones europeas sugetas á Xérxes. Las islas vecinas concurrieron con mas de 120 galeras en las cuales habia 24,000 hombres (1). Si se junta á esta multitud inmensa, un número casi igual de gentes necesarias ó inutiles que marchaban en seguimiento del exército, se hallará que cinco millones de hombres (2), habian sido arrancados de su patria, é iban á destruir naciones enteras, para satisfacer la ambicion de un particular, llamado Mardonio.

Despues de la revista del exército y de la armada, Xérxes hizo venir al rey Demarates, que desterrado de Lacedemonia algunos años antes, habia hallado un asilo en la corte de Susa.

,, Pensais, le dice, que los griegos se atre-
,, van á resistirme? (3)." Demarates habiendo obtenito el permiso de decirle la verdad:
,, los griegos, responde, son temibles, por-
,, que son pobres y virtuosos. Sin hacer el
,, elogio de los demas, yo no os hablaré sino
,, de los lacedemonios. La idea de la escla-
,, vitud los sublevará. Quando toda la Grecia
,, se sometiera á vuestras armas, ellos doblarian

(1) *Herod. ibid. cap.* 185.
(2) *Isocr. Panath. t. 2. p.* 205.
(3) *Herod. lib. 7. cap.* 101.

„ su ardor por la defensa de su libertad. No
„ teneis que informaros del número de sus
„ tropas; aunque no fuesen mas que mil, y
„ aun menos todavia, ellos se presentarán al
„ combate."

El rey se puso á reir; y despues de haber comparado sus fuerzas con las de los lacedemonios: „ No veis, añade, que la mayor parte de mis soldados, tomarian la fuga, si no fueran retenidos por amenazas y golpes? Como semejante temor no puede obrar sobre esos espartanos, que se nos pintan tan libres y tan independientes, es visible que ellos no arrostrarán de valde una muerte cierta; ¿ y quien podrá compelerlos á ello? La ley, replicó Demarates; esta ley que tiene mas poder sobre ellos que el que vos teneis sobre vuestros vasallos; esta ley que les dice: veis á vuestros enemigos; no se trata de contarlos; es preciso vencerlos ó perecer (1)."

La risa de Xerxes se aumentó con estas palabras: dá sus órdenes y el exército parte dividido en tres cuerpos. El uno seguia las riberas del mar; los otros dos marchaban á ciertas distancias por lo interior de las tierras (2). Las medidas que se habian tomado, les procuraban medios seguros de subsistencia.

(1) *Herod. lib. 7. cap. 104.*
(2) *Id. ibid. cap. 121.*

Tres mil embarcaciones cargadas de víveres, iban á lo largo de la costa, y arreglaban sus movimientos por los del exército. De antemano los egipcios y los fenicios habian provisto muchas plazas marítimas de la Tracia y de la Macedonia (1). En fin, en cada estacion, los persas eran mantenidos y costeados por los habitantes de los paises vecinos, que avisados tiempo hacia de su llegada, estaban preparados á recibirlos (2).

Mientras el exército continuaba su ruta hacia Tesalia, talando los campos, consumiendo en un dia las cosechas de muchos años, arrastrando al combate las naciones que habia reducido á la indigencia, la flota de Xerxes atravesaba el monte Atos en vez de doblarlo.

Este monte se prolonga en una peninsula que no está unida al continente sino por un tismo de 12 estadios de ancho (*). La armada de los persas habia esperimentado algunos años antes quan peligroso es este parage (3). Se habria podido en esta ocasion transportarla á fuerza de brazos por encima del istmo: pero Xérxes habia ordenado abrir camino por él, y multitud de obreros se ocu-

(1) *Id. ibid. cap. 25.*
(2) *Id. ibid. cap. 118. & 119.*
(*) *Cerca de una media legua.*
(3) *Herod. lib. 6. cap. 44.*

paron largo tiempo en ahondar un canal, por donde pudiesen pasar dos galeras de frente (1). Xerxes lo vió y creyó, que despues de haber echado un puente sobre la mar, y abierto un camino al traves de las montañas, ninguna cosa resistiria mas á su poder.

La Grecia tocaba entónces el desenlace de los temores que la habian agitado durante muchos siglos. Desde la batalla de Maraton, las noticias que llegaban del Asia, no anunciaban de parte del gran rey, sino proyectos de venganza (2) y preparativos suspensos por la muerte de Dario, vueltos á emprender con mas vigor por su hijo Xerxes.

Cuando mas ocupado en ello estaba este último, se habian visto de repente en Susa dos espartanos que fueron admitidos á la audiencia del rey, pero que rehusaron constantemente postrarse ante él, como hacian los orientales: »rey de los medos, le »dixeron, los lacedemonios hicieron morir, »hace algunos años, á los embaxadores de »Dario. Ellos deben dar satisfaccion á la »Persia: nosotros venimos á ofreceros nues»tras cabezas." Estos dos espartanos nombrados Espertias y Bulis, sabiendo que los dioses irritados por el asesinato de los em-

(1) *Id. lib. 7. cap. 23 & 24.*
(2) *Plat. de leg. lib. 3. t. 2. p. 698.*

baxadores persianos; rechazaban los sacrificios de los lacedemonios, se habian sacrificado ellos mismos por la salud de su patria (1). Xérxes atónito de su firmeza, no los admiró menos con su respuesta: » ved á decir á Lacedemonia, que si ella es capaz de » violar el derecho de gentes, yo no lo soy » de seguir su exemplo, y que yo no expiaré, quitandoos la vida, un crimen con que » ella se ha deturpado."

Algun tiempo despues, estando Xerxes en Sardes, se descubrieron tres espias atenienses que se habian metido entre el exército de los persas. El rey, lexos de condenarlos al suplicio, les permite hacer despacio un estado exâcto de sus fuerzas; él se lisongeaba de que á la vuelta de ellos, los griegos no tardarian en ponerse á su obediencia (2). Empero la relacion de ellos no sirvió sino para confirmar á los lacedemonios y á los atenienses en la resolucion que habian tomado de formar una liga general de los pueblos de la Grecia. Juntaron una dieta en el Istmo de Corinto: sus diputados corrian de ciudad en ciudad, y procuraban esparcir el ardor de que estaban animados. La Pitonisa de Delfos consultada de continuo, sin ce-

(1) *Herod. lib. 7. cap. 136. Plut. apophth. Lacon. t. 2. p. 236.*

(2) *Id. ibid. cap. 146.*

sar rodeada de presentes, buscando el medio de conciliar el honor de su ministerio, con las interesadas miras de los sacerdotes, con las miras secretas de los que la consultaban; tan pronto exôrtaba á los pueblos á que se quedasen en la inaccion; tan presto aumentaba sus alarmas con las desgracias que anunciaba, como su incertidumbre con la impenetrabilidad de sus respuestas.

Se insta á los argosenses á entrar en la confederacion (1). Seis mil de sus soldados, entre los cuales se hallaba la flor de su juventud, acababan de perecer en una espedicion que Cleoménes rey de Lacedomonia, habia hecho en Argólida (2). Apurados con esta pérdida, habian obtenido un oráculo que les prohibia tomar las armas: en seguida pidiéron comandar una parte del exército de los griegos; y quejosos de que se les rehusase una solicitud en que tenian esperanza, se estuviéron quietos (3), y acabaron con mantener inteligencias secretas con Xérxes (4).

Se habian fundado mas justas esperanzas sobre el auxîlio de Gélon rey de Syracusa.

(1) *Id. ibid. cap.* 145.
(2) *Herod. lib.* 7. *cap.* 148.
(3) *Id. ibid. Plut. de leg. lib.* 3. *t.* 2. *p.* 692. *Diod. Sic. lib.* 11. *p.* 3.
(4) *Herod. lib.* 9. *cap.* 12.

Este principe, por sus victórias y por su talentos, acababa de someter muchas colonias griegas, que debian naturalmente correr á la defensa de su metrópoli. Los diputados de Lacedemonia y de Atenas admitidos á su presencia, el espartano Syagro tomó la palabra, y despues de haber hablado un poco sobre las fuerzas y los proyectos de Xérxes, se contenta con representar á Gélon, que la ruina de la Grecia arrastraria la de Sicilia (1).

El rey responde con emocion, que en sus guerras contra los cartagineses, y en otras ocasiones, habia implorado la asistencia de las potencias aliadas sin haberla obtenido; que el peligro solo los forzaba ahora á recurrir á él; que olvidando á lo menos estos justos motivos de queja, estaba pronto á dar 200 galeras 20,000 pesadamente armados, 4000 caballerías, 2000 ballestéros y otros tantos honderos. „A mas me empeño, „añade, á procurar los víveres necesarios „para todo el exército, durante el tiempo „de la guerra; pero exîjo una condicion; „y es que se me nombre generalísimo de „las tropas de mar y tierra."

„Oh! Quanto gemiría la sombra de Aga„memnon, replicó vivamente Syagro, si lle„gase á saber que los lacedemonios, han

(1) *Id. lib. 7. cap. 157.*

„sido despojados por Gélon del honor de „comandar los exércitos! No, jamás Esparta os concederá esta prerrogativa. Si vos „quereis socorrer á la Grecia, habreis de recibir las órdenes de nosotros; si pretendeis darnoslas, guardad vuestros soldados. „Syagro, responde tranquilamente al rey, „tengo presente que los lazos de la hospitalidad nos unen; tened presente vos de „vuestra parte que las palabras insultantes „no sirven sino para agriar los espíritus. La „altivéz de vuestra respuesta no me hará „salir de los límites de la moderacion; y „aunque por mi poder, yo tengo mas derecho que vos al mando general, os propongo lo partamos; escoged ó el del exército de la tierra, ó el de la armada, que „yo tomaré el otro."

„No es un general, replicó luego el embaxador ateniense, son tropas lo que piden los griegos. Yo he guardado silencio „sobre vuestras primeras pretensiones. A Syagro correspondia el destruirlas: pero yo „declaro que si los lacedemonios ceden una „parte del mando, ella nos ha sido devuelta „por derecho (1)."

A estas palabras, Gélon despidió los embaxadores, y no tardó en hacer partir para Delfos á un nombrado Cadmo, con órden

(1) *Herodot. lib. 7. cap. 161.*

do esperar en aquel lugar el acontecimiento del combate; de retirarse si los griegos eran vencedores; y si eran vencidos, de ofrecer á Xérxes el homenage de su corona, acompañado de ricos presentes (1).

La mayor parte de las negociaciones que entablaron las ciudades confederadas no tuviéron un suceso mas feliz. Los habitantes de Creta consultaron al oráculo, el qual les ordena que no se mezclen en los negocios de la Grecia (2). Los de Corcyra armaron 60 galeras con la prevencion de permanecer pacíficos sobre las costas meridionales del Peloponeso, y declararse despues á favor de los vencedores (3).

En fin, los tesalianos á quienes el crédito de muchos de sus gefes habia hasta entónces empeñado por el partido de los medos, significaron á la dieta que ellos estaban prontos á guardar el paso del monte Olympo, que conduce de la Macedonia inferior á Tesalia, si los demas griegos querian auxiliar sus esfuerzos (4). Se hicieron partir inmediatamente diez mil hombres bajo las órdenes del Evenéto de Lacedemonia,

(1) *Id. ibid. c. 167.*
(2) *Id. ibid. c. 169.*
(3) *Id. ibid. c. 168. Diod. Sic. lib. 11. p. 15.*
(4) *Herod. lib. 7. c. 172.*

de Temistocles de Atenas, que llegaron á las orillas del Péneo, y acamparon con la caballería tesaliana á la entrada del valle de Tempé: pero algunos dias despues, habiendo sabido que el exército persiano podia penetrar á Tesalia por un camino mas fácil, advertidos por los diputados de Alexandro rey de Macedonia del riesgo de su posicion, se retiraron hácia el Istmo de Corinto; y los tesalianos resolviéron hacer su acomodamiento con los persas.

No faltaba pues otra cosa para la defensa de la Grecia, que un pequeño número de pueblos y ciudades. Temistocles era el alma de sus consejos y animaba sus esperanzas, empleando alternativamente la persuacion y la destreza, la prudencia y la actividad; arrastrando todos los espíritus no menos por la fuerza de su eloqüencia, que por la de su carácter; siempre forzado él mismo por un genio que el arte no habia cultivado, y que la naturaleza habia destinado para gobernar á los hombres y á los acontecimientos: especie de instinto, cuyas inspiraciones repentinas le descubrian en lo futuro y en lo presente, lo que él debia esperar ó temer (1).

Pasados algunos años, preveia que la ba-

(1) *Thucid. l. 1. c. 138. Plut. in Temist. t. 1. p. 112. Nep. in Temist. c. 1. &c.*

talla de Maraton no
de las guerras con que
nazados; que ellos no
en mas peligro que de
que para conservarles
habian adquirido, era
las vias que la habian
serian siempre dueños
diesen serlo de la mar
un tiempo en que su
la de Atenas, y la de
de sus embarcaciones.

Despues de estas re
como importantes, el ha
biar las ideas de los a
sus miras del lado de
cunstancias le pusiéron
su plan. Los ateniens
los habitantes de la
repartirse sumas consi
nian de sus minas de
dió que renunciasen
truyesen doscientas g
car actualmente á lo
fenderse un dia de
les estaban en los p
la invasion de Xér

Miéntras este p

(1) *Herod. l.*
14. *Plut. in Tem*

1, se resolvió en la dieta del istmo, que cuerpo de tropas á las órdenes de Leodas rey de Esparta, se apoderase del pade las Termopylas situado entre la Tedia y la Lócrida (1); que el exército naval e los griegos esperase al de los persas en s parages vecinos, en un estrecho formado or las costas de Tesalia y las de la Eubéa.

Los atenienses que debian armar 127 galeras, pretendian tener mas derecho al mando de la flota, que los lacedemonios que no subministraban sino diez (2). Pero viendo que los aliados amenazaban con retirarse si ellos no obedecian á un espartáno, los atenienses desistiéron de su pretension. Euribiades fue elegido general y quedaron baxo sus órdenes Temistócles y los gefes de las otras naciones (3).

La armada compuesta de 280 embarcaciones (4), se dirige al lugar de su destino, y se detiene sobre las costas de la Eubéa en un sitio llamado Artemisium.

Leonidas luego que supo la eleccion de la dieta, prevee su destino y se somete á

(1) *Id. ibid. c. 175. Diod. Sic. l. 11. p. 4.*

(2) *Herod. l. 8. c. 1. Isocr. Panath. t. 2. p. 206.*

(3) *Plut. in Temist. p. 115.*

(4) *Herod. l. 8. c. 1.*

él con aquella grandeza de alma que caracterizaba entónces á su nacion: él no una para acompañarse, sino 300 espartanos que le igualaban en brio y de quienes conocia los sentimientos (1). Habiéndole representado los eforas que un tan pequeño número de soldados no podia bastarle: „ellos son muy „pocos, respondió, para detener al enemigo, „pero no son sino muchos para el objeto que „ellos se proponen. Y qual es pues ese objeto, preguntaron los eforas? Nuestro deber replicó él, es defender el paso; nuestra resolucion, perecer allí. Trescientas víctimas bastan al honor de Esparta. Ella estaria pérdida sin recurso si me confiára todos sus guerreros; porque no presumo que „uno solo de ellos se atreviese á huir (2)."

Algunos dias despues se vió en Lacedemonia un espectáculo que no se puede referir sin emocion. Los compañeros de Leónidas honraron de antemano su fallecimiento y el de ellos, con un combate fúnebre, al qual asistieron sus padres y sus madres (3). Acabada esta ceremonia salieron de la ciudad acompañados de sus parientes y de sus amigos, quienes les dieron el último á dios, y

(1) *Id. l. 7. c. 105.*

(2) *Diod. Sic. l. 11. p. 4. Plut. lacon. apopht. t. 2. p. 226.*

[3] *Plut. de Herodot. malinc. p. 866.*

fué donde la muger de Leonidas habiéndole pedido sus últimas disposiciones: yo os deseo, le dice, un esposo digno de vos, é hijos que se le parescan (1).

COMBATE DE LAS TERMOPYLAS.

Leónidas aceleraba su marcha: queria por medio de su exemplo mantener en su deber á muchas ciudades dispuestas á declararse á favor de los persas (2): pasa por las tierras de los tebanos cuya fidelidad era sospechosa, y que le diéron á lo ménos 400 hombres con los quales se fué á acampar en las Termopylas (3).

Luego llegaron succesivamente 1000 soldados de Tegéa y de Mantinea, 120 de Orcumena, 1000 de otras ciudades de la Arcadia, 400 de Corinto, 200 de Flionta, 80 de Mycenas, 700 de Tespia, 1000 de la Focida. La pequeña nacion de los locrianos salió al campo con todas sus fuerzas (4).

Este destacamento que ascendia á cerca de 7000 hombres (*) debia ser seguido del egér-

[1] *Id. ibid. & c. lacon. apht. p. 225.*
[2] *Herod. l. 7. c. 206.*
[3] *Id. ibid. c. 205. Diod. Sic. l. 11. p. 5.*
(4) *Herod. l. 7. c. 202.*
(*) *Vease la nota VII. al fin del tomo.*

cito de los griegos. Los lacedemonios se habian detenido en su pais por una fiesta; los demas aliados se preparaban para la solemnidad de los juegos olympicos: unos y otros creian que Xérxes estaba todavia lejos de las Termopylas (1).

Este paso es la única via por donde un exército pudiéra penetrar de la Tesalia á la Lócrida, la Fócida, la Beócia, la Attica, y las regiones vecinas (2). Es menester hacer de él aqui una descripcion sucinta.

Yendo de la Fócida para Tesalia, se pasa por el pequeño pais de los locrianos, y se llega al burgo de Alpeno situado junto al mar (3): que como está á la entrada del estrecho, ha sido fortificado posteriormente (4)

El camino no presenta luego sino el anchor necesario para pasar un carro (5); despues se prolonga entre los pantanos que forman las aguas del mar (6), y las rocas casi inaccesibles en que termina la cadena de montañas conocida con el nombre de Eta (7).

(1) *Herod. l. 7. c. 206.*
(2) *Liv. l. 36. c. 15.*
(3) *Herod. lib. 7. cap. 176.*
(4) *Æschin. de fals. legat. p. 416.*
(5) *Herod. lib. 7. cap. 176.*
(6) *Id. ibid. Pausan. lib. 7. cap. 15. p. 558.*
(7) *Strab. lib. 9. p. 428. Liv. lib. 36. cap. 15.*

Apenas se sale de Alpeno, se encuentra á la izquierda una piedra consagrada á Hércules Melampigo, y allí es donde remata un sendero que vá á lo alto de la montaña (1), de la que hablaré pronto.

Mas lexos se atraviesa una corriente de aguas calientes, por las quales se ha dado á este sitio el nombre de Termopylas (2).

Cerca de ella está el burgo de Antela, y en el llano que la rodea, se distingue una colina pequeña (3), y un templo de Céres, donde los anfictiones tienen todos los años una de sus asambleas.

Al salir del llano se encuentra un camino, ó mas bien una calzada que no tiene sino de 7 á 8 pies de ancho. Este punto es notable. Los focianos construyeron allí antiguamente un muro para defenderse de las incursiones de los tesalianos (4).

Despues de haber pasado el Fenix, cuyas aguas van á parar en mezclarse con las de Asopo que sale de un valle vecino, se encuentra en el último desfiladero cuyo anchor es de un medio pletro (*).

El camino se alarga despues hasta la

(1) *Herod. lib. 7. cap. 216.*
(2) *Id. ibid. cap. 176. Strab. Liv. &c.*
(3) *Herod. lib. 7. cap. 176.*
(4) *Herod. lib. 7. cap. 276.*
(*) *Siete á ocho toesas.*

Traquinia, que toma su nombre de la ciudad de Trachis (1), y que está habitada por los malianos (2). Este pais presenta grandes llanuras bañadas por el Espergio y por otros rios. Al est de Trachis, está ahora la ciudad de Heracléa, que no existia en tiempo de Xérxes (3).

Todo el estrecho que hay desde el desfiladero que está antes de Alpeno hasta el que está mas alla del Fenix puede tener 48 estadios de largo (*). Su anchor varia quasi á cada paso; pero en todo el no hay sino montañas escarpadas al un lado, y al otro el mar ó pantános impenetrables (4): el camino está destruido á menudo por torrentes, ó aguas estancadas (6).

Leonidas planta su exército cerca de Antela (6), restablece el muro de los focianos, y envia adelante algunas tropas para defender las inmediaciones. Pero esto no bastaba para guardar el paso que está al

(1) *Herod. lib. 7. cap. 199.*
(2) *Tucyd. lib. 3. cap. 92. Palmer. exercit. in optim. aut. p. 275.*
(3) *Tucyd. ibid.*
(*) *Cerca de dos leguas.*
(4) *Pausan. lib. 10. p. 849.*
(5) *Strab. lib. 9. p. 428.*
(6) *Pausan. lib. 7. p. 558. Liv. lib. 36. cap. 15.*

pie de la montaña, sobre la cual habia un sendero que comenzaba en el llano de Trachis y despues de muchas vueltas terminaba cerca del burgo de Alpeno. Leónidas confió la defensa de él, á los mil focianos que tenia consigo y que fueron á destacarse en las alturas del monte Eta (1).

Apenas se acababan de executar estas disposiciones, quando se vé al exército de Xérxes estenderse en la Traquinia y cubrir el llano de un número infinito de tiendas (2). A su vista, los griegos deliberaron acerca del partido que habian de tomar. La mayor parte de los gefes proponia se retirasen al Isthmo, pero Leonidas habiendo rechazado este dictámen, se contenta con hacer salir correos para instar por los auxîlios de las ciudades aliadas (3).

Entónces se apareció un caballero persiano enviado por Xérxes á reconocer los enemigos. El puesto avanzado de los griegos, se componia este dia de espartanos, que se exercitaban, unos en la lucha, otros se pintaban su caballera; pues su primer cuidado en esta clase de peligros, es el de adornarse la cabeza. El caballero, tuvo tiempo de acercarse á ellos, contarlos, re-

(1) *Herod. lib. 7. cap.* 175. & 217.
(2) *Id. ibid. cap.* 202.
(3) *Ibid. cap.* 207.

tirarse, sin que se dignasen recatarse de él. Como el muro le impedia ver el resto del exército no pudo dar cuenta á Xérxes, sino de los trescientos hombres que habia visto á la entrada del desfiladero (1).

El rey admirado de la tranquilidad de los lacedemonios, aguarda algunos dias por dexarles tiempo para la reflexîon (2). El quinto escribe á Leonidas: » Si quieres someterte, te daré el imperio de la Grecia." Leonidas respondió: » Amo mas morir por mi patria que dominarla". Repítele segunda carta en estos términos: „ Dame tus armas". Leonidas escribió debaxo: „ Ven á tomarlas » (3)".

Xérxes lleno de cólera, hace marchar á los medos y á los cisianos (4) con órden de prender á estos hombres vivos y llevarselos á su presencia sin tardanza. Algunos soldados corren y le dicen á Leonidas: » Los persas estan cerca de nosotros. El responde con cachaza: decid mas bien que nosotros estamos cerca de ellos (5)." Luego sale de la trinchera con la flor de sus tropas y dá la señal del combate. Los

(1) *Herodot. lib. 7. cap. 208.*
(2) *Id. ibid. cap. 210.*
(3) *Plut. lacon. apopht. p. 215.*
(4) *Herodot. lib. 7. cap. 210.*
(5) *Plut. lacon. apopht. p. 225.*

medos se avanzan con furor: caen sus primeras filas heridas á golpes; los que las relevan tienen la misma suerte. Los griegos estrechados unos con otros y cubiertos de grandes escudos presentan un cuerpo de batalla erizado de largas picas. En vano suceden nuevas tropas para romperlo. Despues de muchos ataques infructuosos, el terror se apodera de los medos; huyen y son relevados por el cuerpo de los 10,000 inmortales mandados por Hidarnes (1). La accion se vuelve entónces mas sangrienta. El valor era quizás igual de una y otra parte; pero los griegos tenian á su favor la ventaja de las posiciones y la superioridad de las armas. Las picas de los persas eran muy cortas y sus escudos muy pequeños (2): ellos perdieron mucha gente; y Xérxes testigo de su fuga, dicen que se abalanza mas de una vez de su trono y teme que será de su exército.

La mañana siguiente vuelve á comenzar el combate, pero con tan poco suceso por parte de los persas que Xérxes desesperaba de forzar el paso. La inquietud y la vergüenza agitaban su alma orgullosa y pusilanime, quando un habitante de aquellos cantones llamado Epialtes, vino á descu-

(1) *Diod. Sic. lib. 11. p. 7.*
(2) *Herodot. lib. 7. cap. 211.*

brirle el sendero fatal, por el cual se podian cortar á los griegos. Xérxes transportado de alegria, destaca inmediatamente á Hydarnes con el cuerpo de los inmortales (1), y Epialtes les sirve de guia. Ellos parten despues de anochecido, penetran el bosque de encinas de que están cubiertas aquellas montañas y llegan hácia donde Leonidas habia puesto un destacamento de su exército.

Hidarnes lo tuvo por un cuerpo de espartanos, pero asegurado por Epialtes que reconoció ser focianos se preparaba al combate, quando vió à estos últimos que despues de una ligera defensa, se refugian á las alturas vecinas; y los persas continuaron su ruta.

Aquella misma noche, Leonidas habia sido instruido del proyecto de ellos por transfugas escapados del campo de Xérxes; y al dia siguiente por la mañana, lo fue del suceso, por los centinelas que acudian de lo alto de la montaña. Con esta terrible novedad se juntaron los gefes de los griegos. Como unos eran de parecer de alejarse de las Termopylas, otros de permanecer allí; Leonidas les ruega se reserven para tiempos mas felices, y declara que en

(1) *Herodot. lib. 7. cap. 216. Diod. Sic. lib. 11. p. 7. Strab. lib. 9. p. 16.*

quanto á el y á sus compañeros; no les era permitido separarse de un puesto que Esparta les habia confiado (1). Los tespianos protestáron que ellos no abandonarian á los espartanos; los 400 tebanos ó voluntariamente ó por fuerza tomaron el mismo partido (2); el resto del exército tuvo tiempo para salir del desfiladero.

Sin embargo este príncipe se disponia á la mas atrevida de las empresas. »No »es en este sitio, dice á sus compañeros, »donde nosotros debemos combatir; es pre»ciso marchar á la tienda de Xérxes, á »inmolarlo, ó á perecer en medio de su »campo". Sus soldados no respondiéron sino con un grito de alegria. El les hace tomar una comida frugal, añadiéndoles: »presto tomaremos otra en casa de Plutos". Todas estas palabras dexaban una impresion profunda en los ánimos. Proximo á atacar al enemigo es conmovido sobre la suerte de dos espartanos á quienes estaba unido por la sangre y por la amistad: dá al primero una carta, al segundo una comision secreta para los magistrados de Lacedemonia. »Nosotros no estamos aqui, le dices,

(1) *Herodot. l. 7. c. 220. Justin. l. 2. c. 11.*

(2) *Herodot. ibid. c. 222. Plut. de malign. Herodot. t. 2. p. 865.*

» para llevar órdenes, sino para combatir"; y sin esperar su respuesta, van á colocarse en las filas que se les habian señalado (1).

A media noche salen los griegos del desfiladero con Leonidas á su frente, avanzan á marchas dobles en el llano, derriban los puestos avanzados, y penetran á la tienda de Xérxes que ya habia huido: entran en las tiendas vecinas, se esparcen por el campo, y se hartan de matanza. El terror que inspiran se reproduce á cada paso y á cada instante, con circunstancias las mas espantosas. Los ruidos sordos, los gritos horrorosos anuncian que las tropas de Hydarnes están destruidas; que todo el exército lo estará luego por las fuerzas reunidas de la Grecia. Los mas animosos de los persas no pudiendo oir la voz de sus generales, sin saber á donde llevar sus pasos, á donde dirigir sus cuerpos, se metian á la suerte en la refriega, y perecian á manos de sus mismos compañeros, quando los primeros rayos del sol presentáron á sus ojos el pequeño número de los vencedores. Los persas se forman inmediatamente, y atacan á los griegos por todas partes. Leonidas cae

(1) *Diod. Sic. l. 11. p. 8. Plut. de malign. Herodot. t. 2. p. 866. Id. lacon. apht. t. 2. p. 225. Justin. l. 2. c. 11.*

bajo una lluvia de dardos. El honor de alzar su cuerpo, empeña un combate terrible entre sus compañeros, y las tropas las mas aguerridas del exército persiano. Dos hermanos de Xérxes, multitud de persas, infinitos espartános perdiéron allí la vida. Por fin, los griegos, aunque apurados y debilitados por sus pérdidas, se llevan á su general, rechazan quatro vezes al enemigo en su retirada; y despues de haber ganado el desfiladero, atraviesan con valor la trinchera, y van á colocarse sobre la pequeña colina que está cerca de Antela: ellos se defendiéron todavia algunos momentos, ya contra las tropas que los seguian, ya contra las que Hydarnes traia del otro lado del estrecho (1).

Perdonad, sombras generosas, la debilidad de mis espresiones. Yo os ofrecia un homenage mas digno, quando visitaba aquella colina en donde disteis los últimos suspiros; quando apoyado sobre uno de vuestros sepulcros, regaba con mis lágrimas los lugares teñidos con vuestra sangre. Sobre todo, que podrá añadir la eloqüencia á este sacrificio tan grande y tan estraordinario? Vuestra memoria subsistirá mas largo tiempo que el imperio de los persas á que habeis resistido, y, hasta el fin de

(1) *Herodot. l. 7. c. 225.*

los siglos, vuestro exemplo producirá en los corazones que estiman á su patria, el recogimiento ó el entusiasmo de la admiracion.

Antes de haberse terminado la accion, algunos tebanos, á lo que se pretende, se pasaron á los persas (1). Los tespianos participaron de las hazañas y del destino de los espartanos; y con todo la gloria de los espartanos quasi ha eclipsado á la de los tespianos. Entre las causas que han influido sobre la opinion pública se debe observar, que la resolucion de perecer en las Termopylas, fue en los primeros un proyecto concebido, detenido y seguido con tanta sangre fria como constancia; en lugar que en los segundos no fue sino un ímpetu de valentía y de virtud, eccitada por el exemplo. Los tespianos no se elevaron sobre los demas hombres, sino porque los espartanos se habian elevado sobre sí mismos.

Lacedemonia se ensoberbece con la pérdida de sus guerreros. Todo lo que concierne á ellos, les inspira interés. Quando estaban en las Termopylas un Traquiniano queriendo darles una idea alta del exército de Xérxes, les decia que el número de sus dardos, bastaria para obscurecer al sol. Tanto mejor, respondió el espartano Diéneces,

[1] *Herodot. l. 7. c. 233.*

combatiremos á la sombra (1). Otro enviado por Leonidas á Lacedemonia, estaba detenido en el burgo de Alpeno por una fluxion en los ojos. Se le vino á decir que el destacamento de Hydarnes habia bajado de la montaña y penetraba el desfiladero: toma inmediatamente sus armas, manda á su esclavo que lo conduzca hácia el enemigo, le ataca á ciegas, y recibe la muerte que esperaba (2).

Otros dos, ausentes tambien por órden del general, se hiciéron sospechosos á su vuelta de no haber hecho todos sus esfuerzos para hallarse en el combate. Esta duda los cubre de infamia. El uno se arranca la vida; el otro no tuvo otro recurso que perderla algun tiempo despues en la batalla de Platéa (3).

La resignacion de Leonidas y de sus compañeros, produxo mas efecto que la batalla mas brillante: el enseñó á los griegos el secreto de sus fuerzas, á los persas el de su debilidad (4). Xérxes asustado de tener un gran número de hombres y tan pocos soldados, no lo estuvo menos quando supo que la Grecia encerraba en su seno

[1] *Herodot. lib. 7. cap. 226.*
[2] *Id. ibid. cap. 229.*
[3] *Id. ibid. cap. 231. & 232.*
[4] *Diod. Sic. lib. 11. p. 10.*

una multitud de defensores tan intrépidos como los tespianos, y ocho mil espartános semejantes á los que acababan de perecer (1). Por otra parte, la admiracion de que estos últimos llenaron á los griegos, se cambió luego en un deseo violento de imitarlos. La ambicion de la gloria, el amor de la patria, todas las virtudes subiéron al mas alto grado, y las almas á una elevacion desconocida hasta entónces. Este es el tiempo de las grandes cosas; y no es á propósito para poner grillos á los pueblos libres.

Miéntras que Xérxes estaba en Termopylas, su exército naval, despues de haber padecido, sobre las costas de la Magnésia, una tempestad que hizo perecer 400 galeras y cantidad de barcos de carga (2), habia continuado su ruta, y daba fondo cerca de la ciudad de Alfetas en presencia y á solos 80 estádios de la de los griegos (3), encargada de defender el paso que hay entre la Eubéa y la tierra firme. Aquí aunque con algunas diferencias en el suceso, se renovaron en el ataque y en la defensa, muchas circunstancias que prece-

(1) *Herodot. lib. 7. cap.* 210 & 234.
(2) *Id. ibid. cap.* 190.
(3) *Id. lib. 8. cap.* 8.

diéron y acompañaron al combate de las Termopylas (1).

Los griegos, al acercarse la flota enemiga, resolviéron abandonar el estrecho; pero Temistócles los detuvo allí (2). Doscientos barcos persas doblaron la isla de Eubéa, é iban á envolver á los griegos, quando una nueva tempestad los hizo pedazos contra los escollos (3). Por espacio de tres dias, se dan muchos combates en que los griegos tuviéron quasi siempre la ventaja. Ellos supieron que por fin el paso de las Termopylas habia sido forzado; y desde este momento se retiraron á la isla de Salamina (4).

En esta retirada, Temistocles recorrió las riberas adonde las fuentes de agua pudiesen atraer el equipage de los barcos enemigos: dexa allí inscripciones dirigidas á los jonianos que estaban en la armada de Xérxes; les recordaba, que descendian de los griegos contra quienes llevaban actualmente las armas. Su proyecto era empeñarlos en abandonar el partido de aquel príncipe, ó á lo menos el hacerlos sospechosos (5).

(1) *Diod. Sic. lib. 11. p. 11.*
(2) *Heredot. lib. 8. cap. 4. & 5. Diod. Sic. lib. 11. pag. 11.*
(3) *Herodot. ibid. cap. 7 & 13.*
(4) *Id. ibid. cap. 22.*
(5) *Id. ibid. cap. 22. Justin. lib. 2. cap. 12. Plut. in Tem. p. 116.*

Sin embargo el exército de los griegos se habia situado en el Isthmo de Corinto, y no pensaba en otra cosa que en disputar la entrada del Peloponeso (1). Este proyecto desconcertaba las miras de los atenienses, que, hasta entónces, se habian lisonjeado de que la Beocia y no la Attica seria el teatro de la guerra. Abandonados de sus aliados, se hubieran tal vez abandonado á si mismos. Pero Temistocles, que todo lo preveia sin temor de nada, así como lo prevenia todo sin esponer nada, habia tomado tan justas medidas, que este mismo acontecimiento no sirvió sino para justificar el sistema de defensa que habia concebido, desde el principio de la guerra Medica.

Como hombre público y como particular, representaba á los atenienses, que era tiempo de abandonar aquellos lugares que la cólera del cielo entregaba al furor de los persas; que la flota les ofrecia un asilo seguro; que ellos hallarian una nueva patria por donde quiera que pudiesen conservar su libertad: él apoyaba sus discursos en los oráculos que habia obtenido de la Pytonisa; y quando el pueblo estuvo congregado, un incidente manejado con maña por Temistocles, acaba de determinarlo. Los sacerdotes

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 40. Isocr. paneg. tom. 1. pag. 116.*

anunciaron que la sagrada serpiente que se oriaba en el templo de Minerva, acababa de desaparecerse (1). La diosa abandona esta mansion, exclamaron ellos; porque tardamos en seguirla? Luego el pueblo, confirma este decreto propuesto por Temistocles: » Que la ciudad se pusiese baxo la protec» cion de Minerva; que todos los habitantes » capaces de tomar las armas, se embarcasen » en la escuadra; que cada particular prove» yese sobre la seguridad de su muger, de » sus hijos y de sus esclavos (2). " El pueblo estaba tan animado, que al salir de la junta, apedrea á Cyrsilo, porque se habia atrevido á proponer se sometiesen á los persas, y le hizo sufrir el mismo suplicio á la muger de este orador (3).

La execucion de aquel decreto ofreció un espectáculo tierno. Los habitantes de la Attica obligados á dexar sus hogares, sus campos, los templos de los dioses, los sepulcros, hacian resonar los llanos, con sus gritos lugubres. Los ancianos, cuyas enfermedades no les permitia transportarse, no podian arrancarse de los brazos de su familia desconsolada; los hombres en estado de ser-

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 41. Plut. in Themist. p. 116.*

(2) *Plut. in Temist. p. 116.*

(3) *Demosth. de Cor. p. 507.*

vir á la república, recibian á las orillas del mar los adioses y los lloros de sus mugeres, de sus hijos, de aquellos de quienes habian recibido el ser (1): los hacian embarcar á prisa en los barcos que debian conducirlos á Egina, á Frezena y á Salamina (2); y de seguida se iban con la escuadra llevando consigo el peso de un dolor que no esperaba sino el momento de la venganza.

Xérxes se disponia entónces á salir de las Termopylas: la fuga de la armada naval de los griegos, le habia restituido todo su orgullo, esperando encontrar entre ellos el terror y pusilanimidad que el menor reves excitaba en su alma. En estas circunstancias, algunos transfugas de Arcadia se pasaron á su exército, y fueron conducidos á su presencia. Se les pregunta que hacian los pueblos del Peloponeso. »Celebran los juegos »olimpycos, respondieron ellos; y están »ocupados en distribuir las coronas á los »vencedores." Y habiendo luego esclamado uno de los xefes del exército: »Con que »se nos lleva contra unos hombres que no »combaten sino por la gloria?" Xérxes le reprendió su cobardía; y, mirando la seguridad de los griegos como un insulto, pre-

(1) *Plut. in Temist. p.* 117.
(2) *Herodot. lib.* 8. *cap.* 41. *Pausan. lib.* 2. *p.* 185.

cipita su salida (1). Entra á la Focida. Sus habitantes resolvieron sacrificarlo todo mas bien que hacer traycion á la causa comun: unos se refugiaron á la cumbre del monte Parnaso; otros entre una nacion vecina: sus campos fueron talados, y sus ciudades destruidas á sangre y fuego. La Beocia se somete á excepcion de Platea y de Tespias que fueron arruinadas del todo (2).

Despues de devastada el Atica, entra Xérxes en Atenas; allí encuentra á algunos infelices viejos que esperaban la muerte, y un corto numero de ciudadanos que creyendo en algunos oráculos mal interpretados, habian resuelto defender la ciudadela: muchos dias rechazaron los ataques redoblados de los sitiadores, pero al fin, los unos se precipitaron de lo alto de los muros, los otros fueron muertos en los lugares sagrados, donde en vano habian buscado un asilo. La ciudad fue entregada al saqueo y consumida por las llamas (3).

(1) *Herodot. ibid. cap. 26.*
(2) *Herodot. l. 8. c. 50.*
(3) *Id. ibid. cap. 53. Pausan. lib. 10. cap. 35. p. 887.*

COMBATE DE SALAMINA.

El exército naval de los persas estaba anclado en la rada de Falero (1) á 20 estadios de Atenas (*); el de los griegos cerca de la costa de Salamina. Esta isla situada en frente de Eleusis, forma una grandisima bahia á la qual se penetra por dos estrechos, uno al est, del lado del Attica; el otro al oest, del lado de Mégara. El primero, á cuya entrada está la pequeña isla de Psytalia, puede tener en algunas partes de 7 á 8 estadios de ancho (**), mucho mas en otras; el segundo es mas estrecho.

El incendio de Atenas hizo una impresion tan viva en el exército naval de los griegos, que la mayor parte resolvió acercarse al istmo de Corinto, en donde se habian atrincherado las tropas de tierra: la mañana siguiente debian hacerse á la vela (2).

Aquella noche (***), Temistocles se avistó con Eurybiades generalisimo de la ar-

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 67. Pausan. lib. 8. cap. 10. p. 619.*

(*) *Una legua corta.*

(**) *Setecientos ó doscientos todavia.*

(2) *Herodot. lib. 8. cap. 56.*

(***) *La noche del 18 al 19 de octubre del año 480. antes de J.C.*

mada (1), y le representó con viveza; que sí, con la consternacion que se habia apoderado de los soldados, él los conducia á los lugares á propósito para favorecer su desercion, no pudiendo su autoridad retenerlos á bordo, se hallarian en breve sin exército y la Grecia sin defensa.

Eurybiades movido de esta reflexîon, llama á los generales al consejo; y todos se sublevan contra la proposicion de Temistocles; todos, irritados de su obstinacion, llegan á personalidades iujuriosas y á amenazas insultantes. El rechazaba con vigor estos ataques indecentes y tumultuarios, cuando vió al general lacedemonio venirse hácia él con el baston levantado; parase, y le dice sin inmutarse: »pega, pero escucha »(2)." Este rasgo de grandeza aturde al espartano, hace reynar el silencio, y Temistocles volviendo á ocupar su superioridad, pero evitando dar la mas leve sospecha sobre la fidelidad de los xefes ni de las tropas, pinta con viveza las ventajas de la posicion que ocupaban, los peligros de la que querian tomar: „ Aquí, dice, encerra„ dos en un estrecho, opondremos una li„ nea igual á la del enemigo; en vez que „ yendo mas lexos la flota innumerable de

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 58.*
(2) *Plut. in Themist. p. 117.*

„ los persas, teniendo bastante espacio para
„ desplegarse, nos envolverá por todas par-
„ tes. Siendo el combate en Salamina, con-
„ servaremos esta isla, en donde hemos de-
„ positado á nuestras mugeres y á nuestros
„ hijos, conservaremos la isla de Egina y la
„ ciudad de Mégara, cuyos habitantes han
„ entrado en la confederacion: pero si nos
„ retiramos al istmo, perderemos estas pla-
„ zas importantes, y vos, Eurybiades, ten-
„ dreis que echaros en cara el haber atraido
„ al enemigo á las costas del Peloponeso (1)."

A estas palabras, Adimante, xefe de los corintios partidario declarado del dictámen contrario, recurre de nuevo al insulto. „ Es
„ por ventura á un hombre, dice, que no tie-
„ ne ni hogar ni tierra, á quien le importa dar
„ leyes á la Grecia? Que Temistocles re-
„ serve sus consejos para el tiempo en que
„ pueda lisonjearse de tener una patria. Co-
„ mo! exclama, Temistocles, habrá quien
„ se atreva en presencia de los griegos, á
„ culparnos de haber abandonado un inútil
„ monton de piedras, por evitar la esclavi-
„ tud! Infeliz Adimante! Atenas está des-
„ truida, pero los atenienses exîsten, y tie-
„ nen una patria mil veces mas floreciente
„ que la vuestra, estas doscientas embarca-

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 61. Diod. Sic. lib. 11. p. 13.*

„ciones que les pertenecen y yo comando: „las ofrezco todavía; pero permanecerán „en estos lugares. Si se rehusa su socorro, el „tal griego que me escucha, sabrá bien pron„to, que los atenienses poseen una ciudad „mas opulenta y campiñas mas fertiles que „las que han perdido (1)." Y dirigiendose luego á Euribyades: „A vos os toca ahora „elegir entre el honor de haber salvado á la „Grecia, y la vergüenza de haber causado su „ruina. Yo os declaro solamente, que despues „de partiros, nosotros embarcaremos nuestras „mugeres y nuestros hijos y nos iremos á „Italia á fundar una potencia que los orácu„los nos han antiguamente anunciado. Quan„do hayais perdido unos aliados tales como „los atenienses, os acordareis quizas de los discursos de Temistocles (2)."

La firmeza del general ateniense, les hizo tal impresion, que Euribyades ordena, que la armada no se separe de las riberas de Salamina.

Los mismos intereses se trataban al mismo tiempo sobre entrambas escuadras. Xérxes habia convocado á bordo de una de sus embarcaciones, á los xefes de las divisiones particulares de que se componia su exército

(1) *Id. ibid. cap. 61. Plut. in Themist. p. 117.*

(2) *Herodot. lib. 8. cap. 62.*

naval. Estos eran los reyes de Sidon, de Tyro, de Cilicia, de Chipre y muchos otros pequeños soberanos ó déspotas, dependientes y tributarios del persa. A esta augusta asamblea concurrió tambien Artémisa, reyna de Halicarnaso y de algunas islas vecinas; princesa á quien ninguno de los demas generales sobresalia en brio, ni igualaba en prudencia (1); la cual habia seguido á Xérxes, sin ser forzada, y le decia la verdad sin disgustarlo. Pusóse en deliberacion si se atacaria de nuevo á la flota de los griegos. Mardonio se levanta á recoger los votos.

El rey de Sydon y la mayor parte de los que opinaron con él, instruidos de las intenciones del gran rey, se declararon por la batalla; pero Artemisa dice á Mardonio: „Referid en los mismos terminos á Xérxes, „lo que os voy á decir: Señor, despues de „lo que ha pasado en el último combate na„val, no se podrá sospechar en mí, debi„lidad, ni cobardia. Mi zelo me obliga hoy „á daros un consejo saludable. No aventu„reis una batalla, cuyas resultas serian inú„tiles ó funestas á vuestra gloria. El prin„cipal objeto de vuestra expedicion no está „ya cumplido? Vos soys ya dueño de Ate„nas, y pronto lo sereis del resto de la Gre„cia. En teniendo vuestra armada en la

(1) *Herodot. lib. 8. c. 101.*

„ inaccion, la de vuestros enemigos que no
„ tiene subsistencia sino para algunos dias,
„ se disipará por sí misma. Quereis abreviar
„ este momento? Enviad vuestros baxeles
„ cerca de las costas del Peloponeso; condu-
„ cid vuestras tropas de tierra hácia el istmo
„ de Corinto, y vereis las de los griegos cor-
„ rer al socorro de su patria. Yo temo una
„ batalla, porque lexos de procurar estas
„ ventajas, expondria vuestros dos exércitos;
„ yo la temo, porque conozco la superio-
„ ridad de la marina de los griegos. Vos
„ soys, Señor, el mejor de los amos; pero
„ teneis malos servidores. Y que confianza,
„ sobre todo podia inspiraros esta chusma de
„ egipcios, de cypriotas, de cilicios, y de
„ panfilianos, que llenan la mayor parte de
„ vuestros baxeles? (1)."

Habiendo acabado Mardonio de tomar los votos, dá cuenta de ellos á Xérxes, quien despues de haber culmado de elogios á la reyna de Halicarnaso, procura conciliar el dictámen de esta princesa con el del mayor número. Su flota tuvo órden de abanzar hácia la isla de Salamina y su exército de marchar hácia el istmo de Corinto (2).

Esta marcha produxo el efecto que Artemisa habia previsto. La mayor parte de

(1) *Herod. lib. 8. cap. 68. & 72.*
(2) *Id. ibid. cap. 69.*

los generales de la flota griega esclamaron, que era tiempo de ir á dar socorro al Peloponeso. La oposicion de los eginatas, de los megarienses y atenienses hizo diferir la deliberacion; pero al fin Temistocles echando de ver que el dictámen contrario prevalecia en el consejo (1), hizo el último esfuerzo para prevenir sus consecuencias.

Un hombre durante la noche (*) va de su parte á anunciar á los xefes de la flota enemiga, que una parte de los griegos al mando del general de los atenienses estaba dispuesta á declararse á favor del rey; que los demas consternados con esta novedad, meditaban una pronta retirada; que debilitados por sus divisiones, si se viesen de repente cercados del exército persiano se verian precisados é rendir sus armas, ó á volverlas contra ellos mismos (2).

Inmediatamente se avanzaron los persas favorecidos por la obscuridad; y despues de haber bloqueado las salidas por donde los griegos se habrian podido escapar (3), pu-

(1) *Lycurg. in Leocr. p. 156.*

(*) *En la noche del 19 al 20 de octubre del año 480. ant. de J. C.*

(2) *Herodot. lib. 8. cap. 75. Diod. Sic. lib. 11. p. 14. Plut. in Themist. p. 118. Nep. in Themist. cap. 4.*

(3) *Æschil. in Pers. v. 366. Diod. ibid.*

sieron 400 hombres (1) en la isla de Psytalia, situada entre el continente y la punta oriental de Salamina. El combate debia darse en este estrecho (2).

En este momento, Aristides á quien Temistocles habia un poco antes traido al partido de los atenienses (3), pasaba de la isla de Egina al exército de los griegos: él advirtió el movimiento de los persas; y luego que llegó á Salamina, se vá al lugar donde estavan congregados los xefes, hizo llamar á Temistocles y le dixo: „Ya es tiempo de „renunciar nuestras vanas y pueriles disen„ciones. Solo un interes debe animarnos „hoy, el de salvar á la Grecia; vos, dan„do las órdenes, y yo executandolas. De„cid á los griegos, que ya no se trata de „deliberar, y que el enemigo acaba de ha„cerse dueño de los pasos que podrian fa„vorecer su fuga." Temistocles tocado del proceder de Aristides, le descubrió la estratagema de que se habia valido para llamar á los persas, y le ruega que entre al consejo (4). La relacion de Aristides, confirmada por otros testigos que iban llegando, termina la

(1) *Pausan. lib. 1. cap. 36. p. 88.*
(2) *Herodot. lib. 8. cap. 76.*
(3) *Plut. in Themist. p. 117.*
(4) *Plut. in Themist. p. 118. in Arist. p. 323.*

asamblea, y los griegos se prepararon para el combate.

Con los nuevos refuerzos que habian recibido entrambas flotas, ascendia la de los persas á 1207 embarcaciones; la de los griegos á 380 (1). A la madrugada Temistocles hizo embarcar sus soldados. La esquadra de los griegos se forma en el estrecho del est; los atenienses ocupaban la derecha (2) y quedaban en frente de los fenicios; su izquierda compuesta de los lacedemonios, de los eginatas y de los megarienses, tenia á los jonicos á la cabeza (3).

Xérxes queriendo animar á su exército con su presencia, se colocó en una altura vecina, rodeado de secretarios que debian describir todas las circunstancias del combate (4). Apenas se presentó, las dos alas de los persas se pusieron en movimiento, y se abanzaron hasta mas allá de la isla de Psyttalia. Ellas conservaron su formacion mientras que pudieron estenderse; pero se veian precisadas á romperla, á medida que se apro-

(1) *Herodot. lib. 7. cap. 184. lib. 8. cap. 66. & 82.*

(2) *Id. lib. 8. cap. 83. Diod. Sic. lib. 11. p. 15.*

(3) *Herodot. lib. 8. cap. 85.*

(4) *Herodot. l. 8. c. 69. & 90. Plut. in Themist. p. 118.*

ximaban á la isla ó al continente (1). Ademas de esta desventaja, tenian la de luchar contra el viento que les era contrario (2), contra la pesadez de sus embarcaciones que se prestaban con dificultad á la maniobra; y que lexos de sostenerse mutuamente, se embarazaban y chocaban unas con otras de continuo.

La suerte de la batalla dependia de lo que hiciesen el ala derecha de los griegos, y el ala izquierda de los persas: allí era donde se hallaba la flor de los dos exércitos. Los fenicios y los atenienses se envestian y se rechazaban en el desfiladero. Ariabiñes uno de los hermanos de Xérxes conducia á los primeros al combate como si los llevase á la victoria. Temistocles se hallaba en todas partes, y en todos los peligros. Mientras que él animaba ó moderaba el ardor de los suyos, Ariabiñes se avanzaba, y ya hacia llover sobre él, como de lo alto de un terraplen una granizada de flechas y de saetas. En el mismo instante, una galera ateniense se arroja con impetuosidad sobre el almirante fenicio; y el jóven príncipe indignado, habiendose abalanzado sobre esta galera, fue al punto abierto á golpes (3).

(1) *Diod. Sic. l. 11. p. 15.*
(2) *Plut. in Themist. p. 119.*
(3) *Plut. ibid. Herodot. l. 8. c. 89.*

La muerte del general esparce la consternacion entre los fenicios; y la multitud de xefes introduce allí una confusion que acelera su pérdida: sus barcos grandes, golpeados con las rocas de las costas vecinas maltratados unos contra otros, entreabiertos en sus costados por los espolones de las galeras atenienses, cubrian la mar de sus despojos; los socorros mismos que se les enviaban no servian sino para aumentar el desórden (1). En vano los chiprenses y las demás naciones del oriente intentaron renovar el combate: despues de una obstinada resistencia, fueron tambien dispersados lo mismo que los fenicios (2).

Temistocles poco satisfecho de esta ventaja, lleva su ala victoriosa al socorro de los lacedemonios y de los demas aliados que se defendian contra los jonicos. Como estos últimos habian leido por las riberas de la Eubea, las inscripciones en que Temistocles les exôrtaba á dexar el partido de los persas, se presume que algunos de ellos se reunieron á los griegos durante la batalla, ó que no cuidaron mas que de favorecerlos. Lo cierto es que la mayor parte de ellos combatieron con mucho valor y no pensaron en

(1) *Æschil. in Pers. v. 413. Herod. l. 8. c. 80.*

(2) *Diod. Sic. l. 11. p. 15.*

la retirada, sino quando tuvieron encima toda la armada de los griegos. Entónces fue que Artemisa cercada de enemigos, y á punto de caer en poder de un ateniense que la perseguia de cerca, no se detiene en echar á pique una embarcacion de la esquadra persiana, el ateniense convencido por esta maniobra que la reyna habia abandonado el partido de los persas, dexa de perseguirla; y Xérxes, creyendo que el barco sumergido era de los de la esquadra griega, no pudo menos que decir que en esta jornada los hombres se habian conducido como las mugeres, y las mugeres como los hombres (1). La armada de los persas se retira al puerto de Falero (2). Doscientas de sus embarcaciones habian perecido; otras muchas habian sido tomadas; los griegos no habian perdido sino 40 galeras (3). El combate se dió el 20 de Boedromion, el primer año de la olympiada 75 (*).

Se ha conservado la memoria de los pueblos y de los particulares que mas se distinguieron allí. Entre los primeros, se cuentan á los eginatas y á los atenienses; entre

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 88.*
(2) *Id. ibid. cap. 91. & 93.*
(3) *Diod. Sic. lib. 11. p. 16.*
(*) *El 20 del mes de octubre año 480. ant. de J. C. (Dodwell. in Thucyd. p. 49.)*

los segundos á Apolycrito de Egina, y á dos atenienses Eumenes y Aminias (1).

Durante el combante, Xérxes estuvo agitado por la alegria, el sobresalto, y la desesperacion prodigando alternativamente promesas, y dictando órdenes sanguinarias, haciendo á sus secretarios apuntar los nombres de los que se señalaban en la accion, haciendo executar por sus esclavos á los oficiales que comparecian á su presencia á justificar su conducta (2). Cuando dexó de estar sostenido por la esperanza, ó por el furor, cae en un abatimiento profundo; y, aunque con bastantes fuerzas para someter al universo, vé su flota ya para sublevarse, y á los griegos dispuestos á quemar el puente de barcas que habia sobre el Helesponto. La mas precipitada fuga le habria podido librar de estos vanos terrores (3): pero un resto de decencia, ó de fiereza, no permitiendole manifestar tanta debilidad á los ojos de sus enemigos y de sus cortesanos, manda hacer preparativos para un nuevo ataque, y unir por una calzada, la isla de Salamina al continente.

En seguida despacha un correo á Susa, como habia despachado otro despues de la

(1) *Herod. lib. 8. cap. 93.*
(2) *Diod. Sic. lib. 11. p. 16.*
(3) *Heredot. lib. 8. cap. 97.*

toma de Atenas. A la llegada del primero, los habitantes de esta gran ciudad corrieron á los templos, y quemaron perfumes en las calles regadas de myrto; á la llegada del segundo, se rasgaron sus vestidos; y por todas partes no se oye mas que gritos, lamentos, espresiones de interes por el rey, imprecaciones contra Mardonio el primer autor de esta guerra (1).

Los persas y los griegos se aguardaban para una nueva batalla; pero Mardonio no se creia seguro con las órdenes que Xérxes habia dado: el leia en el alma de este príncipe, y no veia allí sino sentimientos los mas viles, junto con proyectos de venganza, de que él mismo seria la víctima. „Señor, le „dice, acercandosele, dignaos volver á co„brar vuestro valor. Vos no habiais fundado „vuestras esperanzas en vuestra flota, sino „en este exército formidable que me habeis „confiado. Los griegos no están en mejor „estado de resistiros que antes; ninguna co„sa puede escaparlos del castigo que merecen „sus antiguas ofensas, y la estéril ventaja „que acaban de alcanzar. Si nosotros toma„mos el partido de la retirada seremos para „siempre el objeto de su irrision, y vos ha„riais recaer sobre vuestros fieles persas, el „oprobio de que acaban de cubrirse los fe-

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 99.*

„ nicios, los egipcios y los demas pueblos
„ que combatian en vuestra armada. Yo dis-
„ curro otro medio de salvar su gloria y la
„ vuestra, que es, el volver á enviar á la
„ Persia el mayor numero de tropas y de-
„ xarme 300,000 hombres; con los cuales
„ reduciré toda la Grecia á servidumbre (1)."

Xérxes interiormente penetrado de alegria, junta su consejo, hizo entrar en él á Artemisa, y dispuso que ella se explicase acerca del proyecto de Mardonio. La reyna, disgustada sin duda de servir á semejante príncipe, y persuadida de que hay ocasiones en que el deliberar, es haber tomado su partido, le aconseja volver quanto antes á sus estados. Debo referir una parte de su respuesta para que se conozca el lenguage de la corte de Susa. „Dexad á Mardonio
„ el cuidado de acabar vuestra obra. Si él sa-
„ le bien, será vuestra toda la gloria; si pe-
„ rece, ó es derrotado, vuestro imperio no
„ será alterado y la Persia no mirará como
„ una grande desgracia la pérdida de una
„ batalla, con tal que vos hayais puesto vues-
„ tra persona en seguridad (2)."

Xérxes no lo difiere mas. Su flota tuvo órden de irse inmediatamente al Helesponto

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 100. Justin. lib. 2. c. 13.*

(2) *Herodot. lib. 8. cap. 102.*

y velar en la conservacion del puente de barcas (1). La de los griegos la persiguió hasta la isla de Andros. Temistocles y los atenienses querian alcanzarla, y quemar en seguida el puente; pero Eurybiades habiendo representado fuertemente, que lexos de encerrar á los persas en la Grecia, seria menester si fuese posible procurarles nuevas salidas, la armada de los aliados se detiene y se va luego al puerto del Pegaso, donde pasó el invierno.

Temistocles hizo entónces que Xérxes tuviese un aviso secreto. Unos dicen que queriendo, en caso de desgracia, procurarse un asilo cerca de este príncipe, se felicitaba de haber hecho desistir á los griegos del proyecto que tenian de quemar el puente (2). Segun otros, prevenia al rey, que si no apresuraba su salida, los griegos le cerrarian el camino del Asia (3). Sea lo que fuese, algunos dias despues del combate de Salamina, tomó el rey el camino de Tesalia, en donde Mardonio puso en cuartel de invierno sus 300,000 hombres que habia pedido y escogido de todo el exército (4): de allí

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 107.*
(2) *Id. ibid. cap. 110.*
(3) *Plut. in Themist, p. 120. Nep. in Themist. c. 5. Diod. Sic. lib. 11. p. 16.*
(4) *Herodot. lib. 8. cap. 113.*

continuando su ruta, llega á orillas del Helesponto, con muy corto número de tropas (1); las demas por falta de víveres habian perecido de enfermedades, ó se habian dispersado por la Macedonia y la Tracia. Por remate de infortunio, el puente ya no existia; la tempestad lo habia destruido. El rey se mete en una barca, pasa el rio como fugitivo (*) cuasi á los seis meses despues de haberlo pasado como conquistador (2), y se va á la Frigia, para levantar allí soberbios palacios, que tuvo cuydado de fortificar (3).

Despues de la batalla, el primer cuidado de los vencedores, fue el enviar á Delfos las primicias de los despojos que ellos se repartian; luego se fueron los generales al istmo de Corinto; y segun un uso respetable por su antigüedad, mucho mas respetable aun por la emulacion que inspira, ellos se juntaron delante del altar de Neptuno, para discernir las coronas á los que entre ellos habian contribuido mas á la victoria; la sentencia no llegó á pronunciarse; cada uno de los xefes se habia adjudicado el primer premio al mismo tiempo que la mayor

(1) *Id. ibid. cap. 105.*
(*) *El 4 de diciembre del año 480. ant. de J. C. (Dodwell. p. 50.)*
(2) *Herod. ibid. cap. 51. & 115.*
(3) *Xenoph. exped. Cyr. lib. 1. p. 246.*

parte habia declarado el segundo á Temistocles.

Aunque en consecuencia, no se pudiese disputarle el primero en la opinion pública, quiso obtenerlo efectivo de parte de los lacedemonios. Ellos le recibieron en Lacedemonia con aquella alta consideracion, que merecian ellos mismos, y le asociaron á los honores que le discernian á Eurybiades. Una corona de olivo fue la recompensa de uno y otro. A su despedida se le llenó de nuevos elogios; se le hizo el presente del mas bello carro que se pudo hallar en Lacedemonia; y, por una distincion tan nueva como brillante, 300 caballeros jóvenes, sacados de las primeras familias de Esparta, tuvieron órden de acompañarle hasta las fronteras de Laconia (1).

Sin embargo Mardonio se disponia á terminar una guerra tan vergonzosa para el persa: él añadia nuevas tropas á las que Xérxes le habia dexado, sin echar de ver que el aumentarlas era debilitarlas; solicitaba alternativamente los oráculos de la Grecia (2); enviaba desafios á los pueblos aliados, y les proponia por campo de batalla, los llanos de la Beocia, ó los de la Tesalia; en fin emprendió separar á los atenienses de la liga,

(1) *Herodot. lib. 8. cap.* 124.
(2) *Id. ibid. cap.* 133.

é hizo partir para Atenas á Alexandro rey de Macedonia que estaba unido á ellos por los vínculos de la hospitalidad (1).

Admitido este príncipe en la asamblea del pueblo, al mismo tiempo que los embaxadores de Lacedemonia estaban encargados de romper esta negociacion, habla de este modo: „ Ved lo que dice Mardonio; he re„ cibido una órden del rey concebida en es„ tos terminos: Olvido las ofensas de los ate„ nienses. Mardonio executad mis volunta„ des; volved á ese pueblo sus tierras, y „ dadles otras si quieren; conservadles sus „ leyes, y restablecedles los templos que les „ he incendiado. Yo he creido deber ins„ truiros de las intenciones de mi amo; y „ añado: es una locura la vuestra el querer „ resistir á los persas, y lo es mayor preten„ der resistirles largo tiempo. Aun cuando „ contra toda esperanza, alcanzaseis vosotros „ la victoria, al instante otro exército os la „ arrancaria de las manos. No corrais pues „ á vuestra perdicion; sino que un tratado „ de paz dictado por la buena fe, ponga á „ cubierto vuestro honor y vuestra libertad." Alexandro despues de haber referido estas palabras, trata de convencer á los atenienses de que no estaban en estado de luchar contra el poder de los persas, y les suplica pre-

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 136.*

ficeran la amistad de Xérxes á todo otro interes (1).

„No escucheis los pérfidos consejos de „Alexandro, exclamaron entónces los diputados de Lacedemonia. El es un tirano „que sirve á otro tirano, y por un indigno „artificio, ha alterado las instrucciones de „Mardonio. Los ofrecimientos que os hace „de su parte son muy seductores para no ser „sospechosos. Vosotros no podeis aceptarlos sin hollar las leyes de la justicia y del „honor. No sois vos quien ha encendido esta guerra? ¿y será posible que estos atenienses que en todos los tiempos han sido „los defensores mas acerrimos de la libertad, „sean los primeros autores de nuestra esclavitud? Lacedemonia que os hace estas representaciones por nuestra boca, está penetrada del funesto estado á que os reducen vuestras casas destruidas; y vuestros „campos talados: ella os propone en su nombre, y á nombre de sus aliados, guardeis en depósito, mientras se acaba la guerra, vuestras mugeres, vuestros hijos y vuestros esclavos (2)."

Los atenienses trataron de deliberar sobre este negocio; y siguiendo el dictámen de Arístides, se resolvió responder al rey de

(1) *Herodot. lib. 8. cap. 140.*
(2) *Herodot. lib. 8. cap. 142.*

Macedonia, que habria podido dispensarse de advertirles que sus fuerzas eran inferiores á las del enemigo; que no por esto se hallaban menos dispuestos á oponer la mas vigorosa resistencia á esos bárbaros; que ellos le aconsejaban, que si en lo venidero tuviése semejantes cobardias que proponerles, no pareciese en su presencia, y no los espusiese á violar en su persona los derechos de hospitalidad y de amistad (1).

Se decidió que se respondiese á los lacedemonios, que si Esparta hubiera conocido mejor á los atenienses, no los habria creido capaces de una traycion, ni tratado de retenerlos en su alianza por miras de interés; que ellos proveerian como pudiesen sobre las necesidades de sus familias, y que daban las gracias á los aliados por sus ofrecimientos generosos; que ellos estaban unidos á la liga con lazos sagrados é indisolubles; que la única gracia que pedian á los aliados, era que les enviasen lo mas pronto los auxîlios, porque era tiempo de marchar á la Beocia, y de impedir á los persas penetren segunda vez en el Atica(2).

Habiendo vuelto á entrar los embaxadores, Arístides hizo leer los decretos en

(1) *Id. ib. cap. 143. Lycurg. orat. in Leocr. p. 156.*

(2) *Herodot. lib. 8. cap. 144.*

su presencia; y subitamente alzando la voz: » Diputados lacedemonios, dice, haced sa- » ber á Esparta, que todo el oro que cir- » cúla sobre la tierra, ó el que todavía » está oculto en sus entrañas, no es nada » á nuestros ojos, como precio de nuestra » libertad. Y vos, Alexandro, dirigiéndose » á este príncipe, y mostrándole el sol: De- » cid á Mardonio, que en tanto que ese » astro siga la ruta que le está prescrita, » los atenienses proseguirán contra el rey » de Persia, la venganza que exîgen sus » campos desiertos, y sus templos reducidos » á cenizas (1)." Para hacer esta promesa aun mas solemne, hizo luego al punto pasar un decreto por el cual los sacerdotes ofreciesen á los dioses infernales á todos aquellos que tuviesen inteligencias con los persas y que se desprendiésen de la confederacion de los griegos.

Mardonio instruido de la resolucion de los atenienses, hizo marchar inmediatamente sus tropas á la Beocia, y de allí se precipitó en el Atica, cuyos habitantes se habian segunda vez refugiado á la isla de Salamina (2). El estaba tan satisfecho de haberse apoderado de un pais desierto, que por señales puestas de trecho en tre-

(1) *Id. ibid. cap. 143.*
(2) *Diod. Sic. l. 11. p. 23.*

cho así en la isla como en el continente, se lo participa á Xérxes, que aun permanecia en Sardes en la Lydia (1); tambien quiso aprovecharse de ello para entablar una nueva negociacion con los atenienses; pero recibió la misma respuesta; y Lycidas, uno de los senadores, porque habia propuesto se escuchasen los ofrecimientos del general persiano, fue apedreado con su muger y sus hijos (2).

Sin embargo los aliados, en vez de enviar un exército al Atica, como estaban convenidos, se fortificaban en el istmo de Corinto, y no parece que atendian á otra cosa que á la defensa del Peloponeso (3). Los atenienses alarmados con este proyecto, enviaron embaxadores á Lacedemonia, en donde se celebraban fiestas que debian durar muchos dias: ellos hicieron oír sus quejas. De dia en dia se les diferia la respuesta. Ofendidos en fin de una inaccion y de un silencio que les daba bastante derecho para sospechar una perfidia, se presentáron por la última vez á los eforos, y les declararon que Atenas engañada por los lacedemonios y abandonada de los demas aliados, estaba resuelta á volver sus armas

(1) *Herodot. lib. 9. c. 5.*
(2) *Id. ibid. c. 5.*
(3) *Id. ibid. cap. 6.*

contra ellos, haciendo por sí la paz con los persas.

Los eforos respondiéron, que la noche anterior habian hecho partir al mando de Pausanias, tutor del jóven rey Plistarco 5000 espartános y 35,000 esclavos ó hilotas armados á la ligera (1). Estas tropas luego aumentedas con 5000 lacedemonios, habiéndose juntado con las de las ciudades confederadas, partiéron de Eleusis y marcharon á la Beocia donde Mardonio acababa de llevar su exército (2).

El, sabiamente, habia evitado combatir en el Atica. Como este pais está cortado con alturas y desfiladeros, no habria podido, ni desplegar su caballería en el combate, ni asegurar su retirada en un revés. La Beocia por el contrario, presentaba grandes llanuras, un pais fertil, multitud de ciudades á propósito para recoger los despojos de su exército; porque á escepcion de las de Platea y de Tespias, todos los pueblos de aquellos cantónes se habian declarado por los persas.

BATALLA DE PLATEA.

Mardonio establece su campamento en el llano de Tébas, á lo largo del rio

(1) *Herodot. lib. 9. c. 11.*
(2) *Id. ibid. cap. 19.*

Asopo, ocupando su orilla izquierda, hasta las fronteras del pais de los Plateanos (*). Para encerrar sus bagages y para proporcionarse un asilo, hacia circunvalar de un foso profundo, asi como de murallas y torres construidas de madera (1), un espacio de diez estádios en todo sentido (**).

Los griegos estaban en frente, al pié y en la pendiente del monte Cytéron. Arístides tenia el mando de los atenienses; Pausanias, el de todo el exército (***). Allí fue donde los generales enseñaron la fórmula de un juramento que los soldados se diéron priesa á pronunciar. Vedlo: „Yo „no preferiré por ningun motivo la vida „á la libertad; no abandonaré á mis xe„fes ni en vida ni despues de muertos; „yo daré los honores de sepultura á los „de los aliados que perezcan en la batalla; „despues de la victoria, no derribaré nin„guna de las ciudades que hayan comba-

(*) *Vease el plan de la batalla de Platea.*

(1) *Herodot. lib. 9. c. 15. Plut. in Arist. p. 315.*

(**) *Cerca de 945 toesas.*

(***) *Los dos exércitos se hallaron frente á frente el 10 de setiembre del año 479. ant. de J. C. (Dodwell in annal. Tucyd. p. 52.)*

„tido á favor de la Grecia, y diezmaré „á todas las que se hayan unido al ene- „migo: léxos de reedificar los templos que „el ha incendiado ó destruido, quiero que „sus ruinas subsistan, para recordar de „continuo à nuestros nietos el furor impío „de los bárbaros (1)."

Un pasage referido por un autor quasi contemporaneo, nos pone en estado de juzgar sobre la idea que la mayor parte de los persas tenian de su general. Mardonio cenaba en casa de un particular de Tebas con cincuenta de sus oficiales generales, otros tantos tebanos, y Tersandro uno de los principales ciudadanos de Orcoménes. Al fin del convite, establecida la confianza entre los convidados de ambas naciones, un persa que estaba al lado de Tersandro, le dice: „esta mesa, garante „de nuestra fé, estas libaciones que hemos „hecho juntos en honor de los dioses, me „inspiran por vos un secreto interés. Es „tiempo de pensar en vuestra seguridad. Vos „veis que estos persas se entregan á sus „transportes; vos habeis visto aquel exército „que hemos dexado á las orillas del rio; „¡Ah! Presto no vereis de él sino débiles „restos," y lloraba al decir estas palabras. Tersandro sorprendido, le pregunta, si

(1) *Lycurg. in Leocr. p.* 258. *Diod. Sic. l. 11. p.* 23.

habia comunicado sus temores á Mardonio ó á los que el honraba con su confianza. ,,Mi querido huesped, respondió el estran-,,gero, el hombre no puede evitar su des-,,tino. Muchos persas han previsto como yo ,,el que les amenaza, y con todo, nosotros ,,nos dexamos arrastrar de la fatalidad. La ,,mayor desgracia de los hombres es, que ,,los mas sabios de ellos, son siempre los que ,,tienen menos crédito (1)." El autor citado habia oido este hecho del mismo Tersandro.

Mardonio viendo que los griegos se obstinaban en guardar sus alturas, envia contra ellos toda su caballeria al mando de Masistio, quien gozaba del mas alto favor de Xérxes y de la mayor consideracion en el pueblo. Los persas despues de haber insultado á los griegos echandoles en cara su cobardia, cayeron sobre los megarianos que estaban acampados en un terreno mas unido, y que con el auxîlio de 300 atenienses, hicieron larguisima resistencia. La muerte de Masistio los salva de una completa derrota, y termína el combate. Esta pérdida fue un motivo de luto para el exército persiano, un motivo de triunfo para los griegos, que vieron pasar por todas las filas, el cuerpo de Masistio que ellos habian arrebatado al enemigo (2).

(1) *Herod. lib. 9. cap. 16.*

(2) *Herodot. lib. 9. c. 22. Diod. Sic. lib. 11. p. 24. Plut. in Arist. p. 327.*

A pesar de esta ventaja, la dificultad de procurarse el agua en presencia del enemigo que ahuyentaba á fuerza de dardos á todos los que intentaban acercarse al rio; les obligó á mudar de posicion; desfilaron á lo largo del monte Cytéron, y entraron en el pais de los plateanos.

Los lacedemonios se situaron cerca de una fuente abundante, llamada Gargafia, y que debia bastar para las necesidades del exército: la mayor parte de los demas aliados se colocaron sobre las colinas que hay al pie del monte, algunos en el llano, todos en frente de Asopo.

Durante esta distribucion de puestos, se levanta una disputa muy viva entre los atenienses y los egeatas que igualmente pretendian el mando de la ala izquierda, y unos y otros sacaban sus títulos y las hazañas de sus antepasados. Pero Aristides termina esta diferencia. „Nosotros no estamos aquí, di„ce, para contestar con nuestros aliados; „sino para combatir con nuestros enemigos. „Nosotros declaramos que no es el puesto „el que dá ó quita el valor. De vosotros, es „ó lacedemonios, de quienes nosotros lo re„cibimos. Qualquiera que sea el que nos se„ñaleis, nosotros lo elevaremos á tal altura, „que venga quizas á ser el mas honroso de „todos." Los lacedomonios opinaron por

aclamacion á favor de los atenienses (1).

Un peligro mas inminente puso la prudencia de Aristides á una prueva mas ruda: sabe que algunos oficiales de sus tropas y de las primeras familias de Atenas meditaban una traycion á favor de los persas; y que la conjuracion cada dia hacia progresos. Lexos de hacerla mas temible por indagaciones que le habrian instruido de sus fuerzas, se contenta con hacer arrestar ocho de los cómplices. Los dos mas culpados se escaparon; y él les dice á los demas mostrandoles á los enemigos: „su sangre es la que solo puede „espiar vuestra falta (2)."

Mardonio apenas supo que los griegos se habian retirado al territorio de Platea, cuando volviendo á hacer subir su exército á lo largo del rio, le pone segunda vez á la presencia del enemigo. Se componia dicho exército de 300,000 hombres sacados de las naciones del Asia, y de cerca de 50,000 beocianos, tesalianos y otros griegos auxîliares (3). El de los confederados ascendia á cerca de 110,000 hombres, de los cuales, los 69,500 no estaban armados sino á la ligera (4). Allí

(1) *Herodot. lib. 9. cap. 26. Plut. in Arist. p. 326.*
(2) *Plut. in Arist. p. 326.*
(3) *Herodot. lib. 9. c. 32.*
(4) *Id. ib. c. 30.*

se veian 10,000 espartanos y lacedemonios, 8000 atenienses, 5000 corintos, 3000 megarianos, y diferentes cuerpos cortos contribuidos por otros tantos pueblos ó ciudades de la Grecia (1), de donde llegaban cada dia nuevos. Los mantinéanos y los eléanos no llegaron sino despues de la batalla.

Hacia mas de ocho dias que los exércitos estaban frente á frente, cuando un destacamento de caballería persiana habiendo pasado el Asopo por la noche, se apodera de un comboy que venia del Peloponeso y baxaba del Cytéron. Los persas se hicieron dueños de este paso (*) y los griegos no recibieron mas provisiones (2).

Los dos dias siguientes, el campo de estos últimos fue repetidas veces insultado por la caballería enemiga. Los dos exércitos no se atrevian á pasar el rio; por una y otra parte, él adivino, sea por sí propio, ó por las impresiones estrangeras, prometia la victoria á su partido si se mantenia en la defensiva (3).

El undecimo dia, Mardonio junta su

(1) *Herod. lib. 9. cap. 28.*

(*) *El 17 de setiembre del año 479. ant. de J. C. (Dodwell. in ann. Thucyd. p. 52.)*

(2) *Herodot. lib. 9. c. 39.*

(3) *Id. ibid. cap. 36. & 37.*

consejo (*). Artabazo uno de los primeros oficiales de su exércitos, propone retirarse baxo los muros de Tebas, no arriesgar una batalla, sino corromper á fuerza de dinero á los principales ciudadanos de las ciudades aliadas. Este dictámen que fue abrazado por los tebanos, hubiera insensiblemente desunido de la confederacion la mayor parte de los pueblos de que se componia; y por otra parte el exército griego falto de víveres se habria visto obligado pasados algunos dias, á dispersarse, ó á pelear en el llano; lo que habia evitado hasta entónces. Mardonio desecha esta proposicion con desprecio.

La noche siguiente (**), un caballero escapado del campo de los persas, habiendose adelantado hasta donde estaban los atenienses, hizo anunciar á su general, que traia un secreto importante que revelarle; y apenas llegó Aristides, este incógnito le dice: „ Mardonio cansa inutilmente á los dioses para „ tener auspicios favorables. El silencio de „ ellos ha retardado hasta aquí el combate; „ pero ya son vanos los esfuerzos de los adi„ vinos para contenerlo: él os atacará maña„ na á la madrugada. Yo espero que des„ pues de vuestra victoria, os acordareis de „ que he arriesgado mi vida por liberaros

(*) *El 20 de setiembre (Dodwell ibid.)*
(**) *La noche del 20 al 21 de setiembre.*

„ de una sorpresa: yo soy Alexandro rey „ de Macedonia.". Acabando estas palabras, vuelve á tomar á carrera suelta el camino del campo (1).

Aristides se vá inmediatamente al cuartel de los lacedemonios. Allí se conciertan las medidas mas sábias para rechazar al enemigo; y Pausanias descubre un dictámen que el mismo Aristides no se atrevia á proponer; se reducia á oponer los atenienses á los persas, y los lacedemonios á los griegos auxîliares de Xérxes. De este modo, decia, tendremos unos y otros que combatir con tropas que ya han probado nuestro valor. Tomada esta resolucion, los atenienses, desde la madrugada, pasaron á la ala derecha, y los lacedemonios á la izquierda. Mardonio penetrando sus designios, hizo al punto pasar los persas á su derecha, y no procuró volverlos á su antiguo puesto, sino quando vió á los enemigos restablecer su primera formacion (2).

Este general no miraba los movimientos de los lacedemonios sino como una confesion de su cobardia. En la embriaguéz de su orgullo él les reprochaba su reputacion, y les hacia desafios insultantes. Un heraldo en-

(1) *Plut. in Arist. p. 327.*
(2) *Herodot. lib. 9. cap. 46. Plut. in Arist. p. 328.*

viado de su parte á Pansanias, le propone terminar la diferencia de la Persia y de la Grecia, por un combate entre un cierto número de espartanos y de persianos. Como no recibiese ninguna respuesta, hizo marchar toda su caballería; la qual inquieta al exército de los griegos durante todo el resto del dia, y llegó al estremo de cegar la fuente de Gargafia (1).

Privados de este único recurso, los griegos resolvieron transportar su campamento un poco mas lexos, y en una isla que formaban dos ramas del Asopo, de las cuales una se llama Peroé (2); de donde debian enviar al paso del monte Cyteron la mitad de sus tropas, para echar á los persas que interceptaban los conboyes.

El campamento se levantó durante la noche (*), con la confusion que se debia esperar de tantas naciones independientes, resfriadas por su inaccion, alarmadas por razon de sus frecuentes retiradas, asi como por la escasez de víveres. Algunas se fueron al sitio señalado; otras estraviadas por sus guias, ó

(1) *Id. ibid. cap. 49. Pausan. lib. 9. cap. 4. p. 718.*

(2) *Herodot. lib. 9. cap. 51. Pausan. ibid.*

(*) *La noche del 21 al 22 de setiembre.*

por un terror pánico, se refugiaron cerca de la ciudad de Platéa (1).

La partida de los lacedemonios y de los atenienses se retardó hasta el despertar de la aurora. Estos últimos tomaron el camino del llano: los lacedemonios seguidos de 3000 tegeatas, desfilaron al pie del Cyteron. Llegado que fueron al templo de Ceres, distante diez estadios así de su primera posicion como de la ciudad de Platéa (2), se pararon para esperar uno de sus cuerpos, que se habia obstinado en no abandonar su puesto; y y allí fue donde los alcanzó la caballería persiana, destacada por Mardonio para suspender su marcha. »Hetelos aquí, esclamaba »este general en medio de sus oficiales; ved »ahí esos lacedemonios intrépidos, que se »decia, no se retiran jamás en presencia del »enemigo: nacion vil, que no se distingue de »los demas griegos, sino por su demasiada »cobardía, y que muy pronto va á sufrir la justa pena que merece (3)."

Luego se pone á la cabeza de la nacion guerrera de los persas y de sus mejores tropas; pasa el rio, y se avanza á pasos largos en el llano. Las demas tropas del oriente le siguen en pelotones dando gritos. Al mis-

(1) *Herodot. ibid. cap. 52.*
(2) *Id. ibid. cap. 57.*
(3) *Herodot. lib. 9. cap. 58.*

mo instante su ala derecha compuesta de griegos auxîliares, ataca á los atenienses, y les impide auxîliar a los lacedemonios.

Pausanias habiendo colocado sus tropas en un terreno pendiente y desigual cerca de un arroyuelo del sitio consagrado á Ceres (1), los dexa largo tiempo espuestos á los dardos y á las flechas, sin atreverse á defender. Las entrañas de las víctimas no anunciaban sino acontecimientos siniestros. Esta infeliz superstícion hizo perecer multitud de sus soldados que sentian menos la vida que una muerte inútil á la Grecia. Al fin los tégeatas, no pudiendo soportar mas el ardor que les animaba, se pusieron en movimiento, y fueron inmediatamente sostenidos por los espartanos que acababan de obtener ó de proporcionarse auspicios favorables (2).

Al acercarse, los persas preparan sus arcos, estrechan sus filas, se cubren con sus escudos y forman una masa cuya pesadez é impulso, detienen y rechazan el furor del enemigo. En vano sus escudos fabricados de una materia frágil, vuelan en astillas; ellos rompen las lanzas con que se les quiere herir y suplen con un corage feroz el defecto de sus armas (3). Mardonio al frente de mil

(1) *Id. ibid. c. 57. & 65. Plut. in Aristid. p. 325. Diod. Sic. lib. 11. p. 24.*
(2) *Herodot. ibid. cap. 62.*
(3) *Plut. in Arist. p. 329.*

soldados escogidos, balancea largo tiempo la victoria; pero luego cae herido de un golpe mortal. Los que le rodean quieren vengar su muerte, y son inmolados á su rededor. Desde este momento los persas se asombran, se abaten y apelan á la fuga. La caballería persiana detiene por algun tiempo al vencedor, pero no le impide llegar al pie de la trinchera que los persas habian levantado cerca del Asopo y que recibió los fragmentos de su exército (2).

Los atenienses habian tenido el mismo suceso en el ala izquierda: ellos habian esperimentado una resistencia muy fuerte por parte de los beocianos, muy débil por parte de los demas aliados de Xérxes, resentidos sin duda de las altanerías de Mardonio, y de su obstinacion en dar la batalla en un lugar tan desaventajado. Los beocianos en su fuga arrastraron toda la derecha de los persas (3).

Aristides lexos de perseguirlos, vino luego á reunir á los lacedemonios, que poco versados todavia en el arte de conducir los sitios, atacaban sin fruto el recinto donde los persas estaban encerrados. La llegada de los atenienses y de otras tropas confederadas no espanta á los sitiados, que rechazaban

(1) *Herodot. lib. 9. c. 70.*
(2) *Id. ibid. c. 67.*

con furor á todos los que se presentaban al ásalto; pero al fin los atenienses habiendo forzado el atrincheramiento, y destruido una parte del muro, los griegos se precipitaron al campamento y los persas se dexaron degollar como víctimas (1).

Desde el principio de la batalla, Artabazo que tenia á sus órdenes un cuerpo de 40,000 hombres, pero que hacia tiempo estaba resentido de la eleccion que Xérxes habia hecho de Mardonio para el mando del exército, se habia adelantado, mas bien para ser espectador del combate, que para asegurar su suceso; apenas vió retroceder el cuerpo de Mardonio, manda á sus tropas que lo sigan, y él, huyendo, toma el camino de la Focida, atraviesa el mar para Bizancio (2), y se vuelve al Asia, donde tal vez se le tuvo por un mérito el haber salvado una parte del exército. Todo el resto á eccepcion de unos 3000 hombres, pereció en la trinchera ó en la batalla.

Las naciones que se distinguieron en esta jornada, fueron de una parte los persas y los sacios, de la otra los lacedemonios, los atenienses y los de Tegéa. Los vencedores elogiaron el valor de Mardonio, el del ate-

(1) *Herodot. lib. 9. cap. 70. Diod. Sic. lib. 11. p. 25.*

(2) *Herodot. lib. 9. cap. 66. & 89.*

niense Sòfanes, el de los cuatro espartanos á cuya cabeza se debe colocar á Aristodémes, que quiso en esta vez borrar la verguenza de no haber perecido en el paso de las Termopylas. Los lacedemonios no hicieron ningun honor á sus cenizas; decian que resuelto á morir mas bien que á vencer, habia abandonado su fila durante el combate, y mostrado un corage de desesperacion y no de virtud (1).

Sin embargo los lacedemonios y los atenienses aspiraban igualmente al premio del valor; los primeros porque habian batido las mejores tropas de Mardonio, los segundos, porque las habian forzado en sus atrincheramientos: unos y otros sostenian sus pretenciones con una altanería que no les permitia renunciarlas. Los espíritus se agriaban, los dos campos resonaban con las amenazas, y hubieran venido á las manos sin la prudencia de Aristides, que hizo que los atenienses consintiesen en que los aliados lo sentenciaran. Entónces Tegiton de Mégara propuso á entrambas naciones competidoras renunciasen el premio y que se adjudicase á algun otro pueblo. Cleocrito de Corinto nombra á los plateanos; y todos los votos se reunieron á favor de ellos (2).

El suelo estaba cubierto de ricos despo-

(1) *Herodot. lib. 9. cap. 71.*
(2) *Plut. in Arist. p. 321.*

jos de los persas: el oro y la plata brillaban en sus tiendas. Pausanias hizo guardar el botin para los hilotas (1). De el se reserva la decima parte para el templo de Delfos, una gran parte ademas para monumentos en honra de los dioses. Los vencedores se repartieron lo demas y llevaron á sus casas el primer gérmen de la corrupcion (2).

Toda especie de honores fue concedida á los que habian muerto con las armas en la mano. Cada nacion levanta un sepulcro á sus guerreros (3), y en una junta de generales Aristides hizo comunicar este decreto: » Que » todos los años los pueblos de la Grecia en» viasen diputados á Platéa, á fin de reno» var allí con sacrificios augustos, la memoria » de los que habian perdido la vida en el com» bate; que de 5 en 5 años se celebrasen allí » juegos solemnes que se llamarán las fiestas » de la libertad; y que los plateanos no te» niendo en adelante mas cuidados que di» rigir sus votos por la salud de la Grecia, » serian mirados como una nacion inviolable, » y consagrada á la divinidad (4)."

Once dias despues de la batalla (*), mar-

(1) *Herodot. lib. 9. c. 80.*
(2) *Justin. lib. 2. cap. 14.*
(3) *Herodot. lib. 9. cap. 85. Thucyd. lib. 3. cap. 58.*
(4) *Plut. in Arist. p. 331.*
(*) *El 3 de octubre de 479.*

charon los vencedores á Tébas: ellos pedian á sus habitantes se les entregasen á aquellos ciudadanos que los habian empeñado para que se sometiesen á los medos; y por haberlo rehusado los tebanos, la ciudad fue sitiada, y corria riesgo da ser destruida, si uno de los principales culpados no hubiera sido de dictámen de volverse á poner con los de su faccion en manos de los aliados. Ellos se lisonjeaban poder rescatar su vida con el sacrificio de las sumas que habian recibido de Mardonio; pero Pausanias insensible á sus ofrecimientos, los hizo condenar al último suplicio (1).

La batalla de Platea se dió el 3 del mes boedromion (2), el segundo año de la olympiada setenta y cinco (*). El mismo dia la flota de los griegos, comandada por Leutyquidas rey de Lacedemonia, y por Xantipo el ateniense alcanza una victoria señalada por los persas, (3) cerca del promon-

(1) *Herodot. lib. 9. c. 88. Diod. Sic. lib. 11. p. 26.*

(2) *Plut. de glor. athen. t. 2. p. 349. id. in Camill. t. 1. p. 138. (en la vida de Aristides p. 330, dice que esto sucedió el 4.)*

(*) *El 22 de setiembre del año 479. ant. de J. C. (Dodwell. in annal. Thucyd. p. 52.*

(3) *Herodot. lib. 9. c. 90.*

torio de Mycalo en Jonia; los pueblos de este canton que la habian llamado en su ayuda, se empeñaron despues del combate en la confederacion general (1).

Tal fue el fin de la guerra de Xérxes, mas conocida con el nombre de guerra medica: ella habia durado dos años (2); y jamás quizá en tan corto espacio de tiempo, han pasado cosas tan grandes, y jamas tampoco semejantes acontecimientos han obrado tan rápidas revoluciones, en las ideas, en los intereses, y en los gobiernos de los pueblos. Ellos produxeron en los lacedemonios y en los atenienses efectos diferentes, segun la diversidad de sus carácteres y de sus instituciones. Los primeros no trataron sino de reposar de sus sucesos, y apenas dexaron escapar algunas señales de zelos de los atenienses. Estos últimos, se entregaron de un golpe á la ambicion mas desenfrenada, y se propusieron al mismo tiempo despojar á los lacedemonios de la preeminencia que tenian en la Grecia, y proteger contra los persas á los jonicos que acababan de recobrar su libertad.

Los pueblos por fin respiraban: los atenienses se volvian á establecer entre las ruinas de su desgraciada ciudad, y le volvian

(1) *Id. ibid. c. 106.*
(2) *Diod. Sic. l. 11. p. 29.*

á levantar las murallas á pesar de las quexas de los aliados que comenzaban á temer la gloria de este pueblo, á pesar de las representaciones de los lacedemonios, que eran de parecer se desmantelasen las plazas de la Grecia situadas mas allá del Peloponeso, á fin de que en una nueva invasion no sirviesen de retirada á los persas (1). Temistocles habia sabido disipar con maestría la tempestad que en esta ocasion amenazaba á los atenienses. El los habia empeñado ademas á formar en el Piréo un puerto rodeado de un cercado formidable (2), á construir todos los años un cierto número de galeras, á prometer franquicias á los estrangeros, y sobre todo á los artesanos, que viniesen á establecerse en su ciudad (3).

Al mismo tiempo, los aliados se preparaban á libertar las ciudades griegas en que los persas habian dexado guarniciones. Una armada numerosa baxo las órdenes de Pausanias y de Aristides, obligó al enemigo á abandonar la isla de Chipre y la ciudad de Bizancio, situada cerca del Helesponto (4).

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 90. Plut. in Themist. t. 1. p. 121. Diod. Sic. l. 11. p. 31.*

(2) *Plut. in Themist. p. 121. Nep. in Themist. c. 6.*

(3) *Diod. Sic. l. 11. p. 33.*

(4) *Thucyd. lib. 1. c. 94. Diod. Sic. lib. 11. p. 34.*

Estos sucesos acabaron de perder á *Pausanias*, por no poder en adelante sostener el peso de su gloria.

Ya no era aquel espartano rígido, que en los campos de Platéa insultaba al fausto y á la servidumbre de los medos: (1): era un sátrapa subyugado enteramente por las costumbres de los pueblos, y de continuo rodeado de satélites estrangeros que lo hacian inaccesible (2). Los aliados que no obtenian de él sino respuestas duras y humillantes, sino órdenes imperiosas y sanguinarias, se sublevaron por fin contra una tiranía, que se habia vuelto mas odiosa por la conducta de Aristides: este ultimo empleaba para conciliarse los animos, las armas mas fuertes, la dulzura y la justicia. Así se vió á los pueblos confederados proponer á los atenienses el pelear baxo sus órdenes (3).

Instruidos los lacedemonios de esta defeccion, llamaron inmediatamente á Pausanias, acusado de vexar á los aliados, y sospechoso de inteligencia con los persas. Se tuvieron entónces pruebas de sus vexaciones y

(1) *Herodot. lib. 9. cap. 82.*

(2) *Thucyd. lib.* 1. *c.* 130. *Nep. in Pausan. cap. 7.*

(3) *Id. ibid. c. 95. Diod. Sic. lib.* 11. *p. 34. Plut. in Arist. p. 333. Nep. in Arist. cap. 2.*

se le quitó el mando del exército (1): las huvo poco despues de su traycion y se le quitó la vida (2). Por ruidoso que fuese este castigo, no aplacó á los aliados, los cuales rehusaron obedecer al espartano Dorcis que reemplazó á Pausanias (3); y habiendose retirado este general, los lacedemonios deliberaron acerca del partido que debian tomar.

El derecho que ellos tenian al mando de los exércitos combinados de los griegos estaba fundado sobre títulos los mas respetables. Todos los pueblos de la Grecia, sin exceptuar á los atenienses, lo habian reconocido hasta entónces (4). Esparta habia hecho uso de él, no por aumentar sus dominios sino por destruir por todas partes la tiranía (5). La sabiduria de sus leyes la hacia muchas veces la árbitra de los pueblos de la Grecia: y la equidad de sus decisiones, habia puesto á muchos de ellos en el número de sus aliados. ¿Y qué momento se habia escogido para despojarla de su prerogativa? Aquel

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 131.*
(2) *Id. ibid. c. 134. Diod. Sic. lib. 11. p. 35.*
(3) *Thucyd. ibid. c. 95.*
(4) *Herodot. l. 8. c. 2. & 3. Nep. in Arist. c. 2.*
(5) *Thucyd. l. 1. c. 18. Plut. in Lyc. t. 1. p. 58.*

los persas. Por estas transmigraciones, la Grecia hubiera salido del cuidado de proteger á los jonicos, y se le alejaba un rompimiento cierto entre el Asia y la Europa. Pero los atenienses rechazaron este dictámen, con el pretesto de que la suerte de sus colonias no debia depender de los aliados (1). Era menester á lo menos imprimir una especie de deshonor en los pueblos griegos que habian juntado sus tropas con las de Xérxes, ó se habian quedado en la inaccion. Los lacedemonios propusieron se les excluyera de la asamblea de los anfictiones: pero Temistocles que queria adquirir para su patria la alianza de los argianos, de los tebános y de los tesalianos, representa que si se escluyen de esta asamblea á las naciones culpadas, dos ó tres ciudades poderosas dispondrian en ella á su antojo de todos los votos; con esto queda por tierra la proposicion de los lacedemonios, y se adquiere su aborrecimiento (2).

El ya habia merecido el de los aliados por las ecsacciones y las violencias que habia cometido en las islas del mar Egéo. Una multitud de particulares se quexaban de sus injusticias; otros de las riquezas que habia adquirido; todos del deseo estremado que tenia de dominar. La envidia que iba juntan-

(1) *Herodot. lib. 9. c. 106.*
(2) *Plut. in Them. p. 122.*

dias mas pequeñas de sus acciones y de palabras, gustaba el cruel placer de le-tar nublados sobre su gloria. El mismo la obscurecerse de dia en dia; y para man-r su resplandor, se baxaba á cansar al blo con la relacion de sus hazañas, sin per-r que es tan peligroso como inútil recor-servicios olvidados. Hizo levantar un lo junto á su casa consagrado á DIANO OR DE LOS BUEÑOS CONSEJOS. Esta ins-on monumento de los que él habia da-los atenienses durante la guerra médi-reció un reproche, y por consiguiente age hecho á la nacion. Sus enemigos lecieron: él fue desterrado (*), y se re-al Peloponeso; pero á poco tiempo acu-de mantener una correspondencia crimi-con Artaxérxes, sucesor de Xérxes, fue eguido de ciudad en ciudad (1): y cons-ido á refugiarse entre los persas; quie-honraron en su vencedor suplicante, los ntos que los habia humillado, pero que no habia para que temer. Muchos años ues murió (**).

Los atenienses, apenas percibieron esta pér-la, porque tenian á Aristides y á Cimon

(*) *Hacia el año 471. ant. de J. C.*
(1) *Thucyd. lib. 1. c. 135. Diod. Sic. 11. p. 42. Plut. in Them. p. 122. & 127*
(**) *Hacia el año 449. ant. de*

hijo de Milciades. Cimon reunia al valor de su padre, la prudencia de Temistocles, y casi todas las virtudes de Aristides cuyos exemplos habia estudiado y oido sus lecciones (1). Se le confió el mando de la flota griega: se hizo á la vela para la Tracia, se apoderó de una ciudad en que los persas tenian una guarnicion, destruyó los piratas que infestaban los mares vecinos, y llevó el terror á algunas islas que se habian separado de la liga (2).

Sale luego del Piréo con 200 galeras, á las cuales juntan los aliados otras 100; y obliga con su presencia ó con sus armas á las ciudades de Caria y de Lycia á declararse contra los persas; y habiendo encontrado á la altura de la isla de Chypre la flota de estos últimos compuesta de doscientas embarcaciones (3), echa á pique parte de ellas y se apodera de las restantes; aquella misma tarde llega cerca de las costas de Panfilia, donde los persas habian juntado un fuerte exército; desembarca sus tropas, ataca al enemigo, lo dispersa, y se vuelve con un número prodigioso de prisioneros y

(1) *Plut. in Cim. p. 481.*
(2) *Plut. in Cim. p. 483. Thucyd. l. 1. c. 98.*
(3) *Thucyd. ibid. cap. 100.*

cantidad de ricos despojos destinados para hermosear á Atenas (1).

La conquista de la península de Tracia se siguió á poco de esta doble victoria (2); y otras ventajas alcanzadas en el espacio de muchos años, acrecentaron succesivamente la gloria de los atenienses y la confianza que tenian ellos en sus fuerzas.

Las de sus aliados se debilitaban con la misma proporcion. Apurados con una guerra, que de dia en dia se les hacia mas estraña, la mayor parte rehusaban enviar su contingente de tropas y barcos. Los atenienses emplearon luego para obligarlos á ello, las amenazas y la violencia. Empero Cimon, con miras mas profundas, les propuso guardasen sus soldados y sus marineros, aumentasen sus contribuciones en dinero, y enviasen sus galeras que él las haria tripular de atenienses (3). Por esta hábil política, él los privó de su marina; y habiendolos sumergido en un funesto reposo; dió tanta superioridad á su patria, que cesó de tener miramientos con los aliados. Aristides y Cimon conservaron algunos por atenciones continuas. Atenas, con sus altanerías, fuerza á los demas á separar-

(1) *Diod. Sic. l. 11. p. 47.*
(2) *Plut. in Cim. p. 487.*
(3) *Thucyd. lib. 2. c. 99. Plut. in Cim. p. 485.*

se de su alianza, y les castiga su desafecto esclavizandolos.

Asi fue como ella se apoderó de las islas de Escyros y de Naxos (1); y que la isla de Tasos, despues de un largo sitio, fue obligada á derribar los muros de su capital y á entregar á los vencedores sus embarcaciones, sus minas de oro, y el pais que poseia en el continente (2).

Estas infracciones eran manifiestamente contrarias al tratado celebrado por Aristides con los aliados y cuya execucion debian garantir los mas horribles juramentos. Pero el mismo Aristides ecsorta á los atenienses á que recaigan sobre él las penas de su perjurio (3). Parece que la ambicion comenzaba á corromper á la misma virtud.

Atenas estaba entónces en un estado de guerra contínua; y esta guerra tenia dos objetos; el uno que se publicaba en alta voz, consistia en mantener la libertad de las ciudades de la Jonia; el otro que se temia confesar, consistia en robar á los pueblos de la Grecia.

Los lacedemonios despertados por fin por las quexas de los aliados, habian resuel-

(1) *Id. ibid. c. 98. Plut. in Cim. p. 483.*
(2) *Id. ibid. c. 101. Diod. Sic. lib. 11. p. 53. Plut. in Cim. p. 487.*
(3) *Plut. in Arist. p. 334.*

to, durante el sitio de Tasos, hacer una diversion en el Atica (1): pero en el momento de la exécucion, unos espantosos terremotos destruyen á Esparta, y hacen perecer baxo sus ruinas un número considerable de habitantes. Los esclavos se levantan: algunas ciudades de la Laconia siguen su exémplo, y los lacedemonios se ven constreñidos á implorar el aucsîlio de aquel pueblo cuyos progresos querian detener (*). Uno de sus oradores le aconsejaba dexar perecer á la única potencia que había que temer en la Grecia; pero Cimon, convencido de que la rivalidad de Esparta, era mas ventajosa á los atenienses que sus mismas conquistas, supo inspirarles sentimientos mas generosos (2). Ellos á varias instancias juntaron sus tropas á las de los lacedemonios; y este servicio importante que debia unir á las dos naciones, hizo nacer entre ellas un odio que produxo guerras funestas (3). Los lacedemonios creyeron percibir que los generales de Atenas mantenian inteligencias con los sublevados; y con pretestos plausibles les pidieron se retirasen: pero los atenienses irritados de semejante sospecha, rompieron el tratado que

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 101.*
(*) *Hacia el año 464. ant. de J. C.*
(2) *Plut. in Cim. p. 489.*
(3) *Diod. Sic. lib. 11. p. 49.*

los unia á los lacedemonios desde el principio de la guerra médica, y se dieron prisa á concluir otro con los de Argos, antiguos enemigos de los lacedemonios (1).

Entre tanto, Inaro hijo de Psammetico, habiendo hecho sublevar al Egipto contra Artaxérxes, rey de Persia (2), solicita la proteccion de los atenienses (*). El deseo de debilitar à los persas y procurarse la alianza de los egipcios, determina á la república aun mas que los ofrecimientos de Inaro. Cimon conduce á Egipto la flota de los aliados, compuesta de doscientas embarcaciones (3): ella llega al Nilo y se junta á la de los egipcios, que desafiaron á los persas y se apoderaron de Menfis, á eccepcion de un cuartel de la ciudad en donde estaban refugiados los restos del exército persiano. La revolucion de de los egipcios no se apaciguó sino seis años despues: solo el valor de los atenienses y de los demas griegos prolongó su duracion. Despues de la pérdida de una batalla, ellos se defendieron por espacio de diez y seis meses,

(1) *Thucyd. lib.* 1. *c.* 102. *Diod. Sic. lib.* 11. *p.* 48. *Pausan. lib.* 4. *cap.* 24. *p.* 339.

(2) *Thucyd. ibid. c.* 104. *Diod. Sic. ibid. p.* 54.

(*) *Hacia el año* 462. *ant. de J. C.*

(3) *Thucyd. lib.* 1. *c.* 110. *Plut. in Cim. p.* 490.

en una isla formada por dos brazos del Nilo: y la mayor parte pereció con las armas en la mano. Es menester observar que Artaxérxes para obligar á las tropas á abandonar el Egipto, hábia en vano intentado empeñar á fuerza de dadivas á los lacedemonios, á hacer una irrupcion en el Atica (1).

Miéntras que los atenienses peleaban lexos para dar un rey al Egipto, ellos acometian en Europa à los de Corinto, y de Epidaura; triunfaban de los beocios y de los sicyones; dispertaban la flota del Peloponeso, forzaban a los habitantes de Egina á entregar sus embarcaciones, á pagar tributo, á demoler sus murallas (2); enviaban tropas á Tesalia, para restablecer á Orestes en el trono de sus padres (3); conmovian sin cesar los pueblos de la Grecia por medio de intrigas sordas, ó por empresas atrevidas; dando auxîlio á unos, forzando á otros a prestarselo; reuniendo á su domínio los paises que lo estaban por su conveniencia; formando establecimientos en los paises en que convenian al comercio; siempre con las armas en la mano; siempre arrebatados de nuevas

(1) *Thucyd. lib.* 1. *c.* 109. *Diod. Sic. lib.* 11. *p.* 56.

(2) *Id. ibid. cap.* 105. *&* 108. *Diod. ibid. p.* 59. *&* 63.

(3) *Thucyd. ibid. c.* 111.

espediciones por una succesion rápida de reveses y de sucesos.

Las colonias compuestas algunas veces de 10,000 hombres (1); iban lexos á cultivar las tierras de los vencidos (2), los cuales habrian, lo mismo que la multiplicidad de guerras, despoblado al Atica. Pero los etrangeros arribaban en gran número á este pequeño pais, atraidos por el decreto de Temistocles que les franqueaba un asilo, y mucho mas por el deseo de participar de la gloria y del fruto de tantas conquistas.

Los generales hábiles y emprendedores aucsîliaban demasiado la ambicion desenfrenada de la república. Tales eran Myronides, que en una sola campaña se apoderó de la Focida y de cuasi toda la Beocia (3); Tolmides, que hacia el mismo tiempo saquéa las costas del Peloponeso (4); Péricles que comenzaba á echar los cimientos de su gloria, y aprovechaba las frecuentes ausencias de Cimon, para hacerse dueño del espíritu del pueblo.

Los atenienses, no hacian entónces directamente la guerra á Lacedemonia; pero

(1) *Diod. Sic. lib. 11. p. 54.*
(2) *Id. ibid. p. 67. Plut. in Per. p. 163.*
(3) *Diod. ibid. p. 63. Thucyd. lib. 1. cap. 108.*
(4) *Diod. ibid. p. 64. Thucyd. ibid.*

exércian frecuentemente hostilidades contra ella y contra sus aliados. Un dia se les antojó, de concierto con los de Argos, oponerse al retorno de un cuerpo de tropas que intereses particulares habian conducido del Peloponeso á la Beocia. La batalla se dió cerca de la ciudad de Tanagra (*). Los atenienses fueron batidos; los lacedemonios continuaron tranquilamente su marcha (1). Los primeros temieron entónces un rompimiento abierto. En estas ocasiones, la república se avergonzaba de sus injusticias; y los que la gobernaban dexaban su competencia. Los ojos de todos se volvieron hácia Cimon á quien ellos habian desterrado algunos años antes. Periclés que lo habia hecho desterrar se encargó de proponer el decreto que ordenase su llamada (2).

Este grande hombre honrado con la estimacion de los espartanos, y asegurado de la confianza de los atenienses, empleó todos sus cuydados en volverlos á inclinar á miras pacíficas (3), y á lo menos los empeñó á firmar una tregua de cinco años (**). Pero como los atenienses no podian soportar mas el

(*) *Hacia el año 456. ant. de J. C.*
(1) *Thucyd. lib. 1. c. 108.*
(2) *Plut. in Cim. p. 490.*
(3) *Thucyd. l. 1. c. 112. Plut. ibid.*
(**) *El año 450. ant. de J. C.*

reposo, él se apresura á conducirlos á Chypre; allí consigue tan grandes ventajas sobre los persas, que obligó á Artaxérxes á pedir la paz como suplicante (*). Las condiciones fueron humillantes para el gran-rey. El mismo no hubiera dictado otras á una chusma de bandidos que habrian infestado las fronteras de su reyno. El reconoció la independencia de las ciudades griegas de la Jonia. Se estipuló que sus barcos de guerra no pudiesen entrar en los mares de la Grecia, ni sus tropas de tierra acercarse á las costas, sino á una distancia de tres dias de jornada. Los atenienses por su parte juraron respetar los estados de Artaxérxes (1).

Tales fueron las leyes que una ciudad de la Grecia imponia al imperio mas grande del mundo. Treinta años antes, la resolucion que habia tomado de resistir á esta potencia, fue mirada como un golpe de desesperacion, y el suceso como un prodigio. Cimon no gozó mucho tiempo de su gloria; acabó sus dias en Chypre. Su muerte fue el término de las prosperidades de los atenienses: ella lo seria de esta parte de su historia, si yo no tubiera que recoger algunos pasages que sirven para caracterizar el siglo en que él vivió.

(*) *El año 449. ant. de J. C.*
(1). *Diod. Sic. l. 12. p. 74.*

REFLEXÎONES SOBRE EL SIGLO DE TEMISTOCLES Y DE ARISTIDES.

Cuando los persas se aparecieron en la Grecia, dos clases de temor empeñaron á los atenienses á oponerles una vigorosa resistencia; el temor de la esclavitud, que, en una nacion libre ha producido siempre mas virtudes que los principios de la institucion; y el temor de la opinion pública, que entre todas las naciones, suple las mas veces á las virtudes. El primero obraba tanto mas sobre los atenienses, quanto que ellos comenzaban á gozar de aquella libertad que les habia costado dos siglos de disenciones. El segundo lo debian á su educacion, y á una larga habituacion. En aquel tiempo reynaba en las almas aquel pudor (1) que se averguenza de la licencia, como de la cobardía; el que hace que cada ciudadano se encierre en los límites de su estado ó de sus talentos; el que hace tambien que la ley venga á ser un freno para el hombre poderoso; la práctica de los deberes, un recurso para el hombre débil; y la estimacion de sus semejantes, una necesidad para todos.

Se huia de los empleos, porque eran dig-

(1) *Plat. de leg. l. 3. p. 699.*

nos de ellos; (1) no se atrevian á aspirar á las distinciones, porque la consideracion pública bastaba para pagar los servicios hechos al estado. Jamás se han hecho cosas tan grandiosas como en aquel siglo; nunca se ha estado mas lexos de pensar que la gloria debiese resaltar sobre algunos ciudadanos. Se levantan estatuas en honor de Solon, de Harmodio y de Aristogiton, pero no fue sino despues de su muerte: Aristides y Temistocles salvaron á la república, que no les discernió ni aun una corona de laurel (2). Milciades, despues de la batalla de Maraton, solicita este honor en la asamblea del pueblo. Un hombre se levanta y le dice: » Milciades, » quando vos solo rechazeis á los bárbaros, » tendreis vos solo una corona (3)" Poco tiempo despues, las tropas atenienses baxo las órdenes de Cimon, alcanzaron grandes ventajas en la Tracia. A su vuelta, ellas pidieron una recompensa; en las inscripciones que se gravaron, se hizo elogio de las tropas, y no se nombró á ninguno en particular (4).

Como cada ciudadano podia ser útil, y

(1) *Isocr. Areop. t. 1. p. 323.*
(2) *Æschin. orat. cont. Ctesiph. 457.*
(3) *Plut. in Cim. p. 483.*
(4) *Æschin. ibid. p. 458. Plut. ibid. p. 482.*

mo estaba cada instante humillado con preferencias injustas, todos sabian que podian adquirir una consideracion personal; y como las costumbres eran sencíllas y puras, ellos tenian generalmente aquella independencia y aquella dignidad que no pierde sino por la multiplicidad de las necesidades y de los intereses.

No citaré como ventaja de aquel siglo, el homenage ruidoso que los atenienses dieron á la probidad de Aristides, porque fue á la representacion de una pieza de Esquiles. El actor habiendo dicho que Anfiarao era menos zeloso de parecer hombre de bien, que de serlo en efecto; los ojos de todos se volvieron rapidamente hácia Aristides (1). Una nacion corrompida podria hacer una aplicacion semejante: pero los atenienses tuvieron siempre mas deferencia por el dictámen de Aristides, que por los de Temistocles; y esto es lo que no se veria en una nacion corrompida.

Despues de sus sucesos contra los persas, el orgullo que infunde la victoria (2), se juntó en sus corazones á las virtudes que lo habian procurado; y este orgullo era tanto mas legítimo, quanto que jamás se combatia por una causa mas justa y mas importante,

(1) *Plut. in Arist. p. 320.*
(2) *Aristoph. in equit. v. 779.*

Cuando una nacion pobre y virtuosa llega de golpe á una cierta elevacion: sucede una de dos cosas: ó que para conservar su constitucion, ella renúncie toda idea de engrandecimiento, y entónces ella goza en paz de su propia estimacion, y del respeto de los demas pueblos; que es lo que sucedió á los lacedemonios: ó que ella quiere á cualquier precio aumentar su poder: y entónces se vuelve injusta y opresiva, que fue lo que esperimentaron los atenienses.

Temistocles los estravió en la ruta por donde los conduxo. Los demas xefes lexos de moderar su ardor, parece no cuidaron sino de inflamarlo.

Cuando la segunda invasion de los persas, Milciades propuso combatirlos á campo raso (1). Este proyecto era digno del vencedor de Maraton. El de Temistocles fue quizá mas atrevido; él se atrevió á aconsejar á los atenienses fiasen su destino á la suerte de una batalla naval. Poderosas razones se presentaban contra este plan de defensa. Los atenienses apenas sabian entónces gobernar sus débiles embarcaciones: no estaban exércitados en los combates de mar. No se podia preveer que Xérxes les atacaria en un estrecho. En fin, Temistocles debia contar, como lo aseguraba, que á todo evento se abri-

(1) *Stesimbr. ap. Plut. in Them. p. 113.*

ria paso al través de la flota enemiga, y transportaria al pueblo de Atenas á un pais remoto? Sea lo que fuere el resultado justificó sus miras.

Pero si el establecimiento de la marina fue la salud de Atenas, ella se convirtió muy pronto en instrumento de su ambicion y de su pérdida (1). Temistocles que queria hacer á su nacion la más poderosa de la Grecia, para ser de ella el primer ciudadano, hizo abrir un nuevo puerto, construir mayor número de galeras, embarcar en sus escuadras á los soldados, á los artesanos, á los labradores y á aquella multitud de estrangeros que habia sacado de todas partes. Despues de haber aconsejado favorecer á los pueblos del continente que se habian unido á Xérxes, ataca sin consideracion las islas que habian sido forzadas á ceder á los persas (2): robaba sus tesoros; y de vuelta á su patria, compraba en ella partidarios, que contenia ó sublevaba con su fausto. Cimon y los demas generales, enriquecidos por la misma via se presentaron con una magnificencia desconocida hasta entónces: y á exemplo de Temistocles no tenian ningun otro objeto que concurrir al engrandecimiento de la república. Esta idea dominaba todos los animos.

(1) *Isocr. de pac. t. 1. p. 393.*
(2) *Plut. in Them. t. 1. p. 122.*

El pueblo ensoberbecido de ver á sus generales poner á sus pies los despojos y las sumisiones voluntarias ó forzadas de las ciudades reunidas á su dominio, se estendia con impetuosidad por todos los mares, y se aparecia en todas las riberas; él multiplicaba las conquistas que alteraban insensiblemente el carácter del valor nacional. En efecto, aquellos valientes soldados, que habian arrostrado la muerte en los campos de Maraton y de Platéa, servilmente empleados en las operaciones de la maniobra, no se ocupaban de ordinario sino, en procurar saltar en tierra con precaucion, en sorprender las ciudades sin defensa, en robar las tierras abandonadas; especie de guerra que enseña á calcular sus fuerzas, á no acercarse al enemigo sino temblando, á tomar la fuga sin avergonzarse de ello. (1).

Las costumbres recibieron el alcance funesto que el comercio de los estrangeros, la rivalidad del poder ó del credito, el espíritu de conquistas, y la esperanza de la ganancia, dan á un gobierno fundado en la virtud. Aquella chusma de ciudadanos obscuros que servian en las escuadras y á quienes la república debia tener miramientos, pues que les era deudora de su gloria, contraxeron en sus campañas los vicios de los pi-

(1) *Plat. de leg. lib. 4. t. 2. p. 706.*

ratas; y volviendose cada dia mas emprendedores, dominaron en la plaza pública, é hicieron pasar la autoridad á manos del pueblo, lo que sucede cuasi siempre en un estado en que la marina está floreciente (1). Dos ó tres pasages demuestran con que rapidez se debilitaron en la nacion los principios de rectitud y de equidad.

Despues de la batalla de Platea, Temistocles anuncia públicamente, que habia formado un proyecto importante, y cuyo suceso no podia asegurarse sino por el secreto mas impenetrable. El pueblo respondió: » Que Aristides sea el depositario de él; nosotros nos referimos á él." Temistocles saca á este último aparte, y le dice: » la flota de nuestros aliados está reposando sin desconfianza en el puerto del Peloponeso; yo propongo incendiarla y somos dueños de la Grecia. » Atenienses, dixo entónces Aristides, nada hay tan útil como el proyecto de Temistocles; pero nada tan injusto." Pues no lo queremos esclama á una voz toda la asamblea (2).

Algunos años despues los samosenses propusieron á los atenienses violar un artículo

(1) *Arist. de rep. lib. 5. cap. 3. p. 389. & 390. Plut. in Them. p. 121.*

(2) *Plut. in Arist. p. 332. Id. in Them. p. 122.*

del tratado que se habia hecho con los aliados. El pueblo pide el dictámen de Aristides: » el de los samosenses, respondió es injusto, pero es útil." El pueblo aprueba el proyecto de los samosenses (1).

En fin, poco tiempo despues y baxo de Pericles, los atenienses mas de una vez tuvieron la insolencia de confesar que ellos no conocian otro derecho de gentes, que la fuerza (2).

SECCION TERCERA.

SIGLO DE PERICLES.(*)

Pericles conoció temprano que su nacimiento y sus riquezas le daban derechos y lo hacian sospechoso. Otro motivo aumentaba sus alarmas. Los ancianos que habian conocido á Pisistrato, creian volverlo á encontrar en el jóven Pericles. Este tenia las mismas facciones, el mismo metal de voz y el mismo talento de la palabra (3) Era menester hacerse perdonar esta semejanza, y las ventajas de que estaba acompañada. Pericles

(1) *Plut. in Arist. t. 1. p. 334.*
(2) *Thucyd. lib. 5. cap. 89. &c.*
(*) *Desde el año 404. hasta el 444 ant. de J. C.*
(3) *Plut. in per. p. 155.*

consagra sus primeros años al estudio de la filosofia, sin mezclarse en los negocios públicos, y no teniendo al parecer otra ambicion que la distincion del valor (1).

Despues de la muerte de Aristides y destierro de Temistocles, Cimon tomó las riendas del gobierno, pero muchas veces ocupado en espediciones lexanas, dexaba la confianza de los atenienses fluctuar entre muchos concurrentes incapaces de fixarla. Se vió entónces á Pericles retirarse de la sociedad, renunciar los placeres, atraerse la atencion de la muchedumbre por un modo de andar lento, un porte decente; un esterior modesto y costumbres irreprehensibles (2). El se presentó en fin en la tribuna, y sus primeros ensayos admiraron á los atenienses. Debia á la naturaleza el ser el mas elocuente de los hombres, y al trabajo el ser el primero de los oradores de la Grecia.

Los maestros célebres que habian educado su infancia continuando en ilustrarlo con sus consejos, se remontaban con él á los principios de la moral y de la política; su génio se apropiaba los conocimientos de ellos (3); y de allí, aquella profundidad, aque-

(1) *Id. ibid.*
(2) *Plut. in per. p. 154. & 155.*
(3) *Cicer. declar. orat. cap. 11. t. 1. p. 345. Diod. Sic. lib. 2. p. 96.*

lla plenitud de luces, aquella fuerza de estilo que sabia endulzar quando era necesario, aquellas gracias que no despreciaba, que jamas afectó, tantas otras cualidades que le pusieron en estado de persuadir á los que no podia convencer, y de arrastrar á los mismos que no pudiera ni convencer ni persuadir.

Se hallaba en aquel discurso una majestad que imponia respeto baxo la cual los ánimos quedaban oprimidos. Este era el fruto de sus conversaciones con el filosofo Anaxagoras, que desenvolviendole el principio de los entes, y de los fenómenos de la naturaleza, parecia haber engrandecido su alma naturalmente elevada (1).

No admiraba menos la destreza con que apretaba á su contrario y se substraia á sus procedimientos. Ella debia al filosofo Zenon de Eléa, que lo habia mas de una vez conducido en los rodeos de una dialectica capciosa, para descubrirle las salidas secretas (2); asi, uno de los mayores antagonistas de Pericles decia comunmente: »Cuando yo lo »he aterrado, y lo tengo debaxo, esclama »él, que no está convencido, y lo persua»de á todo el mundo (3).

(1) *Plut. in per. p. 156.*
(2) *Plut. in per. p. 154.*
(3) *Id. ibid. p. 156. id. præc. ger. reip. t. 2. p. 801.*

Pericles conocia muy bien su nacion, para no fundar sus esperanzas sobre el talento de la palabra: y la eccelencia de este talento para no ser el primero en respetarlo. Antes de parecer en público, él se advertia en secreto que iba á hablar á hombres libres, á griegos, á los atenienses (1).

Sin embargo él se separaba lo mas que podia de la tribuna, porque siempre ansioso de seguir con lentitud el proyecto de su elevacion, temia borrar con nuevos sucesos la impresion de los primeros, y llevar muy pronto la admiracion del pueblo á aquel punto de donde ella no puede sino es baxar. Se creyó que un orador que desdeñaba los aplausos de que estaba asegurado, merecia la confianza que no pretendia, y que los negocios de que él hacia relacion debian ser bien importantes, cuando le forzaban á romper el silencio (2).

Se concibió una alta idea del poder que él tenia sobre su alma, cuando un dia que la asamblea se alargó hasta la noche, se vió á un simple particular no cesar de interrumpirle y de ultrajarle, seguirle con injurias hasta su casa; y Pericles mandar con cachaza á uno de sus esclavos tomase un hachon y conduxese á este hombre á su casa (3).

(1) *Plut. apopht. t. 2. p. 186.*
(2) *Plut. in per. p. 155.*
(3) *Plut. in per. p. 154.*

sus espediciones una fortuna inmensa que la empleaba en adornar la ciudad y en consolar á los desgraciados. Pericles, por la fuerza de su ascendiente, dispuso del tesoro público de los atenienses y del de los aliados, llenó á Atenas de obras maestras de las artes, señaló pensiones á los ciudadanos pobres, les distribuyó una parte de las tierras conquistadas, multiplicó las fiestas, concedió un derecho de asistencia á los jueces y á los que asistiesen á los espectáculos y á la asamblea general (1). El pueblo no viendo sino la mano que lo daba, cerraba los ojos para no ver la fuente de donde lo sacaba. El se unia mas y mas con Pericles, quien para aficionarlo aun con mas fuerza, le hizo cómplice de sus injusticias, y se sirvió de él para dar aquellos grandes golpes que aumentan el crédito manifestandolo. Hizo desterrar á Cimon falsamente acusado de mantener relaciones sospechosas con los lacedemonios (2); y con frívolos pretestos destruyó la autoridad del Areopago, que se oponia con vigor al libertinage y á las innovaciones (3).

Despues de la muerte de Cimon, Tucydides su cuñado, trata de reanimar el partido

(1) *Arist. de rep. lib. 2. cap. 12. t. 2. p. 336. Plut. in per. p. 156. & 157.*
(2) *Plut. in Cim. p. 489.*
(3) *Plut. in per. p. 157.*

vacilante de los principales ciudadanos. El no tenia los talentos militares de Pericles; pero tan hábil como él en materia de espíritus, mantuvo por algun tiempo el equilibrio, y acabó por esperimentar los rigores del ostracismo, ó del destierro (1).

Desde este momento Pericles mudó de sistema: él habia subyugado el partido de los ricos adulando á la muchedumbre; subyugó á la muchedumbre, reprimiendo sus caprichos, tan pronto por una oposicion invencible, como por la sabiduría de sus consejos, ó por el encanto de su elocuencia (2). Todo se obraba por sus disposiciones; todo se hacia en la apariencia, segun las reglas establecidas; y la libertad bien asegurada con mantener las formas republicanas, espiraba sin que se conociera, baxo el peso del genio.

Cuanto mas se aumentaba el poderío de Pericles, menos prodigaba el su crédito y su presencia. Encerrado en un pequeño círculo de parientes y de amigos, velaba desde lo interior de su retiro, sobre todas las partes del gobierno, mientras que no se le creia ocupado en apaciguar ó trastornar á la Grecia. Los atenienses dóciles al movimiento que les arastraba, respetaban al autor de él, porque raras veces le veian implorar sus votos; y así

(1) *Plut. in per. p. 158. & 161.*
(2) *Id. ibid. p. 161.*

tan eccesivos en sus espresiones como en sus sentimientos, ellos no representaban á Pericles sino con los atributos del mas poderoso de los dioses. Hacia él escuchar su voz en las ocasiones esenciales. Se decia que Júpiter le habia confiado los relámpagos y el rayo (1). No agenciaba en otras sino por el ministerio de sus hechuras? Se recordaba que el soberano de los cielos dexaba á los genios subalternos, los pormenores del gobierno del universo.

Pericles estendió con victorias brillantes los dominios de la república: pero apenas vió el poder de los atenienses en una cierta elevacion, creyó que seria una vergüenza el dexarlo debilitarse, y una desgracia aumentarlo todavia. Esta mira dirigió todas sus operaciones; y el triunfo de su política fue el haber por tanto tiempo, retenido á los atenienses en la inaccion, á sus aliados en la dependencia, y á los de Lacedemonia en el respeto.

Los atenienses penetrados del conocimiento de sus fuerzas, de aquel conocimiento, que en las clases elevadas produce la altaneria y el orgullo, en la multitud, la insolencia y la ferocidad, no se limitaban solo á dominar la Grecia; ellos meditaban la

(1) *Aristoph. in Acharn. v. 529. Plut. in per. p. 156. Cicer. orat. c. 9. t. 1. p. 426.*

conquista del Egipto, de Cartago, de la Sicilia y de la Etruria. Pericles los dexaba ecshalar estos vastos proyectos, y no hacia mas que observar los pasos de los aliados de Atenas (1).

La república rompia succesivamente los lazos de la igualdad, que habian formado su confederacion; ella colgaba sobre ellos el peso de un yugo mas humillante que el de los bárbaros; porque en efecto qualquiera se acostumbra mas fácilmente á la violencia que á la injusticia. Entre otros motivos de llanto, los aliados reprocharon á los atenienses, haber empleado para la decoracion de su ciudad, las sumas de dinero que ellos daban todos los años para hacer la guerra á los persas. Pericles respondió, que las escuadras de la república, ponian á sus aliados al abrigo de los insultos de los bárbaros, y que ella no tenia otro empeño que satisfacer (2). A esta respuesta, la Eubea, Samos, y Bizancio se sublevaron; pero luego despues, la Eubea volvió á entrar baxo la obediencia de los atenienses (3); Bizancio les pagó el tributo ordinario (4). Samos, des-

(1) *Isocr. de pac. t. 1. p. 402. Plut. in per. p. 164.*

(2) *Plut. in per. p. 158.*

(3) *Thucyd. lib. 1. c. 114. Diod. Sic. lib. 12. p. 75.*

(4) *Thucyd. lib. 1. c. 117.*

pues de una vigorosa resistencia, les indemnizó los gastos de la guerra, entregó sus embarcaciones, demolió sus murallas, y les dió rehenes (1).

La liga del Peloponeso vió en este exémplo de vigor una nueva prueva del despotismo que los atenienses exércian sobre sus aliados, y que un dia harian esperimentar á sus enemigos. Despues de estar alarmada largo tiempo por sus rápidos progresos, nada asegurada de los tratados que habia hecho con ellos, y que se habian confirmado por una tregua de treinta años (2) (*), habria mas de una vez detenido el curso de sus victorias, si hubiera podido vencer la estrema repugnancia de los lacedemonios á toda especie de guerra.

Tal era la disposicion de los ánimos entre las naciones de la Grecia. Pericles era odioso á unos, temible á todos. Su reynado, que así se puede llamar su administracion (3), no habia sido agitado por los gritos de la envidia, y mucho menos por las sátiras ó los dosnayres que se permitian hacer de él en el tea-

(1) *Id. ibid. Plut. in per. p. 167.*
(2) *Thucyd. lib. 1. c. 115.*
(*) *El año 445 ant. de J. C. (Dodwell. in annal. Thucyd. p. 104.*
(3) *Thucyd. lib. 2. c. 65. Plut. in per. p. 156.*

tro, ó en la sociedad. Pero á esta especie de venganza que consuela al pueblo de su debilidad succedieron por fin las murmuraciones sordas, y refriegas de una inquietud sombría, que presagiaba una revolucion cercana. Sus enemigos no atreviendose á atacarle directamente, ensayaron sus armas contra aquellos que habian merecido su proteccion ó su amistad.

Fidias, encargado de la exécucion de los sobervios monumentos que decóran á Atenas, fue denunciado de haber substraido una parte del oro con que debia adornar la estatua de Minerva: él se justificó, y no por eso dexó de perecer entre las prisiones. Anaxagoras, el mas religioso tal vez de los filosofos, fue conducido á la justicia por crímen de impiedad y obligado á valerse de la fuga. La esposa, la tierna amiga de Pericles, la célebre Aspacia, acusada de haber ultrajado la religion con sus discursos, y las costumbres con su conducta, defendió su causa ella misma, y las lágrimas de su esposo, apenas la libraron de la severidad de los jueces. (1).

Estos ataques no eran mas que el preludio de los que él habria esperimentado, cuan-

(1) *Diod. Sic. lib. 12. p. 95. Plut. in per. p. 169. Philosh. ap. Schol. Aristoph. in pac. v. 604.*

do un acontecimiento imprevisto, volvió á levantar sus esperanzas y á afirmar la autoridad.

GUERRA DEL PELOPONESO.

Corcyra estaba algunos años hacia (1) en guerra con Corinto, de la que ella trae su orígen. Segun el derecho público de la Grecia, una potencia estrangera no debe mezclarse en las diferencias que se susciten entre una meteópoli y sus colonias. Pero los atenienses tenian interes en aficionarse de un pueblo de marina floreciente, y que pudiese por su posicion, favorecer el paso de sus flotas á Sicilia y á Italia. Ellos admitieron á los Corcyrios á su alianza, y les enviaron socorros. Los corintios publicaron que los atenienses habian rompido la tregua.

Potidea, otra colonia de los corintios habia abrazado el partido de los atenienses. Estos últimos sospechando de su fidelidad, le ordenaron, no solo que les diesen rehenes, sino tambien que demoliesen sus murallas, y arrojasen á los magistrados, que segun el uso, recibia todos los años de su metrópoli. Potidea se juntó á la liga del Peloponeso, y los atenienses la sitiaron (2).

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 25. &c.*
(2) *Id. ibid. c. 56.*

Algun tiempo antes, los atenienses habian, con algunos ligeros pretestos, prohibido la entrada en sus puertos y de sus mercancias, á los de Megara, aliados de Lacedemonia (1). Otras ciudades gemian por la pérdida de sus leyes y de su libertad.

Corinto que queria suscitar una guerra general, espuso sus quexas, y supo empeñarlos en pedir una satisfaccion brillante á los lacedemonios, xefes de la liga del Peloponeso (2). Los diputados de aquellas diversas ciudades llegan á Lacedemonia: se les juntan; ellos esponen sus agravios con tanta acrimonia como vehemencia; dicen lo que han sufrido, lo que han tenido que temer; todo lo que prescribe una justa venganza, todo lo que inspiran los zelos y el aborrecimiento. Cuando los ánimos estan dispuestos á recibir las mas fuertes impresiones, uno de los embaxadores de Corinto toma la palabra (3), y reprocha á los lacedemonios aquella buena fe que no les dexa sospechar la mala fe de otros; aquella moderacion de que se les hace un mérito, y que los vuelve tan indiferentes á los intereses de las potencias vecinas. „ Cuantas veces os ha-

(1) *Id. ibid. c. 67. Diod. Sic. lib. 12. p. 96.*
(2) *Thucyd. lib. 1. c. 67.*
(3) *Id. ibid. cap. 68.*

„ bemos nosotros advertido los proyectos de
„ los atenienses, y que es preciso recordaros
„ los todavia? Corcyra: cuya marina podia
„ en la ocasion auxîliar tanto nuestros esfuer-
„ zos ha entrado en su alianza. Potidéa,
„ aquella plaza que guardaba nuestras po-
„ sesiones en la Tracia, va á caer en sus
„ manos. Nosotros no tenemos otros á quie-
„ nes acusar de nuestras pérdidas sino es á vo-
„ sotros; á vosotros que despues de la guer-
„ ra de los medos, habeis permitido á nues-
„ tros enemigos fortificar su ciudad, y esten-
„ der sus conquistas; á vosotros que sois los
„ protectores de la libertad, y que con vues-
„ tro silencio favoreceis la esclavitud; á
„ vosotros que deliberais, cuando es menes-
„ ter obrar, y que no pensais en vuestra de-
„ fensa, sino cuando el enemigo se echa so-
„ bre vosotros con todas sus fuerzas. Noso-
„ tros aun nos acordamos de ello. Los medos
„ salidos del centro de la Asia, habian atra-
„ vesado la Grecia, y penetrado hasta el Pe-
„ loponeso cuando vosotros estabais tranqui-
„ los en vuestros hogares. No es contra una
„ nacion lexana que teneis vosotros que ha-
„ beroslas; sino con un pueblo que está á
„ vuestra puerta, contra estos atenienses, de
„ los cuales vosotros no habeis jamas co-
„ nocido, de los cuales no conoceis toda-
„ via los recursos y el carácter. Espíritus ar-
„ dientes en formar proyectos; hábiles para

„ variarlos segun las ocasiones; tan prontos
„ para exécutarlos, que poseer y desear es
„ para ellos lo mismo; tan presumptuosos
„ que se creen despojados de las conquistas
„ que no han podido hacer; tan ambiciosos,
„ que no se limitan jamas á las que han he-
„ cho; nacion valerosa y turbulenta, cuya
„ audacia se acrecenta con el peligro, y la es-
„ peranza por la desgracia, que mira la ocio-
„ sidad como un tormento, y que los dioses
„ irritados han echado sobre la tierra, para
„ que no estén jamas en quietud ni dexen que
„ lo estén nunca los demas."

„ ¿Y que es lo que oponeis vosotros á
„ tantas ventajas? Proyectos superiores á
„ vuestras fuerzas, desconfianza en las reso-
„ luciones mas sábias, lentitud en las opera-
„ ciones, abatimiento en los mas pequeños
„ reveses, temor de estender vuestros domi-
„ nios, negligencia en conservarlos. Todo,
„ hasta vuestros principios, es tan perjudicial
„ al reposo de la Grecia, como á vuestra se-
„ guridad. No pelear con nadie, ponerse en
„ estado de no ser atacado nunca; estos me-
„ dios no nos parecen siempre suficientes pa-
„ ra asegurar la felicidad de un pueblo. Voso-
„ tros quereis que no se repela el insulto, si-
„ no cuando de él resulte absolutamente al-
„ gun perjuicio á la patria: maxima funesta,
„ y que si la adoptasen las naciones vecinas,
„ apenas os pondria á cubierto de sus inva-
„ siones.

„ O lacedemonios! Vuestra conducta se „ resiente mucho de la sencillez de los „ primeros siglos. A otro tiempo, otras cos- „ tumbres, otro sistema. La inmobilidad de „ los principios, no convendria sino á una „ ciudad que gozase de una paz eterna; pe- „ ro desde el momento en que por sus rela- „ ciones con las demas naciones, sus intere- „ ses se vuelvan mas complicados, necesita „ de una politica mas refinada. Abjurad pues, „ á exémplo de los atenienses, esa rectitud „ que no sabe prestarse á las casualidades; „ salid de esa indolencia que os tiene encer- „ rados dentro del recinto de vuestros mu- „ ros; haced una irrupcion en el Atica; no „ forzeis á los aliados, á los amigos fieles á „ que se precipiten á los brazos de vuestros „ enemigos; y colocados al frente de las na- „ ciones del Peloponeso, mostraos dignos „ del imperio que nuestros padres difirieron „ á vuestras virtudes."

Los diputados atenienses á quienes otros negocios habian llevado á Lecedemonia, pidieron hablar, no para responder á las acusaciones que acababan de oir; los lacedemonios no eran sus jueces; solamente querian empeñar á la asamblea á que suspendiera una decision que podria traer crueles consecuencias (1).

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 79.*

Ellos recordaron con complacencia las batallas de Maraton y de Salamina. Que eran los atenienses los que las habian ganado, los que habian echado á los bárbaros, los que habian salvado á la Grecia. Un pueblo capaz de tan grandes cosas, merecia sin duda sus miramientos. Que la envidia es la que hoy le hace un crímen, por la autoridad que exérce sobre una parte de las naciones griegas; pero que es la Lacedemonia la que se la ha cedido: el pueblo ateniense la conserva, porque no podria abandonarla sin peligro; sin embargo al exercitarla, él prefiere la dulzura á la severidad; y si alguna vez se ve obligada á usar del rigor, es porque el mas débil no puede ser retenido en la dependencia sino por la fuerza. „Que Lacedemonia „dexe de escuchar las quexas injustas de los „aliados de Atenas y el zeloso furor de sus „propios aliados: que antes de abrazar un „partido, reflexione sobre los intereses que „se van á discutir, sobre la incertidumbre „de los acontecimientos, á que se va á es„poner. Lexos aquella embriaguéz que „no permite á los pueblos escuchar la voz „de la razon, sino cuando han llegado al „colmo de sus males; que hace que toda „guerra acabe por donde debiera comenzar. „Aun estamos en tiempo; nosotros podemos „terminar amistosamente nuestras diferencias, „asi como lo prescriben los tratados: pero

„ si despreciando vuestros juramentos, rom-
„ peis la tregua, nosotros pondremos por tes-
„ tigos á los dioses vengadores del perjurio,
„ y nos prevendremos para la mas vigorosa
„ defensa. ”

Acabado este discurso, salieron los embaxadores de la asamblea; y el rey Arquidamo, que juntaba á una larga esperiencia una profunda sabiduria, echando de ver, por la agitacion de los animos, que la guerra era inevitable, procuró á lo menos retardar el momento de ella.

„ Pueblo de Lacedemonia, dice (1), yo
„ he sido testigo de muchas guerras, asi co-
„ mo muchos de vosotros, y me temo mu-
„ cho de la que vosotros vais á emprender.
„ Sin preparativos y sin recursos, quereis ata-
„ car á una nacion exércitada en la marina,
„ temible por el número de sus soldados y
„ de sus baxeles, rica por las producciones
„ de su pais y los tributos de sus aliados.
„ ¿Qué os puede inspirar esa confianza? ¿Es
„ acaso vuestra escuadra? ¿Pero qué tiempo
„ no seria menester para restablecerla? ¿Es
„ el estado de vuestras rentas? Pero nosotros
„ no tenemos tesoro público (2), y los parti-
„ culares son pobres. ¿Es la esperanza de des-
„ prender á los aliados de Atenas? Pero

(1) *Plut. apophth. lac. t. 2. p. 217.*
(2) *Thucyd. lib. 1. c. 79.*

„como los mas de ellos son isleños; seria
„preciso ser dueños del mar, para eccitar y
„mantener su desafeccion. Es el proyecto
„de talar las llanuras del Atica, y el de ter-
„minar esta grande contienda con una ba-
„talla? ¡Ah! ¿Pensais que la pérdida de una
„cosecha, tan fácil de repararse en un pais
„en donde el comercio está floreciente, em-
„peñará á los atenienses á pediros la paz?
„Ah! que yo temo mas bien que nosotros
„dexémos esta guerra á nuestros hijos como
„una infeliz herencia! Las hostilidades de las
„ciudades y de los particulares son pasage-
„ras; pero cuando la guerra se enciende en-
„tre dos estados poderosos, es tan dificil el
„preveer sus resultas, como el salir de ella
„con honor.

„Yo no soy de dictámen de dexar á
„nuestros aliados en la opresion; solamente
„digo, que antes de tomar las armas, de-
„bemos enviar embaxadores á los atenienses
„y entablar una negociacion. Ellos acaban
„de proponernos este arbitrio; y seria una
„injusticia rehusarlo. Entretanto, nosotros
„nos dirigiremos á las naciones de la Gre-
„cia, y, puesto que la necesidad lo exîge,
„á los bárbaros mismos, para tener socorros
„en dinero y en baxeles. Si los atenienses re-
„chazan nuestras quexas, las reiteraremos á
„los dos ó tres años de preparativos, y pue-
„de ser que entónces los hallemos mas dó-

„ cikés.

„ La lentitud que se nos atribuye, ha he-
„ cho siempre nuestra seguridad: jamas, ni
„ los elogios ni los reproches nos han metido
„ en empresas temerarias. Nosotros no somos
„ demasiado hábiles, para rebaxar con dis-
„ cursos elocuentes el poder de nuestros eno-
„ migos; pero sabemos que para ponernos en
„ estado de vencerlos, es preciso estimarlos,
„ juzgar su conducta por la nuestra, forta-
„ lecemos contra su prudencia, lo mismo que
„ contra su valor, y contar menos con sus fal-
„ tas que con la sabiduria de nuestras precau-
„ ciones. Nosotros creemos que un hombre
„ no se distingue de otro hombre; pero que
„ el mas terrible es aquel, que en las ocasio-
„ nes críticas, se conduce con mas prudencia
„ y luces.

„ No nos separemos jamas de las maxi-
„ mas que hemos recibido de nuestros pa-
„ dres y que han conservado este estado.
„ Tomaos tiempo para deliberar; que un
„ instante no decida sobre vuestros bienes,
„ vuestra gloria, la sangre de tantos ciuda-
„ danos, el destino de tantos pueblos; de-
„ xad entrever la guerra, y no la declareis;
„ haced vuestros preparativos como si no es-
„ peraseis nada de vuestras negociaciones; y
„ pensad en que estas medidas son las mas
„ útiles á vuestra patria, y las mas á propó-
„ sito para intimidar á los atenienses."

Las reflecciones de Arquidamo huvieran quizá detenido á los lacedemonios, si por impedirlo, Esténelaidas, uno de los eforos no huviese al punto prorrumpido (1).

„Yo no entiendo esta elocuencia verbo-„sa de los atenienses: ellos no callan cuan-„do tratan de hacer su elogio, y no dicen „una palabra en su defensa. Cuanto mas „irreprehensible fue su conducta en la guer-„ra de los medos, mas vergonzosa es hoy; „y yo los tengo por doblemente punibles, „puesto que eran virtuosos y han dexado „de serlo. En quanto á nosotros, siempre „los mismos, no haremos ninguna traycion „á nuestros aliados; y los defenderemos con „el mismo ardor con que se les ataque. Por „lo demas, no se trata aqui de discursos ni „de discusiones; no es de palabras que han „sido ultrajados nuestros aliados. La vengan-„za mas pronta; ved lo que conviene á la „dignidad de Esparta; y que no se diga que „nosotros debemos deliberar, despues de „haber recibido un insulto; los otros eran „los que debian pensarlo mucho antes de in-„sultarnos. Opinad pues por la guerra, ó „lacedemonios! y para poner en fin límites „á las injusticias y á la ambicion de los ate-„nienses, marchemos con la proteccion de „los dioses, contra estos opresores de la li-

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 86.*

„ bertad."

Dixo; y al punto llama al pueblo á votar. Muchos artesanos fueron del dictámen del rey: la mayor parte decidió que los atenienses habian rompido la tregua, y se resolvió convocar una dieta general para tomar la última resolucion.

Llegados que huvieron todos los diputados, se puso de nuevo el negocio en deliberacion, y se decidió la guerra á pluralidad de votos (1). Sin embargo, como nada habia prevenido todavia, se encargó á los lacedemonios enviar diputados á los atenienses y denunciarles las quexas de la liga del Peloponeso.

La primera embaxada no tuvo otro objeto que obtener el alejamiento de Pericles, ó el hacerlo odioso á la muchedumbre (2). Los embaxadores pretestaron razones estrañas á la contienda de que se trataba y que no hicieron ninguna impresion á los atenienses.

Nuevos diputados ofrecieron continuar la tregua; propusieron algunas condiciones, y se limitaron en fin á pedir la revocacion del decreto que prohibia el comercio del Atica á los habitantes de Megara (3). Pericles respondió, que las leyes no les permitian

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 125.*
(2) *Id. ibid. l. 1. c. 126.*
(3) *Thucyd. ibid. c. 139.*

quitar la tabla donde se habia escrito el decreto.,, Si vos no la podeis quitar, dixo uno ,, de los embaxadores, volvedla tan solo; esto no os lo prohiben vuestras leyes (1)"

En fin, en la tercera embaxada, se contentaron los diputados con decir: ,, Los lacedemonios desean la paz y no la hacen depender sino de un solo punto. Permitid á ,, las ciudades de la Grecia se gobiernen segun sus leyes (2)." Esta última proposicion fue discutida, asi como las precedentes, en la asamblea del pueblo. Como los pareceres estaban divididos, Pericles se apresura á subir á la tribuna: representa que segun los tratados, las contiendas que se susciten entre las ciudades contratantes, debian ser discutidas por vias pacíficas; y que entretanto cada una debia gozar de aquello que poseia. ,, Con menosprecio de esta decision formal, dixo Pericles, los lacedemonios nos ,, significan imperiosamente sus pretensiones; ,, y no dexandonos mas que la eleccion entre la guerra y la sumision, nos mandan ,, renunciar las ventajas que hemos alcanzado ,, sobre sus aliados. No publican ellos que ,, la paz depende unicamente del decreto dado contra Mégara? ¿Y muchos de vosotros no esclaman que un motivo tan débil

(1) *Plut. in Per. p. 162.*
(2) *Thucyd. ibid.*

„ no debia empeñarnos en tomar las armas? „ Atenienses, semejantes ofrecimientos no son „ sino un lazo grosero; es preciso rechazar- „ los, hasta tanto que se trate con nosotros „ de igual á igual. Toda nacion que pretende „ dictar leyes á una nacion competidora, le „ propone las cadenas. Si vosotros cedeis „ en un solo punto, se creeria haberos hecho „ temblar; y desde este momento, se os im- „ pondrian condiciones mas humillantes (1).

„ ¿Y qué podeis temer hoy de esta mul- „ titud de naciones tan diferentes en el orí- „ gen como en los principios? ¡Qué lentitud „ en la convocacion de sus dietas! ¡Qué con- „ fusion en la discusion de sus intereses! Ellas „ se ocupan un momento en el bien general, „ el tiempo restante en sus ventajas particu- „ lares. Estas no piensan sino en su vengan- „ za; aquellas en nada mas que en su segu- „ ridad; y cuasi todas descansando unas en „ otras el cuydado de su conservacion, cor- „ ren, sin percibirlo, á su comun ruina (2). ".

Pericles demostraba á continuacion, que los aliados del Peloponeso, no hallandose en estado de hacer muchas campañas, el mejor medio de reducirlos, era dexarlos, y oponer una guerra de mar á una guerra de tierra. „ Ellos harán invasiones

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 140.*
(2) *Thucyd. l. 1. c. 141.*

„en el Atica; nuestras flotas robarán sus
„costas: ellos no podrán reparar sus pér-
„didas, al paso que nosotros tendremos cam-
„pos que cultivar, ya en las islas, ya en el
„continente. El imperio del mar dá tanta
„superioridad, que si vosotros estubierais en
„una isla, ninguna potencia se atreveria á
„atacaros. No considereis mas á Atenas sino
„como una plaza fuerte, y separada en cier-
„to modo de la tierra; llenad de soldados
„los muros que la defienden y los barcos que
„están en sus puertos. Que el territorio que
„la rodea, os sea estrangero y se vuelva á
„vista vuestra la presa del enemigo. No ce-
„dais de ningun modo al ardor insensato
„de oponer vuestro valor á la superioridad
„del número; una victoria traeria luego á
„vuestro poder mayores escuadras; una der-
„rota causaria la insurreccion de estos alia-
„dos que no los contenemos sino con la
„fuerza. No es sobre la pérdida de vuestros
„bienes que seria menester llorar; es sobre
„la de los soldados que expondriais en una
„batalla. Ah! Si yo pudiera persuadiros, os
„propondria que ahora mismo fuesemos á
„talar é incendiar nuestros campos y las mie-
„ses que los cubren; y aprenderian los la-
„cedemonios á no mirarlos como los gages
„de nuestra esclavitud (1).

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 143.*

„ Yo tendria otros garantes de la victo-
„ ria que presentaros, si estubiera seguro que
„ en el temor de añadir nuevos peligros á los
„ de la guerra no buscaseis el pelear para
„ conquistar; porque temo mas vuestras fal-
„ tas, que los proyectos del enemigo.

„ Es preciso ahora mismo responder á los
„ diputados 1.º que los megarienses podrán
„ comerciar en el Atica, si los lacedemonios
„ no nos prohiben ni á nuestros aliados, la
„ entrada en su ciudad: 2.º que los atenien-
„ ses devolverán á los pueblos que han esta-
„ do sometidos, la libertad de que gozaban
„ antes, si los lacedemonios hacen lo mismo
„ con las ciudades de su dependencia: 3.º
„ que la liga de Atenas ofrece todavia á la
„ del Peloponeso terminar amistosamente las
„ diferencias que los dividen actualmente (1).

Despues de esta respuesta se retiraron los embaxadores de Lacedemonia; y de una y otra parte se ocuparon en los preparativos de la guerra la mas larga y la mas funesta que jamas ha desolado á la Grecia (*). Duró veinte y siete años (2): tuvo por principio la ambicion de los atenienses, y el justo temor que inspiraron á los lacedemonios y á

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 144.*

(*) *La primavera del año 431. ant. de J. C.*

(2) *Thucyd. lib. 5. c. 26.*

sus aliados. Los enemigos de Pericles le acusaron de haberla suscitado. Lo que parece cierto es que ella fué útil al restablecimiento de su autoridad.

Los lacedemonios tenian á su favor á los beocios, á los focios, á los locrianos, á los de Megara, de Ambracia, de Leucada, de Anactorio, y todo el Peloponeso, ecepto los argianos que observaron neutralidad (1).

Por parte de los atenienses estaban las ciudades griegas situadas en las costas de la Asia, las de la Tracia y del Helesponto, casi toda la Arcanania, algunos otros pequeños pueblos, y todos los isleños, á ecepcion de los de Melos y de Tera. A mas de estos auxilios, podian ellos mismos contribuir á la liga 13,000 con soldados pesadamente armados, 1200 hombres de á caballo, 1600 hacheros de á pie, y 300 galeras; 16,000 hombres escogidos entre los ciudadanos muy jóvenes ó muy viejos, y entre los estrangeros establecidos en Atenas fueron encargados de defender los muros de la ciudad y las fortalezas del Atica (2).

Seis mil talentos (*) estaban depositados

(1) *Id. lib. 2. c. 9. Diod. Sic. l. 12. p. 99.*
(2) *Thucyd. lib. 2. c. 13. Diod. Sic. lib. 12. p. 97.*
(*) *Treinta y dos millones quatrocientas mil libras francesas.*

en la ciudadela; y en caso de necesidad se podian procurar mas de 500 todavia (*), por la fundicion de los vasos sagrados, y por otros recursos que Pericles hacia especular al pueblo.

Tales eran las fuerzas de los atenienses, cuando Arquidamo rey de Lacedemonia, habiendose parado en el Istmo de Corinto, recibió de cada ciudad confederada del Peloponeso los dos tercios de habitantes capaces de llevar las armas (1), y se avanzó lentamente hácia el Atica al frente de 60,000 hombres (2). El intentó renovar la negociacion, y con esta mira, envió un embaxador á los atenienses, que se negaron á oirlo, y lo hicieron salir al mismo instante de las tierras de la república (3). Entónces Arquidamo habiendo continuado su marcha, se estendió al tiempo de la cosecha por los llanos del Atica. Los infelices habitantes se habian retirado de ellos al acercarse (4): ellos habian transportado sus efectos á Atenas, en donde la mayor parte no habia hallado otro asílo que los templos, los sepulcros, las vuel-

(*) *Dos millones setecientas mil libras francesas.*
(1) *Thucyd. lib. 2. c. 10.*
(2) *Plut. in Pericl. t. 1. p. 170.*
(3) *Thucyd. lib. 2. c. 12.*
(4) *Id. ibid. cap. 14.*

tas de los cercados, las cabañas mas obscuras, los lugares mas desiertos. Al sentimiento de haber dexado sus antiguas y pacíficas moradas, se juntaba el dolor de ver á lo lexos sus casas consumidas por las llamas y sus cosechas abandonadas al enemigo. (1).

Los atenienses constreñidos á soportar ultrages que los agravaba la memoria de tantas gloriosas hazañas, se consumian en gritos de indignacion y de furor contra Pericles que tenia su valor encadenado (2). Mas él, no oponiendo sino el silencio á las súplicas y á las amenazas, hacia partir una flota de 100 velas para el Peloponeso (3), y reprimia los clamores públicos, con sola la fuerza de su carácter.

Arquidamo no hallando mas subsistencias en el Atica, vuelve á llevar sus tropas cargadas del botin al Peloponeso: las cuales se retiraron á sus casas y no volvieron á parecer en lo restante del año. Despues de su retirada, Pericles envió contra los locrianos una escuadra que obtuvo algunas ventajas (4). La grande flota, despues de haber llevado la desolacion á las costas del Peloponeso, to-

(1) *Thucyd. lib. 2. cap. 14.*
(2) *Id. ibid. cap. 17. & 21.*
(3) *Id. ibid. cap. 22.*
(4) *Id. ib. cap. 26. Plut. in Pericl. p. 170.*

mó á su vuelta la isla de Egina (1); y luego despues marcharon los atenienses en masa contra los de Megara, cuyo territorio saquearon (2). El invierno siguiente, honraron con funerales públicos á los que habian perecido con las armas en la mano; y Pericles realzó su gloria con un discurso elocuente. Los Corintios armaron 40 galeras, hicieron un desembarco en Arcanania, y se retiraron con pérdida (3). Asi se terminó la primera campaña.

Las que le siguieron no ofrecen sino una continuacion de acciones particulares de correrias rápidas, de empresas que parecen estrañas al objeto que se proponian de una y otra parte. ¿Como es que pueblos tan guerreros y tan vecinos, animados de una antigua envidia, y de odios recientes, no pensaban sino en sorprenderse, evitarse, en dividir sus fuerzas, y por una multitud de diversiones sin brillo y sin riesgo, en prolongar y multiplicar las desgracias de la guerra? Es porque esta guerra no debia conducirse por el mismo plan que las demas.

La liga del Peloponeso era tan superior en tropas de tierra, que los atenienses no podian arriesgar una accion general sin esponerse á una pérdida cierta. Pero los pueblos

(1) *Thucyd. ibid. cap. 26.*
(2) *Id. ibid. cap. 31.*
(3) *Thucyd. lib. 2. c. 33. & 34.*

que formaban esta liga, ignoraban el arte de atacar las plazas: ellos acababan de estrellarse contra una pequeña fortaleza del Atica (1), y no se apoderaron luego de la ciudad de Platéa en la Beocia, defendida por una débil guarnicion, sino despues de un bloqueo que duró cerca de dos años y forzó á los habitantes á entregarse por falta de víveres (2). Como habian de prometerse el tomar por asalto, ó reducir á la hambre á una ciudad tal como Atenas, que podia ser defendida por 30,000 hombres, y que, señora del mar, sacaba de él facilmente las subsistencias que necesitaba?

Asi, los enemigos no tenian otro partido que tomar, que el de venir á destruir las mieses del Atica, que fue lo que practicaron los primeros años: mas estas incursiones debian ser pasageras, porque siendo muy pobres, y unicamente ocupados en las labores del campo, no podian permanecer mucho tiempo con las armas en la mano y en un pais remoto (3). Posteriormente resolvieron aumentar el número de sus embarcaciones pero necesitaron muchos años para aprender á maniobrar y para adquirir aquella esperiencia que so

(1) *Id. ibid. cap.* 19.

(2) *Thucyd. ibid. c.* 78. *lib.* 3. *cap.* 20. *Diod. Sic. lib.* 12. *p.* 102. & 109.

(3) *Thucyd. lib.* 1. *c.* 141.

años de exércicio apenas habian bastado á los atenienses (1). La habilidad de estos ùltimos era tan conocida al principio de la guerra, que sus mas pequeñas escuadras, no temian atacar á las mayores flotas del Peloponeso (2).

En el septimo año de la guerra (*), los lacedemonios para salvar 420 de sus soldados (3) que los atenienses tenian sitiados en una isla, pidieron la paz, y entregaron cerca de 60 galeras que se les debian devolver si no se les daba libertad á los prisioneros; la que no se les dió: y habiendo los atenienses guardado sus barcos (4), la marina del Peloponeso fue destruida. Diversos incidentes retardaron el restablecimiento de ella, hasta el vigesimo año de la guerra, que el rey de Persia se obligó por promesas y tratados á proveer el mantenerla (5). Entónces la liga de Lacedemonia cubrió el mar con sus baxeles (6). Las dos naciones competidoras se atacaron mas directamente; y despues de una alternativa de sucesos y de reveses, el poder de la una se rindió baxo del de la otra.

(1) *Id. ibid. c. 142.*
(2) *Id. lib. 2. c. 88.*
(*) *Hacia el año 424. ant. de J. C.*
(3) *Thucyd. lib. 4. c. 8.*
(4) *Thucyd. ibid. c. 16. & 23.*
(5) *Id. lib. 8. cap. 5, 18, 36, 45. &c.*
(6) *Id. ibid. cap. 3.*

Los atenienses por su parte, no estaban en estado por el número de sus baxeles, de dar la ley á la Grecia, mas que sus enemigos lo estaban por el número de sus tropas. Si ellos parecian con sus flotas por donde los del Peloponeso tenian posesiones, sus esfuerzos se limitaban á devastar un canton, á apoderarse de una ciudad sin defensa, á imponer contribuciones sin atreverse á penetrar en las tierras. Era menester sitiar una plaza fuerte en un pais remoto? Aunque ellos tubiesen mas recursos que los lacedemonios, la lentitud de sus operaciones agotaba sus fondos y el pequeño número de tropas que podian emplear. La toma de Potidéa les costó muchos soldados, dos años y medio de trabajos y dos mil talentos (*) (1).

Asi pues, tanto por la estrema diversidad de fuerzas, como por su estrema desproporcion, la guerra debia durar mucho: y esto era lo que habian previsto los dos mas hábiles políticos de la Grecia, Arquidamo y Pericles (2), con esta diferencia, que el primero concluia de ello, que los lacedemonios

(*) *Diez millones ochocientas mil libras.*

(1) *Thucyd. lib. 1. c. 64. lib. 2. c. 70. Dodwell. in annal. Thucyd. p. 114. Diod. Sic. lib. 12. p. 102.*

(2) *Thucyd. lib. 1. c. 81. & 141.*

la debian temer, y el segundo, que los atenienses la debian apetecer.

Era fácil el preveer tambien, que el incendio se manifestaria, se apagaria, se volveria á encender por intervalos entre todos los pueblos. Como los intereses contrarios separaban á los pueblos vecinos; que los unos al menor pretesto se apartaban de la confederacion, que los otros quedaban abandonados á las facciones que incesantemente fomentaban Atenas y Lacedemonia, llegó el caso de que la guerra se hiciese de nacion á nacion en una misma provincia, de ciudad á ciudad en una misma nacion, de partido á partido en una misma ciudad.

Tucydides, Xénofonte y otros autores célebres han escrito las desgracias que causaron estas largas y funestas disenciones. Sin seguirlas en los detalles que no interesan en el dia sino á los pueblos de la Grecia, referiré algunos de los acontecimientos que pertenecen mas particularmente á los atenienses.

Al principio del segundo año, los enemigos volvieron á la Atica, y la peste se declaró en Atenas (1). Jamas este azote terrible ha asolado tantos climas. Salido de la Etiopia habia corrido el Egipto, la Libya, una parte de la Persia, la isla de Lemnos, y otros lugares. Un barco mercante la intro-

(1) *Thucyd. lib. 2. c. 47.*

duxo sin duda en el Piréo, donde se manifestó al punto; de alli se estendió con furor á la ciudad, y principalmente por todas aquellas habitaciones obscuras y mal sanas donde estaban apiñados los habitantes del campo.

El mal atacaba succesivamente á todas las partes del cuerpo (1). Los síntomas eran horrorosos, los progresos rápidos, las resultas cuasi siempre mortales. Desde los primeros acometimientos, el alma perdia sus fuerzas; el cuerpo parecia que las adquiria de nuevo; y era un cruel suplicio resistir á la enfermedad, sin poder resistir al dolor. Los pervigilios, los espantos, los continuos sollozos, las convulsiones violentas, no eran los únicos tormentos reservados á los enfermos. Un calor insoportable los devoraba interiormente. Cubiertos de ulceras y de manchas lívidas, los ojos inflamados; el pecho oprimido, las entrañas despedazadas ecshalando un olor fétido de su boca súcia con sangre inpura, se les veia arrastrar por las calles, para respirar mas libremente; y no pudiendo apagar la sed ardiente con que estaban abrasados, precipitarse dentro de los rios cubiertos de carambanos.

La mayor parte perecia al septimo ó no-

(1) *Id. ibid. c. 49. Plut. in Pericl. p. 171. Diod. Sic. p. 101. Lucret. lib. 6.*

mo dia. Si ellos prolongaban su vida mas allá de estos términos, no era sino para sufrir una muerte mas dolorosa y mas lenta.

Los que no morian de la enfermedad, cuasi nunca les acometia segunda vez (1). Débil consuelo! porque no ofrecian otra cosa á los ojos que los restos infortunados de ellos mismos. Unos habian perdido el uso de muchos de sus miembros; otros no conservaban ninguna idea de lo pasado: dichosos sin duda de ignorar su estado: pero ellos no podian reconocer á sus amigos (2).

Un mismo régimen producia efectos alternativamente saludables y dañosos: parecia que la enfermedad despreciaba las reglas y la esperiencia. Como ella infectaba tambien muchas provincias de la Persia, el rey Artaxérxes resolvió llamar á su socorro al célebre Hipocrates que estaba entónces en la isla de Cos (3): él en vano hizo brillar á sus ojos el esplendor del oro y de las dignidades; el grande hombre respondió al gran rey: que él no tenia ni necesidades ni deseos, y que él se debia á los griegos primero que á sus enemigos (4); y vino en efecto á ofre-

(1) *Thucyd. lib. 2. c. 51.*
(2) *Id. ibid. cap. 49.*
(3) *Suid. in Hippocr.*
(4) *Plut. in Cat. t. 1. p. 350. Galen. quod. opt. med. t. 1.*

cer sus servicios á los atenienses que lo recibieron con tanto mas reconocimiento quanto que la mayor parte de sus medicos habian muerto víctimas de su zelo. El agotó los auxîlios de su arte, y espuso muchas veces su vida. Si no obtuvo todo el suceso que merecian tan preciosos sacrificios y tan grandes talentos, dió á lo menos consuelos y esperanzas. Dicese que para purificar el aire, hizo encender hogueras en las calles de Atenas (1); otros pretenden que este medio fue empleado útilmente por un médico de Agrigenta llamado Acron (2).

Se vieron á los principios grandes exémplos de piedad filial, de amistad generosa: pero como casi siempre fueron funestos á sus autores, no se renovaron despues sino raras veces. Entónces los lazos mas respetables fueron despedazados; los ojos al tiempo de cerrarse, no veian por todas partes sino una soledad profunda (3); y la muerte no hizo correr mas lágrimas.

Este endurecimiento produxo una licencia desenfrenada. La pérdida de tantas gentes honradas confundidas en una misma tumba con los malvados, el trastorno de tantas fortunas heredadas, ó tomadas por ciudada-

(1) *Ap. Hippocr. t. 1. p. 970.*
(2) *Plut. de Isir. & Osir. t. 2. p. 383.*
(3) *Thucyd. lib. 2. c. 51.*

nos mas obscuros hirieron vivamente á aquellos que no tenian otro principio que el temor: persuadidos de que los dioses no tomaban mas interes en la virtud, y que la venganza de las leyes no seria tan pronta como la muerte que les amenazaba, creyeron que la fragilidad de las cosas humanas les indicaba el uso que debian hacer de ellas, y que no teniendo sino unos momentos que vivir, debian á lo menos pasarlos en el seno de los placeres (1).

Al cabo de dos años, la peste calmó al parecer. Durante este reposo, se percibió mas de una vez que el gérmen del contagio no estaba destruido, pues se descubrió 18 meses despues; y en el transcurso de un año entero, volvió á traer las mismas escenas de luto y de horror (2). En una y en otra época pereció un grandisimo número de ciudadanos, entre los cuales se deben contar cerca de 5000 hombres en estado de tomar las armas.

La pérdida mas irreparable fue la de Pericles, que murió el tercer año de la guerra (*), de resultas de la enfermedad (3). Algun tiempo antes, los atenienses agriados con el

(1) *Thucyd. lib. 2. c. 53.*
(2) *Thucyd. lib. 3. cap. 87.*
(*) *El año 429. ant. de J. C.*
(3) *Thucyd. lib. 2. c. 65. Plut. in per. p. 173.*

ecceso de sus males, lo habian despojado de su autoridad y condenado en una multa: ellos acababan de reconocer su injusticia, y Pericles se la habia perdonado (1), aunque disgustado del mando, por la ligereza del pueblo, y por la pérdida de su familia, y de la mayor parte de sus amigos que le habia arrebatado la peste. Proxîmo á dar el último suspiro y no dando ya ninguna señal de vida, los principales de Atenas juntados al rededor de su cama, consolaban su dolor refiriendole sus victorias y el número de sus trofeos. » Estas hazañas, les dice incorporandose con esfuerzo, son obra de la fortuna y me son comunes con otros generales. El único elogio que yo merezco, es el de no haber hecho vestir luto á ningun ciudadano (2)."

Si, conforme al plan de Pericles, los atenienses hubieran continuado una guerra ofensiva por el mar, defensiva por la tierra (3); si, renunciando toda idea de conquista, no hubieran arriesgado la salud del estado con empresas temerarias, habrian tarde ó temprano triunfado de sus enemigos, porque ellos les hacian en detall mas mal que el que recibian; porque la liga de que eran los xéfes, les estaba

(1) *Plut. ibid. p. 172.*
(2) *Id. ibid. p. 173.*
(3) *Thucyd. lib. 2. c. 65.*

cuasi enteramente subordinada, al paso que la del Peloponeso, compuesta de naciones independientes, podia cada instante disolverse. Pero Pericles murió, y fue reemplazado por Cleon.

Este era un hombre de baxa estirpe, sin verdadero talento, pero vano, atrevido, cólerico (1), y por lo mismo agradable á la muchedumbre, que le tenia inclinacion por sus liberalidades, y él la mantenia, inspirandole una grande idea del poder de Atenas, un soberano desprecio por el de Lacedemonia (2). Este fue aquél que juntó un dia á sus amigos, y les declaró que hallandose proxîmo á administrar los negocios públicos, renunciaba las relaciones que le empeñasen tal vez á cometer alguna injusticia (3). Y no por esto dexó de ser el mas ambicioso y el mas injusto de los hombres.

Los ciudadanos honrados le opusieron á Nicias, uno de los primeros y mas ricos particulares de Atenas, que habia mandado los exércitos y conseguido muchas ventajas. El interesó á la muchedumbre con fiestas y liberalidades (4): pero como desconfiaba de

(1) *Id. lib. 3. c. 36. Plut. in Nic. p. 524.*
(2) *Thucyd. lib. 4. c. 28.*
(3) *Plut. an. seni &c. t. 2. p. 806.*
(4) *Id. in Nic. t. 1. p. 524.*

si mismo y de los acontecimientos (1), y como sus sucesos no habian servido sino de hacerlo mas tímido, obtuvo consideracion y nunca la superioridad del crédito. La razon hablaba friamente por su boca al tiempo que el pueblo necesitaba fuertes emociones, y que Cleon las eccitaba con sus declamaciones, con sus gritos y gestos furiosos (2).

El salió con bien por casualidad en una empresa que Nicias habia rehusado exécutar: desde este momento, los atenienses que se habian burlado de su eleccion, se entregaron á sus consejos con mas confianza. Ellos rechazaron las proposiciones de paz que hacian los enemigos (3), y lo pusieron al frente de las tropas que enviaban á la Tracia, para detener los progresos de Brasidas, el mas hábil general de Lacedemonia. El se acarreó el desprecio de ambos exércitos; y habiendose acercado al enemigo sin precaucion, se dexó sorprender, fue de los primeros en huir, y perdió la vida (4).

Despues de su muerte, Nicias no encontrando mas obstáculo para la paz, entabló negociaciones, á que se siguió luego una

(1) *Thucyd. lib. 5. c. 16.*
(2) *Plut. in Nic. p. 528.*
(3) *Schol. Aristoph. in pac. v. 647. & 664.*
(4) *Thucyd. lib. 5. c. 10.*

alianza ofensiva y defensiva (*), que debia por espacio de 50 años unir estrechamente á los atenienses y á los lacedemonios (1). Las condiciones del tratado las remitieron al mismo punto donde se hallaban al principio de la guerra. Se habian pasado sin embargo mas de diez años desde esta época, y las dos naciones se habian debilitado inútilmente.

Ellas se gloriaban de que por fin gustaban las dulzuras del reposo: pero su alianza ocasionó nuevas ligas y nuevas divisiones. Muchos de los aliados de Lacedemonia se quexaron de no haber sido comprendidos en el tratado; y habiendose unido con los argienses, que hasta entónces habian permanecido neutrales se declararon contra los lacedemonios. Por otra parte los atenienses y los lacedemonios se acusaban reciprocamente de no haber cumplido los artículos del tratado; de alli las discordias y las hostilidades. Con todo, no fue sino hasta el cabo de seis años y diez meses (**), que hicieron un rompimiento declarado (2): rompimiento cuyo pretesto fue muy frívolo, y que se habria fácilmente prevenido, si la guerra no hubiera sido necesaria para la elevacion de Alcibiades.

(*) *El año 421. ant. de J. C.*
(1) *Thucyd. ibid. cap. 17. 18. &c.*
(**) *El año 414. ant. de J. C.*
(2) *Thucyd. lib. 5. cap. 25.*

ALCIBIADES.

Los historiadores han ajado la memoria de este ateniense; otros lo han realzado con elogios, sin que se le pueda acusar de injusticia ó de parcialidad (1). Parece que la naturaleza habia ensayado reunir en él cuanto ella puede producir de mas fuerte en vicios y en virtudes (2). Nosotros lo consideramos aqui respecto al estado cuya ruina aceleró, y mas baxo en sus relaciones con la sociedad que acabó de corromper.

Un órigen ilustre, riquezas considerables, la figura mas distinguida, un ingenio fácil y estenso, el honor en fin de pertenecer á Pericles: tales fueron las ventajas que deslumbraron luego á los atenienses y con que él se deslumbró el primero (3).

En una edad en que no hay necesidad sino de indulgencia y de consejos, tuvo una corte y aduladores: él admiró á sus maestros por su docilidad, y á los atenienses por la licencia de su conducta. Socrates, que previó temprano que este jóven seria el mas pe-

(1) *Nep. in Alcib. c.* 11.
(2) *Id. ibid. cap.* 1.
(3) *Plat. in Alcib.* 1. *t.* 2. *p.* 104. *Nep. in Alcib. c.* 1. *Diod. Sic. lib.* 12. *p.* 130. *Plut. in Alcib. &c.*

ligroso de los ciudadanos de Atenas, si él no lo volvia el mas útil, buscó su amistad, la obtuvo á fuerza de esmeros, y no la perdió jamas (1): él emprendió moderar aquella vanidad que no podia sufrir en el mundo, ni superior, ni igual; y era tal en estas ocasiones el poder de la razon, ó de la virtud, que el discipulo lloraba sus errores, y se dexaba humillar sin quexarse (2).

Cuando entró en la carrera de los honores, quiso deber sus sucesos menos al esplendor de su magnificencia y de sus liberalidades, que á los atractivos de su elocuencia (3): él se presentó en la tribuna. Un ligero defecto de pronunciacion daba á sus palabras las gracias naturales de la infancia (4); y aunque él titubease alguna vez para hallar el vocablo propio, fue mirado por uno de los mas grandes oradores de Atenas (5). El habia ya dado pruebas de su valor; y, despues de sus primeras campañas, se pronosticó que él seria el mas grande general de la

(1) *Plat. in Alcib.* 1. *t.* 2. *p.* 103. *Id. in Conv. t.* 3. *p.* 215. *&c.*

(2) *Plut. in Alcib. t.* 1. *p.* 193. & 194.

(3) *Id. ib. p.* 195.

(4) *Id. ibid. p.* 192. *Aristoph. in vesp. v.* 44.

(5) *Demosth. in Mid. p.* 626. *Plut. in Alcib. p.* 196. *Diod. Sic. lib.* 12. *p.* 130.

Grecia. No hablaré de su dulzura, de su afabilidad, ni de otras tantas cualidades que concurrieron á hacerle el mas amable de los hombres.

No era menester buscar en su corazon la elevacion que produce la virtud; pero se hallaba allí el atrevimiento (1), que da el instinto de la superioridad. Ningun obstáculo, ninguna desgracia podia ni sorprenderlo, ni desanimarlo: parecia que estaba persuadido de que si las almas de un cierto órden no hacen todo lo que quieren, es porque ellas no se atreven á todo lo que pueden. Forzado por las circunstancias á servir á los enemigos de su patria, le fue tan fácil el ganar su confianza por su ascendiente, como el gobernarlos por la sabiduria de sus consejos: tuvo esto de particular, que siempre hizo triunfar el partido que él favorecia, y que sus numerosas hazañas jamas fueron deslucidas por ningun revés (2).

En las negociaciones, empleaba unas veces las luces de su espíritu, que eran tan vivas como profundas; otras las estratagemas y las pérfidias, que las razones de estado no pueden jamas autorizar (3); otras veces, la

(1) *Diod. Sic. lib.* 13. *p.* 191.

(2) *Plut. in Coriol. p.* 233. *Nep. in Alcib. c.* 6.

(3) *Thucyd. lib.* 5. *c.* 45. *lib.* 8. *cap.* 81. *Plut. in Alcib. p.* 198.

facilidad de un carácter al que la necesidad de dominar, ó el deseo de agradar cedia sin violencia á las coyunturas. Entre todos los pueblos se llevó la atencion y se enseñoreó de la opinion pública. Los espartanos admiraron su frugalidad; los tracios, su intemperancia; los beocios, su aficion á los exércicios mas violentos; los jonicos, su gusto por la pereza y el deleyte; los sátrapas del Asia, un luxo que no podian igualar (1). El se hubiera mostrado el mas virtuoso de los hombres, si no huviera tenido jamas el exémplo del vicio, pero el vicio lo arrastraba sin esclavizarlo. Parece que la profanacion de las leyes y la corrupcion de las costumbres no eran á sus ojos sino una continuacion de las victorias alcanzadas sobre las costumbres y sobre las leyes; y aun se podria decir que sus defectos no eran sino estravios de su vanidad. Los rasgos de ligereza, de frivolidad, de imprudencia, escapados á sus pocos años, ó á su ociosidad, desaparecian en las ocasiones que pedian reflexîon y constancia. Entónces juntaba la prudencia á la actividad (2); y los placeres no le quitaban ni un instante de los que debia á su gloria ó á sus in-

(1) *Plut. in Alcib. p.* 203. *Nep. in Alcib. cap.* 11.

(2) *Plut. in Alcib. p.* 211. *Nep. in Alcib. c.* 1.

tereses.

Su vanidad habria tarde ó temprano degenerado en ambicion; porque era imposible que un hombre tan superior á los demas, y tan devorado de la ansia de dominar, no hubiese acabo por exîgir obediencia, despues de haber agotado la admiracion. Asi fue que toda su vida fue sospechoso á los principales ciudadanos entre los cuales, unos temian sus talentos; otros sus excesos (1), y alternivamente adorado, temido y aborrecido del pueblo que no podia pasarse sin él (2); y como los sentimientos de que él era el objeto, se volvian pasiones (3) violentas, fue con las convulsiones de alegria ó de furor, que los atenienses lo elevaron á los honores, le condenaron á muerte, le llamaron y lo proscribieron segunda vez.

Un dia que él habia desde lo alto de la tribuna arrancado los votos del público, y que volvia para su casa acompañado de toda la asamblea, lo encontró Timon de sobrenombre el Misantropo, y apretandole la mano: „animo hijo mio, le dixo; continúa „engrandeciendote, y yo te deberé la pér„dida de los atenienses (4).

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 15. Plut. ibid. p. 198.*
(2) *Aristoph. in ran. v. 1472.*
(3) *Justin. lib. 5. cap. 4.*
(4) *Plut. in Alcib. p. 199.*

En otro momento de embriaguez, el baxo pueblo proponia restablecer la dignidad real á su favor (1); pero como él no se huviera contentado con ser no mas que un rey, no era la pequeña soberania de Atenas la que le convenia, era un vasto imperio que le pusiese en estado de conquistar otros.

Nacido en una república, él la debia elevar sobre ella misma, antes de ponerla á sus pies. Este es sin duda el secreto de las brillantes empresas en que él metió á los atenienses. Con sus soldados él habria sometido á los pueblos; y los atenienses se hubieran hallado esclavizados sin catarse de ello.

Su primera desgracia, parandole cuasi al principio de su carrera, no ha dexado ver sino una verdad; y es, que su genio y sus proyectos fueron demasiado vastos para la felicidad de su patria. Se ha dicho que la Grecia no podia llevar dos Alcibiades (2); se debe añadir que Atenas tuvo demasiado con uno. El fue quien hizo resolver la guerra con la Sicilia.

GUERRA DE LOS ATENIENSES EN SICILIA.

Algun tiempo despues, los atenienses meditaban la conquista de esta isla rica y po-

(1) *Id. ib. p.* 210.
(2) *Archest. ap. Plut. in Alcib. p.* 199.

derosa. Su ambicion reprimida por Pericles, fue poderosamente ayudada por Alcibiades. Todas las noches, sueños alagüeños traian á su memoria la gloria inmensa de que iba á coronarse; la Sicilia no debia ser mas que el teátro de sus primeras proezas: él se apoderaba de la Africa, de la Italia, del Peloponeso. Todos los dias mantenia con sus grandes designios, aquella juventud fogosa que se pegaba á sus pasos, y con que él gobernaba las voluntades (1).

Entretanto la ciudad de Egesta en Sicilia, que se decia estaba oprimida por los de Selinonta y Syracusa, imploró la asistencia de los atenienses con quienes estaba aliada: ella ofrecia indemnizarles sus gastos, y les representaba que si no detenian los progresos de los syracusanos, este pueblo no tardaria en juntar sus tropas á las de los lacedemonios. La república envió diputados á Sicilia: quienes á su vuelta hicieron una relacion infiel del estado de las cosas. La espedicion se resolvió; y se nombraron por generales de ella á Alcibiades, Nicias y Lamaco. Se lisonjeaban de tal modo del suceso, que el senado arregló de antemano la suerte de diferentes pueblos de la Sicilia.

Sin embargo, los ciudadanos ilustrados estaban tanto mas asustados, quanto que no

(1) *Plut. ib.*

habia entónces mas que una ligera idea de la grandeza, de las fuerzas y de las riquezas de esta isla (1). A pesar de la ley que prohibe volver á tratar en una misma decision todas las órdenes del estado, Niclas representaba á la asamblea, que no habiendo podido la república terminar aun las contiendas suscitadas entre ella y los lacedemonios, la paz actual no era sino una suspension de armas; que sus verdaderos enemigos estaban en el Peloponeso; que ellos no esperaban mas que la salida del exército para dexarse caer sobre el Atica; que las refriegas de las ciudades de Sicilia, nada tenian de comun con los atenienses; que el colmo de la estravagancia era el sacrificar la salud del estado á la vanidad, ó al interes de un jóven deseoso de ostentar su magnificencia á vista del exército; que semejantes ciudadanos no servian sino de arruinar al estado arruinandose á sí mismos; y que les convenia tan poco deliberar sobre empresas tan altas, como el executarlas (2).

„Yo miro con sobresalto, añadió Nicias, „esta numerosa juventud que le rodea y cu„yos votos dirige. Respetables ancianos, yo „solicito los vuestros á nombre de la patria; „y vosotros magistrados, llamad de nuevo „al pueblo á la deliberacion; y si las leyes

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 1.*
(2) *Thucyd. lib. 6. c. 8.*

„os lo prohiben, pensad que la primera de „las leyes es salvar al estado."

Alcibiades tomando la palabra, representó que los atenienses, protegiendo á las naciones oprimidas, habian llegado á aquel alto punto de gloria y de grandeza (1); que no les era permitido entregarse mas á un reposo muy capaz de enervar el brio de las tropas; que algun dia vendrian ellos á ser sojuzgados, si desde ahora no sojuzgaban á los demas; que las mas de las ciudades de Sicilia no estaban pobladas sino de bárbaros, ó de estrangeros insensibles al honor de su patria y siempre dispuestos á mudar de amos; que otros, fatigados de sus divisiones, esperaban la arribada de la flota para volverse á los atenienses; que la conquista de esta isla, les facilitaria la de la Grecia entera; que al menor revés encontrarian ellos un asilo en sus baxeles; que solo el ruido de esta espedicion aturdiria á los lacedemonios; y que si este pueblo esponia una irrupcion en el Atica, no tendria mejor exito que las anteriores.

En quanto á los reproches que tocaban á su persona, respondia, que su magnificencia no habia servido hasta el dia, sino de dar á los pueblos de la Grecia una alta idea del poder de los atenienses y de procurarle

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 18.*

á el mismo mucha autoridad para desprender naciones enteras de la liga del Peloponeso. „Ademas de esto decia, destinado á „dividir con Nicias el mando del exército, „si mi juventud y mis locuras os causan al„gunas alarmas, vosotros quedareis mas ase„gurados con la felicidad que ha coronado „siempre sus empresas (1)."

Esta respuesta inflamó á los atenienses con un nuevo ardor. Su primer proyecto no habia sido otro que enviar 60 galeras á Sicilia. Nicias, para retraherlos por una via indirecta, representó que ademas de las flota, era preciso un exército por tierra, y les puso á la vista el espantoso cuadro de los preparativos, de los gastos y del número de tropas que exigia semejante espedicion. Entónces se oyó una voz de en medio de la asamblea; „Nicias, no se trata de todos „estos rodeos: esplicaos categoricamente „acerca del número de soldados y de na„ves que necesitais (2)" Habiendo respondido Nicias que lo conferiria con los demas generales, la asamblea le dió pleno poder para disponer de todas las fuerzas de la república.

Ellas estaban prontas (3), cuando Alci-

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 17.*
(2) *Id. ibid. c. 25.*
(3) *Id. ibid. c. 27. Plut. in Alcib. p. 200. Nep. in Alcib. c. 3.*

biades fue denunciado de haber con algunos compañeros de su displucion, mutilado por la noche las estatuas de Mercurio, colocadas en distintos cuarteles de la ciudad y representado al fin de una cena, las ceremonias de los terribles misterios de Eleusis. El pueblo, capaz de perdonarle todo en qualquiera otra ocasion, no respiraba sino furor y venganza. Alcibiades al punto sobresaltado con la exâltacion de los ánimos, luego asegurado por las disposiciones favorables del exército y de la armada, se presenta en la asamblea; destruye las sospechas que se habian levantado contra él, y pide la muerte si es culpable, una satisfaccion correspondiente si no lo es. Sus enemigos hacen diferir la sentencia hasta despues de su vuelta y le obligan á partir cargado de una acusacion que tiene la espada colgada sobre su cabeza.

El punto general de reunion asi para los atenienses como para sus aliados era en Corcyra (1). De allí fue que salió la flota compuesta de cerca de 300 velas, y se fue á Régio lo último de la Italia (*) llevando 5100 hombres pesadamente armados, entre los cuales iba la flor de los soldados atenienses. Se habian juntado á ellos 480 hacheros, 700 honderos, algunas otras tropas ligeras,

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 42. 47. &c.*
(*) *El año 415. ant. de J. C.*

y un pequeño número de caballeros.

Los generales no habian exîgido mayores fuerzas; Nicias no pensaba en apoderarse de la Sicilia; Alcibiades creia que para sojuzgarla, bastaria con sembrar allí la division. Unos y otros manifestaron sus miras en el primer consejo que tuvieron antes de comenzar la campaña. Sus instrucciones les prescribian en general arreglar los negocios de Sicilia del modo mas ventajoso á los intereses de la república: en particular el proteger á los egestanos contra los de Selinonta y si las circunstancias lo permitiesen, empeñar á los syracusanos á volver á los leontinos las posesiones de que los habian privado (1).

Nicias se atenia á lo literal de este decreto, y queria, despues de haberlo executado volver á llevar la flota al Piréo (2). Alcibiades sostenia que tan grandes esfuerzos por parte de los atenienses, debiendo ser señalados por grandes empresas, era preciso enviar diputados á las principales ciudades de la Sicilia, sublevarlas contra los syracusanos, sacar de ellas víveres y tropas, y, en vista del efecto de estas diversas negociaciones, determinarse al sitio de Selinonta ó al de Syracusa. Lamaco, el tercero de los generales

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 8.*
(2) *Id. ibid. cap. 47.*

proponia marchar al instante contra esta última ciudad, y aprovecharse de la sorpresa en que la habia puesto la llegada de los atenienses (1). El puerto de Megara, cerca á Syracusa, abrigaria su flota, y la victoria obraria una revolucion en la Sicilia.

El suceso habria tal vez justificado el dictámen de Lamaco. Los syracusanos no habrian tomado ninguna precaucion contra la tempestad que les amenazaba: les hubiera costado trabajo el persuadirse de que los atenienses fuesen tan insensatos que meditasen la conquista de una ciudad como Syracusa. „Debieran tenerse por dichosos, esclamaba „uno de sus oradores, de que nosotros no „hayamos pensado jamas en ponerlos baxo „de nuestras leyes (2)."

No habiendo agradado este proyecto á los otros dos generales, Lamaco abrazó el dictámen de Alcibiades. Mientras que este último tomaba á Catana por sorpresa; que Naxos le abria las puertas, que las intrigas iban á forzar las de Mesina (3), y que sus esperanzas comenzaban á realizarse (4), se hacia partir del Piréo la galera que debia

(1) *Id. ibid. cap. 49.*
(2) *Id. ibid. c. 36.*
(3) *Thucyd. lib. 6. c. 51. Plut. in Alcib. p.* 202.
(4) *Nep. in Alcib. c. 4.*

transportarle á Atenas. Sus enemigos habian prevalecido y le citaban para comparecer á responder la acusacion, cuya secuela habian suspendido hasta entónces. No se atrevieron á arrestarlo, porque se temia el levantamiento de los soldados y la desercion de las tropas aliadas, de las cuales la mayor parte no habia ido á Sicilia sino á sus súplicas (1). El habia desde luego formado el designio de ir á confundir á sus acusadores; pero cuando estuvo en Turio, habiendo reflexîonado sobre las injusticias de los atenienses, engañó la vigilancia de sus guias, y se retiró al Peloponeso (2).

Su retiro derramó el desaliento en el exército. Nicias que nada temia cuando era necesario exécutar, y todo cuando se necesitaba emprender, dexaba apagar en el reposo, ó en las conquistas fáciles, el ardor que Alcibiades habia eccitado en el corazon de los soldados. Sin embargo él vió el momento en que el mas brillante suceso iba á justificar una empresa cuyas resultas habia temido siempre: él se habia determinado por último á poner sitio á Syracusa, y lo habia conducido con tanta inteligencia, que los habitantes estaban dispuestos á rendirse. Ya muchos pueblos de

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 61. Plut. in Alcib. p.* 200.

(2) *Plut. in Alcib. p.* 202.

Sicilia y de Italia se declaraban á su favor, cuando un general lacedemonio nombrado Gylipo, entró en la plaza sitiada con algunas tropas que habia llevado del Peloponeso, ó juntado en Sicilia. Nicias hubiera podido impedirle el desembarco en esta isla: se descuidó en esta precaucion (1); y esta falta irreparable fue el orígen de todas sus desgracias. Gylipo ecsaltó el brio de los syracusanos, batió á los atenienses, y los tuvo encerrados dentro de sus trincheras.

Atenas hizo partir á las órdenes de Démostenes y de Eurymedon, una nueva flota compuesta de cerca de 73 galeras y otro exército fuerte de 5000 hombres pesadamente armados y de algunas tropas ligeras (2). Démostenes habiendo perdido 2000 hombres en el ataque de un puesto importante, y considerando que pronto la mar no seria navegable, y que las tropas se disminuirian con las enfermedades, propuso abandonar la empresa ó transportar el exército á lugares mas sanos (3). A punto de hacerse á la vela, Nicias asustado de un eclypse de luna que sembró el terror en el campo, consultó á los adivinos que le mandaron espe-

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 104.*
(2) *Id. lib. 7. c. 42.*
(3) *Id. ibid. c. 47. & 49. Justin. lib. 4. c. 5.*

rar 27 dias mas (1).

Antes de fenecidos, los atenientes vencidos por mar y tierra no pudiendo permanecer baxo los muros de Syracusa, por falta de víveres, ni salir del puerto que habian cerrado los syracusanos, tomaron por último el partido de abandonar sus campos, sus enfermos, sus naves, y retirarse por tierra á alguna ciudad de Sicilia: en efecto partieron en número de 40,000 hombres (2), contando no solamente con las tropas que les habian suministrado los pueblos de Sicilia y de Italia, sino tambien con la chusma de las galeras, los artesanos y los esclavos.

No obstante los de Syracusa ocupan los desfiladeros de las montañas y los pasos de los rios, destruyen los puentes, se apoderan de las alturas, y estienden en el llano diversos destacamentos de caballeria y de tropas ligeras.

Los atenienses fatigados, detenidos á cada paso, están espuestos continuamente á los tiros de un enemigo que encuentran por todas partes y que no pueden alcanzar en ninguna: ellos eran sostenidos por el exémplo de sus generales y por las exhortaciones de Nicias, quien á pesar del desaliento á que lo habia reducido una larga enfermedad,

(1) *Thucyd. lib. 6. c. 50.*
(2) *Thucyd. lib. 6. c. 75.*

mostraba un corage superior al riesgo. Por espacio de ocho dias enteros tuvieron que luchar con obstáculos que siempre renacian. Pero Demostenes que mandaba la retaguardia compuesta de 6000 hombres, habiendose estraviado en su marcha, fue introducido en un lugar estrecho; y despues de muchos prodigios de valor, se rindió con tal que se les concediese la vida á sus soldados y se les ahorrase el horror de la prision (1).

Nicias, no habiendo podido salir con bien de una negociacion que habia entablado, conduxo el resto del exército hasta el rio Asinaro (2). Llegados á este sitio, la mayor parte de los soldados, atormentados de una sed devoradora, se arrojan confusamente al rio; los demas son precipitados allí por el enemigo: los que quieren salvarse á nado, encuentran al otro lado, orillas escarpadas y guarnecidas de gentes de dardo, que hacen de ellos una carniceria horrible. Ocho mil hombres perecieron en este ataque (3); y Nicias dirigiendo la palabra á Gylipo: „dis„poned de mi, le dice, como mejor os pa„rezca; pero salvad á lo menos á estos infe„lices soldados." Gylipo hizo luego cesar la carniceria.

(1) *Id. l. 7. c. 82.*
(2) *Thucyd. lib. 7. p. 84.*
(3) *Diod. Syc. l. 13. p. 148.*

Los syracusanos volvieron á entrar en Syracusa, seguidos de 7000 prisioneros (1), que fueron echados por las calles: allí sufrieron por espacio de muchos meses, males inesplicables; muchos perecieron, otros fueron vendidos como esclavos. Un número considerable de prisioneros se habia vuelto la presa de los oficiales y soldados; todos acabaron sus dias en las prisiones, á ecepcion de algunos ateniènses que debieron su libertad á las piezas de Euripides, que apenas se conocian entónces en Sicilia, y de las cuales ellos recitaban los mas bellos pasages á sus amos (2). Nicias y Démostenes fueron condenados á muerte, á pesar de los esfuerzos que hizo Gylipo para salvarles la vida (3).

Atenas, oprimida de un revés tan inesperado, preveia aun mayores desgracias. Sus aliados estaban prontos á sacudir su yugo; los demas pueblos juraban su pérdida (4): los del Peloponeso se habian creido ya autorizados por su exémplo á romper la tregua (5). Se echaba de ver en sus operaciones mas bien combinadas, el espíritu de venganza y el génio superior que las dirigian. Alci-

(1) *Thucyd. l. 7. c. 87.*
(2) *Plut. in Nic. c. 1. p. 542.*
(3) *Thucyd. l. 7. c. 86.*
(4) *Thucyd. l. 8. c. 2.*
(5) *Id. l. 7. c. 19.*

biades gozaban en Lacedemonia del crédito que obtenia por todas partes. Fue por su consejo que los lacedemonios tomaron la resolucion de enviar auxilios á los syracusanos, de volver á empezar sus incursiones en el Atica, y de fortificar á 120 estadios de Atenas, el puesto de Décelia que tenia bloqueada á esta ciudad por tierra (1).

Era menester para aniquilar su poder, favorecer la revolucion de sus aliados, y destruir su marina. Alcibiades se dirige á las costas del Asia menor. Quio, Mileto, otras ciudades florecientes se declaran á favor de los lacedemonios (2). El cautiva con su agrado á Tisafernes gobernador de Sardes (3); y el rey de Persia se empeña en pagar la flota del Peloponeso (4).

Esta segunda guerra, conducida con mas regularidad que la primera, se huviera terminado pronto, si Alcibiades, perseguido por Agis rey de Lacedemonia, á cuya esposa habia seducido, y por otros xéfes de la liga, á quienes su gloria hacia sombra, no hubiera al fin comprendido, que despues de haberse vengado de su patria, no le quedaba mas que hacer que garantirla de una

(1) *Id. lib. 6. c. 91. Nep. in Alcib. c. 4.*
(2) *Thucyd. l. 8. c. 12. & 17.*
(3) *Plut. in Alcib. p. 204.*
(4) *Thucyd. l. 8. c. 5. Justin. l. 5. c. 2.*

pérdida cierta (1). Con esta mira suspendió los esfuerzos de Tisafernes y los auxîlios de la Persia con el pretesto de que interesaba al gran rey dexar que los pueblos de la Grecia se debilitasen mutuamente (2).

Habiendo los atenienses inmediatamente despues revocado el decreto de su destierro, se pone al frente de ellos, sujeta las plazas del Helesponto (3), obliga á uno de los gobernadores del rey de Persia á firmar un tratado ventajoso á los atenienses (4), y á Lacedemonia á pedirles la paz (5). Esta solicitud fue repulsada, porque creyendose en adelante invencibles baxo del mando de Alcibiades, habian pasado rápidamente de la mas profunda consternacion á la presuncion mas insolente. A el odio, de que estaban animados contra este general, habia succedido tan pronto el reconocimiento mas excesivo, el amor mas desenfrenado.

Cuando él volvió á su patria, su arribo, su mansion, el cuydado que tuvo de justificar su conducta, fueron una continuacion de triunfo para él, y de fiestas para la mu-

(1) *Plut. in Alcib. p. 204.*
(2) *Justin. lib. 5. c. 2.*
(3) *Plut. in Alcib. p. 206.*
(4) *Id. ibid. p. 208.*
(5) *Diod. Sic. lib. 13. p. 177.*

chedumbre (1). Cuando por las aclamaciones de toda la ciudad se le vió salir del Piréo con una flota de cien naves, no se dudó que la celeridad de sus hazañas forzase pronto á los pueblos del Peloponeso á sufrir la ley del vencedor; se aguardaba á cada instante la llegada del correo encargado de anunciar la destruccion del exército enemigo y la conquista de la Jonia (2).

En medio de estas esperanzas lisongeras, se supo que quince galeras atenienses, habian caido en poder de los lacedemonios. El combate se habia dado en ausencia, y contra las órdenes terminantes de Alcibiades, á quien la necesidad de imponer contribuciones para la subsistencia de las tropas habia obligado á pasar á la Jonia. A la primera noticia de este accidente, se volvió atrás, y fue á presentar la batalla al vencedor, que no se atrevió á aceptarla (3). El habia reparado el honor de Atenas: la pérdida era ligera, pero bastaba al zelo de sus enemigos, quienes agriaron al pueblo, que lo despojó del mando general de los exércitos con la misma prisa con que lo habian revestido

(1) *Nep. in Alcib. c. 6. Plut. p. 209. Justin. lib. 5. cap. 4.*

(2) *Plut. ibid. p. 211.*

(3) *Plut. in Alcib. p. 211. Xenoph. hist. Græc. lib. 1. p. 447.*

de 61.

La guerra continuó aun por espacio de algunos años; ella se hizo siempre por mar, y acabó con la batalla de Ægos-Potamos que ganaron los del Peloponeso en el estrecho del Helesponto. El espartano Lysandro, que los mandaba (1), sorprendió la flota de los atenienses compuesta de 180 velas, se hizo dueño de ellas é hizo 3000 prisioneros (*).

Alcibiades, que, despues de su retiro se habia establecido en un sitio cercano, habia advertido á los generales atenienses el riesgo de su posicion y la poca disciplina que reynaba entre los soldados y los marineros. Ellos despreciaron los consejos de un hombre caido en desgracia.

TOMA DE ATENAS.

La pérdida de la batalla llevó tras sí la de Atenas que despues de un sitio de algunos meses se rindió por falta de víveres (**). Muchas de las potencias aliadas propusieron destruirla; Lacedemonia escuchando mas su

(1) *Xenoph. lib. 2. p. 445. & 457. Plut. in Lysandr. t. 1. p. 440.*

(*) *El año 405. ant. de J. C.*

(**) *Hacia el fin de abril del año 404. ant. de J. C.*

gloria que su interes, rehusó poner las cadenas á una nacion que habia hecho tan grandes servicios á la Grecia (1); pero condenó á los atenienses no solamente á demoler las fortificaciones del Pireo asi como la larga muralla que une el puerto á la ciudad, sino tambien á entregar sus galeras, ecepto doce: á volver á llamar á los desterrados: á retirar sus guarniciones de las ciudades de que se habian apoderado; á hacer una liga ofensiva y defensiva con los lacedemonios; á seguirlos por mar y por tierra luego que hayan recibido la órden. (1).

Las murallas fueron batidas al son de los instrumentos, como si la Grecia huviera recobrado su libertad (3), y algunos meses despues, el vencedor permitió al pueblo elegir 30 magistrados que debian establecer otra forma de gobierno, y que acabaron con usurpar la autoridad (4) (*).

(1) *Xenoph. hist. Graec. lib. 2. p. 460. Isocr. de pace t. 1. p. 399. Andoc. de pace p. 26.*

(2) *Xenoph. ibid. Diod. Sic. lib. 3. p. 226.*

(3) *Xenoph. ibid. Plut. in Lysandr. p. 441.*

(4) *Lys. in Eratosst. p. 192. Xenoph. ibid. p. 461. Diod. Sic. l. 14. p. 296.*

(*) *Hacia el estio del año 404. ant. de J.C.*

Ellos sirvieron primero contra una multitud de delatores odiosos á los hombres de bien, en seguida contra sus enemigos particulares, luego despues contra los que querian usurpar las riquezas. Las tropas lacedemonianas que habian obtenido de Lysandro, 3000 ciudadanos que ellos se habian asociado para afirmar su poder (1), protegian abiertamente sus injusticias. La nacion desarmada, cayó de golpe en una estrema servidumbre; el destierro, las prisiones, la muerte, eran la parte que les tocaba á los que se declaraban contra la tiranía, ó que al parecer condenaban con su silencio. Ella no subsistió sino tan solo ocho meses (2); y en este corto espacio de tiempo, mas de 1500 ciudadanos fueron indignamente pasados á cuchillo y privados de los honores fúnebres (3). La mayor parte abandonó una ciudad donde las víctimas y los testigos de los opresores no se atrevian á hacer oir ni una quexa, porque era necesario que el dolor fuese mudo, y que la piedad pareciese indiferente.

Socrates era el único que no se dexó do-

(1) *Lys. ibid. p. 227. Xenoph. ibid. p. 463.*

(2) *Corsin. fastos Ad. t. 3. p. 264.*

(3) *Isocr. Areopag. t. 1. p. 345. Demosth. in Timocr. p. 782. Æschin. in Ctesiph. p. 466.*

blar de la iniquidad de los tiempos; él tuvo espíritu para consolar á los desgraciados, y resistir á las órdenes de los tiranos (1). Mas no era su virtud la que los alarmaba: ellos temian con mas razon el genio de Alcibiades, cuya conducta espiaban.

El estaba entónces en un burgo de Frigia en el gobierno de Farnabazo, de quien habia recibido muestras de distincion y amistad. Instruido de las levas que el jóven Ciro hacia en el Asia menor, habia inferido que este principe meditaba una espedicion contra su hermano Artaxérxes; y hacia ánimo en consecuencia, de ir ante el rey de Persia á advertirle el peligro que le amenazaba, y á pedirle auxîlios para libertar á su patria: empero de repente unos asesinos enviados por el sátrapa, cercan su casa y no teniendo atrevimiento de atacarle, le ponen fuego. Alcibiades se arroja con la espada en la mano al través de las llamas, aparta á los bárbaros y cae debajo de una lluvia de saetas (2): su edad era entónces de 40 años. Su muerte es un borron para Lacedemonia, si es verdad que los magistrados, participando de los temores de los tiranos de Atenas,

(1) *Xenoph. memor. p. 716. Diod. Sic. l. 14. p. 237. Senec. de tranquill. anim. c. 3.*

(2) *Plut. in Alcib. t. 1. p. 212. & 213. Nep. in Alcib. c. 10.*

empeñaron á Farnabazo á cometer este cobarde atentado. Pero otros pretenden que él lo buscó por su mano, y por intereses particulares (1).

La gloria de salvar á Atenas, estaba reservada á Trasibulo. Este generoso ciudadano colocado por su mérito al frente de los que habian tomado la fuga, y sordo á las proposiciones que le hicieron los tiranos de asociarse al poder de ellos, se apoderó del Piréo, y llamó al pueblo á la libertad (2). Algunos de los tiranos perecieron con las armas en la mano; otros fueron condenados á perder la vida. Una amnistía general volvió á conciliar los dos partidos, y á traer la tranquilidad á Atenas (3).

Algunos años despues, ella sacudió el yugo de Lacedemonia, restableció la democracía, y aceptó el tratado de paz que él espartano Antalcidas concluyó con Artaxérxes (*). Por este tratado que las circunscias hacian necesario, las colonias griegas del Asia menor, y algunas islas vecinas, fueron abandonadas á la Persia; los demas pueblos de la Grecia recobraron sus leyes y su in-

(1) *Ephor. ap. Diod. l. 14. p. 242.*
(2) *Xenoph. hist. Græc. l. 2. p. 472.*
(3) *Id. ibid. p. 479.*
(*) *El año 387. antes de J. C.*

dependencia (1); mas quedaron en un estado de debilidad, de que quizá no saldrán nunca. Así se terminaron las diferencias que habian ocasionado la guerra de los medos y la del Peloponeso.

El ensayo histórico que acabo de hacer finaliza con la toma de Atenas. En la relacion de mi viage contaré los principales sucesos acaecidos desde esta época hasta mi salida de la Escytia: voy ahora á aventurar algunas observaciones sobre el siglo de Pericles.

REFLEXIONES SOBRE EL SIGLO DE PERICLES.

Al principio de la guerra del Peloponeso, los atenienses debieron estar muy sorprendidos de hallarse tan diferentes de sus padres. Todo aquello que para la conservacion de las costumbres habian acumulado los siglos precedentes, de leyes, de instituciones, de maxîmas y de exémplos, bastaron algunos años para destruir su autoridad. Jamas se probó de un modo mas terrible, que los grandes sucesos son tan peligrosos á los vencedores como á los vencidos.

Ya he indicado arriba los funestos efectos que produxéron sobre los atenienses sus

(1) *Xenoph. hist. Græc. lib. 5. p. 549. Isocr. de pace t. 1. p. 368. Plut. in Agesil. p. 608. Diod. Sic. lib. 14. p. 319.*

conquistas, y el estado floreciente de su marina y de su comercio. Se les vió de repente estender los dominios de la república, y transportar en su seno los despojos de las naciones aliadas y sometidas; de alli, los progresos succesivos de un luxo ruinoso, y el deseo insaciable de fiestas y espectàculos. Como el gobierno se abandonaba al delirio de un orgullo que se creia debersele permitir todo, porque podia atreverse á todo, los particulares á su exémplo, sacudian todas las violencias que imponen la naturaleza y la sociedad.

Bien pronto el mérito fue el que obtuvo la estimacion, la consideracion se reservó para el crédito: todas las pasiones se dirigieron al interes personal; y todas las fuentes de corrupcion se estendieron con profusion en el estado. El amor que antes se cubria con los velos del himeneo y del pudor, ardió á las claras con fuegos ilegitimos. Las cortesanas se multiplicaron en el Atica y en toda la Grecia (1). Vinieron de la Jonia, de aquel bello clima donde nació el arte del deleyte. Unas se inclinaban á muchos adoradores que ellas amaban á todos sin preferencia, y todos á ellas sin rivalidad; otras limitandose á una sola conquista (2), llegaron, por una

(1) *Athen. lib. 13. p. 569.*
(2) *Terent. in Heautontim. act. 2. scen. 3.*

apariencia de regularidad, á ganarse la consideracion, y los elogios de parte de aquel publico fácil, para quien era un mérito el ser fieles á sus promesas.

Pericles, testigo del abuso, no probó el corregirlo. Cuanto mas severo era él en sus costumbres, mas pensaba en corromper las de los atenienses que relaxaba por una succesion rápida de fiestas y de juegos (1).

La célebre Aspasia, natural de Mileto en Jonia, ayudó á las miras de Pericles, de quien ella fue succesivamente dama y esposa. Ella tuvo tal ascendiente sobre él, que se le acusó de haber mas de una vez suscitado la guerra para vengar sus injurias personales (2). Tuvo valor de formar una sociedad de cortesanas cuyos atractivos y favores debian aficionar á los jóvenes atenienses (3) á los intereses de su fundadora. Algunos años antes, toda la ciudad se huviera sublevado con sola la idea de semejante proyecto: al tiempo de su exécucion, excitó algunas murmuraciones. Los poetas cómicos se irritaron contra Aspasia (4); pero no por eso dexó ella de juntar en su casa la mejor compañia de Atenas.

(1) *Plut. in Pericl. t. 1. p. 158.*
(2) *Aristoph. in Acharn. act. 5. v. 527. Plut. in per. p. 165. & 168.*
(3) *Plut. ibid. p. 165.*
(4) *Cratin. Eupol. ap. Plut. ibid.*

Pericles autorizó la licencia, Aspàsia la estendió; Alcibiades la hizo amable: su vida fue tachada de todas las disoluciones; pero ellas iban acompañadas de tantas cualidades brillantes, y tan á menudo mezcladas de acciones honradas, que la censura pública no sabia donde fixarse (1). Por otra parte ¿como se habia de resistir al atractivo de un veneno que las gracias mismas parecia distribuian? ¿Como condenar á un hombre á quien no faltaba nada para agradar, y á quien no faltaba nada para seducir; que era el primero en condenarse, que reparaba las mas pequeñas ofensas, con atenciones tan espresivas, y que parecia no que cometia faltas, sino que las dexaba escapar? Así se acostumbraron á colocarlas en la clase de aquellos juegos, ó de aquellas travesuras que desaparecen con la fogocidad de la edad (2); y como la indulgencia con el vicio es una conspiracion contra la virtud, llegó el caso de que á ecepcion de un pequeño número de ciudadanos adheridos á las maxîmas antiguas (3), la nacion arrastrada por los encantos de Alcibiades, fue cómplice de sus estravíos, y que á fuerza de escusarlos, acabase con hacer la defensa de ellos.

Los jóvenes atenienses parabaii sus mari-

(1) *Plut. ibid. p. 165.*
(2) *Plut. in Alcib. p. 199.*
(3) *Id. ibid. p. 198.*

das sobre este peligroso modelo; y no pudiendo imitar sus bellezas, creian acercarse á ellas, copiandolas, y sobre todo cargando con sus defectos. Se volvieron frívolos, porque él era ligero; insolentes, porque él era atrevido; independientes de las leyes, porque él lo estaba de las costumbres. Algunos menos ricos que él, tambien pródigos, manifestaron un fausto, que los hizo ridículos (1), y que arruinó sus familias: ellos transmitieron estos desórdenes á sus descendientes; y el influxo de Alcibiades subsistió largo tiempo despues de su muerte.

Un historiador juicioso observa (2) que la guerra modifica las costumbres de un pueblo y las agria á proporcion de los males que esperimenta. La del Peloponeso fue tan larga, los atenienses probaron, tantos reveses, que les alteró insensiblemente su carácter. Su venganza no estaba satisfecha, si no sobrepujaba á la ofensa. Mas de una vez lanzaron ellos sus decretos de muerte contra los isleños que abandonaban su alianza (3); mas de una vez sus generales hicieron sufrir tormentos horribles á los prisioneros que caian en sus manos (4). Entónces ya no se acor-

(1) *Aristoph. in Nub. scen. 1.*
(2) *Thucyd. lib. 3. c. 82.*
(3) *Id. ibid. c. 36.*
(4) *Xenoph. hist. Græc. lib. 2. p. 457. Plut. in per. t. 1. p. 166.*

daban de una antigua institucion, segun la cual los griegos celebraban con cantos de alegría las victorias alcanzadas sobre los bárbaros; con llantos y lamentaciones, las ventajas obtenidas sobre los demas griegos (1).

El autor que he citado, observa tambien, que en el curso de esta guerra fatal, huvo un transtorno tal en las ideas y en los principios, que los términos los mas comunes mudaron de significacion; que se dió el nombre de engañifa á la buena fe, de rectitud al doblez, de debilidad y pusilanimidad á la prudencia y á la moderacion; mientras que los rasgos de audacia y de violencia pasaban por ímpetus de una alma fuerte, y de un zelo ardiente por la causa comun (2). Semejante confusion en el lenguage, quizás es uno de los mas espantosos síntomas de la depravacion de un pueblo. En otros tiempos se llevan los alcances á la virtud: sin embargo es reconocer todavia su autoridad, el señalarle límites; pero cuando se va hasta despojarle de su nombre, ella no tiene mas derechos al trono: el vicio se apodera de él, y se mantiene allí pacificamente sentado.

Aquellas guerras tan mortíferas que los griegos tuvieron que sostener, consumieron

(1) *Isocr. panegyr. t. 1. p. 205.*
(2) *Thucyd. l. 3. c. 82.*

un gran número de familias acostumbradas, desde muchos siglos á confundir su gloria con la de la patria (1). Los estrangeros y los hombres nuevos que los reemplazaron, hicieron de repente inclinar al lado del pueblo la balanza del poder (2). El exémplo siguiente demostrará hasta que ecceso llevó su insolencia. Hácia el fin de la guerra del Peloponeso, se vió á un tocador de lyra, en otro tiempo esclavo, despues ciudadano por sus intrigas, y adorado de la muchedumbre por sus liberalidades, presentarse en la asamblea general con una hacha en la mano y amenazar impunemente con cortar la cabeza al primero que opinase por la paz (3). Algunos años despues, fue tomada Atenas por los lacedemonios, y no tardó en rendirse á las armas del rey de Macedonia.

Tal debia ser el destino de un estado fundado sobre las costumbres. Los filósofos que se remontan hasta las causas de los grandes acontecimientos, han dicho que cada siglo lleva de algun modo en su seno al siglo que le va á seguir. Esta atrevida metáfora cubre una verdad importante, y confirmada por la historia de Atenas. El siglo de las leyes y de las virtudes prepara al del

(1) *Isocr. de pac. t. 1. p. 404.*
(2) *Aristot. de rep. l. 5. c. 3. t. 2. p. 38.*
(3) *Æschin. de fals. leg. p. 407.*

valor y la gloria: este último produce el de las conquistas y el luxo que ha acabado con la destruccion de le república.

Apartemos ahora nuestra vista de aquellas escenas de afliccion, para ponerla sobre objetos mas agradables y mas interesantes. En tiempo de la guerra del Peloponeso, la naturaleza redobló sus esfuerzos, é hizo de repente salir á luz una multitud de genios en todo genero. Atenas produxo muchos: y vió á infinitos de ellos venir á ella á solicitar el honor de sus votos.

Sin hablar de un Gorgias, de un Parmenides, de un Protagoras, y de otros tantos sofistas eloqüentes, que con sembrar sus dudas en la sociedad, multiplicaban en ella las ideas; Sofocles, Euripides, Aristofanes brillaban sobre la escena, rodeados de competidores que participaban de su gloria; el astrónomo Meton calculaba los movimientos de los cielos, y fixaba los límites del año; los oradores Antifon, Andocides, Lysias, se distinguian en los diferentes géneros de eloqüencia; Tucydides, aun movido de los aplausos que habia recibido Herodoto, cuando leyó su historia á los atenienses, se preparaba á merecer otros iguales; Socrates transmitia una doctrina sublime á los dicipulos de los cuales muchos han fundado escuelas; hábiles generales hacian triunfar las armas de la república, los mas soberbios edi-

ficios se levantaban por los diseños de los mas sábios arquitectos; los pinceles de Polyñoto, de Parrasio y Zeuccis, los cinceles de Fidias y de Alcamenes decoraban á medida del deseo los templos, los porticos y las plazas públicas. Todos estos grandes hombres, todos aquellos que florecian en otros cantones de la Grecia, se reproducian en dicipulos dignos de remplazarlos; y era fácil de ver que el siglo mas corrompido seria pronto el mas ilustrado de los siglos.

Así que mientras que diferentes pueblos de aquella comarca estaban amenazados de perder el imperio de los mares y de la tierra, una clase paçífica de ciudadanos trabajaba en asegurarle para siempre el imperio del espíritu: ellos construian en honra de su nacion, un templo cuyos fundamentos se habian puesto en el siglo anterior, y que debia resistir al esfuerzo de los siglos siguientes. Las ciencias se anunciaban todos los dias por nuevas luces, y las artes por nuevos progresos: la poesia no aumentaba su esplendor; pero conservandole, le empleaba con preferencia en adornar la tragedia y la comedia llevadas de repente á su perfeccion; la historia, sujetada á las leyes de la crítica, repelia lo maravilloso, discutia los hechos (1), y se volvia una leccion poderosa que lo pa-

(1) *Thucyd. l. 1. c. 20. & 21.*

sado daba á lo por venir. A medida que el edificio se levantaba, se veian á lo lexos campos que desmontar, otros que esperaban mejor cultivo. Las reglas de la lógica y de la retórica, las abstracciones de la metáfisica fueron desenvueltas en obras que reunian á la regularidad de los planes, la exactitud de las ideas, y la elegancia del estilo.

La Grecia debió en parte estas ventajas al influxo de la filosofía, que salió de la obscuridad despues de las victorias alcanzadas sobre los persas. Zenon pareció allí, y los atenienses se exercitaron en las sutilezas de la escuela de Eléa. Anaxágoras les llevó las luces de la de Táles, y algunos se persuadieron que los eclypses, los monstruos y los diversos estravios de la naturaleza no debian ponerse mas en la clase de los prodigios: pero estaban obligados á decírselo en confianza (1); porque el pueblo, acostumbrado á mirar ciertos fenómenos como advertencias del cielo, se enfurecia contra los filósofos que querian quitarle de las manos este ramo de supersticion. Perseguidos, desterrados aprendieron que la verdad, para ser admitida entre los hombres, no debia presentarse á cara descubierta, sino oscurrirse furtivamente en seguida del error.

(1) *Plut. in per. t. 1. p. 154. Id. in Nic. p. 538.*

Las artes no hallando preocupaciones populares que combatir, tomaron de repente su vuelo. El templo de Júpiter, comenzando en el gobierno de Pisistrato; el de Teséo construido en el de Cimon, ofrecian á los arquitectos modélos que seguir; pero los cuadros y las estatuas que existian, no presentaban á los pintores y á los escultores sino ensayos que perfeccionar.

Algunos años antes de la guerra del Peloponeso, Paneno hermano de Fidias, pintó en un portico de Atenas la batalla de Maraton; y fue estrema la sorpresa de los espectadores, cuando creyeron reconocer en aquellos cuadros á los xéfes de uno y otro exército (1). El aventajó á los que le habian precedido, y fue cuasi al mismo instante obscurecido por Polyñoto de Tasos, Apolodoro de Atenas, Zeuccis de Heracléa, y Parrasio de Efeso.

Polyñoto fue el primero que varió los movimientos del rostro, y se apartó del modo seco y servil de sus predecesores (2); el primero que embelleció las figuras de las mugeres, y las revistió de ropas brillantes y ligeras. Sus personages llevan el sello de la

(1) *Plin. l. 35. c. 8. t. 2. p. 690. Pausan. l. 5. c. 11. p. 402.*

(2) *Plin. l. 35. c. 9. mem. de 'l acad. des. bell. lettr. t. 35. p. 194, & 271.*

belleza moral, cuya idea estaba profundamente grabada en su alma (1). No se le debe censurar el no haver diversificado bastante el tono de su color (2): este era defecto del arte que apenas acababa, digamoslo asi, de nacer.

Apolodoro tuvo en esta parte recursos que no tuvo Polyñoto; él hizo una mezcla feliz de sombras y de luces. Zeuccis inmediatamente perfeccionó este descubrimiento; y Apolodoro queriendo manifestar su gloria, realzó la de su competidor: dixo en una pieza de poesia que publicó: „yo habia „hallado para la distribucion de las sombras, „secretos desconocidos hasta nosotros; me „los han robado. El arte está en las manos „de Zeuccis (3)."

Este último estudiaba la naturaleza (4) con el mismo cuydado con que terminaba sus obras (5): ellas centellean en bellezas;

(1) *Arist. de rep. l. 8. c. 5. t. 2. p. 455. id. de poet. c. 2. t. 2. p. 653.*

(2) *Quintil. l. 12. c. 10. p. 743.*

(3) *Plut. de glor. Athen. t. 2. p. 346. Plin. l. 35. c. 9. p. 691. mem. de l' acad. des bell. lett. t. 25. p. 195.*

(4) *Cicer. de invent. l. 2. c. 1. t. 1. p. 75. Dionys. Halic. vet. script. sens. c. 1. t. 5. p. 417. Plin. ibid.*

(5) *Plut. in per. t. 1. p. 159.*

en su cuadro de Penélope, parece haber pintado las costumbres y el carácter de esta príncesa (1); pero en general él no ha sido tan completo en esta parte como Polyñoto. (2).

Zeuccis aceleró los progresos del arte, por la belleza de su colorido: Parrasio su émulo, por la pureza del rasgo, y la correccion del diseño (3); poseyó la ciencia de las proporciones; las que dió á los dioses y á los héroes, parecieron tan convenientes, que los artistas no dudaron adoptarlas, y le discernieron el nombre de legislador (4). Otros títulos debieron eccitar su admiracion: él hizo ver por la primera vez, aptitudes de cabeza muy graciosas, bocas embellecidas por las gracias, y cabellos tratados con descuido (5).

A estos dos artistas succedieron Timantes, cuyas obras haciendo entender mas de lo que esplican, descubren al grande artista, y aun mucho mas al hombre de espíritu (6); Panfilio, que se adquirió tanta autoridad por su mérito, que hizo establecer en muchas

(1) *Plin. l. 35. c. 9. p. 691.*
(2) *Arist. de poet. c. 6. t. 2. p. 657.*
(3) *Quintil. l. 12. c. 10. p. 744. Pl. ib.*
(4) *Quintil. ibid.*
(5) *Plin. ibid. Mem. de l' acad. t. 19. p. 226. t. 29. p. 167.*
(6) *Plin. ibid. p. 694.*

ciudades de la Grecia escuelas de dibuxo, prohibidas á los esclavos (1); Eufranor, que, siempre igual á si mismo, se distinguió en todas las partes de la pintura (2). Yo he conocido á algunos de estos artistas, y he sabido despues, que un dicipulo que yo habia visto en casa de Pamfilio, y que se llama Apeles, habia eccedido á todos.

Los sucesos de la escultura no fueron menos maravillosos que los de la pintura. Basta para prueba, citar en particular los nombres de Fidias, de Polycleto, de Alcamenes, de Escopas, de Praxîteles. El primero vivia en tiempo de Pericles. Yo he tenido relaciones con el último. De este modo, en el espacio de menos de un siglo, este arte ha llegado á tal grado de eccelencia, que los escultores antiguos, tendrian ahora que avergonzarse de sus producciones y de su celebridad.

Si á estas diversas generaciones de talentos añadimos las que les precedieron, subiendo desde Pericles hasta á Talés, el mas antiguo filósofo de la Grecia, hallaremos que el espíritu humano ha adquirido mas en el espacio de cerca de 200 años, que en la larga série de los siglos anteriores. ¿Qué mano poderosa le imprimió de repente, y le ha

(1) *Plin. l. 35. c. 9. p. 694.*
(2) *Id. ibid. c. 11. p. 703.*

conservado hasta nuestros dias un movimiento tan fecundo y tan rápido?

Yo pienso que de tiempo en tiempo, y aun quizá en cada generacion, la naturaleza reparte sobre la tierra un cierto número de talentos que quedan sepultados, cuando nada contribuye á desenvolverlos, y que se despiertan como de un profundo sueño, cuando uno de ellos abre por casualidad una nueva carrera. Los que se precipitan á ella primero, se reparten, por decirlo así, las provincias de este nuevo imperio: sus succesores tienen el mérito de cultivarlas y darles leyes. Pero hay un término para las luces del espíritu, como lo hay para las empresas de los conquistadores y viageros. Los grandes descubrimientos inmortalizan á los que los han hecho, y á los que los han perfeccionado; mas adelante, no teniendo los hombres de genio los mismos recursos, tampoco tienen los mismos sucesos, y casi son relegados á la clase de los hombres ordinarios.

A esta causa general, se deben juntar muchas particulares. Al principio de la grande revolucion de que hablo, el filósofo Feresydes de Escyros, los historiadores Cadmo y Hecatéo de Mileto, introduxeron en sus escritos el uso de la prosa (1), mas propio

(1) *Plin. l. 5. c. 29. t. 1. p. 278. l. 7. p. 417. Strab. l. 1. p. 18. Suid. in Pherecyd.*

que el de la poesia para el comercio de las ideas. Hácia el mismo tiempo Talés, Pytagoras y otros griegos traxéron del Egipto y de algunas regiones orientales los conocimientos que transmitieron á sus dicípulos. Míentras que ellos germinaban en silencio en las escuelas establecidas en Sicilia, en Italia, y en las costas del Asia, todo concurria á la desplegadura de las artes.

Aquellas que dependen de la imaginacion, son especialmente destinadas entre los griegos á embellecer las fiestas y los templos; tambien lo son para celebrar las proezas de las naciones, y los nombres de los vencedores en los juegos solemnes de la Grecia. Dispensadores de la gloria que participan: hallaron en los años que siguieron á la guerra de los persas mas ocasiones de exércitarse que antes.

La Grecia, despues de haber gozado por algun tiempo de una prosperidad que aumentó su poder (1), fue entregada á las disensiones que dieron una actividad maravillosa á todos los espíritus. Se vió á un mismo tiempo multiplicarse en su seno las guerras y las victorias, las riquezas y el fausto, los artistas y los monumentos: las fiestas se volvieron mas brillantes, los espectáculos mas comunes; los templos se cubrieron de

(1) *Diod. Sic. l. 12. p. 72.*

pinturas; los alrededores de Delfos y de Olympia, de estatuas. Al menor suceso, la piedad, ó mas bien la vanidad nacional, pagaba un tributo á la industria, eccitada por otra parte por una institucion que volvia la ventaja á las artes. Era menester decorar una plaza, un edificio público? Muchos artistas trataban de la misma materia: ellos esponian sus obras ó sus planes; y la preferencia se concedia á la que reunia mayor número de votos del público (1). Los concursos mas solemnes á favor de la pintura y de la musica, se establecieron en Delfos, en Corinto, en Atenas y en otros lugares. Las ciudades de la Grecia que no habian conocido sino la competencia de las armas, conocieron la de los talentos: la mayor parte tomó un nuevo aspecto, á exémplo de Atenas, que las eccedió á todas en magnificencia.

Pericles queriendo ocupar un pueblo (2) temible á sus xefes en las comodidades de la paz, resolvió consagrar para embellecer la ciudad una gran parte de las contribuciones que subministraban los aliados para sostener la guerra contra los persas, y que hasta entónces se habian tenido guardadas en la ciudadela. El representó que haciendo circular estas riquezas, ellas procurarian á la nacion

(1) *Plin. l. 36. c. 5. t. 2. p. 725.*
(2) *Plut. in per. t. 1. p. 158.*

la abundancia por lo pronto, y una gloria inmortal para lo venidero. (1). Inmediatamente las manufacturas, los talleres, las plazas públicas se llenaron de una infinidad de obreros y de maniobras, cuyos trabajos eran dirigidos por artistas inteligentes conforme á los diseños de Fidias. Estas obras que una gran potencia no se habria atrevido á emprender, y cuya exécucion parecia ecsigir un largo espacio de tiempo, fueron acabadas por una pequeña república, en el espacio de algunos años, baxo la administracion de un solo hombre, sin que una tan admirable diligencia dañase su elegancia ó su solidez. Ellas costaron cerca de tres mil talentos (2) (*).

Mientras que se trabajaba en ellas, los enemigos de Pericles le reprocharon que disipaba las rentas del estado. „Pensais, dixo „un dia á la asamblea general, que el gas„to es muy eccesivo?" Mucho en estremo, se le respondió. „Bien, replicó él, su coste „correrá todo entero por mi cuenta, y yo „inscribiré mi nombre sobre estos monumen„tos." „No, no, esclamó el pueblo: que ellas „sean construidas á espensas del tesoro; y „no ahorreis nada para acabarlas (3)."

(1) *Ibid. in per. t. 1. p. 159.*
(2) *Thucyd. lib. 2. c. 13.*
(*) *Vease la nota VIII. al fin del tomo.*
(3) *Plut. in per. t. 1. p. 160.*

El gusto de las artes comenzaba á introducirse entre un pequeño número de ciudadanos; el de los cuadros y estatuas, entre las gentes ricas. La muchedumbre juzga de la fuerza de un estado por la magnificencia que se le espone. De aquí aquella consideracion con los artistas que se distinguian por felices atrevimientos. Se vió que trabajaron gratuitamente por la república, y se les discernieron honores (1): otros que se enriquecieron, ora formando dicipulos (2), ora ecsigiendo un tributo á los que venian á su taller á admirar las obras maestras salidas de sus manos (3). Algunos ensoberbecidos con el aplauso general, hallaron una recompensa mas lisongera aun en el sentimiento de su superioridad, y con el homenage que ellos mismos daban á sus propios talentos, no se avergonzaban de inscribir en sus cuadros: „Será mas fácil censurar que imitar (4)" Zeuccis llegó á tal opulencia, que al fin de sus dias, hacia donacion de sus cuadros; con pretesto de que nadie

(1) *Plin. lib. 35. cap. 9. p. 691. Suid. & Harpocr. in Polygn.*

(2) *Plin. ibid. p. 694.*

(3) *Ælian. var. hist. l. 4. c. 12.*

(4) *Plin. ibid. c. 9. p. 691. Plut. de glor. Athen. t. 2. p. 346.*

estaba en estado de pagarlos (1). Parrasio tenia tal opinion de si mismo, que se atribuia un orígen celestial (2). A la embriaguez de su orgullo, se juntaba la de la admiracion pública.

Aunque las letras hayan sido cultivadas mas temprano, y con tanto suceso como las artes, se puede decir que á ecepcion de la poesia, han sido menos animadas entre los griegos. Ellos han hecho aprécio de la eloquencia y de la historia, porque la primera es necesaria â la discusion de sus intereses, y la segunda á su vanidad; pero los demas ramos de literatura deben sus progresos mas bien al vigor del suelo, que á la proteccion del gobierno. Se encuentran en muchas ciudades escuelas de atletas mantenidas á espensas del público; en ninguna parte establecimientos durables para los exércicios del espíritu. Hasta despues de algun tiempo es que el estudio de la aritmetica y de la geometría es una parte de la educacion, y que se comienza á no espantarse de las nociones de la fisica.

En tiempo de Pericles, las observaciones filosóficas fueron severamente proscriptas por los atenienses (3); mientras que los adivinos

(1) *Plin. ibid. c. 9. p. 691. Plut. de glor. Athen. t. 2. p. 346.*
(2) *Plin. ib. p. 694.*
(3) *Plut. in per. t. 1. p. 169.*

se mantenian algunas veces con alguna distincion en el Prytaneo (1), los filosófos apenas se atrevian á confiar sus dogmas á los dicipulos fieles: ni eran mejor acogidos entre los demas pueblos. Objetos de odio ó de desprecio por todas partes, no se escapaban de los furores del fanatismo, sino teniendo la verdad cautiva, ni de los de la embidia, sino por una pobreza voluntaria ó forzada. Mas tolerados hoy, aun estan observados tan de cerca, que á la menor licencia esperimentaria la filosofia los mismos ultrages que otras veces.

Se puede concluir de estas reflecciones, 1.º; que los griegos siempre han honrado mas los talentos que contribuyen á sus placeres, que los que sirven á su instruccion; 2.º que las causas fisicas han influido mas que las morales sobre el progreso de las letras; las morales mas que las fisicas, en el de las artes; 3.º que los atenienses no estan fundados en atribuirse el origen, ó á lo menos la perfeccion de las artes ó de las ciencias (2). En vano se lisonjean de abrir á las naciones rutas brillantes de inmortalidad (3); la naturaleza no parece haberlos distinguido de los

(1) *Schol. Aristoph. in nub. v. 338.*
(2) *Isocr. paneg. t. 1. p. 138. Plut. bello ne an pace &c. t. 2. p. 345.*
(3) *Athen. Deipnos. l. 6. c. 13. p. 250.*

demas griegos en la distribucion de sus favores. Ellos han creado el género dramatico; han tenido célebres oradores, dos ó tres historiadores, un corto número de pintores, de escultores, y de arquitectos hábiles: pero en cuasi todos los géneros, lo demas de la Grecia puede oponerles una multitud de nombres ilustres. Yo aun no sé si el clima del Atica es tan favorable á las producciones del ingenio, como los de la Jonia y de la Sicilia.

Atenas no es tanto la cuna, como la mansion de los talentos. Sus riquezas la ponen en estado de emplearlos, y sus luces en la de apreciarlos: la brillantez de sus fiestas, la dulzura de sus leyes, el número y el carácter fácil de sus habitantes bastarian para fixar en su recinto á los hombres ambiciosos de la gloria, y á los que necesitan un teátro, competidores y jueces.

Pericles se los aficionaba por la superioridad de su crédito; Aspasia, por los encantos de su conversacion; él y ella, por una estimacion ilustrada. No se podia comparar á Aspasia sino á ella misma. Los griegos se admiraron todavia menos de su belleza, que de su eloqüencia, que de la profundidad y agrado de su espiritu. Socrates, Alcibiades, los hombres de letras y los artistas mas famosos, los atenienses y los atenienses mas amables se juntaban ante esta muger singular

que hablaba á todos su lengua, y se atraia las miradas de todos.

Esta sociedad fue el modelo de las que se han formado despues. El amor de las letras, de las artes y de los placeres, què acerca á los hombres y confunde los estados, hizo sentir el mérito de la eleccion en las espresiones y en los modales. Aquellos que habian recibido de la naturaleza el dón de agradar, quisieron agradar en efecto: y el deseo añadió nuevas gracias al talento. Luego se distinguió el tono de la buena compañia. Como él está fundado en parte sobre conveniencias arbitrarias, y supone finura y tranquilidad en el espíritu, pasó mucho tiempo en apurarse, y no pudo jamas penetrar á todas las condiciones. En fin la política, que no fue luego sino la espresion de la estimacion, lo fue insensiblemente del disimulo. Cuidóse de prodigar atenciones á los demas para obtenerlas mayores de ellos, y de respetar su amor propio, para no ser inquietados en el suyo.

Fin de la introduccion y del primer tomo.

NOTAS.

NOTA PRIMERA.

Sobre los dialectos de que ha usado Homero. Pág. 80.

Homero emplea con frecuencia diversos dialectos de la Grecia; y de ello se le hace un crímen. Es lo mismo se dice, que si uno de nuestros escritores pusiese en contribucion los idiómas de Langüedoc, de la Picardia y otros particulares. El reproche parece bien fundado, mas como imaginar que con el ingenio mas fácil y el mas fecundo, Homero, permitiendose las licencias que no se atreveria á tomar el mas ínfimo de los poetas, se huviera atrevido á formarse, para componer sus versos, una lengua caprichosa, y capaz de sublevar no solamente á la posteridad, sinó tambien á su siglo, por ignorante que se le suponga? Es pues mas natural el pensar que se ha servido de la lengua vulgar de su tiempo.

Entre los antiguos pueblos de la Grecia, las mismas letras hiciéron primero entender los sonidos mas ó menos asperos, mas ó menos abiertos; las mismas palabras tuvieron muchas terminaciones, y se modificaron de muchos modos. Sin duda, estas eran irregularidades, pero muy ordinarias en la infancia de las lenguas, y que habrian podido mantener por mucho mas espacio de tiempo entre los griegos, las frecuentes emigraciones de los pueblos. Cuando estas poblaciones se huvieron irrevocablemente fixado, ciertos modos de hablar llegaron á ser particulares á ciertos cantones, y entonces fue que se dividió la lengua en dialectos de sí susceptibles de subdivisiones. Las variaciones freqüentes que padecen las palabras en los mas antiguos monumentos de nuestra lengua, nos hacen presumir que lo mismo ha sucedido en la lengua griega.

A esta razon general, debemos añadir una que es relativa al pais donde Homero escribia. La colonia jonica, que dos siglos antes de este poeta, fue á establecerse en las costas del Asia menor baxo el mando de Neleo hijo de Codro, se componia en gran parte de los jonicos del Peloponeso; pero alli se juntaron tambien á ellos, los habitantes de Tebas, de

la Fócida y de algunos otros paises de la Grecia (1).

Yo pienso que de sus idiomas mezclados entre sí y con los de los Eolios y de otras colonias griegas, vecinas de la Jonia, se formó la lengua de que Homero se sirvió. Empero, posteriormente, por los movimientos progresivos que esperimentan todas las lenguas, algunos dialectos fueron circunscriptos á ciertas ciudades, tomaron carácteres mas distintos, y conservaron á lo menos las variedades que atestiguan la antigua confusion. En efecto Herodoto posterior á Homero 400 años. (2) reconocia quatro subdivisiones en el dialecto que se hablaba en la Jonia (3).

NOTA SEGUNDA.

Sobre Epimenides. Pág. 102.

Todo lo que mira á Epimenides está lleno de obscuridades. Algunos autores antiguos le hacen venir á Atenas hácia el año 600 antes de Jesu-Cristo. Platon es solo el que fixa la fecha de este viage al año 500 antes de la misma era (4). Esta dificultad ha atormentado á los críticos modernos. Se ha dicho que el testo de Platon estaba alterado; y parece que no lo está. Se ha dicho que era menester admitir dos Epimenides; y esta suposicion carece de verosimilitud. En fin, despues de algunos antiguos autores que dan á Epimenides, cual 154, cual 157, y aun 299 años de vida, no se ha temido decir que él habia hecho dos viages á Atenas, uno de edad de 40 años, y otro de la de 150 (5). Es muy posible que este doble viage haya tenido lugar; pero es todavia mas que Platon se haya equivocado. Finalmente se puede ver á Fabricio (6).

(1) *Pausan. lib. 7. c. 3. p. 528.*
(2) *Herodot. l. 2. c. 83.*
(3) *Id. lib. 1. cap. 142.*
(4) *Plat. de leg. lib. 1. t. 2. p. 642.*
(5) *Corsin. fast. Att. t. 3. p. 72.*
(6) *Fabric. bibl. Graec. t. 1. p. 56. & 602. Brucker. hist. crit. philos. t. 1. p. 419.*

NOTA TERCERA.

Sobre el poder de los padres en Atenas. Pág. 118.

Quando se vió á Solon quitar á los padres, la potestad de vender á sus hijos, como hacian antes costó trabajo el persuadirse que el les haya atribuido la de darles la muerte como lo han afirmado escritores antiguos, posteriores á el (1). Mas bien quiero referirme al testimonio de Dionisio de Halicarnaso, quien en sus antiguedades romanas (2), observa que segun las leyes de Solon, de Pitaco y de Carondas, los griegos no permitian á los padres mas que exheredar á sus hijos, ó echarlos de sus casas, sin que pudiesen imponerles penas mas graves. Si despues los griegos han dado mas estension á la patria potestad, es de presumir que ellos han tomado la idea de las leyes de los romanos.

NOTA QUARTA.

Sobre la cancion de Harmodio y de Aristogiton. Pág. 146.

Ateneo (3) ha referido una de las canciones compuestas en honor de Harmodio y de Aristogiton; y M. de la Nauze (4) la ha traducido de este modo:

»Yo llevaré mi espada cubierta de hojas de myrto, »como hiciéron Harmodio y Aristogiton, cuando ma»taron al tirano, y establecieron en Atenas la igualdad »de las leyes.

»Querido Harmodio, vos no habeis muerto toda»via: se dice que estais en las islas de los bienaventu»rados, en donde estan Aquiles el de los pies ligeros, »y Diomedes, aquel valiente hijo de Tydéo.

»Yo llevaré mi espada cubierta de hojas de myrto, »como hiciéron Harmodio y Aristogiton, cuando ma»taron al tirano Hiparco en tiempo de los Panatenéos.

»Que vuestra gloria sea eterna, amado Harmodio,

(1) *Sext. Empir. Pirrhon. hipot. lib.* 3. *c.* 24. *p.* 180, *Heliod. Æthiop. lib.* 1. *p.* 24. *vid. Meurs. Them. Attic. lib.* 1. *cap.* 2.

(2) *Dionys. Halic. lib.* 2. *cap.* 26. *p.* 292.

(3) *Athen. l.* 15. *cap.* 15. *p.* 695

(4) *Mem. de l' Acad. des bell. lett. t.* 9. *p.* 387.

»caro Aristogiton, porque vosotros habeis muerto al »tirano, y establecido en Atenas la igualdad de las »leyes."

NOTA QUINTA.

Sobre los tesoros de los reyes de Persia. Pág. 164.

Por lo que se ha dicho en el testo se ve, porque Alexandro halló tan grandes sumas acumuladas en los tesoros de Persepolis, de Susa, de Pasagarda, etc. (1). Por tanto no se si es menester referirse á Justino, cuando dice (2) que despues de la conquista de la Persia, Alexandro sacaba todos los años de sus nuevos vasallos 900,000 talentos, lo cual compondria cerca de 1620 millones de la moneda francesa.

NOTA SEXTA.

Sobre los puentes de barcas construidos en el Helesponto por orden de Xerxes. Pág. 192.

Estos dos puentes comenzaban en Abydos, y terminaban un poco abaxo de Sesto. Se ha reconocido en estos últimos tiempos, que esta travesia, la mas cerrada de todo el estrecho, no es sino de cerca de 375 toesas y media. Siendo los puentes de 7 estadios de longitud, ha colegido M. de Auville que estos estadios no eran sino de 51 toesas (3).

NOTA SEPTIMA.

Sobre el numero de tropas griegas que comandaba Leonidas en las Termopylas. Pág. 207.

Voy á poner á la vista del lector los cálculos de Herodoto, lib. 7. cap. 202.; de Pausanias, lib. 10. cap. 20. pág. 845.: de Diodoro, lib. 11. pág. 4.

(1) *Aurian. lib. 3. c. 16. p. 128. ibid. c. 18. p. 131. Quint. Curt. lib. 5. cap. 6. Diod. Sic. lib. 17. p. 544. Plut. in Alex. t. 1. p. 686.*
(2) *Justin. lib. 13. c. 1.*
(3) *Mem. de l' Acad. des bell. lett. t. 28. p. 324.*

Segun Heredoto	Segun Pausanias.	Segun Diodoro.
Tropas	*del*	*Peloponeso*
Espartanos... 300	Espartanos.. 300	Espartanos... 300
Tegeatas..... 500	Tegeatas..... 500	Lacedemon.. 700
Mantineanos. 500	Mantineanos. 500	
Orchômenses. 120	Orchômenses. 120	
Arcadianos. 1000	Arcadianos. 1000	
Corintios..... 400	Corintios..... 400	
Flioucianos.. 200	Flioucianos.. 200	Otras naciones
Mycenienses. 80	Mycenienses.. 80	del Pelopon.3000
Total..... 3100	Total..... 3100	Total..... 4000
Otras	*naciones.*	*de la Grecia.*
Tespianos..... 700	Tespianos.... 700	Milecianos. 1000
Tebanos..... 400	Tebanos..... 400	Tebanos..... 400
Fócios..... 1000	Fócios..... 1000	Fócios..... 1000
Locrianos.... 3100	Locrianos... 6000	Locrianos.. 1000
Total..... 5200	Total... 11,200	Total..... 7400

De este modo, segun Herodoto, las ciudades del Peloponeso subministraron 3100 soldados; los Tespianos 700; los Tebanos 400; los Fócios 1000; total 5200, sin contar los Locrianos-Opontianos que marcharon en cuerpos.

Pausanias siguió para con las demas naciones el cálculo de Herodoto, y conjetura que los locrianos eran en número de 6000; lo que da por total 11,200 hombres.

Segun Diodoro, Leonidas se dirigió á las Termópylas al frente de 4000 hombres, entre los cuales habia 300 espartanos y 700 lacedemonios. Añade que este cuerpo fue pronto reforzado por 1000 Milecianos, 400 Tebanos, 1000 Locrianos, y un número cuasi igual de Fócios; total 7400 hombres. Por otra parte Justino (1) y otros autores dicen que Leonidas no tenia sino 4000 hombres.

Estas incertidumbres quizá desaparecerian, si tuvieramos todas las inscripciones que se grabaron despues de la batalla sobre cinco columnas colocadas en las Termópylas (2) Aun tenemos todavia la del divino Megis-

(1) *Justin. lib.* 2. *c.* 11.
(2) *Strab. lib.* 9. *p.* 429.

[illegible] pero ella no dá ninguna luz. Las demas se habla [illegible] los soldados de las diferentes naciones. [illegible] de los espartanos se ha dicho que habia 300; sobre [illegible] se anuncia que 4000 soldados habian combatido con [illegible] la persas (2). La de los locrianos está [illegible] que se ha describe (3); el número de [illegible] soldados debia [illegible] allí. Nosotros no tenemos [illegible] que [illegible] para los Tespianos; porque [illegible] los fócios que no pelearon [illegible] los tebanos que se habian vuelto del partido de Xerxes, cuando se [illegible] estos monumentos.

[illegible] ahora algunas reflexiones para conciliar los [illegible] precedentes.

1.° [illegible] que Justino se ha referido unicamente [illegible] dirigida al honor de los pueblos del Peloponeso, cuando se ha dado sino 4000 hombres á Leonidas. 2.° Herodoto no [illegible] el número de los locrianos, [illegible] sobre una ligera conjetura que Pausanias lo asciende á 6000. [illegible] se le puede oponer en primer lugar [illegible] que dice positivamente 4.° que Leonidas no habia recibido de los pueblos vecinos, sino una pequeña cantidad de soldados, según [illegible] a Diodoro de Sicilia, que [illegible] no admite [illegible] los locrianos. 3.° en la enumeración de estas tropas, á Diodoro ha omitido á los tespianos [illegible] mencionar de ellos en el curso [illegible] El nombre de los tespianos ha contado [illegible] No se conocia en el continente de la [illegible] que haya tenido este nombre. Pa[illegible] pensando que era necesario sustituir el [illegible] Mycenes, [illegible] a *milecienses*. Es[illegible] se habian sometido primero a Xerxes (8); [illegible] unidos con los griegos. [illegible] suponer, en vista de su pasage de Herodoto, [illegible] se declararon abiertamente á favor

(1) Herodoto, lib. 7. c. 202.
(2) [illegible]
(3) Justino, lib. 9. p. 69.
(4) [illegible]
(5) Diodoro, lib. 11. p. 5.
(6) [illegible] p. 8.
(7) Pausanias, [illegible] p. 106
(8) Diodoro, lib. 11. p. 8.
(9) Herodoto, lib. 8. c. 66.

de los persas, sino despues del combate de las Termópylas. Sin embargo es de presumir que habitando un pais abierto, se habrian atrevido á tomar las armas contra una nacion poderosa, á la cual habian jurado obedecer? Es mucho mas verosimil que en el negocio de las Termópylas, ellos no dieron aucsilio ni á los griegos ni á los persas; y que despues del combate, juntaron algunos barcos á la flota de estos ultimos. De cualquier modo que el error se haya introducido en el testo de Diodoro, yo me inclino á creer que en lugar de 1000 milecianos se debe leer 700 tespianos. 4.° Diodoro junta 700 lacedemonios á los 300 espartanos; y su testimonio está claramente confirmado por el de Isocrates (1). Herodoto no habla de ellos, tal vez porque no partieron sino despues de Leonidas. Yo creo deberlos admitir. Ademas de la autoridad de Diodoro y de Isocrates, los espartanos cuasi no salian sin ir acompañados de un cuerpo de lacedemonios. Además, es cierto que los del Peloponeso subministraron 4000 hombres: este número estaba claramente espresado en la inscripcion puesta sobre su sepulcro; y con todo Herodoto no cuenta de ellos sino 3100, porque no ha creido deber hacer mension de los 700 lacedemonios, que, segun las apariencias vinieron á juntarse con Leónidas en las Termópylas.

Conforme á estas indagaciones, demos un resultado. Herodoto lleva el número de fos combatientes á 5200. Añadamos por una parte 700 lacedemonios, y por otra los locrianos cuyo número no ha especificado, y que Diodoro no hace ascender sino á 1000, tendremos 6900 hombres.

Pausanias cuenta 11200 hombres. Añadamos los 700 lacedemonios que ha omitido, á egemplo de Herodoto y tendremos 11900 hombres. Reduzcamos con Diodoro los 6000 locrianos á 1000, y tendremos el total de 6900 hombres.

El cálculo de Diodoro nos da 7400 hombres. Si mudamos los 1000 milecianos en 700 tespianos, tendremos 7100 hombres: asi que, se puede decir en general que Leonidas tenia consigo cerca de 7000 hombres.

Parece por Herodoto (2), que los espartanos iban,

(1) *Isocr. in paneg. t.* 1. *p.* 164; *et in Archid. t.* 2. *p.* 62.
(2) *Herodot. l.* 7. *c.* 229; *& lib.* 8. *c.* 24.

conforme á su uso, acompañados de hilotas. Los antiguos autores no los han comprendido en sus cálculos; tal vez no pasaban por el número de 300.

Quando Leonidas supo que iba á ser cercado, volvió á enviar la mayor parte de sus tropas; no reservó sinó á los espartanos á los tespianos y á los tebanos; lo que hacia un fondo de 1400 hombres: pero la mayor parte habian perecido en los primeros ataques; y si hemos de creer á Diodoro (1), Leonidas no tenia mas que 500 soldados, cuando se resolvió á atacar el campo de los persas.

NOTA VIII.

Sobre lo que costaron los monumentos construidos por órden de Pericles. Pág. 375.

Tucydides (2) hace entender que ellos habian costado 3700 talentos, y comprehende en su cálculo no solamente el coste de los propileos y de otros edificios construidos por órden de Pericles, sino tambien el del asedio de Potidea. Este sitio, dice en otra parte (3), costó 2000 talentos; no quedarian pues de ellos sino 1700 para las obras ordenadas por Perides: pues un autor antiguo (4) refiere que los propileos solos costaron 2012 talentos.

Para resolver esta dificultad, observemos que Tucydides no nos ha dado el estado del erario de Atenas, sino para el momento preciso en que se resolvió la guerra del Peloponeso; que en esta época apenas comenzaba el asedio de Potidea: que duró dos años, y que el historiador en el primer pasage no ha hablado sino de los primeros gastos de este asedio. Suponiendo que ellos ascendiésen entonces á 700 talentos, destinaremos los otros 3000 á las obras con que Pericles enriqueció la ciudad. 3000 talentos á 5400 libras cada talento, hacen de la moneda francesa 16,200,000 libras; pero como, en tiempo de Péricles, el talento podia valer 300 libras mas, tendremos 17,100,000 libras.

FIN DE LAS NOTAS.

(1) *Diod. l.* 11. *p.* 8. *y* 9.
(2) *Tucyd. l.* 2. *c.* 13.
(3) *Id. ibid. c.* 70.
(4) *Heliod. ap. Harpocr. et Suid. in Propyl.*

Pág.	Lín.	Dice.	Lease.
4..	15..	*me dedicaré por*. . .	me dedicaré con.
6..	4..	*acabada de*.	acababa de.
16..	19..	*inteses*.	intereses.
21..	24..	*horrosos*.	horrorosos.
23..	8..	*intervallos*.	intervalos
31..	16..	*delibitado*.	debilitado.
Ibid.	26..	*que sacrificaba todo*	que lo sacrificaba todo
41..	*penultima*	*Menelas*.	Meneláo.
46..	16..	*en los*.	en lo.
Ibid.	21..	*otros*.	otras.
48..	17..	*pero luego*.	pero unos y otros eran luego.
Ibid.		*los mas distinguidos*.	las mas distinguidas.
51..	12..	*sujetos*.	sujeto.
Ibid.	13..	*el de Dan... y el de Pel*...	la de Dan... y la de Pel....
56..	19..	*fleccibilidad*.	flecsibilidad.
57..	19..	*Oreste*.	Orestes.
63..	14..	*lleva el hombre*. . . .	lleva al hombre.
Ibid.	17..	*recompensaba*.	recompensa de.
67..	13..	*se repartieran*. . . .	se repartieron.
73..	20..	*impedian é*.	impedian á.
74..	12..	*propios é*.	propios á.
76..	4..	*impaciente de*.	impaciente por.
79..	6..	*aparencias*.	apariencias.
Ibid.	21..	*que se le*.	que se les.
94..	11..	*se prosternan*.	se postran.
109..	19..	*todas*.	todos.
120..	23..	*Acusadle publicamente?*.	Acusadle publicamente.
123..	17..	*comparesca*.	comparezca.
132..	18..	*deber de*.	deber el.
162..	19..	*establecimto sutiles*..	establecimientos utiles
176..	12..	*da los jonios*.	de los jónicos.
181..	10..	*descrubir*.	descubrir.
177..	10..	*volvió*.	le hizo volver.
184..	16..	*hecha á pique*.	echa á pique.
194..	26..	*subleverá*.	sublevará.
196..	20..	*tismo*.	istmo.
201..	7..	*al rey*.	el rey.
239..	*penultima*....	*persas ; el*	persas el.

256..	*ultima*....	.. *liberaros*.	libraros.
265..	6..	*riesgo da*.	riesgo de.
270..	19..	*se ve la*.	se ve á la.
271..	7..	*emprezas*.	empresas.
279..	12..	*dispertaban*.	dispersaban.
Ibid.	*penultima*....	*convenian al*	convenia el.
296.	*penultima*....	*arastraba*	arrastraba.
300..	20..	*Aspaxia*.	Aspasia.
301..	10..	*meteopoli*.	metrópoli.
Ibid.	13..	*Arcanania*.	Acarnania.
316..	17..	13.000 con.	con 13,000.
336..	6..	*huviese axabo*.	huviese acabado.
352..	*palabra penuma*..	*lo habion*.	lo habia.
361..	*palabra ultima*....	*mari*.	mira.
367..	*penultima*.....	*oscurrirse*.	escurrirse.
368..	3.a y 4.a..	*comenzando*.	comenzado.